

La vida elísea

Robert James Lees

(Recibido por el célebre médium,
Robert James Lees [1849-1931],
a principios del siglo XX.

Título original: *The Life Elysian*

Autor: *Fred*, también llamado *Aphraar*;

Fred es una persona que pasó al mundo espiritual en el siglo XIX.)

—

Versión 2.00 - “unplandivino.net” (1 abril, 2025)

Ver más información en la web:

unplandivino.net/transicion/

(o alternativamente, si esa web es censurada o hay algún problema:

serdelespacio.wordpress.com/)

—

(Traducción realizada con deepl, google, ayudada por diccionarios como wordreference, luego retocada y revisada) (No coloqué *numeración* de las páginas para no aumentar la cantidad de éstas)

Índice

Introducción del traductor-revisor.....	2
La vida elísea.....	3
PREFACIO DEL RECEPTOR (R. J. Lees - 1905).....	4
Capítulo 1 El sepulcro abierto.....	7
Capítulo 2 La familia en el paraíso.....	13
Capítulo 3 El amor de Dios.....	20
Capítulo 4 La resurrección y su cuerpo.....	28
Capítulo 5 El ángel de la muerte.....	34
Capítulo 6 La esclavitud del pecado.....	41
Capítulo 7 La puerta del infierno.....	51
Capítulo 8 Ángeles y ángeles.....	59
Capítulo 9 ¿Quién gobierna en el infierno?.....	69
Capítulo 10 Más cerca de Ti.....	77
Capítulo 11 Una lección de creación.....	82
Capítulo 12 Cushna en casa.....	87
Capítulo 13 ¿Puede ser esto la muerte?.....	93
Capítulo 14 Muchas mansiones.....	103
Capítulo 15 Rompo el silencio de la muerte.....	112
Capítulo 16 Le escucharán.....	119
Capítulo 17 La orilla del aleluya.....	124
Capítulo 18 Los mosaicos de la vida.....	130
Capítulo 19 El Dios de los hombres.....	138
Capítulo 20 Los hombres de Dios.....	143
Capítulo 21 La venida del Cristo.....	148
Capítulo 22 El trabajo y la enseñanza del Cristo.....	154
Capítulo 23 La comunión de los santos.....	167
Capítulo 24 La misión del dolor.....	177
Capítulo 25 Hasta la vista.....	184

Introducción del traductor-revisor

Este es el segundo libro de la trilogía de Robert James Lees, tras *A través de las nieblas*. Para ver algunos comentarios se puede leer la introducción al anterior libro, y se pueden escuchar los audios, encontrables a través de la web enlazada arriba (en los comentarios a veces se puede resolver alguna duda, si se tiene, ya que en audio repaso el texto en algunos puntos, y en las entradas en formato web a veces hay también comentarios escritos previos al capítulo).

En el texto hay algunas referencias que el mismo autor da explícitamente, pues señala el lugar concreto de la Biblia donde se hallan (ver la siguiente aclaración sobre por qué tantas citas). Pero la mayoría de referencias son simplemente citadas por el autor entre comillas (‘’), o bien implícitamente mentadas. Para muchas de éstas yo coloqué la referencia, poniendo el enlace con este aspecto “[ref.]”, al ser tan fácilmente encontrables hoy día.

La siguiente advertencia quizá es pertinente ahora (trata sobre las citas bíblicas). Es una nota que se encuentra al final de la versión original del pdf en inglés de *La vida elísea*:

«Los lectores pueden considerar innecesarias las numerosas referencias a la Biblia. Sin embargo, cuando este libro se publicó por primera vez, había mucha oposición por parte de las Iglesias ortodoxas a la comunicación con espíritus [with Spirit], por lo que ser capaz de afrontar ese desafío formaría parte de cualquier trato con el plano

terrenal. Esto ya no es tanto un requisito, pero todavía existe. El clero está dividido en este asunto; conozco a algunos que están muy contentos con la comunicación con espíritus, mientras que otros dicen que es obra del diablo.

Si uno entiende que el "Diablo" fue creado por la Iglesia para controlar a las personas y, como Dios es "todo lo que es" (infinito), entonces no puede haber un "diablo" que esté fuera de Dios o en contra de Dios. Hay personas negativas, en diversos grados, tanto en el espíritu ("astral") como en la Tierra. Las leyes de "lo similar atrae a lo similar" siempre se aplican».

La vida elísea

*¡Allí el alma se desprende de todo peso
y por sí misma contempla y comprende!
En ese claro amanecer de la verdadera luz matutina de la vida,
se vuelve, revisa, y entonces debe aceptar
lo que resulte del desenfreno de la noche anterior
y de la febril codicia, en el vestidor de la Tierra.*

*Es entonces cuando aprende cómo la ignorancia acariciada
falsa guía ha sido, y ha llevado al alma por mal camino,
valorando el oropel a precio de oro,
y enseñando cómo el metal común y la verdadera riqueza eran uno solo,
y que, también, todo el despliegue salvaje de la mascarada,
que los tontos habían reunido para sus juergas,
eran ropajes, insignias, órdenes y recompensas
proporcionados por el Rey, para que todos sus hijos
se vistieran para el banquete nupcial y lo engalanaran.*

*Ahí viene la verdad, y toda la falsa vestimenta
en la que nos pavoneamos, señorial y codiciada,
debe ser desechada y dejada atrás,
como algo peor que inútil — tenemos que pagar su coste
antes de poder avanzar—. Cada alma, con doloroso pesar,
se despoja allí de su manto de hipocresía, para encontrarse con que
su regio brillo y su riqueza se desvanecen con la noche,
no dejando, tras de sí, sino la señal de la pobreza.*

*Entonces suspira el alma al reconocer su estado de bancarrota,
porque hasta ese momento nadie puede saber
el precio que paga por tan traicionero manto,
y falso traje engañoso;
nos lo ponemos por conveniencia y prisa,
nos lo quitamos a la luz escrutadora de Dios,
cuando quedan al descubierto todos los moretones, cicatrices y heridas
que no sentíamos, cuando las recibíamos, en la loca carrera
por salvar de otras manos el objeto de nuestra elección.*

*¡Pero en nuestro camino al festín [feast] tenemos que hacer una pausa,
considerar, y cumplir con esa cuenta de lo que pensábamos
que era gratis para quienes podían asegurarlo y guardarlo!
Y esto es un doloroso ajuste de cuentas.*

*Cuando esto se acaba, quebranta el alma,
y aprende que tiene otro papel que la mascarada
representada en el escenario eterno de la vida. Deja de lado
todas las reliquias de los gustos brutos, salvajes y bárbaros,
y haciendo restauración, con un arrepentimiento puro,
camina hacia la diana de la vida,
no vestida más que con el ropaje de la libertad,
sin nada que pese, obstaculice o retrase su curso,
y como hombre comienza en esa carrera
que tiene su meta y destino en Dios.*

*Es de esta carrera que yo canto, y ahora te pido que vengas
y veas cómo se vive, en el propio curso de Dios...*

¡la vida elésea!

PREFACIO DEL RECEPTOR (R. J. Lees - 1905)

*Este libro no es una novela, ¡ni tengo más derecho a su autoría que el editor, tipógrafo o
encuadernador que ahora harán su parte al presentarlo al público!*

Este descargo de responsabilidad exige naturalmente una explicación, y mi objetivo actual es proporcionarla de la forma más breve y sencilla posible. Pero la tarea no es en absoluto ordinaria, porque la declaración jurada que requiere, y que hago reverentemente en presencia de Dios, es de tal naturaleza que probablemente la constituya en única en los anales de la literatura.

Vivimos en una época de maravillas, en la que casi todas las ediciones de los periódicos traen informes de algún nuevo prodigio, pero yo tengo una para dejar constancia, ¡cuyo portentoso significado es suficiente para hacer temblar los cimientos de la Tierra en su proclamación!

Si algún hombre ha sido llamado a pisar con los pies descalzos sobre tierra santa, yo también he oído la llamada y se me ha impuesto la terrible responsabilidad de publicar las cosas que he visto y oído.

La voz dijo: «Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que serán después». ¿Cómo escaparé si rechazo al que hablaba? Por eso obedezco, no temiendo las consecuencias que puedan derivarse, sino más bien agobiado por el sentimiento de mi propia indignidad respecto a la misión a la que Dios me ha llamado.

Permitidme que intente hacerme comprender a mí mismo y a la misión, mediante una necesaria pero breve referencia a mi pasado.

Por parte materna provengo de una línea de profetas —utilizando la palabra en el sentido en que se emplea en las páginas siguientes— y de ambos padres heredo una cepa de sangre puritana. Las «invasiones psíquicas», como las llamaría [F. W. H. Myers](#), han sido mis compañeras desde la cuna, según me han informado, pero soy personalmente consciente de que de niño lloraba cuando me

dejaban en la oscuridad a menos que viera a un misterioso, e invisible para otros, montañés con faldas escocesas que permanecía a mi lado hablando o cantando hasta que me dormía. E incluso ahora, después de medio siglo, el recuerdo vívido de su rostro, firme pero amable, es tan fresco como si se hubiera sentado a mi lado mientras nacía este nuevo año.

Cuando tenía unos trece años de edad empecé una segunda serie de experiencias psíquicas muy diferentes; las invasiones tomaron la forma de un cambio de consciencia, y durante varios años estuve asociado con el movimiento espiritista en Birmingham, donde me relacioné con [D. D. Home](#) y muchos de los primeros pioneros. Este no es el momento ni el lugar para detenerme en las evidencias aceptadas de la continuidad de la existencia después de la muerte que fueron dadas a través de mis labios durante estos períodos de olvido hipnótico. Simplemente deseo indicar el camino por el cual la mano guiadora de Dios me ha traído hasta el presente.

Antes de cumplir los veinte años, fui apartado de la esfera de mis actividades y relegado a la más decidida reclusión, habiendo declarado previamente, durante un trance, que la vida que llevaba en relación con las sesiones [*séances*] *licenciosas* no era apropiada para algún trabajo especial que tenía que realizar en el futuro. Siguió entonces un período de duda y agnosticismo muy activos en cuanto a la fuente de donde procedían estos fenómenos verdaderamente notables.

Mientras las columnas de nube y fuego permanecían inmóviles, aunque mi fe se tambaleaba, mi interés no disminuyó ni por un momento, y pasé varios años estudiando detenidamente el tema, mientras conservaba una fe inquebrantable en Cristo como ancla de mi alma.

En esta investigación, por supuesto, la Biblia —leída por sí misma, como leería otro libro, y hablando por sí sola, para ver lo que realmente tenía que decir— formó una parte muy importante de mi búsqueda; y fue en las páginas de ese libro donde la luz posterior más nueva irrumpió por primera vez en mí. Comencé a leerlo con el deseo de que convirtiera mi agnosticismo en certeza, pero, para mi gran sorpresa, habló con otra voz, dándome una bendición en eso donde yo había buscado un mandato de condena.

Entonces me casé, y con alguien a mi lado que siempre ha sido como el ángel de una presencia más santa —sin cuyo paciente sufrimiento y alentadoras seguridades todo habría sido muy distinto de lo que es—, entré en la tercera y más memorable época de mi vida. Los antiguos fenómenos y muchos otros que hasta entonces no había experimentado, fueron silenciosa y casi imperceptiblemente reinsertados al reconocimiento, con una confirmación tan definitiva de su origen, que finalmente me obligaron a admitirlos. Sería fácil llenar volúmenes con las evidencias incontestables que nos llegaron en ese momento como una inundación, si este fuera el lugar para hacerlo.

He dicho que los antiguos fenómenos fueron revividos, pero esto apenas representa lo que realmente ocurrió, porque aunque podrían haber sido del mismo tipo, los últimos fueron en todos los sentidos mucho mayores y las comunicaciones que transmitieron fueron incomparablemente más fiables que los primeros. El por qué y el para qué de esto se me explicó en seguida, y en el consejo que lo acompañaba se trazó una línea divisoria nítida y definida que desde entonces me ha separado del espiritista ordinario. Si quería cumplir la misión que se me había encomendado, no debía celebrar sesiones espiritistas, sino más bien vivir una vida que proporcionase una condición siempre presente para el funcionamiento de un ministerio espiritual.

Con la seguridad incuestionable de la buena fe de estos visitantes angélicos, nos acomodamos naturalmente en un pacto de servicio en el que cada uno esperaba al otro, y comenzaron a multiplicarse las evidencias sorprendentes de su naturaleza, fidelidad y poder. Luego, a medida que

pasaban los meses, empezaron a aparecer formas sombrías procedentes de lo invisible, cuya densidad aumentaba gradual y progresivamente, hasta que podía tocarlas, manipularlas y hablarles, y el susurro de voces musicales fue escuchado como respuesta; el desarrollo continuó, hasta que ahora, desde hace años, han adquirido una forma tan sólida ¡que pueden utilizar mis libros y sentarse conmigo durante horas, a plena luz del día!

Veo que empiezas a... casi capto la exclamación enfática con la que estás tentado de tirar el libro a un lado y no leer más. Pero "no cedas a la tentación". *'No estoy loco... sino que digo palabras de verdad y sobriedad'* [[ref.](#)]. No digo más de lo que Santiago, Juan y Pedro podrían haber dicho a sus compañeros después de bajar del Monte de la Transfiguración. No proclamo más que el Evangelio del Señor Jesucristo, ese Evangelio que ha sido dado para vendar a los quebrantados de corazón. Sólo suena increíble porque hemos perdido las evidencias de esta parte vital del mismo. Doy este testimonio con calma, reverencia y gratitud, en presencia de ese Dios cuyos ángeles en otro tiempo se entretuvieron con Abraham, lucharon con Jacob, cerraron las bocas de los leones para Daniel, liberaron a Pedro de la prisión y removieron la piedra de la puerta del sepulcro. Sigue siendo el mismo Dios, invariable, *"sin sombra de variación"*, y *"todo lo que Él haga será para siempre"*.

Hace ahora un cuarto de siglo que comenzó esta última etapa de mi carrera, durante la cual, en cuanto al trabajo de ellos en particular, me he mantenido muy apartado, mientras ellos han estado trabajando hacia alguna meta que ven, pero que yo, por el momento, no comprendo. Pero los años no han sido infructuosos. Las evidencias de su ministerio están esparcidas a lo largo del camino, y muchos se regocijan hoy por las bendiciones que estos ángeles de Dios han derramado a su paso.

Pero, ¡al libro!

Con pocas excepciones, paso dos o tres horas diarias en compañía de estos visitantes del otro lado de la frontera. Algunos años atrás, en una de nuestras conferencias, me sugirieron que, en respuesta a las muchas y fervientes peticiones que me habían hecho para que dejara constancia de la vida tal como ellos la disfrutaban, les ayudara a escribir un volumen que pudiera servir de ilustración útil y aclarar algunos de los muchos misterios de la existencia. La propuesta fue acogida con entusiasmo, previendo Myhanene una valiosa ayuda para el trabajo que tenía entre manos; se eligió a uno para dirigir la empresa, con muchas promesas de ayuda por parte de sus compañeros de trabajo, y a mí para actuar como amanuense. Comenzamos nuestros trabajos de inmediato, pero la tarea de traducir ideas, incluso de un idioma a otro, implica mucho sacrificio que no puede ser recompensado adecuadamente. ¿Cuál fue, pues, la pérdida que supuso para nosotros representar la Vida Elísea en la grosera y poco musical jerga de la Tierra? Un sin fin de veces nos deteníamos, dudosos de nuestro éxito; pero al final, con muchos remordimientos y recelos por lo que él llamaba «el lamentable logro», Aphraar me dio permiso, hace unos seis años, para publicar el volumen titulado *A través de las nieblas* [*Aphraar, el otro nombre de Fred*]. Nunca un libro salió de las manos de su creador con una consciencia y un reconocimiento más claros de su fracaso a la hora de representar el ideal al que aspiraba —una deficiencia mucho más claramente reconocida por su Autor de lo que sus críticos parecen haber descubierto—.

Aunque sembrada de temores, ha producido una cosecha de agradecimiento de lo más inesperada, y el reconocimiento agradecido de la ayuda que ha proporcionado ha llevado a Aphraar a cumplir su promesa condicional, y durante todo el año que acaba de terminar hemos trabajado juntos en la producción de este segundo volumen que ahora se envía en su misión de consuelo y revelación.

En cuanto a los temas aquí tratados, corresponde a mentes más profundas que la mía expresar cualquier opinión. Quienquiera que lo lea encontrará que trata de algunos de los grandes misterios de la vida con una franca familiaridad y cierta compostura que sugieren más que especulación, y a mi parecer, la armoniosa conclusión a la que cada tema contribuye individualmente, sabe más a verdad que a otra cosa. Pero puedo estar prejuiciado en mi opinión por el reverente afecto que todos y cada uno de ellos inspiran en su más que humana ternura y consideración por mis muchos defectos; por lo tanto dejaré cualquier sugerencia sobre su valor relativo como revelación a mentes mejor cualificadas para juzgar.

Confío en que ahora se comprenderá por qué he escrito el anterior descargo de responsabilidad; pero permítanme, para terminar, decir con qué indecible gratitud reconozco el honor de haber sido llamado al servicio que aquí he prestado tan inadecuadamente. Sé, más de lo que mis lectores descubrirán, hasta qué punto mis propias limitaciones han impedido la realización de los ideales del Autor, y me siento humillado al saberlo, pero ya que él lo aprueba, lo envío como el esfuerzo conjunto de manos unidas a través de la tumba, esperando que por la bendición de Dios pueda ser el medio de ayudar a muchos a volver a casa, incluso más de lo que se le concedió a su predecesor.

ROBT. JAS. LEES.

Engelberg, Ilfracombe, Año Nuevo, 1905.

Capítulo 1

El sepulcro abierto

'Atención, un sembrador salió a sembrar' [[ref.](#)].

Los elocuentes silencios de Cristo hablan a menudo al discípulo comprensivo con más inspiración divina que sus expresiones. Por ejemplo, cuando habló de sus parábolas, ¿no deseaba que tomáramos conciencia del hecho de que encontraba sus análogos para la vida espiritual en el reino de la naturaleza, enseñándonos así que la ley de lo inferior se transporta a lo superior? Sugerir que esto no es así es también sugerir que no es seguro seguirle más allá de las limitaciones de la letra, y puesto que nunca escribió una sola palabra no podemos estar seguros de lo que dijo, y por lo tanto el Cristo, para nosotros, no existe.

Si alguien desea asumir tal postura, no tengo derecho a interferir con sus resoluciones, pero será necesario que nos separemos de inmediato, ya que mi conocimiento, experiencia y propósito van en la otra dirección.

No estoy, sin embargo, ansioso por entrar en las listas de la controversia en este momento. Puede ser que mi ministerio me lleve pronto a terreno debatible en la exposición de la verdad tal como la he encontrado. Mi referencia a la parábola del sembrador fue sugerida más por su alusión a la certeza de la cosecha del futuro que por la analogía entre la naturaleza y la gracia.

Hace algún tiempo me aventuré —a instancias de la agonía de la que era demasiado consciente— a hacer un esfuerzo por volver a la Tierra con la esperanza de poder sembrar algunas semillas de consuelo en los corazones rotos y aplastados por la catástrofe universal llamada muerte. Deseaba contar con sencillez y fidelidad lo que había vivido en ese supuesto más allá inalcanzable, confiando en que la verdad resultaría un consuelo. No desconocía del todo las ideas, enseñanzas e incluso prejuicios existentes en la Tierra contra una comunión tan desacreditada, y estaba bastante preparado para la fría incredulidad que seguramente despertaría por un lado, así como para una exclamación de piadoso horror por el otro. Pero, en mi nueva condición, había descubierto algo

muy distinto de lo que había previsto: Dios era mucho mejor de lo que me habían hecho imaginar, la vida después de la muerte era tan inexpresablemente diferente de mis expectativas que, como hombre, no podía guardar silencio cuando descubrí que el silencio no me era forzado, y la simpatía común por la humanidad, así como la gratitud a Dios, no me permitirían descansar hasta que hubiera hecho todo lo posible para dar a conocer cuán generosamente Él ha provisto, infinitamente por encima de todo lo que podríamos pedir, pensar o concebir, en la vida que está justo más allá del suavizado crepúsculo de la ausencia del cuerpo. El Dios ante cuyo tribunal yo esperaba presentarme, más con dudas y recelos que con una anticipación filial, se mostró tan superior al mejor de los padres, superando incluso al que se encontró con el pródigo del que habló Cristo, que el infortunio habría caído sobre mí si hubiera guardado silencio, y en relación con la agonía de la Tierra habría desempeñado yo el papel de un demonio más que el de un hombre.

No guardé silencio. Tan pronto como descubrí que el regreso era posible, y los obstáculos naturales fueron superados, respondí al deseo de mi corazón y esparcí por el mundo el evangelio de mi anterior mensaje* [*asterisco y nota presentes en el original*]; y es la casi increíble cosecha de agradecido reconocimiento de ese esfuerzo imperfecto lo que me llena de sorpresa ante la moderación con que el Cristo estimó sus resultados en la parábola.

* [*A través de las nieblas*](#) ("*Through the Mists, or Leaves from the Autobiography of a Soul in Paradise*" Londres: W. Rider & Son. Ltd.)

Cómo desearía poder recoger algunas expresiones de agradecimiento de los cientos de cartas que tengo ante mí mientras tomo el ya familiar asiento para cumplir mi promesa de que, si mi esfuerzo inicial servía a su propósito, estaría encantado de regresar y continuar con el registro de mis experiencias en la vida hacia la cual todos os estáis apresurando. Pero tales cartas me han llegado a través de mi receptor, en confianza —o así elijo considerarlas en ausencia de permiso—, y por lo tanto no puedo hacer más que pedirlos que aceptéis mi seguridad y sigáis leyendo hasta que lo que tengo que decir ahora caiga como el bálsamo más santo de la mejor [Galaad](#) de Dios en vuestro propio corazón herido, y experimentéis, por vosotros mismos, el poder de la verdad, tal como está en Jesús, para ministrar a aquellos que caen aplastados bajo la avalancha del mayor sufrimiento del mundo.

Sin embargo, aunque mi éxito ha superado con creces mis expectativas más optimistas, no puedo olvidar que sólo he sido capaz de tocar la más mínima franja del manto del dolor y, aunque me regocijo por lo que se ha hecho, mi corazón sigue compadeciéndose de aquellos que lloran desconsoladamente bajo los cipreses. '*Consolaos, consolaos, pueblo mío, dice vuestro Dios, hablad consoladoramente*' a los hijos de los hombres [[ref.](#)]. Es propio de nuestro Dios dar tales órdenes de aliento, pues ¿no es Él un Padre que siempre se compadece de Sus hijos, sin esperar demasiado de ellos y recordando siempre que no son más que polvo? Seguramente,

«*Si todo el mundo conociera a mi Salvador,
todo el mundo lo amaría también.*»

Esta es la esperanza, el objetivo, el deseo de todas las legiones ministrantes enviadas a servir, porque cuando esto se logre el pecado cesará y los efectos del pecado llegarán pronto a su fin.

Hay muchos más motivos de esperanza que de desesperación en el mundo, si los hombres lo consideraran serenamente. Cuántas veces hemos oído el aforismo de que incluso '*el diablo no es tan negro como lo pintan*'. Por lo tanto, si la noche no es irremediabilmente negra, y estamos de pie con

nuestros rostros hacia el amanecer, ¿por qué no secar nuestras lágrimas y mirar con esperanza la gloria venidera?

Permíteme pedirte, mi desconocido pero afligido amigo, que te sientes conmigo un rato junto a la tumba —no la de [Macpela](#), ni la del valle frente a [Bethpoer](#), ni tampoco aquella sobre la que el desconsolado salmista declara 'los muertos no saben nada' [[ref.](#)], ya que todas ellas están enterradas demasiado profundamente bajo los escombros de la ignorancia y el prejuicio—; te invitaré a comulgar un rato junto a la más sagrada de todas las tumbas, que se encuentra en el jardín de José. La más sagrada porque es la más normal, la que cumple con todo, pero nunca se excede en el más mínimo deber para el que la tumba fue llamada a la existencia; la única tumba en la que podemos sentarnos y aprender todo lo que el oficio fue diseñado para enseñar: ¡esperanza, alegría, victoria y un más allá sin horizontes!

Tres veces sagrados son los escenarios de victorias decisivas, pero cuando la batalla fue la más importante en la historia de un universo, entonces el lugar se vuelve mil veces más sagrado. Este es un lugar así. Aquí yace Él, que es nuestra vida. (Sería triste para nosotros si Él no ocupara ese puesto, porque somos verdaderamente pobres.) Aquí combatió Él solo contra el rey de los terrores, y quebrantó el poder del tirano; aquí se enfrentó a la desesperación del mundo y rompió sus cadenas; aquí el amor arrebató la esperanza de las garras de la ignorancia; ¡la verdad triunfó sobre el error, la justicia derrotó al pecado; y la vida arrojó a la muerte al abismo! ¡Mirad, la piedra sigue rodando! El sepulcro no abrió su puerta para volver a cerrarse con un resorte. La victoria de la mañana de Pascua no fue una demostración momentánea. Fue una conquista del Señor de las Huestes; y todo lo que haga el Señor será para siempre. ¡El Señor ha resucitado!, y en Su resurrección ha puesto ante nosotros una puerta abierta que nadie podrá volver a cerrar. Se llevó consigo, a través de las puertas eternas, las llaves de la muerte y del infierno, y las tiene aún en sus manos ante el trono, mientras el ángel de la resurrección hace guardia ante el sepulcro abierto y se sienta sobre la piedra que de una vez por todas ha sido removida.

¿Comprendemos lo que todo esto significa? ¡Si la Tierra escuchara todo el coro del evangelio del Señor resucitado! Seca tus lágrimas, levanta tus ojos,

*«¡No hay muerte! Lo que así parece, es transición;
Esta vida de aliento mortal
no es más que un suburbio de la vida elísea,
cuyo portal llamamos muerte» [[ref.](#)].*

¿Te extraña que te pida que te sientes aquí conmigo, tú, cuya vida se ha amargado por no haber reconocido la plenitud sin medida del Evangelio, y yo, que también he bebido el cáliz de amargura hasta sus posos? Escucha. Jesús ha vuelto, y siempre volverá. Quiere hacer, del peregrinaje de la vida, un viaje a Emaús, si nosotros queremos; pero no viene solo; los que son suyos también vienen con Él. Con Él —en Él— 'llegamos al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celeste, y a la compañía innumerable de los ángeles; a la asamblea general y a la iglesia de los primogénitos... y a los espíritus de los justos hechos perfectos' [[ref.](#)].

Todos los seres queridos que habéis perdido por el momento están presentes con el Maestro. Le siguen dondequiera que vaya. Si Él viniera otra vez a cumplir la promesa: 'He aquí, que yo estoy contigo' [[ref.](#)], ¿no vendrían también ellos con Él? ¿No vendrían con gusto? ¿Creéis que su amor, su interés y su preocupación por vuestro bienestar han perecido? Por muy fuerte que creáis que es la

muerte, ¿pensáis que es lo bastante fuerte para aplastar su antiguo afecto? Os hablo como hombres y mujeres.

¿Es la esperanza que os inspiro demasiado grande, demasiado buena para ser verdad? [Tomás](#) una vez pensaba así, hasta que Jesús resucitado se presentó ante él. ¿No sois vosotros tan preciosos a los ojos del Padre, que no hace acepción de personas, como lo era Tomás? ¿No es Él capaz de responder, como siempre, a la misma esperanza incrédula, al mismo amor inestable del sentido común? Si la muerte ha sido de una vez por todas absorbida por la vida, ¿no es hora de que se conozca la verdad, y de que el bálsamo de su divino evangelio se derrame libremente para la curación de los corazones destrozados? Mentes poderosas manejan fuerzas poderosas: ¿no viaja nuestro Cristo en la grandeza de Su fortaleza —el poderoso para salvar? ¿Y si ha llegado la hora ‘*en que todos los que están en los sepulcros oirán Su voz y saldrán*’? [\[ref.\]](#) Nada es imposible para Dios, que envió de nuevo a Samuel, Moisés y Elías incluso antes de la victoria de Cristo, y mi propio regreso atestigua que Él sigue siendo el mismo Dios inmutable.

Ven, comulguemos juntos, y hablaré de Él y de las visiones que mis ojos han visto más allá del velo.

Sé de lo que hablo, pero también conozco la debilidad y el anhelo de la carne por saber si lo que sugiero es verdad. En la oscuridad de la desesperación de un doliente busqué a tientas "el contacto de una mano desaparecida" [\[ref.\]](#); en el silencio de la muerte agucé mis oídos buscando ‘*el sonido de la voz que estaba en quietud*’ [\[ref.\]](#). A mi madre la perdí, antes de que yo la conociera, y me vi obligado a recorrer el peregrinaje de la vida víctima de un hambre que la Tierra no podía saciar. Ni el padre, ni la hermana, ni el amigo, ni el arte, ni la literatura, ni el empleo podían llenar el vacío que yo conocía, y los placeres ordinarios de los demás servían para aislarme aún más de mis semejantes.

Nunca fui consciente de un solo placer sin nubes, de ahí que pueda simpatizar profundamente con las almas con las que la muerte ha reclamado un parentesco forzado. El mayor acercamiento a la felicidad que recuerdo fue de carácter negativo: el cese momentáneo de la miseria. Me había alejado de la familia y de los amigos que me eran desagradables por las cosas con que ellos disfrutaban, y en mi soledad estaba pasando mecánicamente las páginas de una revista que estaba sobre la mesa de la biblioteca, cuando mi vista captó el titular de tres versos que despertaron instantáneamente mi atención. Entonces leí:

AÑORANZAS

*«Descansaré cuando la vida terrenal haya terminado,
y mañana mismo esté muerto;
cuando el pavor ya no sea profético
de la agonía que espera.
¡Qué tranquilo duerme el océano esta noche!
Pero la mañana puede romper con la tormenta en su apogeo.*

*Cantaré cuando mi corazón deje de doler,
y mi cabeza no esté agotada de dolor.
Mis sonrisas sólo enmascaran la feroz angustia
que mi corazón no puede volver a enterrar.
El rostro del océano sonríe con tranquilidad,
pero la ruptura en la orilla levanta los gemidos de su pecho.*

*¡Cómo rezo mientras las cuerdas de mi corazón se rompen,
cómo cuento todos los días a medida que llegan!
Vigilo en sueños por mi madre,
en mis sueños suspiro por su hogar;
Dos palabras, ¡oh, qué dulces! ¡Tierra, Tierra, déjame ir!
En su música está el cielo —todo el que yo pueda conocer».*

No se dio el nombre del autor o autora, pero el hecho de que existiera alguien que pudiera expresar con tanta simpatía mi propio dolor conmovió y alivió mi pena por el momento. Los versos insuflaron una leve esperanza en la región de mi desesperación, de que en algún lugar, algún día, podría estar satisfecho. Entonces la oscuridad se cerró de nuevo sobre mí, y suspiré más profundamente para expiar el latido que había sofocado. En mi gratitud, sin embargo, recorté los versos, y durante días se convirtieron en mi comida y bebida, hasta que cada una de sus palabras se grabó a fuego en mi alma hambrienta, y el papel en el que estaban impresos se hizo pedazos. Incluso entonces recogí reverentemente los fragmentos y los atesoré con un mechón de pelo que llevaba sobre mi corazón.

Alguna vez descubriré y conoceré al autor, y le contaré cómo su llanto de dolor ministró por el mío, en cuyo reconocimiento él encontrará la cosecha de la semilla que sembró con lágrimas.

Así recoge el Cielo todos los fragmentos, para que nada se pierda.

A través de tal escuela de duelo el Padre vio que era como mejor podría conducirme; por eso soy capaz de compadecerme de quien se sienta entre tinieblas y en el valle de la sombra de la muerte.

Para aquellos a quienes acabo de conocer, permitidme deciros que mi simpatía no se basa en filosofías especulativas sobre el más allá. Nos encontramos ante la puerta abierta del sepulcro, pero yo vuelvo de dentro; vosotros, por el momento, sois de fuera. Mis pies ya han vadeado el Jordán, desde más allá del cual he regresado para hablaros de las cosas que he visto y oído. Ya he estado en la ladera de la montaña, donde la luz de Dios está cayendo, he visto en la tierra sin sombras el camino que Cristo mismo pisó una vez, y soy capaz de ofrecer el ministerio de guía por el cual Sus huellas divinas pueden ser seguidas con seguridad. Permíteme pedirte que escuches antes de que, en tu incredulidad, retrocedas y trates mi declaración como la blasfemia de un impostor. Almas tan piadosas como tú han cometido graves errores en el pasado en esa dirección. Desde antes de los tiempos de Cristo, los herejes martirizados de ayer se han convertido en los santos reconocidos del mañana, el principal de los cuales es el propio Cristo. Sé que el evangelio que proclamo es imposible desde tu punto de vista, pero ¿es tu posición una que justifique un juicio fiable? ¿Tienes un conocimiento pleno y perfecto de los caminos y propósitos de Dios? Si nada es imposible para Él, ¿puedes imaginar algo más propio de Dios que la ordenación de tal dispensación como la demostración culminante de la obra de Jesucristo? Creo que no. Por lo tanto, por el bien de vosotros mismos y por el consuelo que mi mensaje está facultado para conferir, os aconsejo que escuchéis y luego me juzguéis por el fruto que produzca nuestra comunión.

A los que me conocen por mi mensaje anterior no tengo necesidad de hacer más que extenderles mi saludo, puesto que estoy aquí por su ferviente deseo de ver cumplida una promesa que procederé a ratificar.

Perdonadme por un momento, al recoger el hilo de mis experiencias, si os pido que volváis la mente hacia atrás para repasar; no es que desee resumir lo que ya se ha dicho, sino que estoy ansioso por dejar claro que, al desechar el cuerpo, cada alma recibe un trato personal y es atendida

individualmente al entrar en el Paraíso. Cada uno va a su propio lugar. La disolución no obra ningún milagro transformador, sino que al dejar la Tierra, el hombre entra en —o más bien continúa con— su condición espiritual. No hay fórmulas mágicas ni procesos por los que, por muy arrepentida que esté el alma, el malhechor se convierta en santo en el intervalo de la transición. '*Dios pagará a cada uno según sus obras*' [[ref.](#)]. '*Todo lo que el hombre siembre, eso también segará*'. La fe que produce obras es el único testimonio disponible en ese juicio, y la obra se estima por la calidad de sus frutos.

Me veo obligado a hacer este necesario recordatorio precisamente aquí, porque en varias de las cartas que tengo ante mí hay alguna expresión de pesar e incluso de sorpresa por el hecho de que en mi última carta haya dicho tan poco acerca del Maestro. En vista de la ley a la que acabo de referirme, esto puede entenderse fácilmente en relación con el tiempo abarcado por las experiencias relatadas en *A través de las nieblas*. Al dejar la Tierra no llevé conmigo un gran amor, sino más bien una aversión por todas las formas de religión ortodoxa. No había sido un practicante de la iglesia y no sentía una cálida admiración por el método de salvación o por el Cristo que nunca pude comprender satisfactoriamente. Sentía cierta simpatía y sentimiento humano por las multitudes de desafortunados que se apiñaban como animales en los alrededores de Londres, a algunos de los cuales ayudé un poco de vez en cuando, pero el único deseo y anhelo de la vida era, si era posible, encontrar a mi madre. Ella era mucho más para mí que Dios, o la religión; por eso, cuando se produjo el cambio, fue a mi madre a quien primero deseé ver, el único cielo al que deseaba llegar, y mi aspiración se cumplió. Obtuve mi recompensa, y eso explica por qué guardé tanto silencio en relación con el Maestro.

Otros de mis corresponsales esperan que al resumir mis experiencias pueda referirme a la reunión. ¿Por qué no? Como cualquier otro aspecto de mi nueva vida, abunda en lecciones y correcciones de vanas anticipaciones; por lo tanto, comenzaré mi mensaje actual en ese punto y trataré aquellas cosas que son de interés general en relación con nuestro encuentro.

Terminé con la llegada a mi primer hogar espiritual, al que Myhanene me acompañó, señalando sus principales características y la relación que todo guardaba con la vida que había vivido. ¡Con cuánta paciencia se demoraba mientras yo trazaba la conexión de su mobiliario con un centenar de incidentes que había olvidado total o parcialmente! Después de esto, me llevó al jardín de la azotea desde donde pude estudiar su encantador entorno; luego de regreso a esa puerta con cortinas tupidas, que ocultaba ese rostro..., pero, ¡qué bien lo conocía! ¡No había necesidad de decírmelo! Ya que, invisible y completamente desconocida, había sido la estrella de mi vida, ¡y en ese momento era más que todo lo que había en la Tierra o en el Cielo para mí!

Comprendí su generosa y silenciosa insinuación cuando él se marchó y me dejó a solas, consciente de que las puertas del cielo estaban a punto de abrirse y permitirme entrar. Desde el momento de mi llegada hasta ese instante, el viejo anhelo de la Tierra había sido contenido, controlado por la absorbente serie de sorpresas que me habían sido deparadas; pero ahora regresaba con un vigor y una fuerza para los que me había preparado el ministerio de los amigos que me habían guiado tan divinamente, por un camino que yo no conocía, hacia la consumación celestial. ¡Agradecí a Dios que el encuentro no hubiera llegado antes! ¡Cómo ansiaba mi alma abrazarla y, sin embargo, no me atrevía a apartar la cortina!

En los viejos tiempos, una de mis ocupaciones favoritas en los momentos menos melancólicos había sido planear lo que haría —si realmente había una vida después de la muerte— cuando me encontrara con mi madre. Cuántas veces reconstruí y revisé los planes, que se fueron desplegando y

ampliando con los años, hasta convertirse en una serie completa de programas cuyo único hilo conductor que los mantenía unidos era el de mi madre. Puede ser que el esfuerzo, que se repetía a menudo, sirviera para llevarme por un sendero relajante por el que escapar de una punzada de dolor acechante, y si es así, sirvieron para un propósito verdaderamente benéfico, pero eso fue todo. Planificar en la Tierra lo que haremos en el Paraíso es mil veces más inútil que para un niño alardear del valor de su edad adulta. La nueva vida está tan llena de sorpresas abrumadoras, tan fructífera en distracciones encantadoras, tan maravillosamente desconcertante con placeres inimaginables, tan tierna en sus entretenidas simpatías, que incluso las concepciones más puras de la Tierra son ciertamente destrozadas y arrastradas, y el perfecto designio de Dios nos conduce suavemente hacia la plenitud de nuestra alegría inesperada.

Tú, lector, estás impaciente y te preguntas por qué no descorro esa cortina y me echo en brazos de mi madre. ¡Ah! ¿Por qué, en verdad? Esas pausas tan desconcertantes y bienvenidas, que intervinieron y pospusieron temporalmente la acción en momentos de crisis como los que he mencionado, estaban más allá de mi comprensión en ese momento, pero las entiendo mejor ahora.

Cuando la mente del Padre y del Hijo están trabajando juntas para hacer Su voluntad, Dios nunca llega tarde, sino antes del momento, por el cual no queda otra que esperar. En esa pequeña pausa se alcanza la plenitud de la medida de la felicidad. Cuando Dios abre el portal, nos encontramos en el Cielo; el hombre lo fuerza, ¡y helo aquí, que está en el infierno!

La espera nunca es larga. Fue una acción simultánea descorrer la cortina. Nos encontramos en el umbral y nos abrazamos. No había mucho que decir:

«¿Mi madre?». «Mi hijo»; eso fue todo. Y luego nos quedamos en silencio.

Capítulo 2

La familia en el paraíso

En ese primer abrazo del que fui consciente, saboreé algo de la dulzura que se encuentra en la compensación que el Cielo otorga a aquellos cuya felicidad se ha visto postergada por las circunstancias adversas de la Tierra. Si es posible, no murmures de tu suerte, pobre, desamparado, ignorante y solitario: te hablo después de haber pasado por la prueba, tras haber soportado la carga, después de haber rehusado ser consolado, y te digo que pronto serás el envidiado. Miles de personas que se han deleitado en el amor del tipo reconocido en la Tierra, pronto lamentarán que tu suerte no haya sido la suya. Así como el botón de oro es a la rosa y la margarita al lirio, así es el amor de la Tierra en su forma más sagrada y dulce, al sueño deslumbrante que desciende del Cielo y permanece imperturbable en el Paraíso. Es algo que sobrepasa la comprensión, desafía la expresión en su embeleso, está vacío de todo lo vil e innoble; es puro, como el Cielo puede mantenerlo, fuerte para sanar cada herida, sin una sombra de alejamiento, libre de limitación, y abre una carrera de evolución sagrada que conduce confiadamente a Dios.

No sé cuánto tiempo nos demoramos en el silencio de ese éxtasis divino; nunca lo sabré. Los límites de tiempo para nosotros son ahora medidas del pasado, y los únicos estándares a los que estamos sujetos son los de la plenitud: completa, apretada y rebosante. Hemos esperado mucho, ¿y qué si nuestro saludo fue largo? El Cielo es generoso y dispone que cada alma esté satisfecha.

Dejando de lado entonces toda cuestión acerca de la duración y la naturaleza de nuestro saludo, permíteme pasar de inmediato a la primera pregunta de mayor interés que surgirá en la mente de cada lector: si reconocí a mi madre cuando nos conocimos.

El tema del reconocimiento de amigos en la otra vida es de un interés que nunca disminuye: Predicador, poeta, maestro, padre, hijo y amigo siempre están especulando con esperanza, duda y miedo al respecto. ¿Nos volveremos a encontrar? Y, si es así, ¿seremos capaces de reconocernos después de una separación tan prolongada? Estas y otras mil preguntas se hacen con el corazón destrozado ante el cadáver silencioso del que no se espera respuesta. En esta búsqueda desesperanzada, el corazón es mucho más leal a Dios y a la verdad que el intelecto: uno se demora una y otra vez en la investigación esperando contra toda esperanza, aunque sea solo por una sugerencia de alguna respuesta, mientras que el otro, con fría dureza y sin simpatía, declara que la cosa es imposible y pide al afecto que acepte el severo decreto del destino. Pero incluso en las mentes de quienes se niegan a aceptar la conclusión de la razón hay una incertidumbre igualmente desalentadora en cuanto a la condición en la que serán restaurados los que se han ido antes. ¿Se mantendrá la hermosa predicción de [Longfellow](#)?

«No la veremos como una niña otra vez [[ref.](#)];

*pues cuando, con éxtasis salvaje,
en nuestros abrazos la envolvamos de nuevo,
no será una niña,
sino una bella doncella en la mansión de su Padre,
vestida con gracia celestial;
y hermosa en toda la expansión de su alma
contemplaremos su rostro».*

¿O se cumplirá el deseo de la madre que susurró la siguiente patética respuesta ante su sueño poético, de ser realizado? [[ref.](#) [como en respuesta a Longfellow] [el poema en la referencia enlazada varía un poco respecto a lo que hay en el libro de Robert]

*«¡Oh, no digas eso! ¿Cómo conoceré a mi amada
si cambió su forma y se cubrió con un velo de cabello brillante?
Si, desde su vuelo, ha crecido mi avecilla,
¿cómo la reconoceré allí?
En la página de la memoria, pintada por dedos invisibles,
veo los rasgos de mi niña ángel;
falleció antes de que el vicio hubiera manchado su vida —
traspasada a lo inmaculado.*

*¡Oh, no digas eso! Porque la abrazaría, incluso
como cuando aquí abajo yacía sobre mi pecho;
soñaría con ella como un brote floral en el cielo
entre las bendecidas flores.
Mi pequeña, era como un lirio plegado,
más dulce que cualquiera en la onda celeste:
Pero cayó la noche, una noche sin estrellas, y fría,
¡Ay! no pudimos salvarla.*

*Sí, como niña, sereno y noble poeta —
oh, el cielo estaría oscuro si faltaran niños allí—,
espero abrazar mi brote floral, como cuando la llevaba,
como hermoso bebé con hoyuelos.*

*Aunque los años hayan volado, hacia mi hija de ojos azules
mi corazón a menudo anhela, con el amor de una madre;
sus zarcillos que nunca mueren ahora la envuelven,
como niña, arriba.*

*Aún como bebé, mi pequeña hija de ojos de algodón,
acurrúcate y arrulla en mi corazón otra vez;
espera a tu madre junto al agua del río,
y no será en vano.*

*Espera como niña. ¿Cómo podré conocer a mi amada
si cambió de forma y se cubrió de un velo de cabello brillante;
si desde que voló ha crecido mi pequeña avecilla,
¿cómo podré reconocerla allí?».*

Me resultaría fácil continuar la enumeración de ideas nebulosas que existen con exuberante incertidumbre en las mentes de hombres y mujeres sobre este punto de reconocimiento en el Paraíso, si tal fuera el propósito de mi escrito. Pero no es así. Mi objetivo es, en la medida de lo posible, disipar estas dudas, registrando mi propia experiencia como una ilustración de lo que Dios ha provisto misericordiosamente como respuesta a esta oración universal de afecto.

Puede que me equivoque —cada cual considera naturalmente que su propio caso es el más adecuado para el propósito—, pero me inclino a pensar que mi experiencia está especialmente diseñada para arrojar luz sobre esta indagación profundamente patética y, por esa razón, estoy dispuesto a detenerme en el incidente más de lo que elegiría en otras circunstancias, con la esperanza de que al hacerlo pueda aliviar alguna carga de duda.

¿Reconocí a mi madre cuando la vi por primera vez después de un lapso de casi cuarenta años? Sí, perfectamente. No sólo eso, sino que estaba seguro de que sería así incluso antes de verla, mientras aún no se había descornado la cortina que caía entre nosotros. No puedo explicar cómo fue así, si por un acercamiento y un abrazo recíprocos de afecto mutuo o por algún nuevo poder de reconocimiento que surgió a medida que nuestras esferas espirituales se fusionaban entre sí; no lo sé. Pero yo sabía que la reconocería con tanta certeza como ella me reconocería a mí, y cuando el velo fue descornado, la rodeé con mis brazos y la estreché contra mi corazón antes de que mis ojos pudieran vislumbrar su querido rostro. No fue hasta que el corazón estuvo satisfecho que se reconoció algún derecho para la vista.

Entonces levanté su cabeza con ambas manos para echar una primera mirada a sus ojos iluminados por el amor. ¿Una primera mirada, dije? Eso pensaba. Pero cuando nuestros ojos se encontraron, la fuente de mi memoria se abrió y una de las más benéficas y tiernas misericordias de Dios destelló sobre mí.

«¡Vaone!», jadeé.

«Aphraar», murmuró, y la cabeza cayó de nuevo sobre mi pecho, mientras yo bebía de una copa más profunda y dulce que antes.

No temas, pobre alma tímida y ansiosa, en caso de que la hija de tu afecto haya cambiado cuando la envuelvas nuevamente en tus abrazos. ¿Y si se ha convertido en una bella doncella, hermosa en toda la expansión de su alma, cuando por fin tus pies crucen el umbral de la inmortalidad? En su desarrollo no será desconocida, no será extraña. En ese primer destello de los ojos de mi madre

recordé —el recuerdo volvió a mí— que durante todos los días de mi dolor por su ausencia, la gran mayoría de las horas de sueño las había pasado en su compañía, en esa tierra fronteriza apenas conocida, entre los mundos físico y espiritual, que Dios ha ubicado misericordiosamente para el consuelo de las almas afligidas; y el nuevo nombre con el que la saludé era el familiar por el que la había conocido en mi vida de sueño todo el tiempo.

Hace mucho, mucho tiempo, Dios prometió por boca de Oseas ([13:14](#)) un consuelo a la humanidad del cual esta posibilidad, casi no reconocida, bien puede considerarse un cumplimiento: "*Los rescataré del poder de la tumba; los redimiré de la muerte: Oh muerte, yo seré tu plaga; Oh tumba, yo seré tu destrucción*". ¿Por qué la Tierra no ha aprendido a regocijarse en estos ministerios provistos abundantemente? ¿Dónde están los maestros de los hombres, designados por Dios, para que estas cosas todavía no hayan sido proclamadas desde las cimas de las montañas, sin que hayan sido aplicadas sus virtudes curativas a los corazones quebrantados?

Los pioneros de la ciencia física han descubierto y afirmado hace mucho tiempo que la materia es indestructible; ¿dónde están los profetas y videntes de la ciencia espiritual que hasta ahora no han logrado siquiera comprender la importante inferencia establecida por los investigadores materialistas, de que, si el instrumento es indestructible, el artista que está detrás, que tiene el poder de controlarlo, debe, al menos, ser igualmente eterno? La vida es más que polvo, y la mente es superior a los componentes químicos. La materia puede cambiar su forma, y la vida su envoltura y esfera de operación, pero así como una no puede ser destruida, la otra no puede morir. El mediodía nunca puede convertirse en medianoche; puede, mediante un progreso gradual, ceder el puesto, pero cuando la medianoche llega a nosotros, el mediodía todavía está en oposición tan activa como siempre, cumpliendo su vocación designada, aunque en otra esfera. Así, la vida es siempre la antítesis de la muerte. No puede morir, porque para la vida no hay muerte: '[Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por Él](#)'. Lo que ha vivido sigue viviendo —debe vivir—, ya que la vida es Dios, y debe vivir en Él.

Si esto es así, ¿y quién puede negarlo? ¡Qué hermosa y llena de esperanza es la parábola viviente de la planta enterrada en un calabozo lúgubre, pero que lucha, trepa y se extiende para enviar sus brotes hacia la luz del sol! ¿Es la planta más sincera en su afecto que los seres amados por los que llora la Tierra? Si la planta encuentra su camino a través de toda oposición, si la semilla sembrada en lo profundo de su tumba de tierra conquista y triunfa sobre su foso, ¿no será igualmente sincero el amor de los ausentes? ¿Tienen la planta y la semilla más poder e individualidad, más continuidad y fuerza de afecto por el sol que la madre por su hijo o el amigo por su amigo? '[¡Oh, hombres de poca fe!](#)'.

El alma posee secretos poderosos e importantísimos que susurraría a la humanidad si las puertas de la memoria fueran lo suficientemente anchas para dejarlos pasar; secretos que dejarían intactas pocas de nuestras apreciadas concepciones acerca de Dios, la religión y el futuro.

Pero estas verdades son amplias, altas, profundas, y requieren portales por los que la Tierra pueda pasar con la libertad con la que un niño atraviesa la puerta de una ciudad, y los diminutos sistemas de los hombres se desvanecerían en su presencia, como los cimientos sombríos de un sueño. Así que, por parte del sistema, el Ojo de la Aguja permanece a pesar de los inconvenientes, la agonía y la deslealtad a Dios. Los hombres construyeron las puertas; si Dios hizo que la verdad fuera demasiado grande para pasar, ¿qué se puede hacer? ¿No es mejor reducir la verdad en lugar de remodelar la arquitectura? Así argumentan los arquitectos, y la disputa continúa.

Pero el árbol de la vida está enviando sus brotes a través de las grietas del muro que lo obstruye: ya se pueden discernir serias fisuras que corren en todas direcciones, y el crecimiento continúa. El amor debe encontrar y encontrará un camino de regreso a la Tierra para dar a conocer la verdad sobre el más allá; Dios [sanciona](#) el regreso, el sueño es una desencarnación diaria de cada alma, y en el vestíbulo del sueño del Cielo los separados se encuentran de nuevo y se regocijan en el triunfo de la vida sobre la impotencia de la muerte. Una vez que comprendas esta gran verdad, entonces vuelve tu rostro esperanzado hacia el recuerdo de ella, y la sombra de la tumba pronto será devorada por la victoria.

Puedo entender que algunos de mis críticos se vuelvan hacia mí con la pregunta: "*¿Cómo es que, si esto es como dices, la verdad de tal provisión no ha sido demostrada al mundo antes?*".

Respondo que ha sido declarada por la enseñanza y resurrección de Jesús, pero los intereses de una teología eclesiástica han exigido que se ignore lo primero y se trate lo segundo como una excepción en lugar de la exposición de una ley permanente. No me corresponde a mí considerar ni explicar las inconsistencias y contradicciones que surgen y dejan perpleja a la humanidad con esta decisión. Las señalo y sigo adelante, remarcando que la ignorancia humana respecto de una ley natural no es argumento en contra de su verdad: la telegrafía inalámbrica y la telepatía —por no mencionar una docena de otros descubrimientos recientes— eran posibilidades accesibles hace siglos, si el hombre hubiera estado en condiciones de entrar en posesión de ellas. Todos los grandes dones de Dios —los descubrimientos aún inimaginables de la ciencia— se encuentran accesibles a lo largo del camino del desarrollo para quienquiera que avance y los busque. Dios no arroja sus tesoros más ricos en el regazo de la indolencia: quienes buscan, encuentran. La ignorancia engreída nunca es un administrador confiable, pero los secretos del Señor están con aquellos que esperan hacer Su voluntad y le temen diariamente. No siempre es seguro juzgar el valor de un hombre por el abrigo que viste, ni estimar la verdad por el oropel prodigado sobre sus envoltorios. Las cosas no son invariablemente lo que parecen. La matriz de una gema rara vez tiene un aspecto atractivo. Algunas flores florecen tarde, pero no siempre son las menos hermosas. Así que, si bien esta verdad que ahora declaro ha sido descuidada y rechazada durante tanto tiempo, todavía huele a su virtud original, a pesar de la intolerancia sacerdotal.

Sin embargo, cada paso de nuestro viaje será fructífero en cuanto a investigación, enseñanza, sorpresa y desarrollo insospechado, por lo que nos será imposible demorarnos indefinidamente. Estamos recorriendo el sendero de la vida en el que se encuentran esparcidos los estudios de la eternidad. ¿Sería raro que nos resulte necesario volver una y otra vez, para encontrar, donde nos encontramos hoy, las raíces de los temas que serán los que primero atraigan nuestro interés en algún futuro lejano? Nunca agotaremos lo inagotable; recopilemos, por tanto, los pensamientos que puedan ser útiles en el presente y dejemos el resto para una temporada más conveniente.

Otro punto de cierta importancia para el momento se impone aquí a mi atención, al que debo dirigir ahora mi mente. Surge de los nombres con los que nos saludamos cuando levante la cabeza de mi madre:

«Vaone -¡Aphraar!».

Ya he señalado cómo ciertos acontecimientos actúan como resortes que, al ser tocados, liberan una multitud de recuerdos hasta entonces insospechados. El levantamiento de esa querida cabeza actuó sobre otro punto de recuerdo para mí, de modo que recordé aquellos nombres que tanto nos eran familiares en nuestra comunión del sueño, esos nuevos nombres que todos esperamos recibir como

uno de los dones de la inmortalidad. Pero conocí más cosas, en ese recuerdo recuperado: por última vez la había llamado “Madre”. Con todas las demás distinciones y diferenciaciones terrenales, ese más dulce y querido de todos los epítetos ahora había sido dejado de lado. No existe una relación tal como la de madre e hijo reconocida en la inmortalidad.

Tal afirmación puede parecer a primera vista un absurdo sorprendente, pero consideremos lo que esto significa antes de llegar apresuradamente a una conclusión; y entonces descubriremos que si una superstición acariciada tiene que ser abandonada de mala gana, en la verdad por la cual será reemplazada recibiremos algo mucho mejor, para que lo apreciemos en mayor medida.

La verdad y el sentimiento [*sentiment*] no siempre están inseparablemente unidos, ni el sello de la antigüedad es garantía de autenticidad; por lo tanto, es necesario que los hombres se aseguren de si sus opiniones descansan sobre la base cierta de una ley comprobada, o simplemente sobre las supersticiones de la falta de fiabilidad atmosférica. Pablo, siguiendo la enseñanza de Cristo, ha declarado de una vez por todas la ley de que la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios [*ref.*], y si es así, seguramente las limitaciones peculiares de la carne también están excluidas de la región del espíritu, para que fuerzas más amplias y más divinas puedan ponerse en operación armoniosa.

Sin embargo, la expectativa de una familia reunificada ha sido una creencia tan acariciada a través de todos los tiempos que exige una consideración reverente y comprensiva, y yo trataría de ello en la investigación que la verdad me exige hacer.

Ahora bien, en la Tierra, este supuesto ideal de un círculo familiar exclusivo e ininterrumpido es mucho más una fantasía poética que una realidad práctica. Es una concepción imposible que ningún hombre o mujer cuerdo intentaría realizar. ¿Nos molesta la ampliación del círculo familiar para admitir las sucesivas llegadas que lo hacen crecer? Cuando los muchachos están creciendo, ¿con qué frecuencia es necesario enviar a uno a una ciudad lejana o incluso a un país extranjero, para alejarlo de la influencia de compañeros o tentaciones? Las exigencias de la educación, los negocios y el éxito hacen más incursiones. Los problemas financieros y de otro tipo, o alguna oportunidad de oro, hacen deseable que una hija se vaya; o también aparece el amante inevitable por el cual la muchacha está dispuesta a dejar a padre, madre y hogar. En todas estas y muchas otras circunstancias que tienden a la ruptura del círculo familiar, ¿se plantea el ideal acariciado como una exigencia de respeto? ¡NO! Ni por un momento después de que se reconoce la necesidad de la situación. Se escucha un suspiro, con frecuencia una lágrima, y luego la admisión de que eso es algo natural, a veces deseable, y de inmediato toda la familia comienza a ayudar a lograr la consumación.

El matrimonio se lleva a uno de los miembros, y para formar el nuevo círculo hay que romper dos ya existentes, que nunca se volverán a unir sin romper el tercero, hecho que nos pone de inmediato frente al problema de cómo es posible que una familia esté completa en el Cielo. Esto sólo se podría lograr parcialmente si cada grupo individual se quedara sin padres, cuyos dos miembros serían necesariamente separados para completar los círculos de los que cada uno había sido extraído. ¿Sería esta una realización ideal de una familia reunificada?

Además de estas fuerzas desintegradoras físicas, tenemos otras de un carácter separador mucho mayor, que se encuentran en el dominio del gusto, la moral, el intelecto, el arte, la ciencia y todos los demás departamentos de la vida civilizada. En todos estos departamentos se forman círculos de intereses que con frecuencia ejercen una influencia más fuerte para el bien o el mal del individuo

que la del parentesco de sangre. Sin embargo, se reconoce y defiende la necesidad de la existencia de muchos de ellos, aunque el efecto se vea en una división cada vez mayor respecto de los demás miembros de la familia. La idea de un círculo unido nunca se plantea cuando tal restricción arruinaría una carrera prometedora.

Así, cuando la ley natural se viola o la evolución intelectual se ve obstaculizada por la continuidad del círculo ininterrumpido, el hombre está siempre dispuesto a sacrificar lo último para que se sirva a lo primero.

Pero tenemos que considerar otra etapa aún más elevada. La relación espiritual de alma a alma está muy por encima de la que se puede alcanzar mediante la carne y la sangre. Ya no estamos en la región de la limitación cuando ascendemos a donde se encuentran las afinidades eternas. En esta existencia, Dios es el Padre universal, y todas las naciones de los hombres son igualmente hijos e hijas, de modo que *'toda la familia de la Tierra y del Cielo son una'*. En comparación con esta Paternidad, ninguna otra pretensión parental puede sostenerse. Lo accidental de un momento no puede exigir una pretensión más importante que las leyes eternas; ni la autoridad delegada durante una hora, en y para el servicio de Dios, puede tener precedencia en la fidelidad divina del alma. Sólo puede haber una familia en el Cielo, en la que toda la humanidad, de todo clima, color, lengua y nación, tendrá rango de hermanos, y Dios será el Padre de todos.

Los lazos de sangre, con todas las demás distinciones y limitaciones terrenales, quedan muy atrás, bajo la custodia de la aduana de la tumba; pero se conservará todo parentesco espiritual y toda fracción de memoria sobre la relación que nos unía, no como madre e hijo —tal reconocimiento nos mantendría demasiado separados—, sino en la más santa unión de alma con alma, vínculo que nunca puede romperse, ya que la bendición de Dios une a todo amor verdadero de modo que nada puede separarlo.

Por lo tanto, cuando consideramos razonablemente esta idea sentimental de una familia unida, incluso en sus aspectos terrenales, descubrimos de inmediato lo poco práctica e imposible que es, pero cuando la llevamos más allá y tratamos de imaginarla en las condiciones enormemente cambiadas de una vida puramente espiritual, uno sólo puede preguntarse cómo se permitió alguna vez que la cuestión fuera aceptada seriamente. La idea de una familia indivisa siempre está subordinada a los intereses individuales. Este es un axioma fundamental que se reconoce en la Tierra y que nunca será perturbado; por lo tanto, nunca se perderá nada que tienda al bienestar. Las incongruencias surgen cuando los hombres postulan la continuidad de las limitaciones físicas como regla y ley de las condiciones espirituales, y de este error proviene nuestra concepción errónea de la familia. El amor de padres y madres tiene una función necesaria que desempeñar en la Tierra, que de ser vital al principio, gradualmente se desvanece hasta que el niño aprende a actuar por sí mismo —incluso a resistir y desafiar la autoridad parental—, y entonces asume él mismo el papel parental. En el reino espiritual, cuando el niño nace se convierte en hijo de Dios y la Paternidad la asume el Eterno en cuyos grandes círculos familiares humanos serán formadas uniones —más cercanas o más distantes—, hasta que toda la raza se vuelva una en Él.

No perdemos nada en esto excepto un vínculo artificial que rara vez es más que superficial, y que a menudo es incómodo y molesto; pero ganamos mucho. El vínculo entre Vaone y yo es mucho más cercano que el de madre e hijo. Nunca olvidaremos todo lo que hemos sido el uno para el otro, pero la barrera física ha desaparecido. Así como el amor que conocemos es mayor, más dulce, más fuerte de lo que yo había concebido hasta entonces, así también mi copa es más grande, y más satisfactoria

de lo que podría serlo por el amor de una madre ganado. Así que si el Paraíso me ha quitado, o más bien, si he descubierto que se ha desvanecido, una ilusión acariciada, también he sido recompensado con el descubrimiento de que la expectativa que había formado era completamente indigna de la realidad '[*que Dios ha preparado para quienes lo aman*](#)'.

Estas dos lecciones las aprendí y comprendí, en la alegría de reunirme con aquella por la que había sufrido y buscado durante tanto tiempo.

Capítulo 3

El amor de Dios

¿Te he decepcionado y descorazonado al comienzo de nuestra comunión al tocar e intentar destruir uno de tus ídolos más queridos? Si es así, y tengo pocas dudas al respecto, permíteme pedirte que lo soportes por el momento lo mejor que puedas. Sé algo de la ternura del tema sobre el que me he visto obligado a hablar, puedo comprender cómo se encoge el corazón ante la idea de renunciar a la esperanza que afirmo que es una ilusión, pero ¿no está la historia del pasado sembrada de fragmentos de las ideas erróneas que la verdad ha obligado a nuestra ignorancia a desechar?

El cirujano que clava profundamente su bisturí no es necesariamente el enemigo de nuestro bienestar, sino más bien nuestro verdadero —aunque doloroso— amigo; es el crecimiento extraño y peligroso que extirpa lo que hace necesaria la operación que realiza. Así, en nuestro desarrollo espiritual, los enemigos de la verdad y de la salud deben ser eliminados antes de que se nos permita entrar en los atrios interiores de la casa del Padre. No estoy del todo desprevenido para las airadas exclamaciones y duras acusaciones que se proyectan durante la operación, pero también sé que en los próximos días descubriréis que, en el lenguaje de un conocido himno

«*Lo amargo es dulce, la medicina es alimento*» [[ref.](#)].

y puedo esperar hasta ese momento para escuchar tu opinión tranquila y agradecida.

*«Si sólo conociéramos la belleza de la flor
por su potencial escondido en la tosca semilla —
su forma, su perfume y su brillante resplandor—,
¿cómo podríamos apreciarla?
Pero, he aquí que no le hacemos caso;
la tratamos con desdén,
porque habíamos imaginado que sería
exactamente en la semilla como en la flor,
¡y que ya deberíamos ver su rica perfección!
No es así, hijo mío, pero sólo ojos experimentados
pueden rastrear, en la semilla, esa flor que tanto apreciaremos».*

Si el ojo no ha visto, ¿cómo es posible para nosotros concebir? Los pocos que han regresado hasta ahora han tenido tanto que contar, que no me sorprende la prevalencia de ideas erróneas, especialmente cuando repaso mis propias experiencias. Pero ahora que el verdadero significado de la resurrección de Jesús está siendo tan claramente comprendido y su ministerio establecido, eliminaremos gradualmente estos errores y daremos a conocer la verdad de Dios. No lo haremos a fuerza de anatemas, sino apelando a la razón. Si no podéis aceptar nuestro mensaje, seguiremos el ejemplo de Cristo: apartaos. El futuro decidirá la cuestión de la verdad, y por esa decisión todos seremos absueltos o condenados a pena.

Tampoco quiero que me malinterpretéis cuando hablo de penalizaciones. Los caminos de Dios son más elevados que los caminos de los hombres, y las penas que Él impondrá serán en cada caso las que sean la justa consecuencia de la ofensa. No todos los pecados ni todos los pecadores merecen el mismo castigo. Por lo tanto, no amenazo con el infierno porque pudiera dudar honestamente de lo que digo. Cuando la verdad os sea dada a conocer por la experiencia, entonces comprenderéis como yo comprendo ahora, y si por negaros a considerar lo que os he expuesto aquí lo habéis rechazado, habréis perdido la ayuda y la asistencia que tenía poder para prestaros, y os encontraréis muy atrasados respecto a donde tuvisteis la oportunidad de estar, y el pesar por lo que podría haber sido formará la pena que el Paraíso exigirá. Dios es amor, no venganza. Permíteme arrojar este rayo de luz sobre la transitoria decepción de la verdad que he declarado.

Proseguiré ahora con mis experiencias reales.

Habiendo hablado de una alucinación que había sido disipada, me gustaría contar qué alegría inesperada vino a mí en su lugar, pero ¿cómo voy a lograr mi deseo? Isaías, el de la lengua de plata, en la visión parcial que se le concedió, sólo pudo exclamar: '[Desde el principio del mundo los hombres no han oído, ni el oído ha percibido, ni el ojo ha visto... lo que \(Dios\) ha preparado para el que le espera](#)'; y Pablo, que había sido arrebatado para contemplar la gloria, al comparar las experiencias de la Tierra con la recompensa reservada, declaró: '[Nuestra ligera aflicción, que no es más que un momento, nos produce un peso de gloria mucho mayor y eterno](#)'; ¿cómo, pues, puedo esperar pintar o describir la plenitud en la que entré?

Había perdido algo. Sí. Había perdido la sombra ante el sol, la cascarilla del trigo, la espina de la rosa, la posibilidad de una disonancia en la música, la incertidumbre de que un temor pudiera sobrevivir en el seno de la alegría, la duda de si la santidad apresurada era perfecta o parcial, la pregunta de si Dios era estrictamente justo. Todo esto lo había perdido —perdido por completo y para siempre—. La muerte sacudió el último vestigio de toda duda y misterio respecto a ello, y cuando el terremoto mental se hubo consumido, abrí los ojos a '[un cielo nuevo y una tierra nueva en los que mora la justicia \[righteousness\]](#)'. La justicia establecida sobre una base de ley, no empequeñecida y modelada para adaptarse a las limitaciones del hombre; mientras que mis propios poderes, concepción y entendimiento se ampliaron para comprender algo del esquema ilimitable tal como lo diseñó Dios. Digo "algo", pero era sólo una pequeñísima parte del magnífico y formidable amor, que en longitud, anchura y altura iba mucho más allá de mi comprensión. Pero por encima, por debajo, alrededor, todo era armonía, paz y descanso. Me encontraba en el umbral de la calma eterna y sin sombras.

Lejos, muy lejos, en las imponentes profundidades de aquella soledad profundamente divina, mi pobre ideal terrestre del Cielo había llegado al corazón del Padre. Su torpe modelo le hablaba elocuentemente de impotencia; era más tosco para su concepción que el esfuerzo del salvaje por moldear una deidad, pero hablaba del querido deseo de un corazón, de un gran anhelo que ansiaba ser satisfecho, del Cielo que proporcionaría toda la felicidad que yo tenía poder para concebir. Ahora, en cuanto a la maravilla de mi existencia: Él tomó mi plan, el modelo que yo había construido en la incompetencia de mi ignorancia, y, conservando su contorno, el Amor trabajó sobre él, y a partir de sus imperfecciones preparó el resto al que me había dado entrada. Era mi Cielo, ampliado, completado y amueblado por el amor de Dios, y así como trascendía todo lo que yo podía pedir o pensar, así también debo fracasar al transmitir la desbordante plenitud de alegría que inspiraba.

Fue más que esto, pues cuando Él había ensanchado tanto mi cielo, después amplió tanto más las facultades de mi goce para que yo pudiera apreciar y entrar más en su gloria.

¿Fue mayor la ganancia que la pérdida? Sí, como Dios es más grande que el hombre.

Así de indeciblemente superior a mi imaginación era la mansión del alma en la que yo había sido recibido. Me proporcionó los tres grandes deseos de mi corazón —madre, hogar y Cielo— más allá de toda expectativa.

La compañía tiene mucho que ver con la medida de la felicidad alcanzada en el Paraíso. Cuando Myhanene estaba a mi lado, en el tejado de mi nuevo hogar, me quedé encantado con la belleza de la escena que se desplegaba ante mí, pero por muy cortés que él fuera, y tierno con un afecto verdaderamente divino, la sensación de su condición me sobrecogió hasta que sentí algo parecido a lo que debió sentir Pedro cuando rogó al Señor que le dejara. Fue después, cuando estuve de pie o sentado junto a Vaone en aquel entorno, cuando entré en el pleno disfrute del dulce reposo. La magnificencia y la belleza que veía cuando Myhanene estaba presente palpitaban de vida y amor en la simpatía con aquella, mi más cercana y querida. En las alturas y profundidades de las meditaciones de Myhanene me perdí, pero Vaone y yo vagábamos de la mano, alma con alma vibrando en simpatía, y la música oída por una resonaba a través de la otra.

Con Myhanene me encontraba cerca del centro de un valle cerrado entre montañas, que se extendía a lo lejos en todas direcciones, pero el hombre me fascinaba más que el paisaje; veía visiones para las que yo estaba ciego, oía música que no podía llegar a mis pesados oídos, mantenía una comunión que yo no podía comprender. Por su rostro cambiante pasaban luces de inspiración que yo no podía leer, y a través de él palpitaba una presencia que yo anhelaba amar pero temía conocer. El era inocente de esto, estoy seguro, o en su regia condescendencia se habría rebajado a mi condición, pero yo no lo hubiera querido así. Más bien me gustaría estar con él tal como es, pues aunque casi temo verle, cuando se marcha persiste en mí la esperanzada aspiración de levantarme y alcanzarle, donde estaré mucho más cerca del Cristo que él tanto ama.

Con Vaone todo era distinto. Sentados uno al lado del otro, descansábamos en un tranquilo contento, mientras el panorama ante nosotros se volvía empapado de vida —vida libre de dudas, incertidumbres y preocupaciones—. La escena que tenía ante mí era de una belleza indescriptible, pero su encanto se centuplicaba por la fuerte e inherente seguridad de que todo estaba —y debía seguir estando— bien. El mundo interior y el exterior, por primera vez en mi experiencia, iban al perfecto unísono; ni siquiera estaban tan divididos como para producir armonía; era al unísono completo. Supe instintivamente que Dios gobernaba, y que todo lo que existía vivía, se movía y servía en rítmica armonía con Su amorosa voluntad.

Esta consciencia profundamente arraigada inspiró descanso, el descanso que permanece, un descanso sincronizado con la paz de Cristo que el mundo no puede dar ni quitar, porque el mundo es finito, el descanso y la paz infinitos, y por lo tanto permanece esperándonos como la compensación excesivamente grande y eterna por la ligera aflicción momentánea que la Tierra impone.

En el dulce solaz de estas comuniones casi ininterrumpidas, ahora con Vaone y luego conmigo mismo, una vez se me planteó un problema que medité durante mucho tiempo sin poder encontrar entonces una respuesta satisfactoria. Ahora lo comprendo, y como toca un punto que volveré a mencionar, me referiré a él para que veáis cuán sensible se vuelve el alma hasta en el más mínimo detalle. El descanso más lujoso y cuidadosamente considerado que ofrece la Tierra nunca es del

todo perfecto. Cuando hemos hecho todo lo posible, cuando la simpatía y la consideración se han agotado, siempre queda algo que falta, alguna nimiedad inalcanzable por la que suspiramos. Esto no fue así en mi experiencia del Paraíso; por el contrario, en aquel momento —aquí está el hecho que deseo que conste— quedé algo impresionado con la sensación de que, más bien, el descanso era exagerado. Era demasiado completo, tendiendo casi a una satisfacción indolente, a menos que se ejerciera resistencia.

He conjeturado que Myhanene veía visiones mientras contemplaba el paisaje elíseo visible desde el tejado de nuestra casa. En más de una ocasión me he visto así favorecido, y aquí me gustaría recordar una de las primeras, ya que ilustra lo estrecho que puede ser el vínculo entre la Tierra y el Paraíso.

Estaba escuchando el dulce dueto que entonaban entre sí el silencio y el resplandor del color que vestía las lejanas montañas. Vaone estaba a mi lado, embelesada con las suaves y melodiosas tonalidades de color. Todo el valle estaba igualmente en reposo, cuando me di cuenta de que una interferencia se deslizaba sobre la escena. Todos los puntos familiares de la perspectiva permanecían claramente visibles, a los que se estaba añadiendo algo placentero, y con creciente alegría observaba para ver qué ocurría. Era un efecto extraño, casi anómalo, pero en absoluto molesto, que se deslizaba por todo el paisaje como un fantasma agradable, pero invisible, que se afirmaba. Vaone lo vio, y con la suave presión de su mano me aconsejó que observara. Así lo hice, y en seguida me asomé al ver caras conocidas que se perfilaban bajo los árboles, a la orilla del río, y formas un tanto familiares que iban y venían a mi alrededor. Los contornos de una sala de misión [sala de edificio religioso] mal iluminada y escasamente amueblada tomaron forma y se mezclaron con los detalles del valle. ¡Qué extraño y a la vez armoniosamente incongruente era el efecto! Conociendo como conocía la [pequeña Sión](#), donde había pasado tantas noches en mi simpatía con la congregación agobiada por las preocupaciones, ¡qué mágica transformación experimentó para estirar sus confines y llenar toda la escena en su mezcla! Pero lo hizo, y por un momento los dos se convirtieron en uno, no sólo en los contornos de sus rasgos inanimados, sino que los hombres (¡ay! había muy pocos entre los visitantes), las mujeres y los niños se entremezclaron, y la música que habíamos estado escuchando hasta entonces se apagó, como el final de un preludio que introducía un himno misionero favorito:

*«¡Hermoso valle del Edén!
Dulce es tu calma de mediodía;
sobre los corazones de los cansados
respirando tus oleadas de bálsamo.

¡Hermoso valle del Edén!
Hogar de los puros y bienaventurados.
¡Cuán a menudo, en medio de nubes indómitas,
sueño con tu descanso, dulce descanso!»* [\[ref.\]](#).

Nada en todas mis experiencias me había conmovido hasta entonces con el patetismo de esa canción. Dios sabe que con mucho gusto me habría vuelto a poner al hombro mi cruz terrenal si al hacerlo aquella congregación mal alimentada, escasamente vestida y cansada hubiera podido dejar sus cargas y ocupar mi lugar. Por un momento el pesar casi pareció ensombrece la escena, pero una voz suave susurró desde lo alto de la inmensidad dentro de mí: '[Serán Míos el día en que prepare](#)

mi tesoro especial', y en la confianza de que la promesa estaba asegurada, la nube se retiró. Yo estaba satisfecho.

Dejaré que la canción sugiera su propia descripción del lugar. Cualquier intento de ampliarla la estropearía. Tales placeres no pueden ser detallados —son experiencias—. No se pueden concebir, sino que hay que entrar en ellos. Se nos dice que 'los ángeles pliegan sus alas y descansan' en las hermosas llanuras de Killarney, y ¿quién puede extrañarse de ello después de detenerse en este encantador lugar? Pero Killarney no es el Edén, donde cada detalle del lugar está perfumado con una presencia más sagrada:

*«Este es un hogar de ángeles, no un descanso de ángeles,
amueblado y listo, todo en orden
para albergar a nuestro Dios al pasar,
porque Él se quedará en este claro sagrado».*

Alguien me preguntará cuán lejos de la Tierra está tal hogar. Pensar en él, con todas las bendiciones que incluye, hace que el corazón tenga hambre, y que el alma clame con el salmista: '¡Oh, si tuviera alas como una paloma! porque entonces volaría y descansaría'.

Permitidme responderos. En las cosas de que hablo, lo cercano o lo distante no consiste en millas geográficas, sino en condición. Me he abstenido cuidadosamente de cualquier análisis elaborado de mi desarrollo espiritual en la vida terrestre, sin dejar de dar unos indicios y sugerencias en el curso de mi narración, tales que fácilmente te ayuden a formar una estimación tolerable de la posición que ocupé. Pero lo que fui (en la Tierra) determina lo que soy (en espíritu), y el lugar donde estuve me aclimató para el lugar donde estoy. Considerándolo de manera espiritual, no estoy más que a dos pasos de la Tierra, pero la etapa intermedia la reservo, para pronto considerarla más detenidamente.

Esto debería inspirar esperanza de inmediato, y hablo con la plena confianza de conseguirlo. No estoy describiendo una etapa de la vida más allá de la tumba, elevada y difícil de alcanzar. Sería una burla hacerlo, minusválidos y extraviados como están la gran mayoría de mis semejantes. Hablo de lo que es fácilmente alcanzable por cualquier hombre, independientemente de sus circunstancias, si acepta la regla de oro y se esfuerza honestamente por ponerla en práctica. Más allá de mí hay etapas de indescriptible esplendor reservadas para aquellos que siguen la vida de Cristo como para ser dignos de entrar en ellas, pero de éstas tampoco me propongo hablar ahora. La mayoría de los hombres no piensan seriamente en esta vida (espíritu) que, para ellos, se encuentra en un más allá muy dudoso, habiendo descubierto que los hombres que la proclaman (sacerdotes) no saben más que ellos mismos. Mi único objetivo es despertar este interés dormido mediante la simple narración de mis propias experiencias. La verdad es poderosa para derribar la fortaleza del error, y el resultado de mi anterior esfuerzo me convence de que la humanidad no es indiferente a la consideración de una vida futura que combine la inteligencia con la espiritualidad.

La visión se desvaneció, pero las lecciones que me impuso siguen conmigo, y han tenido mucho que ver con el mensaje que ya he transmitido, con el que ahora me ocupa. Después de todo, no estaba tan lejos de mis antiguos amigos, y la visión fue una patética súplica para ser recordados en mi nuevo y más feliz hogar. Me estimuló a la acción, me hizo preguntarme si entre el grupo familiar del valle habría otros que hubieran cruzado las puertas de aquella Pequeña Sión, y me impulsó a conocer a mis vecinos más de cerca de lo que lo había hecho hasta entonces. Sí, ¡sí! Había otros que ya conocía, y muchos que no había visto antes, que habían venido de aquel y de otros rincones

oscuros de la gran viña de Dios. Esto volvió a dar a mi hogar un encanto adicional, y más entusiasmo a la obra que había decidido emprender, si era posible.

En otra ocasión, mientras meditaba sobre las bellezas que me rodeaban, pregunté a mi amada:

«Me pregunto si este fue el cielo al que Pablo fue arrebatado».

«¿Por qué lo preguntas?».

«Porque parece responder tan completamente a lo que él escribió al respecto: *'El ojo no vio, ni el oído oyó, ni ha concebido corazón de hombre lo que Dios ha preparado...'*».

«Continúa -murmuró ella-; ¿Por qué no terminas la cita?».

«Prefiero dejarla sin terminar. Pero seguramente este debió ser el lugar que vio».

«Yo creo que no. Él llamó al suyo el tercer Cielo, este es sólo el primero».

«Sin embargo, si él hubiera visto lo que yo he visto, lo habría encontrado igualmente imposible de expresar. Pero si este es sólo el primero, ¿cómo será el tercero?».

«Eso no puede entrar en nuestras mentes concebirlo en la actualidad. Estemos contentos y satisfechos hasta que hayamos disfrutado de todo esto. Pero dime, ¿por qué no terminaste la cita de Pablo?».

«Simplemente era que, para mi propósito, naturalmente terminaba donde la dejé. No soy tan competente para hablar del amor de Dios como el rabino-apóstol».

«¿Y por qué no, Aphraar?».

«Porque los hombres lo han revestido de tantos ropajes fantásticos, y lo han rodeado de tal complejidad de condiciones y adaptaciones, que por completo dejé de saber lo que era verdadero o falso con respecto a ello, y me aparté de cualquier profesión de seguirlo».

«¿Estás seguro de eso? -preguntó ella con ternura-; ¿Recuerdas la visión, cuando casi deseabas poder intercambiar la posición con aquellos que has dejado atrás?».

«Ah, Vaone; si comprendieras el sufrimiento de esas solitarias almas sobrecargadas, también lo desearías».

«Pero cuando estabas con ellos, ¿no hacías lo que podías para ayudarles?».

«Hice un poco ocasionalmente, ni de cerca todo lo que podía —nada comparado con lo que desearía haber hecho—».

«Aun así hiciste algo, y por poco que sea ese algo servirá igualmente a mi propósito de mostrarte que fue hecho para Dios [*for God*]. Incluso *'un vaso de agua fría dado en Mi Nombre de ninguna manera perderá su recompensa'*».

«Pero lo que hice no fue ni en el Nombre de Jesús ni en el Nombre de Dios. No pensé en ninguno de los dos. Fue sólo por el bien de la humanidad. ¡No, no! Vaone, no me atribuyas intenciones o motivos que ni una sola vez pasaron por mi mente».

«*'En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí me lo hicisteis'*. ¿No es eso suficiente?», inquirió ella, y el brillo confiado de sus suaves ojos amorosos me iluminó con la luz de otra revelación.

«¿Puede Dios interpretar tan generosamente un esfuerzo tan insignificante?», le pregunté.

«Lo hace. ¿Imaginaste que podías medir Su bondad por cualquier concepción terrenal posible? Escúchame, Aphraar, y deja que tu experiencia demuestre lo que digo; las falacias y conceptos erróneos de la vida inferior respecto a Dios y la inmortalidad se basan todos en argumentos invertidos: los hombres construyen sus concepciones de Él en base a sí mismos, en vez de aprender primero a conocer algo de Él, y formar sus ideas acerca del hombre en concordancia con la filiación divina».

«Mi opinión siempre ha sido que un antiguo concilio se estableció, en su capacidad corporativa, como una regencia divina, con Dios subordinado a sus decisiones, después de lo cual los líderes de las facciones se pelearon para ganar el ascendiente, dividiendo a la Iglesia y dejando así una autoridad en una condición naufragada, de la que nunca se ha recuperado. Pero para ti y para mí todo esto es ya del pasado, y me gustaría saber de aquellas cosas que conciernen a nuestras vidas presentes. Dime, en la generosa interpretación que has hecho de los actos triviales a los que te has referido, ¿no te habrás formado una conclusión errónea?».

«¡No! -su respuesta fue hecha con soñadora confianza, como si su voz hubiera sido utilizada como el instrumento de una autoridad invisible; luego continuó-; Los errores pueden surgir y surgen en los tribunales de la Ignorancia, pero Dios reina aquí. Su ley es perfecta. Su justicia actúa con precisión automática. La rectitud es natural, mientras que el error sólo puede asegurarse con esfuerzo. ¿Lo entiendes?».

«Apenas».

«Tal vez no -respondió ella en el mismo tono abstraído-; Apenas te has librado de las últimas influencias de la Tierra en este momento, y llevas inconscientemente viejos hábitos de pensamiento a tu nuevo entorno».

«Creo que tienes razón en eso -respondí-; todo me parece tan extraño, al no estar mentalmente preparado para ello, que a menudo siento como si quisiera volver atrás para comprender».

«Eso se debe en gran medida a la forma de tu traducción».

«¡Ah! -exclamé, contagiándome de la esperanza que me inspiraban sus palabras-; cuéntame algo sobre eso. Sé tan poco, y todo es tan confuso. ¿Por qué nos dejaron a mí y al niño que traía conmigo solos en la ladera, sin que tuviera nadie cerca, cuando me desperté, a quien pudiera pedir información? ¿Por qué no nos llevaron a una de las casas de acogida, como las que he visto, y nos dejaron dormir hasta que todas estas influencias terrenales se rompieran?».

«Los casi innumerables métodos por los cuales se efectúa el proceso de la desencarnación -respondió ella- son perfectamente naturales, y están determinados únicamente por las circunstancias precedentes. Los que duermen lo hacen por una de estas tres causas: una enfermedad persistente que deja una sensación de agotamiento en el alma; el deseo de vivir, que produce algo análogo a la histeria por el momento; o una pena incontrolable en los que se quedan atrás, que tiende a atraer al recién liberado de nuevo a la Tierra. Para todos estos casos se prevé un período de sueño durante el cual el alma se adapta a su nueva vida. Pero en tu caso no existía ninguna de estas causas. Llegaste por accidente —tal como se diría en la Tierra—, estabas bastante sano y, lo que era mucho más ventajoso para ti, no tenías un deseo muy fuerte de continuar en el cuerpo. Tu única gran atracción -y me miró a los ojos con cariño- ya estaba aquí, de modo que la separación fue

consentida de buen grado, y no fue preciso más que una breve pausa para recuperarte de la conmoción. En cuanto al resto... bueno, ¿puedes imaginar cómo podría haberse arreglado mejor?».

«¡No! Eso lo admito con gratitud. Es la confusa perfección y la considerada adaptabilidad de todo lo que me deja perplejo. Es demasiado bueno. No soy digno de ello, y por eso no logro entenderlo».

«Ahora tengo que hacerte retroceder de nuevo de un extremo al que has llegado a menudo antes -respondió ella con ternura-; Tal vez sea demasiado bueno, pero siempre debe ser así porque es de Dios. Recuerdas el viejo ejemplo: el hijo pródigo se habría contentado con ser un criado, pero el Padre le dijo: *'Trae la mejor túnica y pónsela; ponle un anillo en la mano y zapatos en los pies'* [[ref.](#)]. En la antigua vida podías cubrirte la cabeza y apartar todo pensamiento de Dios; pero aquí debes caminar con Él y conocerle como realmente es».

Sí, ella comprendía mi "concienciación" siempre presente, y se alegraba de que cada nueva experiencia demostrara hasta qué punto estaba yo completamente a cubierto [*hedge around*: "a cubierto", cercado, protegido (por lo que parece); aquí he traducido forzosamente "consciousness" por "concienciación", pues creo que el párrafo quiere decir que él estaba así como demasiado "consciente-preocupado", y Vaone se alegra al constatar cómo funcionan las leyes de Dios].

Volviendo mis pensamientos en otra dirección, pregunté:

«¿Quieres contarme algo sobre ti? Mi padre, ¿le ves alguna vez?».

Me arrepentí a medias de haber hecho esta última pregunta, pero ella adivinó instantáneamente mi pensamiento y, tomando asiento, me indicó su deseo de que me sentara a su lado. La dulzura de su rostro no se ensombreció, más bien se suavizó al desaparecer la sonrisa y dar paso a una mirada de tranquila y reposada satisfacción.

«¿Por qué retrocedes en tu investigación?», preguntó.

«No sabría decirlo. O tal vez estaba —debería decir quizá— medio temeroso de no tener derecho a hacerla».

«Tienes todo el derecho, si tienes interés, a indagar sobre una relación de la que surgió tu existencia. He visto a tu padre una vez, en estado de sueño. No me reconoció, así que no hablamos. Era mejor que así fuera, ya que nuestra relación no había sido más que una fría amistad, y siempre resultaba irritante. Nuestro matrimonio fue una oportuna conveniencia que salvó a mi padre de cierta situación desagradable —un arreglo que nunca se me permitía olvidar—. Cuando tu hermana nació, ella fue inmediatamente retirada de mi control, y entonces llegaste tú y apenas tuve tiempo de besarte antes de que terminaran todos mis problemas. No hay nada más que contar sobre esa parte de mi vida».

«¿Pero tus propios amigos?», pregunté.

«También en eso tuve la misma desgracia. La aversión de mi madre hacia los niños estaba muy arraigada, y aunque yo era su única hija, nunca perdonó mi intromisión. Falleció cuando yo tenía pocos años, y mi recuerdo de ella está más teñido de miedo que de amor. No te sorprenderá saber, por tanto, que no he hecho ningún esfuerzo por encontrarlos desde mi llegada. Podría hacerlo fácilmente, pero en ausencia de amor y simpatía, estoy segura de que es mejor no intentarlo por el momento. Nos reuniremos cuando nuestro desarrollo supere las dificultades que nos separan, y hasta entonces me contento con esperar».

«¿Y has estado, entonces, completamente sola?».

Se rió alegremente de mi solicitud.

«La soledad, en el Paraíso, Aphraar, sería tan imposible como un verano sin sol. Fíjate en la multitud de amigos que me rodean, en los innumerables visitantes que van y vienen, y en las excursiones a las que me invitan con frecuencia. Además, ¿no has estado conmigo una gran parte del tiempo? No, no, no. Nunca he conocido la soledad».

Esta fue una de las declaraciones más gratas que había oído. Gracias a Dios, su experiencia no había sido similar a la mía. En mi gratitud guardé silencio un rato, reflexionando sobre la diferencia de vida en las dos condiciones, y cuando hube puesto el contraste claramente ante mí, estuve a punto de hablar de nuevo, pero algo me contuvo.

«¿Por qué no lo dijiste, Aphraar?», inquirió ella.

«¿Qué es lo que deseaba yo decir?», pregunté, interrogándome sobre cuánto de mi pensamiento le era conocido.

«¿Te lo digo?».

«Sí».

«Era algo así -respondió-: No importa adónde vaya, lo que vea o sobre qué tema hable, aquí todo se mueve armoniosamente, en círculos estrechos, todos los cuales giran hacia un centro común: el maravilloso y siempre presente amor de Dios».

«Tienes razón -respondí-; así fue, y así debe ser siempre».

Capítulo 4

La resurrección y su cuerpo

Permitidme introducir una explicación que me veo obligado a dar diciendo lo agradecido que estoy por el tratamiento considerado que recibió mi mensaje anterior de parte de mis críticos. Fui defensor de una causa que hasta ahora ha sufrido mayormente por la indiscreción de sus amigos y las prácticas fraudulentas de sus partidarios declarados. Los mal aconsejados buscadores de curiosidad y ganancia han profanado las sagradas asociaciones de la tumba sin tener en cuenta la decencia o el sentimiento, se han arrogado arrogantemente el derecho de rasgar el velo en dos y hacer de la vida espiritual un añadido a las diversiones de salón. Tales profanaciones merecen con justicia el tratamiento que les da la prensa, que siempre debería ser uno de los grandes baluartes de defensa de la sagrada causa de la razón, la ley y el orden.

Naturalmente, esperaba que la página del título de mi libro atraería esa avalancha de críticas adversas que, hasta hace poco, la prensa ha dirigido contra el tema en general. El tratamiento que recibí no sólo me sorprendió, sino que también me aseguró sobre que los oídos de nuestros críticos están abiertos para escuchar con sincera consideración temas que se encuentran muy alejados de los caminos ordinarios, si tan sólo tales cuestiones pueden ser presentadas con algún respeto a la coherencia lógica. Aun así, decir que salí ileso y sin oposición sería falso. Poder jactarme de una ausencia de objeción sería la más grave desgracia, pero reconocer los términos moderados en que se expresó la objeción es un asunto completamente diferente, y es al punto principal así planteado al que deseo ahora dirigir brevemente mi atención.

Algunos de mis amigos, no sólo críticos, sino también entre mis interlocutores a través de cartas, se oponen a lo que llaman mis descripciones materialistas de la vida y los alrededores del Paraíso. Más de uno me ruega fervientemente que recuerde lo que Pablo dice de la resurrección general: *'El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor'* [ref.]. El punto particular que se me objeta es la declaración inspirada de que el Cielo está “en el aire” o “en las nubes”, lo que de inmediato hace imposibles los edificios, los árboles y otros objetos materiales.

Ahora bien, respondo a esto con la franca admisión de que mis declaraciones no las hice como comentarista bíblico ni como teólogo dogmático, sino más bien a partir de la observación y la experiencia personal. Nunca fui un erudito bíblico, y “ortodoxia” era una palabra que siempre consideré que poseía los atributos de un camaleón literario; por lo tanto, como he señalado más de una vez, la evité. Por lo tanto, se me puede disculpar si mi justificación no está formulada exactamente según las líneas de los escolásticos.

Hasta donde entiendo el significado claro de las palabras, esta cita de Pablo está completamente fuera de lugar en relación con el uso que mis amigos le dan aquí. Pablo no afirma que el Cielo esté en el aire o en las nubes, sino que *'el Señor descenderá del Cielo'* al aire para encontrarse con Sus santos, y si esto es así, es imposible sacar ninguna inferencia de este pasaje en cuanto a cuál era la idea que Pablo tenía del Cielo. Además, aunque estoy equivocado según los teólogos al hacer este comentario, la inspiración de Pablo al escribir el pasaje parece ser lo contrario de infalible, porque dice *'nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado'* en el momento del descenso, como si él tuviera la impresión de que la segunda venida iba a tener lugar durante su propia vida. Por supuesto, mi idea puede ser completamente errónea desde un punto de vista ortodoxo, por lo que no insistiré más.

Durante todo el mensaje que escribí supe que no lo estaba redactando según líneas generalmente aceptadas, pero al mismo tiempo no estaba del todo fuera de las Escrituras, y sin más controversias permitidme responder a esta acusación de concepción burda y materialista de la vida después de la muerte con una representación bíblica de la Jerusalén celeste, con la que estoy completamente dispuesto a considerar respondida la objeción:

“[ref.] Y vino a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios.

“Tenía la gloria de Dios; y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal;

“Y tenía un muro grande y alto, con doce puertas, y en las puertas doce ángeles, y nombres escritos en ellas, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel:

“Al oriente tres puertas; al norte tres puertas; al sur tres puertas; y al occidente tres puertas.

“Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

“Y el que hablaba conmigo tenía una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y su muro.

“Y la ciudad está situada y puesta en cuadro, y su longitud es igual a su anchura; y midió la ciudad con la caña, doce mil estadios; la longitud, la anchura y la altura de ella son iguales.

*“Y midió su muro, ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, la cual es de ángel.
 “Y el material de su muralla era de jaspe, y la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio.
 “Y los cimientos de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda clase de piedras preciosas.
 El primer cimiento era de jaspe; el segundo, de zafiro; el tercero, de calcedonia; el cuarto, de esmeralda;
 “El quinto, de ónice; el sexto, de sardio; el séptimo, de crisólito; el octavo, de berilo; el noveno, de topacio; el décimo, de crisopraso; el undécimo, de jacinto; el duodécimo, de amatista.
 “Y las doce puertas eran doce perlas; cada puerta era de una perla; y la calle de la ciudad era de oro puro, como de vidrio transparente.
 “Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de ella.
 “Y la ciudad no tenía necesidad de sol ni de luna que brillaran en ella; porque la gloria de Dios la iluminaba, y el Cordero era su lumbrera.
 “Y las naciones que fueren salvadas andarán a la luz de ella, y los reyes de la tierra traerán su gloria y honra a ella.
 “Y sus puertas nunca serán cerradas de día, porque allí no habrá noche.
 “Y traerán a ella la gloria y la honra de las naciones.
 “Y de ninguna manera entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”*

Si se ha de tomar a Cristo como autoridad en este punto, tampoco se debe entender bíblicamente a la Jerusalén celeste como la única ciudad que se encuentra en el hogar de los redimidos, ya que en la parábola de las diez piezas de dinero, Lucas registra que Él recompensó el servicio individual fiel con el gobierno de cinco y hasta diez ciudades; y si esto es así, ¡cuán grande debe ser el número de ciudades para hacer posible una recompensa tan generosa!

Hasta aquí, en cuanto a la objeción ortodoxa.

Al tratar las críticas, me gustaría señalar una que se hace, no contra mí, sino contra todo el tema de la intercomuni3n, en las palabras de un científico cuyos estudios le dan derecho a ser escuchado: *"El obstáculo más formidable para la admisi3n de la hipótesis del espiritista está en los mensajes que tienden a representar el otro mundo, en el que, al parecer, no se percibe la materia y se desconocen el espacio y el tiempo, que son, de todos modos, una copia servil de éste [mundo], o un esbozo de él... No conozco ningún mensaje en el que el comunicador haya sido lo suficientemente franco para decir: 'Por supuesto, puedes suponer que la forma que tengo aquí no es la misma que tenía en tu mundo'. O también: 'La idea de forma difiere totalmente en nuestro mundo y en el tuyo; no puedo hacerte entender cuál es esa idea aquí, por lo que no tiene sentido que me preguntes'. Desafortunadamente, ni los comunicadores ni los controles hablan así [parece que con "controles" (controls) se refiere a personas ya desencarnadas que controlan la sesi3n, controlando el cuerpo de la/el médium]; todos dicen, o permiten que se suponga, que la forma humana es la misma en ambos mundos".*

(*"La [Sra. Piper](#) y la Sociedad para la Investigaci3n Psíquica"*, por M. Sage. Londres: R. Brimley Johnson, 1903 (pp. 17-34). [[ref.](#)])

Ahora bien, esta supuesta objeci3n de peso no es en realidad más válida que la que ofrecen mis propios críticos de la escuela religiosa. Se basa en datos err3neos y surge totalmente de una concepci3n err3nea de la relaci3n entre las dos condiciones. No me sorprende esto, ya que la posici3n relativa de la ciencia en el lado terrenal nunca puede elevarse a más que la de una clase

moderadamente avanzada en una escuela primaria cuando se la compara con el conocimiento disponible para investigadores similares en el lado espiritual. En una obra notablemente interesante publicada recientemente, *New Conceptions in Science* [*"Nuevas concepciones en ciencia"*], de Carl Snyder [(1869-1946) [ref.](#)], el autor, después de revisar los logros científicos del pasado, vuelve sus pensamientos a lo que hay antes y dice:

“Más allá de todo lo que el ojo puede ver, lo que el oído puede oír, lo que las manos pueden sentir, más allá del gusto o el olfato, más allá de cualquier sentido nativo, existe un universo invisible, imperceptible, cuyos límites apenas estamos empezando a tocar” (págs. 42-43).

En este mundo invisible han entrado los científicos que han abandonado la carne, con todas sus antiguas facultades fortalecidas y aceleradas, y muchos de ellos están dispuestos, incluso ansiosos, de regresar y cooperar con sus compañeros de trabajo para alcanzar éxitos aún inimaginables.

“¿Por qué no lo hacen entonces? -gritan cien voces- Que vengan, y cuando se identifiquen, ya no seremos infieles, sino creyentes”.

Os diré por qué no vienen; por qué la intercomunidad ha sido hasta ahora tan insatisfactoria; y por qué aquellos que son tan plenamente capaces de asombrar al mundo no lo han hecho hasta ahora. Es por la misma razón que Arquímedes y sus colaboradores de Alejandría no alcanzaron los éxitos de la ciencia moderna: carecían de los instrumentos necesarios. Dad a los espíritus científicos, que han ascendido a la región de lo físicamente invisible e inaudible, instrumentos adecuados a través de los cuales transmitir sus estudios, y la cuestión de la intercomunidad pronto quedará universalmente resuelta, y la Tierra será más rica por la asociación así establecida. Incluso con los medios actuales, insatisfactorios y a menudo dudosos, se ha realizado mucho trabajo bueno y útil, y se han despejado poderosas barreras de oposición. Pero si la Tierra reconoce verdaderamente las posibilidades que se están presentando rápidamente, entonces una era más gloriosa amanecerá rápidamente para una humanidad que ha estado oprimida y mentalmente prisionera durante mucho tiempo.

Sé que la condición actual de la comunicación deja mucho que desear; pero no poca de la dificultad surge de la idea de que nosotros, los del lado invisible, somos, o deberíamos ser, perfectos. Esto no es sólo un error sino una injusticia, y cuanto antes se reconozca, mejor. Seguramente ha llegado el momento en que, por consenso común, se debe hacer un intento definido de comprender las dificultades que existen en ambos lados, y se debe hacer un esfuerzo deliberado para superarlas proporcionando el mejor material posible disponible para ese propósito. Con un poco de paciencia, consideración y un reconocimiento de la posibilidad de que no se encuentren todos los cerebros e intelectos en el lado de la Tierra, se podría establecer fácilmente una comunión científicamente útil, para inmensa ventaja de la vida inferior.

La muerte no deroga la ley de la secuencia, sino que la evolución continúa, a través del ser humano superior, hacia lo divino. El alma no experimenta ningún proceso de desconexión, no da ningún salto repentino, no cruza ninguna línea divisoria; simplemente descubre una liberación de ciertas limitaciones molestas y alza el vuelo. No pierde nada de valor, sino que asimila poderes adicionales que complementan en lugar de desplazar a los que ya posee. Por lo tanto, no es menos, sino más grande que antes, habiendo dado otro paso en el ascenso evolutivo. Las limitaciones y las barreras molestas en el camino del progreso de las mentes activas han sido, en gran medida, eliminadas, y toda energía se acelera para la conquista del futuro gloriosamente atractivo.

No, la vieja ley no se ha quebrantado, más bien opera con una justicia más inexorable que de otro modo, en cada fase superior de la condición avanzada del alma. El carácter de la larva aún

predetermina la naturaleza de la mariposa, y la clasificación procede sobre líneas bien reconocidas e indiscutibles. La muerte no tiene más poder para obrar milagros que el naturalista, y lo que será es invariablemente la secuencia de lo que ha sido. El único deber asignado a la muerte es recibir y desvestir todos los rincones de carne y sangre, y luego pasar al individuo intacto. En su condición desnuda, el alma cruza la frontera inmortal, donde atrae y asume por afinidad un atuendo correspondiente a su verdadero grado de espiritualidad, ropa que lleva el color del veredicto de la ley de Dios que denota un juicio justo sobre su santidad o no santidad. Contra esta decisión no hay apelación, y el único murmullo que se oye ante el resultado es el de asombro y sorpresa de que el juicio haya tomado en consideración tantas circunstancias atenuantes.

Pero alguien dirá: “¿Cómo resucitan los muertos? ¿Y con qué cuerpo vienen?”.

Desde la primera declaración de la resurrección como un fenómeno natural, ninguna pregunta ha sido de un interés tan perenne como esta. Es el germen mismo de la vida de la religión, porque si Cristo no resucitó, entonces toda predicación es vana, y también es vana la fe. Sin embargo, a pesar de esta verdad tan importante, en ninguna parte de su supuesta autoridad la teología ha fracasado tan completamente en captar el claro significado espiritual de un evento o doctrina como en este caso. “De la tierra, terrenal”, en todas sus interpretaciones, el culto sacerdotal ha tropezado aquí ciegamente en un pantano de enredos contradictorios del que toda esperanza de escape parece ser imposible. Ha perdido de vista la gloriosa consumación de la obra de Cristo en las neblinas que se levantan y se ciernen sobre la escena de su propia confusión, mientras que la multitud hambrienta que profesa alimentar recibe piedras en lugar de pan y vaga en un estado de inanición espiritual.

Triste, triste sería para la humanidad si Dios no hubiera previsto esta calamidad. Pero fue prevista. ¿No la prefiguró Cristo en su parábola de los labradores malvados? ¿Y no es la misma misión, en la que ahora participo, la realización de Su predicción?

“¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros”. [[ref.](#)]

Varias de las personas que me han escrito me piden información sobre la resurrección y el cuerpo espiritual. Aquí sólo puedo sugerir la línea a lo largo de la cual se tratará todo el tema en este momento, pero el argumento requeriría un volumen entero para hacerle justicia, y por lo tanto sólo puedo tocarlo con algunas sugerencias en este lugar. Una vez más, ya he reconocido libremente que no soy un experto en controversias bíblicas, de cuya parte debe necesariamente comenzar el tratamiento del tema, y por lo tanto estoy muy contento de dejar su discusión completa en manos más hábiles, limitándome más de cerca a las experiencias personales que me propuse relatar.

Primero, entonces, la resurrección es un fenómeno puramente natural y siempre presente, no un milagro que se pueda esperar en el futuro. Esto lo afirmo con la autoridad bíblica de Cristo ([Juan 5:24-27](#)):

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

“De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán.

“Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le dio al Hijo el tener vida en sí mismo; “Y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre.”

Cristo aquí basa sobre una condición dada no sólo una resurrección inmediata, sino un escape absoluto de la muerte:

“De cierto, de cierto os digo: El que guarda mi palabra, no verá muerte jamás” (Juan 8:51).

Jesús también confirmó estas dos palabras a Marta ([Juan 11:23-26](#)).

“Jesús le dijo: Tu hermano resucitará.

“Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.

“Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

“Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.

“¿Crees esto?”.

No añadiré nada a estas citas, sino que dejaré que el relato hable por sí mismo respecto a cuál es la enseñanza clara de Cristo en cuanto al momento de la resurrección.

El único punto posible en disputa aquí será en cuanto a la interpretación que Cristo dio a la palabra “muerte”. En relación al uso de la palabra ahora, Él siempre prefirió decir “dormir”: *“Ella no está muerta, sino que duerme”*. *“Nuestro amigo Lázaro duerme”*.

Pasemos ahora a la segunda pregunta: *“¿Con qué cuerpo vienen?”*

Ya he parafraseado la idea de Pablo de ser desvestidos para ser revestidos, a partir de mi propia experiencia, y esto describe con elocuente brevedad todo el proceso que los hombres llaman muerte.

“La carne y la sangre no pueden heredar el reino” al otro lado del mítico Jordán, sino que las vestiduras físicas se dejan de lado para que se puedan asumir las vestiduras espirituales al pasar de la sala de clase inferior a la superior. *“[Se siembra un cuerpo natural, se resucita un cuerpo espiritual. Hay un cuerpo natural y hay un cuerpo espiritual](#)”*. Permitidme repetir lo que he dicho anteriormente: en la transición, el alma retiene todos los poderes y facultades, excepto los que pertenecen a la carne y la sangre, que tienen que ser dejados de lado; Luego, al asumir el cuerpo espiritual, también se le inviste de atributos equivalentes. Por lo tanto, no es menos sino más grande de lo que era antes. Cuánto más llegue a ser, es algo que viene determinado enteramente por su semejanza o desemejanza con el Cristo, quien es el único criterio por el cual todos son juzgados, mientras que el cuerpo resucitado de Jesús es el tipo y modelo autorizado del nuestro.

Este cuerpo post-mortem exige y recompensará prestarle un poco de atención cuidadosa, ya que abunda en lecciones sugerentes para nuestra instrucción. Mucho se ha perdido y ganado desde que Jesús expiró en el Calvario e hizo Su reaparición en la tumba en el jardín de José. Él ya no dice: *“[De mí mismo nada puedo hacer](#)”*, sino más bien: *“[Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra](#)”*. Es el mismo hombre que prueba Su identidad mediante muchas pruebas infalibles, pero no es el mismo cuerpo. La figura familiar de los días de Su ministerio ha desaparecido por completo. *“[Fue sembrado en debilidad, resucitará en poder](#)”*. ¡Pero qué poder! No es sólo un cuerpo nuevo, es toda una serie de cuerpos, que nunca tienen el mismo aspecto en dos ocasiones sucesivas, y que juegan como un fuego fatuo en la frontera de lo visible y lo invisible. María, que lo conocía tan bien, lo confundió con el jardinero, hasta que pronunció su nombre; después de esto, *“se apareció en otra forma”* a dos de sus discípulos en el camino a Emaús; y ellos no lo reconocieron hasta que partió el pan, y luego desapareció de la vista. Nuevamente está en medio de sus seguidores mientras las puertas están cerradas, pero, como Tomás está ausente e incrédulo, el Señor regresa más tarde, vistiendo otra forma, para que el escéptico pueda tocarlo y encontrar las marcas que su fe exige. Él no es un espíritu fantasma, sino un cuerpo espiritual sustancial, capaz de encender un fuego en la

orilla mientras espera la llegada de la barca, y comer el pan y los peces de la comida de la mañana, pero se eleva por los aires en su ascensión y finalmente se pierde en las nubes.

¿Estoy fuera de las Escrituras en este breve resumen? ¿Dónde? Hasta donde mi conocimiento y mi razón me lo permiten, he expuesto las sencillas enseñanzas y hechos concernientes a la resurrección del Hijo de Dios, en los cuales, aparte de la confirmación de mi propia experiencia, encuentro la garantía más completa de todo lo que he afirmado en mi propia relación. “[Las obras que yo hago, vosotros también las haréis](#)”, fue su promesa a los Doce, y a través de ellos a todos los que vendrían después de ellos. De pie al otro lado de la tumba, les pidió a sus amigos que lo siguieran; y que esto se hiciera, y que el hecho fuera demostrado continuamente, es absolutamente necesario para dar testimonio al mundo de que todos los que vienen a Cristo reciben el don de la vida eterna, y la muerte no puede acercarse a ellos.

La afirmación, entonces, que hago de una tumba abierta y una relación ininterrumpida entre la verdadera Iglesia, Militante y Triunfante, es simplemente la declaración de nuestra herencia cristiana común, y el evangelio que tenemos que exponer es el de “¡Vida, vida eterna!”.

Capítulo 5

El ángel de la muerte

En la otra vida hay orden, secuencia y propósito. He tratado de subrayar esto en contraposición a la idea general de que el empleo regular del alma en el Cielo se encontrará cantando «Santo, santo, santo», con el acompañamiento de arpas doradas. No os precipitéis, sin embargo, al otro extremo, e imaginéis que quiero haceros creer que la vida en el Cielo no significa más que trabajo, estudio y desarrollo intelectual. Tal idea sería igualmente errónea.

Todo el entorno de las dos condiciones es tan diferente que resulta imposible concebir lo que será la superior mientras se esté sujeto a las influencias de la inferior. Si no comprendes en qué consiste realmente esta dificultad, permíteme pedirte que trates de formarte una concepción verdadera de una vida libre de todo pensamiento sobre el tiempo, el cansancio o los problemas financieros; luego continúa haciendo abstracción de la posibilidad de la decepción, la esperanza frustrada y las perspectivas arruinadas; y aún más, libre de escándalo, tergiversación y de intrigas envidiosas. Sería sencillo continuar más aún con los aspectos negativos de esta vida, pero pese a estas omisiones, si puedes darte cuenta de lo que significa esto, lo dicho basta para indicar un Cielo que es, necesariamente, devotamente deseado. Mas cuando consideramos que más allá de estas cosas vienen los rasgos positivos del resto: reuniones, recompensas, poderes ampliados, y otros aspectos sobre los que el alma ha meditado tanto tiempo, con la multitud de «siempre más» complementos que yacen más allá de todas nuestras expectativas... uno tiene que darse por vencido y exclamar: «¡Es demasiado elevado, no puedo alcanzarlo!».

Estos goces y empleos, deberes y recreaciones, ministerios y placeres están bellamente equilibrados y diversificados.

Quitad toda mancha de lo desagradable, aumentad hasta proporciones infinitas todo lo que el corazón desea, engrandeced el amor más noble y puro que la Tierra haya conocido para incluir a toda la raza con la misma abnegada devoción hasta ahora ofrecida al individuo, y esta comprensión os llevará al umbral de la vida familiar conocida, donde toda la familia del Cielo y de la Tierra son una sola.

¡Sí! Suelta el libro y piensa, pero no podrás comprenderlo. El océano es más grande que una taza de té, y la atmósfera mucho mayor que un globo de juguete. Así que las concepciones más amplias de la Tierra no logran medir los recursos del Paraíso.

Aun así, la vida es amor, alegría, paz en toda su perfección plena y divina [*God-like*].

Esta vida es mía ahora, y será tuya dentro de poco. Pero me gustaría hablar de ello para tu consuelo y aliento en el camino.

Entre los muchos placeres de esa tierra feliz y sin nubes, tal vez uno de los más dulces es el que se experimenta ante el anuncio de que se va a hacer una adición al grupo particular del que uno es miembro; y esto, al igual que todas las demás características de nuestra vida, no pierde nada de su chispa o frescura por la repetición.

Permíteme recordar una de mis primeras experiencias de este tipo.

Vaone y yo nos habíamos unido a una gran compañía en uno de los numerosos sitios encantadores de retiro, que se encuentran en nuestro hermoso valle, donde estábamos relatando el pasado, y trazando sus claras conexiones con el presente, empleando ocasionalmente algunos viejos himnos familiares, cantados a modo de ilustración, al igual que yo podría optar por describir la ocasión con esas líneas, bien conocidas:

*«Allí, en un monte verde y florido,
nuestras almas cansadas se establecerán,
y con transportadoras alegrías narrarán
las fatigas de nuestros pies».*

Esa perfecta comprensión de más de lo que yo había sido capaz, más de lo que me hubiera atrevido a anticipar, si hubiera poseído la capacidad, fue un ascenso muy cercano al Cielo.

Terminado todo el trabajo, la preocupación, la pena, y habiéndose recuperado cada alma de la molesta fatiga, era más que felicidad escuchar cómo uno y otro recorrían de nuevo el camino, no con quejas y murmuraciones, sino encontrando en cada paso la necesidad y la guía divina hacia la meta presente. Fue más que comida y bebida para mí oír esos testimonios de labios de hombres y mujeres que habían entrado en la herencia desde tales caminos y senderos de dolor, y oír la confesión unánime que caía de cada labio de que '*en todas sus aflicciones Él fue afligido, y el ángel de Su presencia los salvó; en Su amor y en Su piedad Él los redimió; y Él los llevó y los sostuvo todos los días de antaño*'» [[ref.](#)].

¡Oh, esos aditamentos, esas fieles y verdaderas luces del Paraíso! ¡Cómo se estremece el alma bajo sus rayos reveladores! ¡Cómo se aflige el corazón por la ceguera y la ignorancia de los días pasados!

Mientras escuchaba todo esto, mi alma embelesada se elevaba en lo alto, cerca de lo que yo imaginaba que debía ser realmente el Cielo mismo.

De pronto me pareció como si hubiera subido la temperatura, y con esto vino un perceptible estremecimiento de placer añadido. Ocurrió en un momento de silencio, y provocó una exclamación de júbilo en toda la asamblea.

Me volví hacia Vaone y le pregunté: «¿Qué pasa?».

«Vamos a tener un nuevo miembro en nuestra familia», respondió.

«¿Cuándo y a quién?», pregunté.

«Eso lo sabremos enseguida». Luego continuó explicando que la noticia se recibía tan pronto como se sabía a qué grupo pertenecería el alma recién llegada, y estaba explicando más cosas cuando Arvez llegó con la información de que nuestro nuevo miembro era un muchacho conocido por varios de nuestro grupo.

«Y no del todo desconocido para ti», me dijo a modo de conclusión.

«¿Quién puede ser?», le pregunté.

«¿Recuerdas al pequeño que me llevé de la Escuela?».

«Limpby Jack. Sí».

«¿Recuerdas también a su amigo, que prometió cuidarlo hasta su transición?».

«Sí, perfectamente».

«Es él. Ahora voy a la Escuela para traerlo aquí. ¿Me acompañas?».

«Con mucho gusto».

No hubo necesidad de más anuncios a la comunidad. El proceso general de tales acontecimientos se entiende perfectamente, y cuando nos pusimos en camino, la asamblea procedió a hacer los preparativos necesarios para la bienvenida del muchacho.

«Bueno, ¿y habéis llegado al final de vuestras sorpresas?», preguntó Arvez mientras seguíamos nuestro camino.

«Creo que es una de las pocas imposibilidades de esta vida», respondí.

«Harás bien en hacerte a la idea de que las sorpresas forman parte de los fenómenos naturales de esta condición -respondió-; Dios está necesariamente tan lejos de toda concepción nuestra, que debemos estar siempre llenos de asombro y admiración ante sus manifestaciones en continuo desarrollo. Él está mucho más allá de lo que podemos descubrir, hermano mío, y por lo tanto debe sorprendernos siempre».

«¿Incluso a ti mismo?».

«¡Ah, Aphraar! No sólo yo, sino que no dudo que el ángel que está más cerca de Él también está igualmente sorprendido con nosotros. Creo que Myhanene no está muy equivocado cuando dice que 'Dios está siempre más allá de descubrirlo'».

«Entonces, ¿cómo podemos conocerlo?».

«Creciendo como Él; y cuanto más nos acerquemos, más conoceremos».

«Pero si el mayor conocimiento sólo revela cuán incognoscible es Él, ¿luego qué?».

«Todavía nos pareceremos más a Él, y eso tendrá que bastar».

Incapaz de proseguir con esta indagación, me volví hacia el objeto de la misión de mi compañero.

«¿Llegará aquí enseguida el muchacho que buscas?», pregunté.

«No. Sólo lo traigo en su visita preparatoria».

«¿Está enfermo?».

«Creo que no; pero nuestras instrucciones nunca son detalladas. Aprenderé más del propio muchacho».

«¿Está él al tanto de su llegada?».

«No. Estas visitas nunca se saben de antemano».

«¿Recuerdas lo decepcionado que estaba cuando te llevaste al pequeño Jack?».

«Sí; y eso lo he visto repetirse en varias ocasiones desde entonces. Pobre pequeño, su vida ha sido singularmente triste, creo».

«Ojalá pudiéramos llevárnoslos a todos», respondí mientras pensaba en la próxima decepción de muchos y la felicidad de uno solo.

«Yo también lo desearía, si al hacerlo se pudiera eliminar esa fase particular de la vida; pero, tal como está constituido el mundo en la actualidad, toda la colonia de 'La Escuela' podría ser eliminada y no se la echaría de menos».

«¿No te desanima a veces ese pensamiento en tu trabajo?».

«No. ¿Por qué habría de hacerlo? Mientras exista el mal que crea tal sufrimiento, es sobre todas las cosas necesario que seamos constantes en nuestro ministerio con los que sufren. Si fracasáramos, ¿dónde quedaría su esperanza?».

Mientras hablábamos, cruzamos la frontera entre el estado espiritual y el del sueño, y por primera vez me di cuenta de la demarcación; la luz se atenuaba hasta convertirse en crepúsculo, y en la región inferior había una sensación de crudeza en el aire no del todo agradable.

Aquí nos encontramos con un compañero de Arvez que servía de guía a una dama que, evidentemente, sólo obedecía a regañadientes las órdenes que se le daban. Mi amigo vio esto en un momento, y con verdadera simpatía fraternal se detuvo para hablarles.

«La cosecha de la vida madura pronto para mi hermana», comentó alegremente en su saludo.

«Demasiado pronto, demasiado pronto con mucho -respondió ella con lágrimas-; ¡Por amor de Dios, escúchame en nombre de mi hijo! No puedo dejarlo al nacer. Perdóname por su bien; o si no, que venga conmigo».

«El amor de Dios es más grande y más tierno incluso que el de una madre -replicó Arvez-; Lo que sea mejor, Él ciertamente, lo ordenará. No temas, Él está contigo, y todo sólo puede ir bien».

«Pero Dios está tan lejos. ¿Acaso no me dio a mi amado? ¿Por qué, entonces, querría apartarme?».

«Porque Él ve y comprende donde nosotros somos ciegos e ignorantes. Él no comete errores, y pase lo que pase, debe ser bueno para vosotros dos».

«No será bueno si me veo obligada a dejar a mi hijo. No, no puedo ir. No puedo ir. Por favor, no me lo pidas».

«No te lo pido, hermana mía -replicó su acompañante-, pero los que vigilan como ojos del Señor, han previsto la debilidad de la carne y saben que serás apartada. Es el cuerpo el que te desechará; yo he sido enviado para conducirte a un lugar de reposo, donde en breve puedas recobrar fuerzas para volver y ser aún más para tu hijo que si te hubieras quedado. No conoces a Dios, pues confiarías en

Él si lo conocieras; pero yo te conduciré a quien te va a mostrar lo que Él es, y antes de separarte de tu hijo te contentarás con dejarlo, tal como Dios lo determina».

«A mí me dejaron tal como tú temes que dejen a tu pequeño», le dije, por si tal vez mis palabras pudieran consolarla.

«¿Sin el amor y los cuidados de una madre?», preguntó.

«Sí. Ella murió cuando yo nací. Nunca la conocí hasta que la encontré aquí, y toda mi vida fue un dolor por mi pérdida. Pero fue mejor así».

«¿Mejor perderla?».

«Sí. Mucho mejor. Ahora lo sé, y ambos damos gracias a Dios por la pérdida que lloré durante cuarenta años».

«¿Puedo ver a tu madre?», preguntó ella.

«Sí -respondió Arvez-, se os reunirá si lo deseas. Pero donde vayas encontrarás una compañía que ha tenido experiencias similares, de quienes aprenderás cuán tierna y sabiamente trata Dios a todos sus hijos. Te mostrarán cuán infundados son todos tus temores de separación, y te darán a conocer el amor de Dios de cien maneras que poco sospechas en el presente».

«¿Y puedo volver otra vez con mi pequeño?».

«Sí. Volverás varias veces. Mientras el cuerpo te reciba, serás libre de ir y venir. Mientras tanto, conocerás a los nuevos amigos que voy a presentarte -dijo su compañero-, para que cuando finalmente te marches sea sin remordimiento [*regret*] ni temor».

«Sin remordimiento ni temor, ¿estás seguro?», preguntó ella.

«Sólo las almas de los criminales, deseosas de escapar de la justicia de sus pecados, tienen remordimiento o miedo de entrar en esta vida -respondió él-, y tú no eres una de ellas, pues de lo contrario no me habrían enviado a traerte aquí».

Durante este ministerio de consolación, la hermana rebelde fue llevada silenciosamente a través de la línea fronteriza hacia el estado superior, donde las certidumbres nativas del gran e inagotable amor de Dios se añadieron a los argumentos empleados para asegurar su sumisión a lo inevitable. Hasta ahora ha sido el caso más doloroso que he encontrado del resentimiento que a menudo muestran los que profesan ser cristianos ante la insinuación de que se acerca el momento de su partida. Esa convocatoria es una prueba genuina de la verdadera concepción que el alma tiene de Dios y de Cristo, y se puede obtener una revelación muy evocadora sobre la realidad de su religión, observando el efecto que produce cuando el mensajero de la muerte declara por primera vez el propósito de su venida. Es fácil, bajo la influencia de un emotivo discurso sobre las fascinantes glorias de la esperanza celestial, unirse afinadamente a mil voces y cantar :

*«Llena de deleite, mi alma arrebatada,
ya no puede quedarse aquí:
Aunque las olas del Jordán me volteen,
sin temor me arrojaría»* [[ref.](#)]

Pero después de la bendición, después de que la congregación se ha dispersado, y en las silenciosas vigiliias de la noche, el alma se encuentra sola en presencia del mensajero de la muerte; cuando la

emoción ha terminado y la cruda realidad ha tomado el lugar de la poesía; cuando se exige el cumplimiento de la profesión; cuando la Tierra comienza a temblar y a deslizarse... ¡ah! entonces es el momento de ver el poder sustentador de la religión; entonces se pone a prueba el verdadero asidero de la piedad [*godliness*], y una fe superficial da lugar a un pavor paralizante.

Las vírgenes necias son mucho más numerosas que las prudentes cuando el clamor sale al encuentro del Esposo [*ref.*].

El incidente me hizo reflexionar, y cuando la conmovedora pena pasó, me alejé para continuar mi camino hacia La Escuela, no fuera a ser que mi simpatía y preocupación interfirieran en el ministerio de Arvez y su amigo.

Sólo unas palabras sobre cómo encontramos el camino hacia el amigo que buscamos en el Paraíso, o hacia cualquier otro destino desconocido. Las dificultades y molestias de tal expedición al estilo terrestre ya no existen entre nosotros, y si la meta no está más allá de nuestro poder espiritual para alcanzarla, o si tenemos una comisión legítima que ejecutar, nuestro deseo se convierte en el vehículo de tránsito, y ya sea por vuelo repentino o por un pasaje más pausado vamos directamente a nuestro destino.

Así, pasé desde la presencia de mis compañeros hasta La Escuela, donde sabía que Arvez se reuniría conmigo en breve. Mientras lo hacía, mi mente estaba ocupada pensando en el contraste que habría de presenciar allí con la escena que acababa de dejar: la renuencia de una cristiana profesante a abandonar la Tierra, comparada con el vivo y ansioso deseo de hacerlo de un mendigo de ciudad. No había ninguna especulación en mi previsión. Había estado presente varias veces en ocasiones similares y ya estaba familiarizado con la escena de ansiedad entusiasta que vería a consecuencia de la aparición de Arvez. Algunos de los muchachos presentes se retirarían tranquilamente, pues todas las ventajas de la Tierra estaban a su disposición, pero el mayor número le daría la bienvenida y se abalanzaría ansiosamente, con la esperanza de que la elección de Arvez recayera sobre ellos. Cuánto desearía que toda la Tierra fuera testigo de la alegría de aquellos desamparados y vagabundos en presencia del ángel de la muerte.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE.

«Yo estaba en la habitación con los niños,
el cuarto de juegos que usan en su sueño,
donde las almas de los afortunados se mezclan
con niños menos favorecidos, que lloran:
la habitación del sueño, la habitación de la alegría, el querido Señor la ha dado,
a mitad de camino entre esta Tierra y el cielo de Dios.

Los niños eran niños, sólo eso;
allí todos eran ricos, ninguno pobre;
el príncipe y el marginado iguales,
hasta que un ángel se plantó en la puerta:
el marginado, el paria del hombre, clamaba «¡salva a todos!»,
pero los ricos retrocedían, todo temerosos y pálidos.

Los muchachos de la calle corrían hacia él;
«¿soy yo? ¿soy yo?», gritaba cada uno;
mas los favorecidos de la Tierra guardaban silencio,
contentos por quedarse.

El ángel —el ángel de Dios, miraba a su alrededor, sonriendo dulcemente—, él quería un ángel —había venido a por un niño.

'Llévame, Señor Ángel; por favor llévame'

"No, no, ¡a mí! ¿No es ya mi turno?".

Todos se agolpaban —todos ansiosos por irse con el de la frente [coronada de hierro](#); ese ángel, el ángel de Dios, ¿quién es? es el ángel de la muerte, el ángel del amanecer».

No pocos de los muchachos me conocían, algunos incluso relacionaron mi presencia con Arvez, y me preguntaron ansiosamente si él vendría; pero como no me correspondía a mí hacer ningún anuncio, evadí la respuesta, y miré a mi alrededor en busca de aquel por quien sentía un interés particular. Pronto se cumplió mi deseo y, dándole una palmadita en la cabeza, le pregunté si su amigo Jack había cumplido fielmente la promesa que yo le había oído hacer, la de visitar «La Escuela» y hablarles de su nueva vida.

Me miró a la cara con una rauda mirada de resentimiento. Era demasiado leal a su amigo para tolerar siquiera la sospecha de una duda.

«Por supuesto que sí -respondió-; ¿Acaso no puede venir aquí, casi todas las noches?». Luego, con un toque de genuino sentimiento, añadió: «¡Ojalá no tuviera él que venir aquí de nuevo!».

«¿Por qué? ¿No te gustaría verle ahora?».

«Sí, eso es. Quiero ir con él, estar con él, vivir con él y no volver nunca más. Pero no creo que ese ángel tenga intención de venir a buscarme».

«Pero alguna vez vendrá -respondí, más que dispuesto a satisfacer su anhelo contándole lo que yo sabía-; debes tratar de ser valiente mientras esperas. Tal vez no tarde tanto como te imaginas».

En ese instante, la puerta se hizo a un lado y Arvez entró, ante el delirio de la mayoría de los muchachos. Las carreras apresuradas hacia él no me recordaron a nada tanto como a esas precipitadas avalanchas de niños en una fiesta escolar para llegar al reparto de nueces o premios.

Mi amiguito se lo tomó con más filosofía que de costumbre y permanecía tranquilamente a mi lado. Tal vez la continua decepción de sus esperanzas le estaba afectando, o tal vez nuestra conversación había hecho su efecto. Fuera lo que fuese, observaba cómo los demás se agolpaban alrededor de Arvez mientras decía:

«Me pregunto a quién se va a llevar ahora. Pero no tendré la suerte de ser yo».

Arvez se abría paso suavemente entre la multitud clamorosa, palmeando a uno en la cabeza, besando a otro y dirigiendo una palabra amable a un tercero. Piénsalo. Era un ángel con la llamada de la muerte, y cada muchacha y cada muchacho, a su alrededor, estaba ansioso por aceptar un mensaje dirigido a él o ella. ¡Pensad en esto, os digo, vosotros, cuyas vidas se nublan con un sentimiento de pavor ante la idea de la muerte! Los niños lo aman [*a él, a Arvez*], se desilusionan cuando pasa a su lado, extienden sus manos ansiosamente con la esperanza de que venga por ellos. Quien es amado por un niño no puede ser del todo malo. Entonces hay algo bueno en la muerte.

«Viene hacia ti», dijo mi compañero, mientras Arvez seguía avanzando hacia nosotros.

El comentario no requería respuesta, ni yo podía confiar en mí mismo para hablar y guardar el secreto. Así que aparté la mirada sonriendo ante la escena.

«¡Bueno, yo estoy reventado! ¿Acaso no quiere a nadie?», preguntó mi amigo, que para entonces ya estaba un poco emocionado. Luego añadió con cierta resignación: «¡Oh, ya sé! Quiere a alguien que no está aquí».

Arvez ya nos había alcanzado, y éramos el centro de los niños emocionados.

«¿Estás cansado de esperarme, Dandy?», preguntó, poniendo suavemente la mano sobre la cabeza del muchacho.

El pequeño rostro demacrado se sonrojó con la súbita esperanza que le invadió.

«Pero no es a mí a quien has venido a buscar, ¿verdad, Ángel?».

Arvez respondió levantando al pequeño en sus brazos y besándolo. No hizo falta otra respuesta.

«Me alegro mucho -dijo el muchacho, apoyando su cansada cabeza en el hombro del ángel-; ojalá pudieras llevarte también a todos los demás».

Querida alma amorosa, incluso el primer latido de su propia gran alegría se vio atenuado por el pesar de que sus compañeros menos afortunados no pudieran compartirla.

«Pronto volveré a por ellos -dijo Arvez-; Ya casi es la hora de muchos, y los últimos no tardarán».

Siguieron las habituales felicitaciones, peticiones, promesas y garantías que yo había oído tantas veces antes, tras lo cual Arvez dobló su carga sobre su pecho y nos despedimos.

Capítulo 6

La esclavitud del pecado

Dos de mis interlocutores por carta temen que haya infravalorado el poder y la influencia del pecado en *A través de las nieblas*. Les sugiero que releen la historia de [*La cosecha de los celos*](#), y confío en que así esta impresión desaparezca. Admitiré que me abstuve de hacer el volumen negro e intimidatorio mediante la narración de experiencias horripilantes consecuentes al pecado, pues estaba más ansioso por representar con justicia la vida después de la muerte tal como la he encontrado —y como tú, mi lector, la encontrarás— que colorearla de acuerdo a concepciones terrenales o de creencias. Siguiendo el ejemplo de Cristo, prefiero encantar el oído con la historia de un amor infinito antes que detenerme con persistentes graznidos en las penalizaciones en que incurren los hijos rebeldes.

Con la mano maestra de un genio verdaderamente divino, Cristo redujo todo el campo de acción de la redención del mundo y lo llevó al ámbito de su parábola del Hijo Pródigo. Causa, efecto, método y expiación [*atonement*] se exponen allí con la debida consideración a la ley de la perspectiva espiritual, y la historia se deja como modelo de trabajo para que todos los que vinieron después de Él la copien. Si leo bien esa lección, no es tanto el sufrimiento provocado por la prodigalidad del muchacho en lo que Cristo quiere que me detenga —tuvo forzosamente que tocarlo para medir la profundidad de la caída del pródigo—, sino que me parece que se apresura a alejar los tristes efectos lo más rápidamente posible, trayendo al desterrado a su sano juicio, donde recuerda la vida hogareña y todo lo que se ha perdido. ‘*Hijo, acuérdate*’, me parece no sólo el exquisito toque de

agonía que Cristo infunde al tormento del infierno, sino que lo convierte en el divino incentivo para *‘levantarme e ir a mi Padre’* [ref.].

¡Ah! ¡El poder flagelante y excitante del reconocimiento de lo que se ha perdido! El contraste de lo que podría haber sido con lo que es. Luego —envuelta en el más feroz de todos los castigos, el infierno de la auto-recriminación— ¡recordad la comparación entre el repugnante ostracismo del pródigo y la posición de los criados que sirven en casa! Semejante cuadro no necesita retoques de detalle: su tortura está a la altura de la ocasión sin necesidad de ampliación. ¿Qué negrura podría profundizar su penumbra? ¿Qué horrores se añaden a su tortura? Pero Cristo hace que se abra paso la luz de otro recuerdo: el amor del Padre. *‘El mismo ayer, hoy y por los siglos’*; *‘sin mudanza ni sombra de variación’*; como una campana de vísperas llamando siempre —*‘¡Ven!’*—, y melodioso con la promesa *‘Al que venga... de ningún modo le echaré fuera’*. Bajo la influencia de tales recuerdos revive la esperanza, se desvanece el delirio, se restablece la mente recta, el muchacho se levanta y el Padre le sale al encuentro con el anillo, la túnica y los zapatos, mientras hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios.

En cualquier experiencia que tenga el privilegio de relatar, no deseo hacerme pasar por un pionero que se abre camino a través de un país hasta ahora no hollado, sino más bien por un seguidor de Aquel que conoció el camino y lo recorrió, hollando las espinas y los obstáculos bajo sus pies para poder dejar un sendero claro desde el degradante comedero de cerdos y de cáscaras, directo a la patria y la restauración. Él es el Líder, yo sólo le sigo. Él sabe; a mí sólo me corresponde obedecer por el momento; entonces conoceré, tal como soy conocido. Él comprendió toda la enormidad del pecado: su fuerza, su efecto, su cura. Si, por lo tanto, trato con ello tal como Él me dirige, si hablo de ello tal como Él me dé la palabra, si declaro lo que Él revela y lo mido con la caña que Él suministra, seguramente lo pondré donde Él quiere que esté, y la perspectiva estará en armonía con la verdad y el propósito eternos de Dios.

Siguiendo, pues, implícitamente las huellas del Maestro, y donde el rastro pueda ser tenue consintiendo siempre en guiarme por el cumplimiento de la ley, y no por la interpretación arbitraria de los hombres, estoy perfectamente preparado para examinar la cuestión del pecado y sus resultados en su relación tanto con el presente como con el futuro.

Asegurémonos ahora de que entendemos bien de qué es de lo que vamos a hablar. El pecado. ¿Qué es el pecado? ¿Es posible que haya alguna duda al respecto? Este es precisamente el punto que estoy ansioso por determinar, y cualquiera que sea nuestra decisión final en cuanto a su naturaleza, ya estoy plenamente persuadido de que el pecado en la teoría y en la práctica no son de ninguna manera la misma cosa. Para ser perfectamente claro, afirmo que la gran mayoría de los hombres sostienen una teoría del pecado que les permite hacer impunemente lo que censurarían ruidosamente en otro. Una norma como esta no puede existir a la luz de Dios, con quien *"no hay acepción de personas"*. En su tribunal, donde se imparte una justicia perfecta, todos los hombres están en pie de igualdad imparcial, y la regla sobre la cual seremos juzgados la ha establecido Cristo en estos términos: *‘Con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido’* [ref.]. Si esta es la ley, sería bueno revisar de una vez la norma actual, y aprender a mostrar a los demás el grado de caridad que esperamos que se ejerza sobre nosotros mismos, mientras que al mismo tiempo exigimos de nosotros mismos la consideración hacia los demás que hasta ahora hemos exigido que nos dé el resto de los hombres.

Esto sugiere que es posible que la opinión esté dividida, al menos en la práctica, en cuanto a lo que es realmente el pecado, y si es así, es de vital importancia que la verdad sea conocida y admitida sin demora.

El pecado, en su aspecto afirmativo [*expresando lo que es, no lo que no es pecado*], es simplemente una violación voluntaria y consciente de una ley moral reconocida. *‘Si yo no hubiera venido a hablarles, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa para su pecado’* [ref.]. Pero también posee un aspecto negativo, igualmente culpable, y necesario de ser tenido constantemente en cuenta por todos aquellos que buscan engañosamente escapar de una clara responsabilidad. Hay miles de personas que buscan un refugio cobarde en lo que llaman "neutralidad amistosa", que siguen un curso de "inactividad magistral" por razones políticas, que se rehúsan a dar el apoyo del que un hermano más débil está en digna necesidad, para no perturbar su influencia o posición. Que todos ellos sean sabios a tiempo y abran bien los ojos a esta significativa expresión de Cristo: *‘Al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado’* [ref.].

Así definida, la responsabilidad y la criminalidad del pecado se convierte en un ajuste automático y equitativo de cada individuo en la familia humana. No puede haber clasificación en nacionalidades ni incluso en familias. Como todas las demás leyes de Dios, es particular e individual en su acción: *‘Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; pero el que no la conocía, e hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos. Porque a todo aquel a quien se le dio mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le encomendó, más se le pedirá’* [ref.]. Cristo no se contenta simplemente con dejarlo en claro, sino que lo repite una y otra vez con un sentido verdaderamente notable. Aquel a quien Dios ha confiado diez talentos será responsable del uso de los diez; aquel a quien Dios le ha confiado cinco, de cinco; aquel a quien Dios le ha confiado uno, de uno, y aquel que peca sin la ley, será juzgado, no por la ley, sino con equidad.

Cuando esta terrible y justa responsabilidad por el pecado se nos hace comprender claramente, y nos damos cuenta del carácter absolutamente personal del juicio que ha de darse, nos sobresaltamos y temblamos al oír a Cristo *‘reprender a las ciudades en las que se hicieron la mayoría de sus milagros, porque no se arrepintieron: ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se habrían arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto te digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti’* [ref.]. La declamación no perdería nada de su fuerza, y sería perfectamente legítimo sustituir con los nombres de ciudades de la civilización moderna los de Corazín, Betsaida y Capernaúm.

Es bueno que el mundo pagano conozca el poder del evangelio de Cristo para la salvación; pero si tuviéramos los ojos de Dios y el conocimiento de Dios, ¿uno se pregunta cuál sería la tierra más pagana!

‘¡No juzguéis, para que no seáis juzgados!’.

No debemos olvidar esta advertencia tan oportuna y necesaria. Cuando cada hombre se convierte, en cierto sentido, en ley para sí mismo, por la misma regla queda descalificado para actuar como juez de otro. Sólo conocemos en parte; la justicia exige una comprensión clara de todo el caso. Sin

embargo, aunque no podemos usurpar el asiento judicial, se nos manda vigilar y utilizar nuestras facultades intelectuales para determinar el carácter de un árbol por el fruto que da. *‘No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo darlos buenos’* [ref.]. La insidia del pecado no se puede ocultar eficazmente. El carácter de una vida está determinado por el entorno elegido deliberadamente, así como la calidad del fruto está gobernada por el alimento que se le da al árbol. Lo similar produce lo similar; los pensamientos, hábitos y motivos secretos encuentran un desarrollo natural en los actos externos, y ni siquiera Dios es moralmente capaz de cambiar el resultado. *‘Todo lo que el hombre siembre, eso también segará’*. La única diferencia entre las dos operaciones será la cantidad, no la especie. La cosecha no puede ser recogida hasta que *‘este ser mortal se haya revestido de inmortalidad’* [ref.], pero escapar es imposible. En el puerto de cuarentena de la Muerte, el alma, sujeta a la influencia escrutadora de la luz de Dios, desarrollará el efecto legítimo de cada causa precedente, y la cosecha debe ser inevitablemente recogida. *‘No podéis servir a Dios y a Mammón’* [ref.]. *‘¿No sabéis que, si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerlo, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?’* [ref.]. Si no habéis descubierto o admitido esto anteriormente, os veréis obligados a hacerlo en la cuarentena de la Muerte, y descubriréis cuán cierta era la declaración de Pablo, de que no hay escape para aquellos que voluntariamente descuidan tan gran salvación.

Pero la esclavitud del pecado comienza a trabajar de la mano con su práctica, e ilustraré mis experiencias personales de su efecto con un caso concreto.

Había estado visitando el estado de sueño en compañía de Zecartus, que estaba cumpliendo una comisión para Myhanene. Cumplido el deber, regresamos tranquilamente y, cuando íbamos hablando de algunos aspectos interesantes de nuestra visita, me asaltó un curioso deseo de quedarme. No había ninguna razón decisiva para ello, hasta donde yo podía entender, y en la incertidumbre le remití el asunto a mi amigo.

Se detuvo un instante y escuchó, como quien capta sonidos débiles a lo lejos. Luego, tras comprobarlo, respondió:

«Alguien está tratando de encontrarte, pero su simpatía es tan débil que no puede llegar hasta ti por sí solo».

«¿Quién es?», pregunté.

«No puedo decirlo por el momento, pero se está estableciendo la conexión por la que podré averiguarlo. Sí. Es tu padre».

«¡Mi padre! -exclamé- Tienes razón, Zecartus, hay tan poca simpatía entre nosotros que casi me pregunto si se acordará de mí».

«No es un asunto de gran importancia por el cual él desea verte, pues si lo fuera, su deseo te habría llegado de forma más definida, sin tener en cuenta su distanciamiento. ¿Le responderás?».

«Por supuesto que sí. ¿Dónde está? ¿Cómo podemos llegar a él?». [recordemos: su padre aún no habría muerto, y en caso de querer Aphraar ir a verlo, sería más fácil hacerlo encontrándose con su padre en el estado de sueño de dicho padre.]

«Su llamado y su deseo son muy poco entusiastas. Es uno de esos casos que se encuentran con frecuencia, donde la naturaleza superior reconoce una ofensa que penalizará al alma, y presiona a la naturaleza inferior para que acepte la conveniencia de la sumisión. El hombre está en guerra

consigo mismo; el lado terrenal es fuerte en el resentimiento, pero el espiritual lucha por la victoria. Aquí es necesaria una acción cautelosa de nuestra parte, para que la naturaleza superior pueda ser alentada y apoyada sin que la inferior encuentre ninguna ocasión para jactarse».

«Apenas te comprendo».

«Tal vez no; tu experiencia de este conflicto entre las dos naturalezas en el estado de sueño no es muy amplia. Es una condición en la que un hombre está verdaderamente dividido contra sí mismo, y la solución debe dejarse casi por completo en manos de su libre albedrío. Podemos ofrecer una pequeña ayuda cuando la voluntad esté claramente a favor de mejorar y el lastre del carácter sea demasiado pesado para una mejor resolución. Sin embargo, el pecado es astuto y tramposo, y aunque pueda perder en una lucha presente, encontrará ocasión, si es posible, de tomar represalias y, con insinuaciones burlonas, logrará más de lo que había perdido. Por esta razón es necesaria la cautela, y hasta que entendamos mejor a tu padre, te aconsejo que simplemente averigüemos el lugar que visita y luego le permitamos que nos encuentre en vez de acudir directamente a él.

«Seguiré tu consejo. Por favor, actúa por mí como creas mejor».

Con su mayor conocimiento y sus más amplios recursos, mi amigo comprendió rápidamente la situación, y pronto estuvimos tan cerca de mi padre como Zecartus consideró conveniente.

«Ahora le puedes enviar un pensamiento de respuesta a su deseo de verte -dijo mi consejero-; le llegará fácilmente, y por su rápida o tardía respuesta podremos determinar cómo va la lucha».

Hice lo que se deseaba, y mientras el mensaje de pensamiento se dirigía rápidamente hacia su destino, encontré en qué dirección podía buscar a mi visitante.

Alguien querrá preguntar con qué sentimientos esperaba yo el encuentro, a la luz de lo que se ha dicho sobre el cambio de relación. Respondo que mi uso del apelativo 'paternal' es únicamente por conveniencia; y quisiera recordar nuevamente que el parentesco de las almas es de simpatía —la sangre no existe en el Paraíso—, y la cercanía del vínculo está determinada por la fuerza y pureza del afecto. En el presente caso, el deseo de una entrevista me llegó con una indecisión tan marcada y borrosa que, de no haber sido por la ayuda de Zecartus, no habría podido leerlo. En estas circunstancias, no podía esperar nuestro encuentro con gran placer. Hubiera querido que fuera de otra manera, y mi respuesta a la solicitud de una entrevista fue en gran parte con la esperanza de que algo pudiera resultar en su beneficio y elevación espiritual.

«Él no corre a tu encuentro», comentó mi compañero cuando la respuesta a mi insinuación se demoraba.

«Esa es una de las últimas cosas que esperarías», respondí.

«Pero no debes juzgar el estado de sueño de ningún hombre por lo que sabes de su vida terrenal. La experiencia me enseña que las combinaciones más inesperadas son más bien la regla que lo contrario aquí. En el cuerpo, la fuerza total de las pasiones inferiores puede tener un control irrestricto, pero en este estado temporal desencarnado pueden surgir cualidades espirituales insospechadas y, con la ayuda de alguna pequeña influencia externa, ganar un predominio tan grande como para vencer gradualmente el despotismo de la carne. Siempre espero encontrar estos signos latentes sobre los cuales trabajar, y si puedo tener tanto éxito en esta ocasión, nuestra visita posiblemente sea recompensada con resultados muy bienvenidos».

«Dios quiera que así sea -repliqué con fervor-, y que eso supere incluso tus generosas expectativas. Pero eso se sabrá pronto, porque él viene por allí».

Mi compañero ya había establecido un reconocimiento, pues noté su ceño fruncido, indicativo del ejercicio de su maravilloso poder de analizar y diseccionar el carácter, cuyo resultado tendría que esperar, ya que él era singularmente poco comunicativo en tales momentos. Por mi parte, me aseguraron, por indicaciones familiares, que mi padre no estaba de su humor más fácil y afable, pero eso podría deberse a la presencia de dos compañeros que parecían dudosamente bienvenidos, pero que insistían en sus atenciones. Me moví para recibirlos, esperando que un saludo alegre disipara la nube, pero Zecartus me detuvo.

«La sabiduría te aconseja paciencia -dijo-. Si quieres ayudarlo, no debes hablar primero».

No entendía por qué debía ser así, pero como no había tiempo para explicaciones, cedí a su deseo.

En ese momento los tres pasaban por allí, mi padre caminaba entre los dos, que intentaban mantener su atención. No había percibido ninguna señal de que él se diera cuenta de mi presencia, y supuse que pasaría sin decir nada, cuando, con cortesía, apoyó una mano en el brazo de cada amigo en señal de disculpa, dio un paso atrás con frialdad y se acercó a mí.

«Frederic -dijo con su habitual formalidad y compostura meticulosas, como si nos hubiéramos separado sólo media hora antes-, no lamento volver a encontrarle, ya que a veces pienso que usted y yo no nos entendíamos del todo. Tal vez yo haya sido un poco demasiado exigente —fíjese, no digo que yo lo fuera, sino que puede que lo haya sido—, y usted, usted siempre fue tan imperdonablemente obstinado... Aun así, estoy dispuesto a tratar de olvidar su conducta, ya que está muerto, y me gustaría pensar que ha aceptado mis disculpas si usted cree que merece alguna».

«Creo que todo lo que haya sido dudoso o indeseable entre nosotros será mucho mejor si lo olvidamos y lo perdonamos mutuamente, que si lo recordamos y lo explicamos. Eso es lo que deseo, y si consiente, estaré más que satisfecho».

«¡Por supuesto! Entonces consideraremos que todo lo del pasado está resuelto amistosamente. Pero, tenga en cuenta que no admito ninguna culpabilidad por mi parte; simplemente deseo mostrar mi generosidad hacia su obstinado e intolerable desafío a mis deseos. Solo me disculpo como prueba de esa generosidad, en caso de que su altanería lleve a su conciencia al extremo de considerar que he cometido alguna ofensa».

«No he hecho tal acusación, señor, ni tengo ningún deseo de hacerlo».

«Pero insinúa que podría hacerlo».

«¡En serio! No tengo ningún deseo de insinuar nada. No expreso ninguna opinión sobre si hay algo que perdonar entre nosotros o no, pero si cree que es posible que lo haya, estoy tan dispuesto a olvidar y perdonar como espero ser perdonado».

«Muy bien. Que eso baste. También estoy dispuesto a perdonar todas las faltas y ofensas de usted -luego agregó con un genuino dejo de pesar-; pero me preocupa pensar que voy a olvidarme de todo esto cuando me despierte».

¿Por qué le habría de preocupar este pensamiento si no tenía consciencia de culpabilidad? En la respuesta a esta pregunta se encuentra la importante lección de mi ilustración. La relato tal como fue leída por los ojos entrenados de Zecartus —las primicias naturales del pecado de mi padre—.

Su vida comenzó con una buena herencia de dones naturales. Para abrirse camino en el mundo, tenía una voluntad resuelta, una clara previsión, un sentido intuitivo de tener ventaja, con energía y prontitud para asegurársela. Tal era su equipamiento, junto con la responsabilidad de su uso correcto o incorrecto.

Rápidamente se ganó la reputación de ser un hombre de negocios sereno, astuto, lúcido y confiable, con una reserva discreta y una facultad para sondear y explotar a los demás, sin permitir que se supiera de sí mismo ni de sus asuntos.

Sólo cuando se convirtió en cabeza de familia podemos formarnos una idea precisa de cómo se desarrolló su carácter a partir de la evidencia de los resultados producidos. En aquella época, estableció como regla inflexible que las obligaciones de la esposa e hijos se reducían a una obediencia absoluta e inmediata, y que los deberes como marido y padre eran gobernar, proteger y educar con mano firme. Su actitud hacia el resto de la humanidad era algo similar, aunque atemperada, por supuesto, según lo exigía la necesidad.

El germen de esto no fue difícil de encontrar. Al principio cayó en el error que ya he mencionado: condonar en sí mismo lo que reprobaría en los demás. Es la única debilidad a la que la carne es más propensa, tal vez, que cualquier otra; tan natural en su comienzo, pero terriblemente fatal en su resultado. Es un rasgo de carácter admirado con demasiada frecuencia en el mundo social y comercial, y no visto con el desfavor que merece entre los profesores de religión. Si un hombre tiene éxito, es fuerte y es capaz de adaptarse a ciertas exigencias elásticas, la sociedad y la religión están muy dispuestas a no ser demasiado inquisitivas en los detalles.

Pero detrás de todo esto...: ¡el carácter es el único criterio aceptado, y el alma encuentra su lugar por la ley de la atracción espiritual! Entonces, aquí el proceso de selección se invierte por completo. Las apariencias superficiales carecen de valor. Las cualidades inherentes adquieren ahora un lugar destacado y se eliminan los bellos exteriores para poder inspeccionar el corazón de la vida. Es una prueba inquisitiva, automática y mecánica. ¡No hay soborno, ni favoritismo, ni error, ni inadvertencia, ni escape posibles! El verdadero carácter adquiere una prominencia legítima y natural y, partiendo del resultado, se abre todo el curso del desarrollo hasta que se hace claramente visible la fuente de la que brota.

Esta fuente, en el caso de mi padre, no era más que un asunto trivial —los primeros errores rara vez son grandes—, pero estableció una división preferencial y deliberada entre el yo y los demás. La tendencia de la relación entre los dos fue a partir de entonces oblicua en lugar de vertical, y el distanciamiento se amplió a medida que avanzaba el crecimiento.

Con la primera desviación de la rectitud [*rectitude*], el alma pierde también su verdadero sentido de la honestidad [*uprightness*], y la futura valoración de la moralidad se basará siempre en su propio proceder. Teniendo ojos para ver, no puede ver ni entender, porque la norma divina ha sido suplantada. Ha elegido deliberadamente el mal y ha abandonado el bien; por lo tanto, se encuentra abandonada a las consecuencias.

¿Estoy cometiendo un error insignificante? ¡Qué extraño, cuando se me sospechaba que trataba el pecado con demasiada indulgencia!

La estimación del valor del alma según Cristo es mayor que la del mundo entero. Si esto es así, ¿no se hará que las balanzas de su intercambio giren sobre una punta de diamante? El árbol de mostaza

es potencial en la semilla de mostaza, así también el infierno es potencial en la expansión de un solo acto realizado deliberadamente.

Esto es lo que Zecartus vio escrito legiblemente en el alma de mi padre, y en el expreso pesar de que el recuerdo de mi perdón se perdería en su despertar, mi amigo encontró una oportunidad para intervenir y tal vez abrir una vía de escape.

«Si me lo permite -se ofreció-, creo que es posible que lo ayude a recordar».

«¿Y quién es usted, señor, para que yo me ponga bajo su control desconocido?».

«Estoy convencido de que Zecartus es capaz de hacer todo lo que se proponga -respondí-, y si eres sincero en tu deseo de recordar lo que ha pasado entre nosotros...».

«¡Sincero! ¿Qué quiere decir, señor? Ya es tarde y las cosas están llegando a un punto crítico cuando mi propio hijo duda de mi honestidad».

«No dudé de usted y lamento haber usado esa palabra. Debería haber dicho que si deseara recordar».

«Eso está mejor; pero que usted dude de mi honestidad sería una libertad que nunca podría perdonar. Ahora, señor -se volvió hacia Zecartus-, con la garantía de mi hijo, estoy dispuesto a aceptar su ayuda. ¿Cómo procederemos?».

«Regresaremos con usted cuando despierte».

«Eso no será por el momento -respondió-. Tengo otros asuntos que atender primero. ¿Dónde lo veré?».

«Nos encontrará en el camino cuando regrese».

Con esa comprensión nos dejó, y Zecartus me informó de los hechos a los que me he referido anteriormente.

Habíamos dejado atrás el estado de sueño y estábamos cerca de mi antiguo hogar cuando mi padre se reunió con nosotros.

«¿No te parece que hace un poco de frío?», preguntó, con más afabilidad de la que había mostrado hasta entonces, y mientras hablaba añadió un temblor de simpatía a la pregunta.

«La temperatura de la Tierra siempre me sacude así -respondió mi compañero-; no noto que lo esté más de lo habitual».

«Yo sí, y *mucho* más de lo habitual».

«Me alegra oírte decir eso. Indica un grado de sensibilidad espiritual por el que estoy sinceramente agradecido».

«Ahora nada de sermones, jovencito; nada de sermones si vas a venir conmigo. Odio los sermones y las charlas hipócritas como odio al Diablo».

«Tu deseo será respetado. Limitaré mis esfuerzos a ayudarle a recordar que todo lo que haya pasado entre usted y su hijo ha sido perdonado plena y libremente por ambas partes».

«Es decir, si mi hijo considera que hay algo de su parte que perdonar, lo cual, tenlo en cuenta, yo no admito».

«Así lo entiendo; aunque sería mil veces mejor para usted si lo admitiera. Pero aquí estamos. Ahora, cuando recupere la posesión de su cuerpo, tome la firme resolución de recordar todo lo que ha pasado, y haré todo lo posible por ayudarle».

En ese momento, el cuerpo espiritual fue absorbido gradualmente por el cuerpo natural en el proceso de despertar, y Zecartus rodeó a ambos con una atmósfera simpática en el esfuerzo que había prometido. El cuerpo se dio vuelta, se estiró, y entonces mi padre se levantó de golpe exclamando:

«¡Eh! ¿Qué? ¿Recordar qué?».

Era fácil ver que el experimento había fracasado. Simplemente había despertado de un sueño inquietante, cuyo significado se había perdido. Demasiado asociado con la Tierra y sus intereses materiales, no podía, a voluntad, retener recuerdos espirituales, ni siquiera con la ayuda de que disponía.

También había otra influencia perturbadora, y que contribuía al fracaso, presente en la persona de un hombre de rasgos duros y aspecto malévolos, sentado al lado de la cama, como si ejerciera una especie de tutela sobre el cuerpo.

«¿Por qué estás aquí?», preguntó Zecartus.

«Porque no puedo escaparme», fue la respuesta despreocupada.

«¿Quién eres tú?».

«¿Quién soy yo? -replicó con una mueca maliciosa- ¿Estás ciego o no quieres ver que estoy atado a este sepulcro blanqueado?».

«Pero el vínculo es de atracción mutua, del que ambos sois igualmente responsables».

«Oh, es fácil predicar; pero si estuvieras en mi lugar, te resultaría muy diferente hacerlo. Es más fácil para él romper el vínculo si quiere, porque no ha perdido el poder como yo sí».

«¿Recuerdas cómo te negaste a separarte cuando eras como él ahora y albergabas a otro, tal como él te alberga a ti?».

«No sermonees a un tipo cuando está caído, y si tienes un poco de piedad, échame una mano para escapar».

«¿Quieres escapar? ¿Adónde irías si pudiera ayudarte a liberarte?».

«¡Dios sabe! Pero encontraría a alguien con quien estar que no me estuviera mostrando siempre a mí mismo, ¡alguien que no sea un monstruo tan horrible como este santo hipócrita! Esto es insoportable. ¿Por qué no me enteré antes, cuando tuve tiempo de evitarlo?».

«Podrías haberlo sabido, pero voluntariamente cerraste los ojos y los oídos, como él está haciendo ahora. Lo que él es, tú lo has sido, y el castigo de tu esclavitud a él no es más que una repetición de lo que le has infligido a otro. Él está sembrando, pero no quiere escuchar, tal como tú has sembrado y ahora debes cosechar el castigo».

«¿Pero por qué no me enteraba?».

«Porque no quisiste. Te burlabas, te reías y no quisiste escuchar la reprensión. El pecado fue dulce para ti, como él lo encuentra para sí mismo; ahora tú tienes que pagar su factura [*its facture*]».

«Entonces no me echarás una mano para escapar. ¿Es eso lo que quieres decir?».

«Yo te ayudaría con gusto a obtener tu libertad si honestamente lo desearas, y tu arrepentimiento me lo hiciera posible».

«No me vengas con ninguna tontería sobre el arrepentimiento. Si no consigo ayuda para escapar, espera a que este piadoso hipócrita termine sus oraciones -porque para entonces mi padre ya estaba absorto en sus escrupulosas devociones-, y te garantizo que me divertiré un poco».

«¿Y qué vendrá después?», preguntó Zecartus en tono de advertencia.

«¡Oh, maldita sea!».

«En nombre de Dios te suplico que dejes de cometer imprudencias y pienses en las consecuencias. ¿No tienes miedo, no tienes pavor? ¿No te ha proporcionado el pasado suficiente tormento como para que te arriesgues a que aumente? ¿No tienes compasión de ti mismo incluso mientras te quejas de que no puedo ofrecerte nada más?».

La angustia inefable del hombre mientras fijaba sus ojos llenos de tortura en Zecartus mientras éste hablaba, nunca la olvidaré.

«¿Qué debo hacer? -preguntó, extendiendo las manos en una distraída súplica por la ayuda que no podíamos prestarle, pues sólo buscaba liberarse del dolor, y no del pecado-; ¿Puedo soportar esto en silencio? ¿Puedo sufrir y regocijarme en ello, aunque, como a veces oigo, pueda ser necesario para mi propio bien? -luego, en un frenesí de repentina rabia, se sobresaltó y añadió-: ¡No! Por Dios, no lo soportaré en silencio. Si este santo pozo negro hace que mi vida sea intolerable con su mimetismo y sus condenables recordatorios de lo que yo era y cómo provoqué esto, tomaré represalias y lo llevaré a tales excesos que lo harán mil veces peor de lo que yo soy».

«¿Te amas tan poco a ti mismo, incluso cuando pides ayuda para escapar?».

«No seas ridículo. Quiero venganza, y la tendré; el infierno sabrá la razón».

Zecartus me apartó. Intentar persuadir a un hombre en esa condición era peor que inútil, y sin embargo él era el alma gemela de mi padre, con esta pequeña diferencia: uno estaba en la Tierra, en el cuerpo, capaz de hacer reparación si quería; el otro había pasado el Rubicón y había entrado en su recompensa por las acciones realizadas en la carne.

Y así, tal es nuestra primera investigación sobre el pecado: su naturaleza y resultados. A pesar de todas las apariencias de la Tierra —de la transgresión de los hombres y el aparente escape del castigo—, acaso no podemos escribir aquí:

‘No os engañéis, Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará. El que siembra para la carne, de la carne segará corrupción, pero el que siembra para el espíritu, del espíritu segará vida eterna’ [\[ref.\]](#)

Sin embargo, habiendo emprendido esta investigación sobre la naturaleza y las consecuencias del pecado, continuemos aún más nuestra búsqueda hasta que elimine el último rastro de duda de tu mente en cuanto a mi verdadera actitud hacia él.

Capítulo 7

La puerta del infierno

Zecartus se ocupa en gran medida de individuos tan contenciosos como este compañero de mi padre, ya que posee una perspicacia rápida y clara, con un notable don para trazar secuencias. Este hombre se consideraba víctima de una injusticia, y era necesario señalarle su error, para hacerle comprender y reconocer que su condición actual no era más que el resultado natural de su carrera anterior, cuya pena debía ser pagada 'hasta el último centavo' antes de poder obtener ayuda y libertad.

Quisiera señalar —y que se recuerde siempre— cuán perfectamente la vida inmortal está provista de ministros competentes para hacer frente a toda posible necesidad que pueda surgir. La ley elaborada y el orden establecido por Dios son plenamente capaces de suplir toda necesidad concebible, y llevar a completa perfección el gran designio paternal que hará que todos los hombres se salven. La pena completa y justa por el pecado debe ser pagada, el último fragmento de su cosecha debe ser inevitablemente recogido, pero después de eso el corazón de cada hijo e hija se volverá hacia el hogar, y dondequiera que nazca el primer pensamiento arrepentido debe encontrar necesariamente una nodriza espiritual esperando para ayudar y ministrar para su bienestar.

Bien podía preguntar el salmista: '¿Adónde huiré de tu presencia? Si hago mi cama en el infierno, he aquí que Tú estás allí?'.

Así, el arco iris del amor infinito barre el ámbito sempiterno de la vida —la tierra, el infierno y el cielo— y se inscribe en todas partes con la consoladora leyenda: '¡Dios es bueno!'.

Mis anteriores visitas a la Tierra en compañía de Cushna me permitieron ahora hacer algunas observaciones interesantes sobre la relación entre los dos lados de la vida, mientras Zecartus estaba ocupado con el homólogo espiritual de mi padre. El hecho más significativo que comprobé fue que, aunque me hallaba en mi antiguo hogar, éste carecía de todo interés o atracción para mí, y su luz era apenas algo más que una atenuación de las tinieblas. Esta última condición denotaba la verdadera lectura barométrica espiritual del lugar: Dios es luz, y la cercanía o lejanía de Él se registra automáticamente en luz o sombra. Sin embargo, aunque la luz fallaba, no puedo decir lo mismo de la vida, pues formas fantasmales se movían por todas partes.

«¿Quiénes son los que componen esta hueste aparentemente sin rumbo y temeraria?», pregunté cuando salíamos.

«Almas atadas a la Tierra, cada una de las cuales trata de satisfacer la pasión viciosa y maligna a la que está esclavizada -respondió-; El estudio de sus penosas ocupaciones te sería útil después de lo que acabamos de ver, si quisieras emprenderlo».

«Ciertamente, si se presenta la oportunidad».

«Eso puede arreglarse fácilmente -replicó-, pero debes hacerlo bajo la dirección de alguien comprometido con el ministerio que se desarrolla aquí, que estará mucho mejor cualificado que yo para instruirte».

Mientras hablaba, envió un destello de pensamiento que fue casi instantáneamente respondido por la llegada del líder de una de las bandas de trabajadores cercanas.

«Mi hermano, Ladas -dijo Zecartus, presentándome-; Aphraar desea saber algo de tu misión; ¿puedo encomendarlo a tu discreción?».

«No puedo presentarte los placeres del Paraíso, pero es posible que veas algo de su alegría -respondió-; Nuestro trabajo está más en la sombra que en la luz, pero te mostraré mucho de la ley y del amor de Dios».

«Deseo aprender la ley; ya he visto algo del placer», respondí.

«Ladas es muy capaz de instruirte como deseas -dijo Zecartus-; te confiaré por el momento a su cuidado, y me despido».

Con esto nos dejó, y a cargo de mi nuevo cicerone fui inmediatamente puesto en armonía con mi ambiente actual, de modo que pudiera acercarme más a aquellos con quienes las circunstancias estaban a punto de ponerme en contacto, y establecer mejor comunicación con ellos si era necesario.

«Comprenderás ya el principio que regula todas las divisiones -empezó diciendo-: cada uno en su lugar, y sin más barrera o restricción que la erigida por el carácter».

«Sí, estoy familiarizado con eso».

«Entonces puedes considerar que la esfera de nuestras operaciones es la condición de estar atados a la Tierra, con lo cual quiero decir la prisión temporal de aquellos cuyas pasiones viciosas y naturalezas depravadas todavía los mantienen en esclavitud a la Tierra, y los llevan a frecuentar los antiguos lugares de su pecado con la falsa esperanza de satisfacer sus malos deseos, mientras que cada intento que hacen les devuelve su legítimo grado de castigo».

«¿Quieres que entienda que todavía son capaces de ejercer una influencia activa sobre los hombres?».

«Así es; y tal influencia —dadas las condiciones favorables para su operación— es una de las agencias menos comprendidas pero más potentes para el mal con que los hombres se tienen que encontrar».

«¿Puedo preguntar cuáles son esas condiciones?».

«Son dos, de las cuales la primera y esencial es la debilidad moral o indecisión en el individuo tentado. En presencia de una rectitud [*rectitude*] bien desarrollada y resuelta, estos bandidos espirituales son totalmente impotentes. El mal en todas sus formas debe huir del hombre que se atreve a resistirlo, ya que el mal y la debilidad son sinónimos, no teniendo poder real en sí mismos, pero poseyendo una habilidad fatal para utilizar el [*poder*] que logren tomar prestado. El primer movimiento hacia abajo es siempre estratégico, entonces, si un puesto de avanzada es tomado, la fuerza capturada es inmediatamente utilizada en operaciones posteriores, o en otras palabras, su segunda condición es engatusar al tentado para que entre en el círculo encantado de su influencia mortal».

«No estoy muy seguro de entenderte».

«Lo sé, pero requiero de tu más cuidadosa atención, y la aseguro exponiendo primero mi proposición vagamente. Ahora que estás doblemente ansioso por seguirme, te explicaré claramente lo que quiero decir. La asociación de ciertos lugares con determinadas vocaciones está demasiado bien y universalmente reconocida como para necesitar más que una mención. El estudiante trabajará con mayor facilidad y efecto en su estudio, sentado en una silla determinada, ocupando una posición acostumbrada. ¿Por qué? Porque la habitación se ha saturado con el espíritu de sus

trabajos, y esa silla ocupa el centro de la radiación de las investigaciones pasadas. Desde ese punto, todo a su alrededor se ha saturado de sus creaciones mentales, y en su lugar habitual el espíritu del pasado se mezcla con el esfuerzo presente y produce inspiración. Un lugar apartado, pronto comienza a transpirar la atmósfera de su asociación, y la fuerza aumenta con el uso hasta que es fácil comprender, por ejemplo, con qué complacencia, uno,

*"puede sonreír a la ira de Satanás
y afrontar un mundo ceñudo" [ref.].*

cuando se está en un lugar que las asociaciones sagradas proclaman como una casa de Dios, una puerta misma del Cielo. Allí los ángeles se reúnen y

'En el secreto de Su presencia, hay descanso, dulce descanso' [ref.].

Ahora bien, si este principio de saturación empática se aplica en todos los sentidos, puede concebirse fácilmente cómo las tentaciones al pecado derivan una fuerza peculiar a través de la agencia del lugar en el que se presentan».

«Esta es una nueva doctrina», repliqué.

«Debería serlo, pero no lo sería si los hombres considerasen la clara enseñanza de Cristo con el mismo interés que dan a los asuntos comerciales».

«¿Por qué no?».

«Porque Cristo enseñó esta gran e importante verdad tan claramente como cualquier otro punto de su ministerio, cuando habló del espíritu inmundo expulsado de un hombre, que vagaba en busca de descanso, pero sin encontrarlo. Recuerda cómo regresó para encontrar su antigua morada barrida y guarnecida, pero consiguió la ayuda de siete más impíos que él mismo para desempeñar el puesto, y todos habitaron allí, haciendo que el último fin *[el estado final]* del hombre fuera peor que el primero». [ref.]

«¡Qué extraño que nunca haya asociado eso antes!».

«Es inicuo que los hombres continúen siendo tan voluntariamente ciegos, hasta que llegan aquí y la terrible verdad es prácticamente forzada sobre ellos. Entonces se extrañan de que no se hayan tomado medidas para escapar de las consecuencias de su propia negligencia, y se quejan de la injusticia de que los pecados de omisión sean tratados como iguales a los de comisión».

«¡Oh, la terrible responsabilidad de la vida!», más bien reflexioné que expresé, pero el efecto fue el mismo, pues Ladas lo oyó claramente.

«No reconocer su importancia espiritual y no actuar en consecuencia es quizá una de las locuras más notables e indefendibles de la raza humana -replicó-; Como bien comercial, la vida en su fase física es de un valor supremo; incluso sus complementos, accesorios y partes son asuntos para cuya defensa se crean ejércitos y armadas; en su aspecto espiritual el valor es prácticamente nulo; sin embargo, el primero es evanescente, el segundo perdura; el uno se desvanece mientras lo soñamos, el otro es eterno como Dios mismo. Y los hombres que así juegan con la sombra, mientras descuidan la sustancia, se llaman a sí mismos sabios. Vamos a visitar a algunos de ellos, para que veas lo que son después de que la sombra se ha perdido, y el argumento de la ignorancia ha recibido su justa consideración».

«¿Es entonces esa condición, la de estar atados a la Tierra, otro nombre para el infierno?», pregunté.

«¡No! En un doble sentido, es sólo la puerta —el vestíbulo del infierno—. En las condiciones atadas a la Tierra son recibidas almas activamente viciosas y abiertamente rebeldes que, habiéndose engañado a sí mismas y estando atadas a la Tierra por razón de su esclavitud al pecado, están sedientas y decididas a vengarse de sus semejantes; de ahí que su copa de iniquidad no esté todavía llena, y en la violencia de su pasión elijan continuar su curso malvado buscando efectuar la perdición de otros».

«¿Y se les permite hacerlo?».

«Sí, cada individuo es libre de hacer lo que quiera en ese sentido. No tenemos barreras de restricción, aunque a todos se les recuerda continua y fielmente las consecuencias de su acción, y se mantiene una vigilancia incesante para el primer signo de cansancio en su curso inútil. Entonces, cuando es reconocida la medida de su pecado, pasan de ahí al verdadero castigo del infierno».

«¿Entonces no padecen realmente de sufrimiento aquí?».

«¡Menos mal que sí lo hacen, o si no, vaga sería en verdad la esperanza de su recuperación! Cada alma, cuando abandona la carne, se encuentra en posesión de un cuerpo espiritual que es la verdadera esencia de la vida que lo produce, y que sencillamente se adapta a la existencia en condiciones similares a las que lo convocaron al ser. Así como en el estado físico los peces prefieren el agua y los pájaros el aire, aquí cada alma gravita hacia su propio lugar en virtud de la adaptación. Aquí, sin embargo, está el hecho terrible que debemos tener siempre presente, o si no lo malinterpretaremos todo: al entrar en esta vida, cada alma individual está ligada a la misma exquisita delicadeza de sensación; el santo más brillante y el pecador más vil son, por lo tanto, igualmente sensibles al placer o al tormento de la posición para la que deliberadamente se han calificado. En esta disposición se manifiesta la perfecta justicia de Dios. Mientras estas almas rebeldes permanezcan aquí y sin arrepentirse, cada acto de pecado acarrea su propio castigo inmediato, hasta que la futilidad de su curso obra hacia el arrepentimiento a través de la desesperación, a la primera señal de la cual intervenimos y el pródigo es llevado lejos para comenzar a saldar la deuda que ha contraído, en el castigo reparador del infierno».

«¿Entonces la penalización efectiva del infierno no comienza aquí?», dije sin aliento, asombrado.

«¿Cómo podría hacerlo? -respondió-; Las responsabilidades generadas no pueden determinarse hasta que se deponen las armas de la rebelión; y Dios exige estricta justicia, nada más. Permíteme que te ayude señalando la diferencia entre el castigo soportado aquí y el del infierno, y entonces comprenderás mejor lo que quiero decir. Es posible que el castigo del presente sea igual al que el alma experimentará allí, pero es simplemente el efecto que resulta inmediatamente de un acto en el instante de su realización, para que causa y efecto puedan ser claramente trazados, y la loca carrera detenida. En el verdadero infierno, el hombre se encuentra cara a cara con la cuenta completa que pesa sobre él, y se le exige el pago tanto del principal como de los intereses. Todo lo que haya sembrado tiene que cosecharlo allí, y el mismo pecado cuya deuda está en proceso de saldar permanece visible ante sus ojos hasta que es borrado al pagarlo. Esa es la diferencia entre esta condición y el infierno».

«¿Pero qué hay de todos aquellos que no vienen ni buenos ni del todo malos, y de los que se arrepienten en la muerte?».

«Todos ellos van a su propio lugar. Permíteme sugerirte una burda ilustración que te ayudará a comprender esto: [la leyenda del ataúd de Mahoma](#). Si aumentas indefinidamente el número de

ataúdes y consideras que el Cielo y el Infierno son los dos imanes que actúan con mayor o menor fuerza sobre cada ataúd —algunos por el momento arrastrados hacia abajo, otros levantados hacia arriba, según los diversos grados de simpatía—, podrás concebir lo que quiero decir con el lugar propio de un hombre. Pero tendrás que introducir una nueva característica si quieres que la analogía se mantenga».

«¿De qué se trata?».

«Cualesquiera que sean los primeros efectos de atracción, no pueden permanecer estáticos, puesto que la ley de la evolución espiritual exige que la fuerza inferior disminuya cada vez más y la superior aumente, hasta que todo lo que está en suspenso sea atraído a un reposo permanente alrededor del único Imán Eterno. Pero ven a ver lo que esta condición tiene para mostrarte».

Comencé entonces un viaje de revelación horrible, indescriptible, y de una tortura tan exquisita que el lenguaje no tiene ni fuerza ni color para describirla —un verdadero caos de pecado, bullendo en un cosmos de ley dominante—.

Cada escena y cada grupo que contemplé era una pasión salvaje, sin ley, diabólica, un espumoso caldero de iniquidad, en el que las almas más viles parecían estar en lo más alto, y vampiros enloquecidos luchaban con frenética energía para alcanzar y arrastrar a otros a su horrible, aunque no destructora, agonía.

Temía incluso por mi propia seguridad mientras contemplaba la escena, pero Ladas me aseguró en esto, señalándome cómo la influencia de cada grupo se circunscribía al lugar que lo tenía hechizado. Más allá de estos límites —fuera de la franja de luchadores y combatientes que en la revuelta habían sido lanzados del centro a la circunferencia y clamaban por regresar—, todo era orden y tranquilidad, donde una hueste de mensajeros aguardaba lista para responder a cualquier grito genuino de auxilio.

Mis observaciones no se limitaban al lugar donde me encontraba, sino que a través del pórtico de la muerte vi también el otro lado; vi una víctima tras otra atraídas por el fascinante círculo sobre el que los diferentes grupos ejercían una influencia invisible e insospechada, pero tanto más mortal. Algunas vacilaban en una dudosa incertidumbre antes de ceder tímidamente; otras se acercaban curiosamente, despreocupadas y ya medio inclinadas a probar suerte en la incertidumbre especulativa; otras parecían avergonzadas y ansiosas por no ser vistas y reconocidas; mientras que aún otras confiaban audazmente en que eran capaces de lanzarse y volver fortificadas, ilesas. Oí el grito que desde nuestro lado saludaba a cada recién llegado, un grito que sus oídos estaban demasiado cargados para oír, aunque él sentía la fuerza de la influencia tentadora que iba con él [*con el grito*], además de sentir el aguijón de la *conciencia* que le golpeaba cuando el aullido de éxito hablaba del castigo de sus tentadores.

La pasión en la Tierra hace a los hombres insensibles al dolor. No es así con nosotros, pues hace que la agonía sea más aguda; pero tal era la furia del pecado que vi, que se volvía desafiante incluso cuando el alma se estremecía en su sufrimiento supremo, y luchaba para alcanzar hazañas aún más audaces. Ojos hambrientos y lobunos miraban con determinación para destruir; manos codiciosas, temblorosas y crispadas se extendían desenfrenadas, impacientes por arrastrar al irresoluto, aunque cada alma bien sabía que el mayor azote caería sobre sí misma si lo lograba.

¡No, no! Esto no es una rapsodia poética, sino un recuerdo verdadero, aunque imperfecto e incoherente, de una experiencia horrible que Dios en su misericordia me concedió tener, para que

pueda hablar de ella y gritar su advertencia a los hijos de los hombres. El fuego de la ferviente imaginación de un Dante sería como un témpano de hielo comparado con lo que mis ojos contemplaron en viva exposición de las verdades que Ladas había expuesto anteriormente, y en confirmación de la descuidada aserción de que '[*duro es el camino de los transgresores*](#)'.

«¿No hay forma posible de aliviar una agonía tan agitada?», pregunté, mientras mi conductor me alejaba de la escena de tan insoportable tortura.

«¡Ninguna! Si alguna ayuda pudiera ser útil, yo podría convocar a mil ayudantes para cada alma sufriente que la necesitara. Pero, ¿qué podrían hacer tales ministros? Mira el número de los que ya están esperando para desempeñar el cargo: centenares, que esperan donde sólo se necesitan unidades, y siempre a mano antes de que se haga la llamada de socorro. Todo lo que se puede proporcionar está tan ansiosamente vibrando para rescatar como aquellos a los que esperamos ayudar están impacientes por destruir. Afortunadamente, tal castigo es demasiado feroz para ser prolongado, salvo en casos muy raros. El dolor, como el trabajo esforzado, conduce naturalmente al cansancio, y cuando la fiebre de la venganza y la pasión ha seguido su curso, estos pródigos espirituales vuelven en sí, aprenden de lo que les ha sucedido, aceptan lo inevitable y cesan su inútil guerra».

«¿Qué quieres decir con aprender de lo que les ha sucedido?».

«Ah, esa es una explicación que debo dar antes de que puedas comprender verdaderamente lo que has visto. Hubiera estado bien si la hubieras hecho antes, pero ahora viene con toda naturalidad, y hará un útil servicio a modo de postrera luz [*aftergleam*]. Lo que quiero decir es que la mayoría de estos desgraciados se despiertan aquí sin ninguna idea de lo que ha sucedido».

«¿Sin consciencia de la muerte?», pregunté incrédulo.

«¡Sí! Sin la sombra de sospecha de ello».

«¿Es eso posible?».

«No sólo posible, sino que, dadas las circunstancias, casi resulta natural que así sea».

«¿Me explicas cómo?».

«Recuerda la nebulosa confusión e ignorancia que existe en el otro lado respecto a la muerte: la idea de que es posible que, aceptando una sola creencia, un hombre pase in fraganti desde la horca hasta la cercanía del trono; que en el momento después de la muerte, un niño recién nacido se perfecciona en todo conocimiento; que una conversión en el lecho de muerte transforma el alma más vil en un santo sin mancha; o la duda sobre si el alma dormirá o no hasta el día del juicio, cuando volverá a entrar en su cuerpo físico y será arrebatada en el aire para estar para siempre con el Señor. En cuanto a los malvados, se sostienen opiniones igualmente contradictorias e irreconciliables: son consignados de inmediato a la custodia del diablo y sus ángeles, que los torturan en el fuego del infierno, del que no hay esperanza de escapar; mientras que, en el juicio final, serán llevados ante Cristo para ser juzgados si son realmente culpables o no. Ahora bien, cuando estas ideas son aceptadas, y obtienen su [*sanción*](#) de la autoridad constituida antes de la muerte, ¿por qué debería pensarse que es increíble que las almas no logren comprender lo que realmente ha ocurrido, cuando, habiendo hecho la transición, no encuentran nada que esté ni remotamente relacionado con cualquiera de las expectativas?».

«Aun así, uno apenas puede creerlo posible».

«¿Por qué? Es una experiencia que se encuentra a menudo incluso más allá de las condiciones terrestres. ¿Acaso comprendiste de inmediato lo que había sucedido?».

«No, no lo comprendí -tuve que confesar, pues había caído en el error común señalado por Zecartus de juzgar a los demás por una regla diferente a la que yo utilizaba para mí mismo-; Pero mi tránsito fue tan repentino, tan inesperado, que puede haber alguna excusa para la confusión».

«La confusión del tránsito no depende tanto de su carácter repentino como de las ideas erróneas sobre lo que revelará. La ignorancia produce ignorancia. Los que prefieren viajar en la oscuridad no pueden beneficiarse de las revelaciones que ofrece la luz. El hombre que emprende su viaje nocturno de Inglaterra a Gales y duerme durante el trayecto, se despertará sin saber si se ha pasado o no el túnel del Severn, y naturalmente pregunta: "¿Dónde estamos?"».

«Pero no creo que la analogía se sostenga».

«¿Por qué?».

«Al desprenderse del cuerpo se han producido necesariamente tantos cambios...».

«¿No habían ocurrido también en tu propio caso?».

«Sí, ciertamente», me vi de nuevo obligado a admitir, para mi confusión.

«Estos cambios estaban todos relacionados con lo externo -prosiguió-; Según tu propio juicio, eras exactamente el mismo que antes, y lo que había ocurrido no estaba tan en desacuerdo con el pasado como difería de lo que habías esperado que la muerte revelaría. De ahí que te resultara mucho más fácil concluir que, en el período de inconsciencia entre el presente y el pasado, habías sido más bien víctima de una broma pesada, que el hecho de que habías muerto».

«Debo confesar que tienes razón».

«Eso se debe a que esta continuidad de la vida surge de forma muy natural desde lo que ha sucedido antes. Es necesario que se produzcan cambios, pero sólo se trata de despojarse de una vestimenta física y asumir una espiritual, que se adapta mucho mejor al nuevo entorno; e incluso esto no es nuevo, ya que en el estado de sueño cada alma se ha acostumbrado al cambio diario».

«Pero eso no se recuerda en el otro lado».

«Podría recordarse, y debería ser así; pero hacerlo perturbaría la autoridad establecida, y el hombre que abogara por el cultivo de tal canal de revelación e inspiración se vería obligado a ascender a un calvario social, si no físico. La naturaleza, sin embargo, no adapta sus acciones a la conveniencia de la ignorancia: se supone que todas sus leyes han de ser inteligentemente comprendidas. Llevemos nuestra investigación un poco más lejos. El estado de sueño, entonces, hace que cada ser se familiarice con la verdad, ya sea que la recuerde en el estado de vigilia o no. El único punto que tenemos que resolver ahora es cuál es la diferencia real entre el sueño y la muerte, y es: absolutamente ninguna. El hombre que se duerme, muere, en lo que se refiere al proceso. Toda la diferencia radica en el retorno o no retorno del alma al cuerpo, no en su liberación. Siendo esto así, ya no tienes por qué extrañarte de que muchos de estos desgraciados no se hayan enterado todavía de lo que ha ocurrido».

«Te agradezco tu lúcida y paciente explicación -respondí-; ¿Puedo pedirte ahora información sobre los primeros impulsos al recobrar la consciencia?».

«Sí. ¿Preferirías ver tú mismo un caso así, o te hablo de uno que acabo de atender?».

«No estoy ansioso por ver más por el momento de lo que ya me has mostrado», respondí.

«Entonces tomaré mi último caso como bastante bueno para ilustrar lo que preguntas. Es el de un hombre que comenzó su vida como empleado en la oficina de un corredor de bolsa, donde ocupó un satisfactorio puesto de confianza durante algunos años. Entonces llegó la tentación, y después de muchas negativas, muchas vacilaciones y varias correcciones de las proposiciones, al final consintió, pero no en traicionar la confianza de su empleador; eso nunca podría hacerlo —¡El honor se lo prohibía!—. Pero sí que, a cambio de una sustanciosa comisión, respondió a las preguntas de manera tan equívoca que sirvió para el mismo propósito. La comisión así obtenida la utilizó en privado de acuerdo con la información confidencial que se le había confiado, y empezó a soñar con posibles riquezas siguiendo las líneas que había elegido; pero su duplicidad se filtró, y fue despedido. Entonces, se propuso realizar sus sueños de otras maneras, se formó el ideal de amasar una fortuna de dos millones, a cuyo objeto, paso a paso, lo sacrificó todo, incluso la vida, pues fue llamado de allí cuando necesitaba un octavo para alcanzar la cima de su ambición.

»La apoplejía fue la causa de su transición, y yo estaba presente cuando recobró el conocimiento. Su primera sorpresa fue descubrir que se había despertado en un lugar extraño, y examinó su cuerpo con considerable recelo; pero recordando que se había desmayado en la oficina, aceptó la situación, y estaba ansioso por regresar sin demora, dejando que las cosas se explicaran por sí mismas lo mejor que pudieran. Ahora debes tener en cuenta que para todas las almas atadas a la Tierra, los lugares y las personas que ocupan las escenas de su esclavitud son casi tan sólidos y sustanciales como siempre, mientras que ellos son insustanciales e invisibles en sí mismos. Es esta diferencia, tan importante como incomprensible, la que primero desnuda sus espaldas para el castigo.

»Volvió a su despacho y descubrió que su ausencia había sido más larga de lo que imaginaba, y que en el intervalo se habían producido muchos cambios no autorizados y censurables; tal vez el más escandaloso fue la tranquila apropiación de su despacho privado por el director, que parecía estar llevando a cabo negocios sin ninguna referencia a él. Exigió perentoriamente una explicación, pero fue como si su subordinado fuera sordo, mudo y ciego, en su negación de atender la consulta. Se enfureció, despotricó y apeló a los demás precisamente con el mismo efecto; luego, en una furia de ira, mejor imaginada que descrita, se precipitó a su casa. Aquí le fue mucho peor que en la ciudad, pues para su disgusto y consternación se enteró de que su familia le daba por muerto, y finalmente volvió a nosotros decidido a encontrar a alguien que acudiera en su ayuda ayudándole a vengarse.

»Es posible que encuentres esta experiencia más o menos perfectamente copiada en la mitad de los miembros de cada grupo que puedas visitar. Tampoco podemos prestarles el más mínimo servicio o ayuda hasta que el desenfreno de su pasión produce hastío, y buscan nuestra ayuda».

«¿Y está la Tierra envuelta con semejante multitud delirante de maldad?», inquirí, comenzando a ver, como nunca antes lo había comprendido, los peligros que corren los débiles y desprotegidos en presencia de tan enloquecidos tentadores del mal.

«¡No! Si tal fuera el caso, sería casi fatal para el triunfo final del bien sobre el mal. Estas escenas son las supurantes contaminaciones de la civilización, y los hombres y mujeres que las componen son aquellos que conocen lo correcto pero deliberadamente eligen lo incorrecto en su codicia por el éxito temporal —riqueza, posición y poder—. Conocían la voluntad de su Señor, pero no la hicieron, por eso son golpeados con muchos azotes. Se les ha dado mucho y se les ha requerido mucho a cambio, pero habiendo malgastado su sustancia y habiéndose convertido en quebrados morales y

espirituales, lo que han acumulado tiene que ser quitado, y lo que has visto es la primera parte del proceso de despojo, el comienzo del fuego por el que sus almas deben ser purificadas».

«¡Con qué terrible énfasis se insiste aquí en la retribución!», exclamé.

«Eso es porque ves la ley ejerciendo su justicia —ley que es siempre e invariablemente inexorable—. El error fatal del otro lado es el de considerar que la ley es inflexible sólo en su aspecto físico, pero en la esfera espiritual —es decir, si es que existiera aquí, lo cual es sumamente dudoso— es caprichosa y fácil de eludir mediante promesas arrepentidas de hacerlo mejor. Ningún hombre que comprenda la naturaleza de la dinamita jugará descuidadamente con ella, y sin embargo la dinamita es inofensiva comparada con las leyes espirituales que los hombres ignoran. Siempre hay un escape posible de la dinamita, pero no de la ley».

«Pero tu ilustración fracasa si estas almas atadas a la Tierra son principalmente producto de la civilización, pues la dinamita explotará igualmente en manos de salvajes o cultos».

«No. Mi analogía sigue siendo válida. El explosivo es un producto de la civilización, y es inaccesible ya que sus propiedades son desconocidas para el salvaje. Por lo tanto, si se produjera una explosión de este tipo, sólo podría deberse a que la dinamita fue importada con alguna intención siniestra, y la responsabilidad del desastre recaería en el importador, no en el salvaje. Es exactamente lo mismo con estos grupos de iniquidad terrestre; cada individuo en toda esa horrible hueste está entrando en la recompensa legal y perfectamente justa por los hechos realizados en el cuerpo. Pero en respuesta a tu pregunta, permíteme señalar cómo cada grupo está ligado a un lugar determinado en su acción conjunta: los borrachos se reúnen alrededor de las tabernas; los jugadores en el hipódromo o en otros lugares "dedicados al deporte", y así sucesivamente hasta que hayas localizado cada grupo; pero aparte de este agrupamiento colectivo para una mayor fuerza, cada individuo tiene su propio vínculo particular con la escena de su transgresión personal. Como señalé en el caso que he descrito, gran parte de la tortura surge del hecho de que los grilletes que su conducta ha forjado le obligan a presenciar —atado e impotente— la frustración del proyecto por el que había renunciado a todo: para descubrir que el huevo por el que entregó su alma con ilusión no eclosiona más que dando un escorpión, para aumentar su propio tormento».

Capítulo 8

Ángeles y ángeles

«Es imposible que durante una sola y breve visita obtengas una idea adecuada del enorme alcance y los variados detalles de nuestra obra aquí -dijo Ladas al prepararse para llamar mi atención sobre otros aspectos de su ministerio-, pero seleccionaré uno o dos puntos sugestivos que probablemente sean de utilidad personal y que al mismo tiempo indicarán nuestras operaciones de largo alcance. De los vastos recursos de que disponemos para asegurar el éxito no puedo sugerir ninguna estimación, ya que sólo Dios los conoce, aunque las garantías del pasado me autorizan a decir que nunca fallan y están a la altura de cualquier demanda que se les pueda hacer.

»Tampoco podría hablar con lucidez sistemática del conocimiento que he adquirido a través de mi larga experiencia. No trabajamos según reglas ni de acuerdo con ninguna fórmula teórica; si lo hiciéramos, el proceso podría codificarse y estudiarse a conveniencia. Pero si bien reconocemos el hecho de que el pecado procede según ciertas líneas claras y bien definidas, al ministrar al alma enferma estudiamos cada caso con la cautela crítica de un nuevo desarrollo, en lugar de con fines de clasificación. Dios nunca agrega, sino que siempre individualiza. Es la oveja perdida lo que más nos

interesa encontrar. Aunque '*Dios quiere que todos los hombres sean salvos*', nunca olvidamos que el todo está compuesto de unidades, que deben ser recuperadas tan rápida y amorosamente como sea posible.

»Este es el antiguo evangelio de Cristo, que Él trajo a la Tierra desde aquí: '*la vieja, vieja historia*' [[ref.](#)] tan diferente de las [fábulas de viejas](#) de origen terrenal, y tan parecida a la concepción de lo que sería un tema celestial, que todos los hombres lo buscaban para poder escuchar su música. Es el cántico de Cristo, con la misma melodía de amorosa devoción a las necesidades de los perdidos, que entonamos en nuestro ministerio actual: el cántico de amor que Dios compuso para fascinar los oídos de aquellos que se pudieron convertir en esclavos del infierno, pero que en las alas de la esperanza y la confianza los lleva más y más alto, más alto, hasta que el alba despunta, la discordia se apaga, la vista se restablece y el hogar es alcanzado.

»La Tierra ha roto las cuerdas más dulces del arpa divina y las ha reemplazado con sustitutos que no suenan bien y estropean la melodía. En el jardín del Señor, un enemigo ha esparcido cizaña, ahogando las flores y envenenando el fruto, y la obra de Cristo ha quedado sin efecto a través de tradiciones falsas. Así, la verdadera proclamación del evangelio ha vuelto a nosotros nuevamente. El cristianismo que la Tierra ha perdido es la vida nativa de inmortalidad que el amor del Padre extendió para plantar debajo, y que los hombres pudieran comer antes del fruto del árbol de la vida. ¡Oh, ese amor de Dios! No podía esperar para manifestarse en la redención, sino que se adelantó para proveer salvación de una caída. Previó y anticipó la debilidad y fragilidad de la carne, y anheló colocar alrededor del hombre en evolución todas las salvaguardas posibles contra los peligros de la naturaleza animal que estaba superando naturalmente. Así, en medio del Edén plantado en preparación para el desarrollo ulterior, el amor colocó el árbol de la vida junto al río del agua de la vida, y su grata sombra ofreció un descanso sagrado, la música del agua cantaba dulces canciones de cuna, con el delicioso fruto de la inmortalidad colgando sobre sus cabezas, y los ángeles del suelo natal ascendiendo y descendiendo para aconsejar e informar.

»Tales fueron las provisiones del amor. Pero lejos del río se encontraron los frutos llamativos del deseo sensual. Los instintos animales prevalecieron, los hábitos y gustos del comedero de cerdos fueron más fuertes que la débil restricción de una moralidad recién nacida; el nuevo hombre cayó bajo el dominio de la vieja bestia, y la perspectiva espiritual se oscureció.

»Los maestros de la Tierra han fomentado la idea de que el árbol de la vida ha dejado de existir, como si el amor eterno de Dios se hubiera convertido en odio impaciente a causa de la fragilidad del hombre. ¡Cuán imposible! El árbol de la vida todavía se encuentra en medio del Paraíso de Dios, y sus hojas están a perpetuidad para la sanación de las naciones. El fruto de ese árbol lo encontraréis en cada esfera y región de esta vida, y su ministerio y potencia constituyen el pleno empleo de todos aquellos con quienes os encontraréis. Nada ha cambiado. El fruto, la vida, la música, el amor, los ángeles, permanecen desde la eternidad hasta la eternidad, y el Padre ama tanto que aún consumará su propósito eterno, y nada se puede perder.

»Digo que la proclamación del verdadero evangelio de Cristo prácticamente nos ha sido dejada ahora a nosotros, y, percibiendo que estás ansioso por tomar parte activa en este ministerio revivido, creo que puedo servir mejor a tu propósito dirigiendo la atención a un peligro peculiar que se encuentra en el camino de la reapertura de la comunicación entre nosotros y la Tierra».

«Estaré profundamente agradecido por cualquier consejo que me puedas dar en esa dirección-respondí-; No es que sepa que mi esperanza se hará realidad, pero me gustaría estar bien equipado si se me honrara así».

«El poder irresistible del evangelio predicado por Cristo reside en su armonía con la ley natural, que encontró su interpretación plena en la vida que Él vivió. Dios estaba en Él y trabajaba a través de Él para reconciliar al mundo con la rectitud [*righteousness*] en el desarrollo de lo espiritual a partir de lo natural. La actividad incansable de la vida en Jesús se extendió hacia el Cristo, siempre usando sus logros presentes como una plataforma desde la cual alcanzar posibilidades aún más elevadas. El cristianismo moderno se ha apartado de esta rutina primitiva, ha abandonado la demostración personal de la vida de Cristo y en su lugar ha establecido una teoría humana sobre esa vida, delineada y prescrita por los padres del cristianismo posterior reunidos en concilio. Esta forma de piedad inventada por el hombre carece del poder de Cristo para gobernar las vidas de los hombres, y la religión se ha convertido en una rama seca y marchita. Sin embargo, ni la infidelidad de los hombres ni las influencias corruptoras del pecado han frustrado el propósito de Dios. Los ángeles han sido ahora reordenados al ministerio, quienes conociendo y entendiendo el funcionamiento de la ley la usarán, y de ese modo traerán al mundo a Cristo. Pero en relación con este ministerio, hay incluso un peligro contra el cual debemos estar en guardia».

«¿Es seguro que no es posible que el ministerio de los ángeles fracase en su propósito?».

«¡Claro! Es por esta razón que deseo ser muy cuidadoso para hacerte entender lo que deseo mostrarte. Hay ángeles y ángeles. La libertad de regresar a la Tierra está abierta a todos por igual, y las mentes de los hombres simpatizan mucho más con aquellos que están en las condiciones terrenales que con aquellos que están por encima de ellas. Este constituye el peligro que deseo que reconozcas muy claramente. Las almas que sienten la primera atracción por regresar y son más generalmente bienvenidas son aquellas que no saben nada en absoluto de la vida y del gobierno espirituales reales, pero hablan y airean su ignorancia en una confusión de lenguas y enseñanzas peor que la de Babel».

«¿Qué se debe hacer, entonces?».

«Hay que arrebatarles la victoria de las manos. Los hombres están aprendiendo ahora a apelar a la razón en lugar de depositar una confianza ciega en la autoridad, y se está preparando una invasión de la Tierra, como tal vez sepas, por parte de quienes son competentes para exponer toda la ley de Dios y hacer que la verdad se manifieste claramente».

Ladas, mientras me preparaba para lo que estaba por venir, había enviado y recibido varios mensajes, después de lo cual explicó:

«Estoy haciendo averiguaciones sobre dónde puedo encontrar una mejor ilustración de esta dificultad. No querría exagerar ni mitigar el asunto, sino que estoy ansioso por mostrarte un caso bastante representativo y permitirte sacar tus propias conclusiones. Tal oportunidad está ahora abierta; ven y mira por ti mismo lo que quiero decir».

Cuando terminó de hablar, habíamos llegado al espacioso salón de un próspero comerciante de la ciudad, donde una docena de personas estaban reunidas para participar en una sesión espiritista. De ellos, dos eran clérigos: uno (el Sr. Newman) estaba algo inseguro sobre la legalidad de los procedimientos propuestos, pero el otro (el Sr. Oldfield) le aseguró que lo encontraría más divertido que serio, y libre de cualquier objeción. Anthony Mairn, como presidente de la Asociación

Espiritista local, había sido invitado a reunirse con los clérigos, con la posible esperanza de conseguir un nuevo y muy deseable converso. El resto de la compañía estaba formado por Arthur Settle, el anfitrión, su esposa, su hija y sus amigos, todos ellos muy interesados en saber qué sucedería. La médium, el centro medio insólito de la esperanza y la incertidumbre, era Madame Hansbrac, una clarividente popular que había encontrado un marido un tanto incómodo del que había decidido extraer una pensión, en atención a que no la molestara. No había hijos y no fue difícil llegar a un acuerdo, así que Madame dejó su casa para ir a un lugar más elegante y todo salió bien. El señor Settle le pagaba tres guineas semanales por consultas de negocios, y la sesión actual era un compromiso especial por el que hubo de darse un pago adicional.

Estos detalles son necesarios para indicar el espíritu y los motivos subyacentes que dieron origen a todo el proceso.

Alguien me preguntará cómo me enteré de estos detalles. Es una pregunta pertinente y la respuesta arrojará un torrente de luz sobre lo que ocurrió después. Todas las mentes de la sala estaban abiertas a nuestra inspección como si se tratara de un libro de texto elemental. Podíamos leer lo que quisiéramos, pasando página tras página y buscando a nuestro criterio en los archivos secretos y desprotegidos del pasado, donde se encontraba cualquier cantidad de material para la manipulación de los dos ayudantes espirituales que ya estaban esperando a Madame Hansbrac.

Sólo una palabra aquí sobre si tenemos algún derecho a aprovecharnos del conocimiento puesto a nuestra disposición, y afirmo que tenemos todo el derecho a leer todo lo que queramos de ahí, ya que esta es nuestra fuente natural de toda la información genuina sobre los individuos. Todos los juicios sobre el lado espiritual de la vida y todas las decisiones se basan y determinan en registros escritos en el alma. Quisiera recordar con qué frecuencia he señalado esto anteriormente. Como ejemplo, en nuestra reciente conversación, Ladas se refirió a mi deseo de participar en la misión a la Tierra que él había leído de mi mente, tal como yo acabo de leer lo que estaba escrito en los que me rodeaban. Lo que no está bien es hacer uso de la información obtenida de esta manera con fines de engaño, como lo hacen con demasiada frecuencia los intermediarios maliciosos y poco fiables.

«¿Alguna vez probó la *tabla espiritista [planchette]*, señorita Arbonne?», preguntó la señorita Settle durante los quince minutos que Madame siempre concedía a sus asistentes para "establecer la condición armoniosa necesaria para la sesión".

«No, nunca».

«Oh, pero deberías hacerlo; es la diversión más alegre que puedas concebir. He hecho que mi tabla sea debidamente dedicada...».

«¿Qué es eso, si se me permite preguntar?», dijo el señor Newman.

«Apenas sé cómo describirlo. Es una especie de cosa aparte para el uso de un espíritu en particular, para evitar que lo usen otros que no son conocidos».

«¿Es realmente buena la tabla?», preguntó su amiga.

«Es simplemente deliciosa. Puedes preguntar todo lo que quieras sobre cualquier persona y te lo dirá».

«¿Pero puedes confiar en que sea veraz?».

«Bueno, tal vez no siempre; pero creo que es correcta con más frecuencia de lo que la gente admite».

«¿Sabes? -le dijo el señor Newman a su hermano clérigo-, mi *conciencia* no está del todo de acuerdo con esta intrusión en el ámbito de los muertos sagrados».

«Porque es un terreno nuevo, mi querido señor; es nuevo, y entonces uno naturalmente lo pisa con desconfianza. Espera un poco y perderás todas tus dudas en un país de las maravillas al que Alicia nunca tuvo la oportunidad de entrar».

«Comenzaréis con oraciones, por supuesto».

«Oh, no, querido; si hubiera algo de iglesia en ello, lo dejaría de inmediato», respondió la señorita Settle con petulante firmeza.

«Pero, mi querida jovencita, ¿no tiene en cuenta usted la solemnidad de la ocasión?».

«No, no la considero así. La sociedad no se inclina por las solemnidades. Creo que es hora de que ustedes, los clérigos, consientan en confinar la religión a la iglesia y nos permitan disfrutar de nuestras diversiones sin interferencias».

Esta discusión no tendía exactamente a la armonía, por lo que Madame le pidió a la señorita Settle que "tocara algo suave y soñador", después de lo cual comenzaron sus descripciones y comunicaciones clarividentes. Sin embargo, estoy más interesado en registrar lo que vi que lo que se dijo justo en este momento.

Para entonces, las diversas atmósferas espirituales se habían mezclado y formaban una fotosfera [*photosphere*] que envolvía a toda la compañía, en cuyo exterior permanecemos sin ser descubiertos. La cualidad del aura, que representa su verdadero tono espiritual, puede describirse como una combinación de curiosidad, diversión y duda. No hubo ningún signo de aspiración o deseo espiritual desde el principio hasta el final de la actuación.

La clarividencia es un término un tanto engañoso para aplicarlo a la gama de fenómenos que generalmente cubre este nombre, ya que solo un pequeño porcentaje entra dentro del rango de visión, y con mucho la porción mayor es percibida [*de esos fenómenos, su mayor parte se relaciona con lo "percibido", no con lo "visionario" o con la "visión" —es decir, la porción mayor de tales fenómenos sería algo recibido así como mediante una percepción "más simple", más normal—*], y la percepción se debe más a la afinidad espiritual que a cualquier sentido en particular. Fue muy definitivamente así en las lecturas que dio Madame en este caso, todas las cuales, y muchas más, fueron fácilmente obtenidas desde el aura mental que envolvía al grupo, aunque sería injusto con la médium decir que ella era consciente del hecho. Recibía impresiones de algún lugar, que eran interpretadas con resultados sorprendentes para aquellos cuyos ojos no podían ver las visiones abiertas a mi observación. Esta información de hombres y cosas, dada tan naturalmente desde fuentes claramente fuera de las consideradas normales, fue aceptada como transmitida por amigos espirituales presentes, y Madame ni afirmó ni negó la explicación. Para ella, el don que ejercía era simplemente un medio de ganarse la vida lucrativamente, y la satisfacción que era expresada de manera tan general significaba el incremento de los negocios. Los asistentes estaban más que satisfechos; y ella no tenía motivos para estar de otra manera.

Pero por sorprendentes que fueran sus revelaciones al principio, tal vez no haya otra fase en toda la gama de fenómenos psíquicos que se vuelva tan pronto monótona. La médium estaba atenta a la

primera indicación de esto, cuando, tras pedir más música de ensueño, se preparó de inmediato para la segunda parte del entretenimiento. En ese momento, la acción de uno de sus familiares ayudantes la sumió en un sueño hipnótico, una situación que observé por primera vez con mucho interés. Cuando se durmió y la música cesó, noté que su genio controlador hacía una sugerencia, en respuesta a la cual la durmiente se sobresaltó y asumió el personaje de una niña mulata conocida como "Frisky". Era una curiosa combinación de una niña medio remilgada, medio precoz, que mordía la esquina de un pañuelo y se sacudía mientras hablaba.

«Buenas noches a todos», empezó diciendo, con un ceceo infantil y juguetón.

«Buenas noches, Frisky», fue el coro de respuesta de todos los que conocían la imitación *["impersonation" es la palabra usada: sería en un sentido de "imitación" fuerte, personificando empáticamente, digamos, pero creo que no "canalizando" a una niña espíritu real. Es decir, que los dos espíritus que nos cuentan aquí que están controlando a la médium, de alguna manera se las apañan para crear esta "imitación de una niña". Las características de la imitación dependerían de unos factores que nos van a describir ahora]*.

«Bueno, ¿y qué tienes que decirnos, ahora que estás aquí?», preguntó el señor Settle.

«Oh, tengo que decirte que una zseñora te llamará mañana, para ir a verte en la tienda».

«¿Sabes su nombre?».

«Zsí, pero no debo decírtelo».

«Bueno, ¿qué puedes contarme sobre ella?».

«Tiene mucho dinero, y si eres muy, muy, muy paciente con ella, comprará muchas cozsas bonitas».

«¿Quién te dice esto?».

«Joey dice que debo deczírte lo».

«Muy bien, tendré cuidado de ser paciente con ella. Agradece a Joey por enviarme el mensaje».

«¡Oh, szí! ¡Mirad! ¡Mirad! -exclamó, señalando al señor Newman-; ¡Mirad la cara larga del señor Parson!».

«Me sorprende mucho que no tenga nada más que decirnos desde el otro lado de la muerte que estas frivolidades. Eso es lo que me hace parecer tan serio», respondió el caballero.

«¿Erezs tú?».

«Sí, más sorprendido de lo que puedo hacerte entender».

«Si esperas a ponerte de nuestro lado, te zsorprenderás más de lo que pueda hacerte entender».

«Puedo creerlo fácilmente, pero ¿no puede decirnos algo al respecto?».

«¡No! Frisky nunca habla de esas cosas, señor Newman, y a nosotros no nos interesa nada lo espeluznante, se lo aseguro. Ya habrá tiempo de pensar en eso cuando llegemos allí, ¿no es así, Frisky?»., intervino la señorita Settle.

«Szí, claro. Quiero haceros felices».

«Entonces, dime, ¿sabes algo sobre el miércoles pasado por la noche, cuando estaba en mi habitación?»., preguntó la misma dama.

«¿Cuándo te fuizste a la cama?».

«Sí. ¿Quién me tiró del pelo?».

«Yo lo hice. Para que zsupieras que estaba allí».

«Bueno, fue muy amable de tu parte. ¿Lo harás de nuevo?».

«En algún momento; pero debo irme ya».

Mi primera lección sobre el valor y el efecto de las afinidades espirituales había terminado, aportando un fondo de conocimiento útil que probablemente no olvidaría.

«¿Entiendes ahora lo que quiero decir sobre el peligro que tenemos ante nosotros?», preguntó Ladas mientras nos volvíamos de la escena elegida de cáscaras, cuando habría sido posible un banquete de comida de ángel.

«Sí, creo que ahora te entiendo. Es el desarrollo del principio al que se refirió Cristo cuando dijo: *'Todo aquel que pide, recibe'*, y cada hombre recibe exactamente lo que pide —encuentra exactamente lo que busca—. Lo veo ahora como nunca lo había visto antes y no lo olvidaré. Pero también dijiste que el peligro puede y debe evitarse».

«Así será. Es mi confianza en esto lo que me impulsó a señalártelo; sabiendo lo que es, naturalmente lo evitarás en tus futuras relaciones; pero al mismo tiempo estoy igualmente ansioso de que comprendas que lo que acaba de ocurrir no deja de tener valor para llamar la atención sobre la existencia de fenómenos psíquicos dignos de ser investigados. Estos individuos frívolos e ignorantes que representaron nuestro lado en sus procedimientos, por su estrecha asociación con la Tierra, tienen el poder y el placer de producir efectos que apelan a la razón, y que debieran tender hacia la investigación. Hasta ahora, realizan un trabajo preparatorio necesario al sentar las bases sobre las cuales puede erigirse todo el sistema de la ley espiritual. Lo que hay que hacer es tener cuidado de que la investigación no se detenga en este punto, para que las posibilidades no se reduzcan a la etapa de diversión, curiosidad o aplicación de una adivinación poco fiable. Aquí radica el verdadero peligro al que quiero dirigir tu atención».

«¿Y cómo te propones evitarlo?».

«Myhanene sería una autoridad mucho mejor para que consultes sobre ese punto, ya que es uno de los líderes del nuevo movimiento hacia ese fin. Sin embargo, puedo indicar una dirección que ello debe tomar. ¿Notaste que las emanaciones —espirituales, mentales y morales— de todos los presentes se mezclaron para formar una atracción hacia los espíritus que eran la contraparte exacta de la agregación?».

«Sí, lo noté muy cuidadosamente».

«La influencia preponderante en todas las sesiones espiritistas es aportada por la persona a través de la cual pasan las comunicaciones. Los dos que acaban de dominar la mente y el cuerpo de Madame forman una conexión más fuerte y más cercana con ella en cada una de esas reuniones, a menos que ella libere el vínculo mediante la aspiración espiritual; y esta influencia activa y definida controla y determina en gran medida el carácter de la nebulosidad indefinida de todos los demás que asisten a sus sesiones espiritistas. En la nueva cruzada, por lo tanto, lo esencial es encontrar hombres y mujeres cuya naturaleza moral y espiritual llegue a lo alto, y encontrar ángeles ministradores entre aquellos que están libres de todas las atracciones terrenales y que son igualmente competentes y

honestos para hablar de la vida como realmente es y puede ser. Pero ahora debo mostrarte otra ilustración de un tipo muy diferente. Has visto cómo los frívolos y descuidados se atraen entre sí; también debes ver cómo los malévolos obtienen su ascendencia».

Entramos en lo que era la combinación de vestíbulo y bar de un popular teatro de variedades, donde los salones, las sillas —sí, e incluso el mostrador— estaban ocupados por mujeres, que formaban una parte no anunciada pero bien conocida de las atracciones de la casa: mujeres que vestían modelos de los establecimientos de la corte, que exhibían sombreros y lencería con igual y tentadora prominencia para atrapar a los tontos y débiles de esa clase cuyos monederos eran lo suficientemente pesados como para garantizarles el paso por la cortina [*portière*] artísticamente drapeada y casi cerrada. Era, en la superficie, una imagen de desenfreno delicado y adornado que pocos hombres pasarían sin, al menos, echar una segunda mirada.

El ojo físico, sin embargo, está sujeto a restricciones y solo puede ver una sección del espectro solar. Desafortunadamente, la visión mental y espiritual —no naturalmente, sino por intención y propósito deliberados— está igualmente limitada. Por lo tanto, para los de la Tierra solo era accesible un lado del cuadro, pero para mí ambos lados eran visibles con casi igual claridad. Incluso puedo ir más allá y decir que pude ver cómo el pasado y el presente se mezclaban con propósitos de destrucción, y el futuro ya se perfilaba con un horror sorprendente y sugerente. La escena era más que una repetición de lo que había presenciado anteriormente, ya que los muertos y los vivos se encuentran en igualdad de condiciones, cada uno tentando y dependiendo del otro, donde solo Dios mismo podría trazar con justicia la línea de la culpa o de... no, no la de la inocencia, ya que tal virtud sería envenenada al pasar el umbral de esta tentación. De un lado estaban los libertinos, los depravados, los borrachos y los disipados, y estaban al desnudo por la acción de la tumba de su hipocresía de oropel y enmascarada; no eran tanto hombres y mujeres de depravación y pecado abiertos (sencillamente es que demasiados de ellos son víctimas de la lujuria y las maquinaciones de otros), sino aquellos que pasaron por el escenario de la vida terrenal socialmente esmaltados y adornados para ocultar su corrupción y contaminación moral; tales hombres habían encontrado ahora su verdadero nivel y luchaban con un frenesí desenfrenado para liberarse de la repugnante esclavitud de la sensualidad tiránica o para vengarse de forma salvaje pero inútil encerrando a otros. En el lado terrenal había hombres que bebían, coqueteaban y conspiraban para provocar una caída o, con una perfidia estúpida, desafiaban hilarantemente al tentador en su guarida; mujeres que hasta ahora sólo habían caído hasta el punto de la seductora excitación de la tentación, la sugestión y la atmósfera moral que proporcionaba el lugar; jóvenes que habían sido inocentemente engañados por intrigantes, ansiosos por obtener alguna nefasta ascendencia sobre ellos. Pero ¿para qué necesitaría extenderme más? En una palabra, era un lugar donde se desamarraba la correa del infierno, ante la atrevida provocación de la Tierra, para alistarse en el combate por las almas de hombres y mujeres.

Entre las continuas entradas y salidas relacionadas con esta sensual atracción de oropel, mi atención se vio atraída por dos hombres jóvenes, o tal vez sería mejor decir: por un hombre que era todavía joven acompañado por un joven. Ni la alfombra ni la cortina permitían que ningún sonido anunciara su llegada, y había visto entrar y salir a una veintena sin que llamaran la atención, pero cuando entraron estos dos hubo un silencio momentáneo en la conversación, y de un solo impulso todas las miradas se volvieron hacia ellos. Un escalofrío recorrió la atmósfera caldeada, haciendo que las mujeres se acercaran un poco más sus pañoleros, pero el efecto pasó al instante, y las risas y la conversación continuaron. Los ojos de la Tierra no vieron lo que yo vi. El cielo y el infierno eran

conscientes de ello, pero el velo del pecado colgaba como un paño mortuario allí donde más se necesitaba la vista.

Del registro del alma de cada uno leí los antecedentes de estos dos hombres interesantes. El más joven acababa de alcanzar la mayoría de edad y la libertad, pues su padre le había impuesto la condición de que debía obedecer implícitamente a su madre hasta ese momento, pues si no perdería la cómoda herencia que llevaba incluido un buen negocio que aún podía aumentarla. Para un control así, de un muchacho de espíritu impulsivo, la tarea maternal no había sido una sinecura [*no había sido un chollo*], y casi antes de que el tiempo hubiera roto la restricción, él estaba ansioso por irse y satisfacer su deseo de saber qué era realmente Londres. Él consintió a regañadientes en aceptar a un compañero elegido por su madre, pero eso mitigó la ansiedad de ella, ya que, por cuidado de su padre, podía tener confianza en el tutor elegido para el muchacho [*quizá era un tutor-compañero que había recomendado el padre, o él le había dado su visto bueno, para luego ser elegido finalmente por la madre*].

Este deseable supervisor del bienestar del muchacho era conocido en su hogar del norte como un hombre cuidadoso y honorable, contrario por temperamento natural a los excesos y la extravagancia de todo tipo, lo que estaba amparado además por su relación con la iglesia. Como digo, no fue elección del muchacho, pero con reserva mental lo había aceptado para complacer a la madre.

Si ella hubiera sido capaz de leer y ver como yo tenía poder, podría haber escuchado la primera objeción del muchacho e incluso haberlo dejado ir solo. Muchos hombres son ostensiblemente virtuosos porque la tentación no los ha asaltado en el punto de menor resistencia, y así fue con el amigo de confianza de esta comisión, que era discreto y abstemio no tanto por elección y principios como por tacañería. Cuando, por lo tanto, todos los gastos iban a ser sufragados con otro bolsillo bien lleno, las cualidades por las que había sido seleccionado se desvanecieron como un espejismo, y el cicerone tenía gustos, deseos y debilidades muy similares a los de otros hombres.

Afortunadamente, la mayor confianza práctica de la madre no estaba depositada en ningún brazo de carne [[ref.](#)]: había encontrado un refugio más inexpugnable y techo para tiempos difíciles, y mediante oraciones entre lágrimas ante el trono de la gracia había creado una zona de protección alrededor del muchacho capaz de resistir incluso la infidelidad de su supuesto guardián. La verdadera oración —la confianza total en que Dios puede hacer y hará aquello que está absolutamente más allá de nosotros, si tan solo lo buscamos fielmente— tiene un brazo largo y poderoso, y bajo el dosel es capaz de desplegar que todo vaya bien, necesariamente, con el muchacho.

Aquí estaba el secreto de su inquietante entrada en el vestíbulo. Dios había escuchado la oración y había dado a sus ángeles el encargo sobre el objeto de la solicitud de esa madre. A cada lado, el joven estaba custodiado por un mensajero de una posición superior a la de Omra, y que brillaba en la gloria de su poder para desviar todos los asaltos del tentador. La madre salvaría a su hijo contra sí mismo, pero al no estar cerca lo había dejado con el Dios que amaba y servía, y Dios fue fiel en cumplir el justo deseo de la madre.

Pero alguien me recordará cuántas veces he señalado que los ministros superiores adoptan un manto gris neutral cuando entran en contacto con personas de condición inferior, y preguntaría: "¿Por qué estos guardianes de la juventud no obedecieron esta ley?". Lo explicaré. En todos los casos que he referido hasta ahora, donde se produjo este cambio —como en el de Ladas y el mío en la presente ocasión—, las visitas se habían hecho para ayudar o para realizar observaciones. Los dos que

estaban presentes aquí con este muchacho lo hacían para protegerlo y preservarlo de las tentaciones de los agentes inferiores; para ponerlo en oposición a, y permitirle elevarse por encima de, cualquier tentación que pudiera asaltarle. Él sería necesariamente salvado. Su madre había dejado en manos de Dios —de quien ella era hija—, que se encargara de que así fuera, y su confianza era fuerte para llevar a cabo el proyecto con el efecto deseado. Dios se encargaría.

Los dos se sentaron a ambos lados de una mesa pequeña y el camarero vino a tomar nota.

«¿Qué quieres tomar?», preguntó el mayor.

«Una limonada pequeña».

«¿No quieres algo dentro?».

«Sabes que no».

«Creo que yo sí. A mí póngame sólo un chorrito de brandy en la mía».

El camarero se retiró para ejecutar la orden y en ese mismo momento se acercó una de las almas ávidas, sedientas y tentadoras, llevada a un frenesí temerario por su enloquecedora incapacidad para beber de los vasos que hasta entonces había tratado de llevarse a los labios. Fue aún más rápido que yo en leer que el tutor había relajado su control habitual sobre sí mismo y, enrojecido por la posible oportunidad de conquista, se volvió atrevido en su aproximación. Los defensores del joven lo rodearon y nos invitaron a cooperar.

«¿Entonces no eres abstemio cuando estás en Londres?», comentó el pupilo.

«Nunca he sido intolerante en mis ideas, y esta noche me siento un poco decaído y necesito un estimulante. Creo que han pasado diez años desde que probé algo».

«Entonces yo no lo probaría ahora».

«Creo que lo harías si te sintieras como yo; de hecho, no creo que una gota te haga daño ahora».

«¿Qué pensaría mi madre si escuchara tu consejo? ¿Creería en sus oídos?».

«Tu madre tendría plena confianza en mi discreción, Artie. El viaje y la prisa para llegar aquí, junto con todo el bullicio y la emoción, han sido casi demasiado para mí. Por otra parte -añadió, levantando el recién entregado vaso-, mira, lo que me han dado apenas colorea la limonada. Es justo lo suficiente para hacerle a uno algo de bien. Brindemos por una alegre semana en la ciudad».

Mientras se llevaba el vaso a los labios, esa alma atada a la Tierra se arrojó literalmente sobre su víctima, y mientras bebía hubo una breve pero temible lucha por la victoria. Vació el vaso y lo dejó con un gesto de desprecio por la bebida insignificante y pueril; los ojos del cicerone ardían con una extraña luz feroz y, llamando al camarero, le pidió con voz perentoria:

«Tráeme un whisky grande, solo».

Su compañero lo miró con consternación muda.

¿Qué había sucedido?

Él, que había sido elegido como digno guardián de un joven inexperto y algo apasionado, había caído bajo el hechizo y el poder de un alma atada a la Tierra; en otras palabras, había sido poseído por un demonio que había asaltado al hombre en su punto más débil y lo había vencido. Había entrado deliberadamente en la fortaleza de la tentación, había dejado a un lado todas las armas de

los principios, se había sostenido mediante una caña desnuda de carácter, para inclinarse sobre el precipicio de la gratificación y había caído en la ruina.

Pero la oración de la madre había salvado al muchacho.

No hay más que decir. Yo había recibido ya mi segunda lección y aprendido por experiencia la fuerza que se le da al pecado mediante la asociación. ¿No tenía Cristo presentes las terribles consecuencias de esto cuando, en su oración ejemplar, encontró lugar para la petición: '*No nos dejes caer en la tentación*'?

Capítulo 9

¿Quién gobierna en el infierno?

«¿Puedes ver cuál será el final de esto?», pregunté a Ladas.

«¡No! Eso requeriría el don peculiar de Zecartus, que no poseo, ya que más bien entorpecería que ayudaría a mi trabajo. Hay dos caminos que se le presentan al hombre y que yo puedo indicarte, pero no puedo opinar cuál seguirá. El mejor camino sería admitir su error de una vez, y determinando la causa real de su debilidad, ponerse a corregir y recuperar su posición, vigilando cuidadosamente contra otro desliz. Pero lo dudoso de tal proceder se debe al hecho de que requiere un esfuerzo constante, mientras que su hábito de vida ha sido la indiferencia negligente ante la debilidad moral que contribuyó en gran medida a su caída. Era mucho más fácil evitarlo que remediar ahora los efectos de su colapso. Por otra parte, si no se esfuerza por suplir esta mayor exigencia moral, cada tentación futura le llevará a otra degradación más profunda, porque los hábitos viciosos se combinan para destruir».

«¿No podrías decírselo y advertirle?».

«No. Él ha hecho su elección y se ha retirado de tal ayuda. Si su religión hubiera sido algo más que una profesión vacía, cuando el tentador comenzó la lucha que viste, él habría clamado por ayuda, de la cual había más que suficiente a mano para salvarlo. Pero la tentación hizo volar a un lado el endeble manto de la profesión [*en el sentido de "fe"*], y dejó al descubierto al hombre real, dispuesto a obtener una ventaja y gratificación personales a expensas de otro —la afinidad exacta del malévolo demonio que lo envolvió y sometió fácilmente—. Con descuidada indiferencia había preparado su alma para caer en una trampa tan insospechada, y tiene que encontrarse con su recompensa. ¡No! No podemos ayudarle ahora. Primero debe entrar en sí mismo y descubrir cómo ha pecado, entonces encontrará mil manos tendidas para levantarlo. Ya te he dado dos ejemplos de cómo actúan estas afinidades espirituales; además, te señalaré un ejemplo del castigo actual que tienen que soportar estas almas impenitentes».

Me condujo lejos de la multitud enloquecida de ambos lados de la vida, a un pequeño lugar junto al mar. Uno de esos deliciosos oasis de vida, de los que cantaba Heber, donde

"toda perspectiva agrada
y sólo el hombre es vil" [[ref.](#)].

Unos cuantos barcos de pesca descansaban en un puerto en miniatura. La naturaleza se había ocupado de la pequeña colonia de pescadores, que no podían permitirse el lujo de construir su propia protección contra las olas a veces furiosas; y a su alrededor se habían provisto cientos de joyas de belleza en el valle, en la colina o en el refugio pastoral. Las casas de los pescadores se asentaban cerca del agua, como amantes constantes de las doncellas de su elección, pero aquellos

hombres que, debido al éxito, habían abandonado su primera propiedad, escalaban la ladera de la colina que dominaba la bahía y erigían residencias más pretenciosas, en un ansioso deseo de borrar todo rastro de su extracción.

Ladas me condujo a la mayor y más distinguida de estas casas, construida por un hombre de genio astuto que había trepado desde la orilla del agua; uno que, de niño, fue el orgullo y la diversión de la pequeña colonia por su astucia [*artfulness*] por encima de los muchachos de su edad, pero que en la vida posterior se convirtió en su ansiedad y tristeza por el ejercicio de la misma proclividad. De joven aprendió a ganar más dinero con el ingenio que con el trabajo: descubrió que el hombre que podía comprar pescado estaba en mejor situación que el que lo pescaba y, en consecuencia, abandonó el barco. El éxito estaba asegurado desde el principio. No le fue difícil superar la honesta sencillez de los hombres que había dejado, y rápidamente se convirtió en una unidad influyente en la comunidad, así como en la iglesia, donde de vez en cuando se le encontraba en el púlpito. Comenzó entonces a prestar dinero cuando los tiempos eran malos, a un tipo de usura y en unas condiciones que en poco tiempo hicieron que la mitad de los barcos del puerto pasaran de los pescadores a su propia cuenta de atrasos de préstamos o intereses, y con el traspaso del barco, la parte de cada captura también iba a aumentar su fortuna y a empobrecer al pueblo. Su departamento de préstamos exigió un empleado, y contrató a una muchacha contra cuyo difunto padre el inglés [Shylock](#) se había visto impedido de saldar una deuda de venganza [*Shylock sería sinónimo de usurero; haría referencia al carácter ficticio de Shylock, que en Shakespeare protagoniza El mercader de Venecia, creo. El usurero de nuestro relato parece que va a ejecutar una venganza contra la hija de ese señor —el padre de esta mujer— del que no pudo vengarse en vida*]. Tras un periodo de semi-inanición debido a su mísero salario, planeó y llevó a cabo su ruina, llevándola de la iglesia, de la escuela dominical y de su casa, hasta el suicidio. El pueblo contenía la respiración, pero no se atrevía a hablar, y la iglesia quedó cegada por una mísera donación. Luego vino la colocación de la piedra de la tan esperada «mansión», en presencia del Presidente de la Conferencia y otros magnates religiosos que se deleitaron en honrar al hombre a quien Dios había exaltado tan alto entre sus semejantes. Pocos hombres de aquel país habían sido capaces de descubrir lo santo que era su Shylock, hasta que el Presidente desplegó el estandarte de su envidiado éxito y lo ondeó para emulación de sus oyentes, como recompensa de una rectitud de gran corazón; pero mientras los forasteros aplaudían desde la distancia, los hombres y mujeres del pueblo gemían interiormente.

Era un día glorioso, sin nubes, el de la colocación de la piedra. Tal vez un poco demasiado brillante, demasiado cálido y un poco descarado en su adulación, sugirieron en voz baja uno o dos; y los acontecimientos demostraron que la opinión estaba en cierto modo bien fundada, porque el techo no estaba puesto antes de que se pidiera perentoriamente al representante del circuito de la aldea que hiciera el balance de su vida hasta el momento [*ese "representante" parece ser un concepto de ciertas iglesias protestantes, el [village circuit-steward](#), como si fuera el encargado de ciertos servicios en torno a las iglesias, pero teniendo buena perspectiva sobre asuntos que son complementarios quizá a los que ha de cuidar el pastor designado*].

'¡Idiota! Esta noche se te pedirá tu alma; y entonces...' [[ref.](#)].

Fue el después de este «entonces» lo que contemplé cuando el proceso llevaba varios años en marcha sin cese, moderación ni alivio. La casa, antaño la codiciada meta de la ambición del hombre, estaba terminada, y se había convertido en la prisión de su alma atada a la Tierra. Ya he insinuado que todos los muebles de la casa inmortal son la expresión espiritual de algún acto, palabra o hecho de la vida anterior: ¡Y era así incluso aquí! Cada detalle del lugar asumía la

encarnación de alguna exacción usurera y sin escrúpulos, un robo abierto a quien no podía defenderse, el memorial de la degradación de una mujer, el alimento de unos niños desnutridos, la maldición de una familia arruinada, una mentira, una evasión, un robo revestido de palabras de hipócrita arrepentimiento, una venganza despiadada, una fría determinación de aplastar el éxito. Su vida había sido ajetreada. "Un hombre tiene que trabajar si quiere salir adelante", era su lema, y la cosecha de ello también lo fue. Mil fantasmas farfullantes le mantenían bien empleado con cuentas que él mismo se veía obligado a cargar. No había escapatoria. Su alma impenitente no admitía su pecado; pero aunque las posibilidades estaban en su contra por el momento, las vencería, y ya vería entonces el mundo lo que él iba a conseguir.

Tal era su rebelde determinación cuando lo vi. Se había quitado la máscara, y los rayos de su religión hacía tiempo que se habían perdido. Sabía que luchaba contra Dios, pero lucharía hasta vencer.

Era la escena de retribución más espantosa que había contemplado hasta entonces, desgarradora en su desesperada lucha por escapar, al tiempo que se enfurecía con obstinada falta de contrición. Pero la punzada más aguda que sufrió fue la convicción de que su castigo era visto y conocido por igual por todos los muertos y vivos que pasaban por allí.

Ladas no dio explicaciones, sino que me dejó leer la historia por mí mismo y sacar mis propias conclusiones.

«¿Estás satisfecho? -preguntó en seguida-; Si es así, nos iremos, para que pueda mostrarte cómo ayudamos a tales almas cuando buscan ayuda arrepentidas».

Volvimos a la escena de sus labores generales, donde encontramos a varios de sus compañeros de servicio observando atentamente a una desdichada mujer que había sido derribada en algún conflicto innoble. Había caído, debatiéndose y gimiendo en su agonía, sus manos tirando convulsivamente de sus cabellos y orejas, como si quisiera arrancárselos en un esfuerzo por conseguir alivio aunque sólo fuera por un cambio en la naturaleza de la angustia de la que era imposible escapar. De repente, se levantó de un salto como si fuera a lanzarse de nuevo a la refriega, pero retrocedió tambaleándose, como si la visión de otra retribución la enfrentara. Se agarró la cabeza entre las manos, vaciló y luego, con un grito apasionado, rompió a llorar.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿No cesará nunca este tormento?».

Yo apenas había percibido la exclamación, cuando fue rodeada y levantada por los ángeles que la esperaban, entre los cuales había tales muestras de alegría que casi ocultaban la angustia de la suplicante. En aquella acción vi y comprendí la prontitud anticipada que promete: *'antes que llamen responderé'* [[ref.](#)]; vi por mí mismo cómo los brazos eternos están continuamente como apoyo, necesitando sólo un pensamiento arrepentido para hacerlos brotar y llevar a los caídos a una ciudadela de salvación.

«Se acabó, hermana mía; esta parte inútil de tu sufrimiento ha terminado, si quieres irte -respondió uno de entre los servidores-; Dios es siempre más misericordioso con nosotros que lo que lo somos con nosotros mismos. Él ya ha oído tu clamor, y fuimos enviados en respuesta a él incluso antes de que se te escapara. Ven, apóyate en nosotros, y descansa un poco, luego te guiaremos adonde ya no pueda alcanzarte ningún dolor inútil».

«¡No puedo descansar aquí! -gritó ella- ¡Oh, si tenéis piedad, sacadme de esta agonía indecible!».

«Ven, entonces, y te pondremos en el camino que conduce al descanso. Con cuánto gusto te llevaríamos allí si eso fuera posible, pero sólo en la santidad se encuentra el descanso perfecto, y los pecados de tu pasado han manchado de tal manera tu vida que debes ser limpiada antes de que puedas soportar la presencia de la pureza que pides. Pero Dios, en Su increíble amor por ti, ha hecho un camino por el cual puedes alcanzarla, y con Su propia mano te guiará por él. No temas. Lo peor ya ha pasado. Cualquiera que sea el dolor que te toque en el futuro, será una purificación y una preparación para el descanso que buscas. Dios no está enfadado contigo, se compadece de ti, te ama y desea llevarte a Él. Incluso el castigo que has soportado fue diseñado para hacerte retroceder de tu curso de pecado, para así darte un refugio en Su amor, y lo que aún está por venir sólo será necesario para rectificar el pasado. Recuerdas la historia que Cristo contó del Hijo Pródigo: Vas a ver que Dios es igual en Su acción hacia ti; Él te encontrará en el presente con una bienvenida de Padre y un beso, y nunca permitirá que te alejes de casa otra vez».

«Sigue hablando -suplicó-; Iré a cualquier parte contigo si me hablas así. ¡Eres amable! ¡No me odias! Estando contigo puedo confiar en mí. Me darías ganas de ser buena —es decir, ¡si pudiera serlo!—. Sigue hablando, por favor. Sí, puedes hablar de Dios si quieres; pero continúa. Si otros me hubieran hablado como tú puedes hacerlo, yo habría escuchado, ¡habría aprendido a amar a Dios hace mucho tiempo!».

Hablaba histéricamente con largas pausas, debidas al agotamiento, entre sus espasmódicas frases; mas la tormenta que tan despiadadamente la había desgarrado se extinguía rápidamente, a medida que la banda de rescate la alejaba más y más del escenario de su esclavitud. No eran sólo las palabras de simpatía de la hermana espíritu que hablaba las que contribuían a este efecto deseable, sino que la atmósfera de amor y confianza con que la rodeaba la banda actuaba con un consuelo cada vez mayor, a medida que la llevaban a la condición más esperanzadora de su propio infierno.

«No les seguiremos -dijo Ladas-, en este momento su caso apenas te podría dar una idea muy clara de lo que es el régimen del infierno».

Si me hubiesen dejado a mí la elección, la habría seguido, para saber más de la mujer que tanto había despertado mi interés y simpatía; pero mi guía seguía evidentemente un plan definido para mi instrucción, y recordándome a mí mismo lo imposible que es seguir algo hasta su finalización, donde las cuestiones se prolongan hasta la eternidad, acepté su sugerencia y crucé la frontera entre los dos estados en dirección opuesta a la tomada por la escolta de la mujer recién liberada.

Nuestra nueva ruta nos condujo a una tierra de oscuridad comparativa, peligros y trampas, ruidosa y llena de temores, en la que hombres y mujeres vagaban como sombras asustadas ansiosas de ser evitadas incluso mientras clamaban por ayuda y piedad.

Apenas habíamos cruzado cuando oí un grito que me produjo un escalofrío de horror.

«¡Socorro! ¡Socorro! Estoy ciega».

Como respuesta oí el eco de una carcajada.

«¿Qué es eso?», pregunté.

Ladas llamó mi atención hacia una mujer que se encontraba a poca distancia.

«Desea llegar a algún lugar donde pueda sentirse segura, pero eso es imposible porque no tiene confianza ni siquiera en sí misma».

«¿Por qué?».

Ladas la estudió detenidamente durante un instante antes de responder.

«Ella es un ejemplo del infierno de la cobardía moral. En la Tierra poseía riquezas que derrochaba con la vana imaginación de que así expiaba la negligencia de sus deberes femeninos. Temía todo lo desagradable y, al poseer oro, se creía autorizada para escapar de todo lo que se acercara lo más mínimo a lo desagradable. En aras de sus donaciones, se la complacía en sus inofensivas ideas y se le aseguraba que no era necesario atormentar sus sensibles sentimientos. Dios aceptaría su servicio como sustituto. Ahora la ves cuando ha perdido el privilegio del oro, en una región donde las trampas [*pitfalls*] de la distinción de clase y de nacimiento noble abundan por todas partes, y la cobardía moral se ha convertido en ceguera total cuando se requiere la vista más aguda para escapar de mil torturas reales nacidas de sus anteriores temores innobles e indignos. No podemos ayudarla. Ella deliberadamente diseñó su propio infierno, y ahora debe ocuparlo hasta que, habiendo pagado el último centavo de la deuda en que su construcción incurrió, reciba su liquidación [*de la deuda*] en la restauración de la vista y sea capaz de encontrar su camino a la seguridad que desea».

Después de esto contemplé una agonía que no haré ningún esfuerzo inútil por describir. Era la recompensa otorgada a alguien cuya '*inhumanidad del hombre para con el hombre*' marca, probablemente, la línea de flotación más baja de la depravación del pecado: [Nerón](#), el voluptuoso y petulante matricida de Roma. Aquellos que intenten hacerse una idea de esta visión no deben olvidar que en el infierno una justicia inflexible e inexorable por cada crimen cometido tiene que ser satisfecha y saldada por separado; también, que el alma del criminal más vil, en el proceso de desencarnación se vuelve tan sensible al sufrimiento como la del santo más brillante está en sintonía con la armonía de la alegría. En la otra vida no hay más que una sola norma de sentimientos, y cada alma está engarzada en su tono de concierto exacto. Ahora trata de estimar las ofensas que deben ser expiadas en este caso particular, y si puedes hacerlo justamente, haz el cálculo en cuanto al balance que todavía queda después de lo que se ha soportado hasta ahora, y la condición actual del alma sobre la cual el látigo de la justicia todavía está cayendo.

Esto, si se averigua, dará una ligera idea del infierno.

No tenía ningún deseo de prolongar mi estancia en presencia de semejante tortura, cada toque y [exacción](#) de la cual no era sino el justo pago de lo que su destinatario había infligido con sangre fría y sarcástica burla. Tampoco me interesaba seguir indagando sobre la adaptación del infierno a la variedad de penas que tiene que reclamar como administrador de la justicia divina. Ya había visto suficiente. Si tan sólo la Tierra pudiera ver la visión que tenía ante mí, formaría un alegato a favor de la rectitud de vida y conducta como jamás han escuchado oídos mortales.

«Parece casi increíble -comenté a Ladas- que un hombre pueda ganarse semejante castigo en los pocos años de una vida».

«Es una impactante proclamación de los poderes de un hombre para el bien o para el mal -respondió-. No es parte de mi misión molestar o importunar a este desdichado hombre, ahora bien, podría haber llamado tu atención sobre la tabla que siempre cuelga ante sus ojos donde puede comprobar y localizar cada punzada individual que soporta. Puede ver lo que ya ha pagado, así como lo que le queda por pagar. No puede haber disputa en cuanto a sobrecarga o injusticia en ningún caso. Su memoria y su *conciencia* se sientan como asesores en el caso, y no pueden aceptar ningún soborno, ni apartarse de la rectitud en cualquier asignación [*award*] que tengan que hacer».

«La impotencia de la condición parece aumentar el horror de la misma, pero es de cierto alivio ver que no está atado ni encerrado con puertas de prisión».

«No hay necesidad de estas cosas -respondió Ladas-. Él es su propia garantía contra la fuga».

«¿Nunca lo intentan?».

«¡No! El infierno no es un lugar de revuelta, sino de resignación a la justicia, y cada alma dentro de su amplio dominio ha aprendido por experiencia que el amor de Dios está tan poderosamente presente aquí como en el más alto Cielo. Este reconocimiento provoca la que tal vez sea una de las punzadas más agudas del infierno: el remordimiento de haber pecado tan vilmente contra un afecto tan inmutable, que aun así se compadece donde uno buscaría dar una venganza bien merecida. Aquí, el pecado se presenta claramente al pecador como un acto voluntario y deliberado contra lo que se sabe que es correcto, o una negativa igualmente criminal a proteger lo correcto; y el propósito y la misión del infierno se entienden como lo mejor que el amor y la sabiduría eternos pueden concebir para efectuar una redención completa del pecado, preparatoria para la asunción de la filiación divina. La primera etapa de la vida ha sido lamentablemente mal comprendida, mal dirigida, mal aplicada; los hombres, en su ignorancia, se han atrevido a interpretar las leyes eternas a la luz de la llamada justicia humana, con la que se puede jugar, y que está en gran parte influenciada por la palabra, el capricho u otras debilidades de la Tierra. Como Dios no erige un tribunal en cada mercado [*marketplace*], ni somete en él a cada delincuente a un castigo inmediato y público, se imagina entonces que el pecado sólo se castiga en teoría, y los transgresores atrevidos yerguen la cabeza y corren de pecado en pecado a una velocidad vertiginosa. En todo esto los hombres sólo añaden a su condena. ¡Saben y admiten que las leyes naturales no están sujetas al capricho! No se puede sobornar a un fuego para que no queme a un niño, ni responsabilizarle por ello alegando la ignorancia del niño. La naturaleza del fuego es quemar y la del pecado es castigar. Nadie puede jugar con ninguna de las dos cosas sin pagar el castigo inseparable. La inferencia extraída de la demora con respecto al castigo del pecado es igualmente falaz, y en esto de nuevo los hombres se convierten en los testigos más perjudiciales contra sí mismos. Cuando un criminal es condenado en la Tierra, la humanidad protesta contra la inflicción de su castigo en público, y misericordiosamente decreta que el mismo sea llevado a cabo dentro de los recintos de la casa de corrección. El infierno es la casa de corrección de Dios, modelada para rescatar a los que perecen y elevar a los caídos; y el modelo es tan preciso que ninguna alma ha traspasado todavía su portal sin admitir plena y libremente '*he pecado*' [*ref.*]]».

«¿Ni una sola?», pregunté.

«No. Tal cosa sería imposible. Permíteme llamar tu atención sobre un rayo de luz olvidado o descuidado que Cristo arrojó sobre este punto en su parábola del [Rico](#) en el infierno. El hombre rico era tan consciente de la presencia del amor y la simpatía como para creer que se le concedería la bendición del agua fresca, y cuando descubrió que tal condición estaba más allá de los límites de la justicia, su mente se volvió instantáneamente hacia la salvación de sus hermanos».

«Nunca lo había visto bajo esa luz».

«Todos tenemos mucho que ver y comprender antes de conocer plenamente el verdadero canto del Evangelio que Cristo proclamó», replicó mi compañero.

«¿Es general el sistema de aislamiento?», pregunté, movido por los dos casos que había visto.

«No. El método de tratamiento varía tan ampliamente como el pecado a expiar».

«Con una ley tan perfecta en funcionamiento imperturbable uno casi se pregunta qué le queda por hacer al Diablo».

«¿A qué diablo te refieres?», preguntó él, con la deliberada y musical suavidad de voz que empleaba cuando era más enfático.

«Me refiero al gran archienemigo de la humanidad».

«¿El arcángel que cayó del Cielo?», sugirió.

«Sí; Lucifer y toda su hueste».

«¿Has pensado alguna vez cuál sería el efecto de semejante trastorno en el Cielo, si fuera cierto?».

«¡Si fuera cierto! -dije, casi sin aliento-; bueno, por supuesto que es verdad».

«¿Por qué por supuesto?», preguntó.

«Porque —bueno— ¡tiene que serlo! Sabemos que lo es».

«Di más bien que te han enseñado a creer que lo es. No puedes saberlo, ¡porque no es verdad! La historia es una invención de los sacerdotes como parte de la justificación de la existencia de su culto. Todo el entramado del sacerdocio está conformado por error e inmortalidad. Los mensajes de Dios a la Tierra siempre se transmiten a través de labios inspirados de profetas, y no representados simbólicamente por clases [*types*], ceremoniales y vestiduras rituales. Los sacrificios que Él ordena son pasiones subyugadas; renunciamiento a ventajas egoístas en favor de otro; tributos de amor filial ofrecidos a Él, a través del ministerio realizado al sufrimiento. Su altar elegido es el de la devoción pura, establecida en corazones humildes; Su templo es una vida consagrada a Su servicio en la humanidad. Cristo fue un profeta y fue crucificado por la influencia y el odio de los sacerdotes, un hecho que debería haber sellado para siempre la perdición del culto usurpador para el que Él no tuvo más palabras que de condena, y hacia el que siempre mantuvo una actitud de oposición desafiante por ser producto del infierno —cuyo simbolismo es (como el sacerdocio se regocija en el simbolismo) error, concepción errónea y necesidad de corrección—».

«¿Pero de verdad quieres que entienda que no hay tal Diablo?».

«Así es. Nunca he encontrado tal ser, y si existiera me lo habría encontrado muchas veces en el curso de mi misión. Pero permíteme pedirte que consideres por un momento lo que significaría la existencia de tal individuo, y entonces comprenderás rápidamente lo imposible, absurda y del todo inconcebible que sería la condición de las cosas necesaria para albergarlo».

«Si esto es cierto, a su lado todas las demás revelaciones que he recibido se hunden en la insignificancia».

«Deja eso por el momento. Y yendo al principio mismo de la invención, considera por un momento cómo tal caída de ángeles, tal como él originó, destruiría la posibilidad del Cielo».

«¿Cómo es eso?».

«Si su supuesta rebelión alguna vez tuviera lugar, ¿el Cielo estaría más libre de la presencia del pecado que la Tierra? ¿Dónde estaría la perfección y la santidad asegurada, ya que el pecado se habría generado una vez en la mente de alguien que estaba junto a Dios? Tal caída desterraría para siempre el descanso y la confianza, y sin éstos el Cielo no podría existir».

«Así parece».

«De nuevo -reanudó-, la suposición de la existencia de tal personalidad es una blasfemia contra Dios».

«¿Cómo?».

«Porque si tal caída tuvo lugar, no sólo fue conocida por Dios, sino también predestinada por Él, o Él no es omnisciente y omnipotente; mientras que si Él la ordenó y posee estos atributos, no sería ni santo ni verdadero. De ahí que sea imposible que exista un Diablo y Dios permanezca. La justicia [*righteousness*] lo prohíbe; es una contradicción en los términos e irreconciliable».

«Pero surge la duda de si la dificultad moral no puede resolverse en profundidades que la mente del hombre no tiene capacidad de sondear en la actualidad».

«Algunos problemas son necesariamente de ese orden y requerirán el paso de siglos antes de que podamos captarlos y comprenderlos, pero este no es uno de ellos. Es una deducción perfectamente segura de hacer la de que, aquello que se opone a la razón y la verdad dentro de los límites del entendimiento humano, nunca puede reconciliarse con ellas en el exterior [*de esos límites*]. Por ejemplo, nada hará que dos líneas trazadas en ángulo recto corran paralelas, y esta es exactamente la figura representada en la coexistencia de Dios y un Diablo. Como digo, las dos son una contradicción en los términos, e imposibles de reconciliar en la región de la inteligencia, ya sea ahora o en el más allá. Es muy diferente con una investigación, por ejemplo, sobre la naturaleza y la sustancia de Dios —suponiendo que Él posee sustancia— en cuyo caso podemos esperar confiadamente que el futuro depare un conocimiento tal que el presente no tiene poder para revelar. Pero esta cuestión de la existencia de un Diablo comienza filosóficamente en ángulo recto con cada cualidad moral de Dios, y cuanto más profundizamos en la investigación, más desesperanzadamente se enreda en contradicciones. El único misterio al respecto es que la inteligencia pueda considerar durante tanto tiempo la tradición como digna de consideración».

«Por supuesto, ahora estás hablando desde el conocimiento superior que proporciona la experiencia aquí».

«Aunque he hablado desde esa posición, Cristo ha demostrado el hecho de que nuestro conocimiento está disponible para aquellos que están al otro lado; mas una investigación honesta es todo lo que se requiere para que cualquier hombre desmienta tal proposición por sí mismo. El sacerdocio lo sabe muy bien, y para fines de autoconservación prohíbe cualquier investigación a menos que esté acompañada de una interpretación sacerdotal. Tú y yo, sin embargo, estamos fuera de la jurisdicción eclesiástica, y como me gusta erradicar el error más allá de toda posibilidad de problemas futuros, examinemos un poco más esta cuestión, de la que hasta ahora apenas hemos tocado el borde. Según la tradición, el objetivo de Lucifer al provocar su rebelión en el Cielo era conseguir más poder del que ya poseía. Milton dice: -

"aspirando

a colocarse en gloria por encima de sus iguales,
confiaba en haber igualado al Altísimo,
si se oponía, y si con ambicioso objetivo
contra el trono y la monarquía de Dios,
levantaba una guerra impía en el Cielo,
y combatía, orgulloso, con vano intento." [ref.]

Las contradicciones de esta fábula sacerdotal ahora aparecen rápidas y furiosas, y uno apenas puede encontrar la apariencia de un curso lógico a través del laberinto del absurdo. ¿Hizo Lucifer un intento vano? Antes de su rebelión era un arcángel que deseaba un poder igual al de Dios. ¿Qué perdió en su fracaso? Su lugar en el Cielo, para el cual nunca estuvo preparado debido a su impureza interior. ¿Qué ganó? Un trono —si no aquel al que aspiraba, era de todos modos un trono— con un tercio de la hueste del Cielo para obedecer su orden; se liberó del servicio y ascendió a Príncipe de los poderes del aire y Dios del mundo, que arrebató, con su rebelión, de la mano de su Creador. Para asegurar la redención de este mundo, se supone que Dios consiente en el asesinato de su propio Hijo inocente, por lo que se pretende rectificar y poner en orden todas las locuras, inconsistencias, inmoralidades y dificultades anteriores, pero nadie ha sido capaz de explicar de qué manera se logrará esto. Mientras tanto, el Diablo sigue teniendo jurisdicción como si no se hubiera hecho ninguna expiación, y la mayor parte de la humanidad cae de su parte, y Dios no puede evitarlo. Seguramente no necesito decir más sobre una proposición tan falsa e inmoral, que es igualmente un insulto a la inteligencia y una blasfemia contra el amor y la sabiduría de Dios».

«Entonces, todo el sistema de la teología tiene que ser desechado, porque sin el Diablo todo se desmorona».

«No es la aspiración a buscar saber algo de Dios lo que rechazamos, sino el error peor que infructuoso de formar dogmas esclavizantes acerca de Él sobre la base de filosofías especulativas, y enseñarlas al mundo como revelación de Dios acerca de Sí mismo, usando el nombre de Cristo como autoridad para hacerlo. Es por esta razón que el ministerio de la Tierra ha fracasado, y la declaración de la verdad ha recaído en nosotros mismos. Ninguna casa ni reino dividido contra sí mismo puede subsistir; y Dios reina solo en el Cielo, en la tierra, en el infierno, siempre y para siempre el mismo *todopoderoso* para salvar. Para nosotros, y en todo el universo creado, hay un solo Dios, y fuera de Él no hay otro».

Capítulo 10

Más cerca de Ti

«¡Ven conmigo ahora, y descansa un poco!
Descansa en mi paz —así lo quisiera—,
acomoda tu cabeza en mi pecho amoroso
donde nadie puede venir, sino el anfitrión y el huésped privilegiado.
Ven para que conozcamos la profunda plenitud del amor.

Hace tiempo que te busco, hace tiempo que te amo.
Te he conocido, aunque por ti era desconocido.
Ven ahora aparte, que yo mismo me pueda mostrar —
pueda hablar contigo, a quien he amado tanto,
y ganar tu amor, y hacerte todo mío—.

Ven, ven conmigo y conoce el amor más divino:
Su alegría, su dicha y su arrobamiento inexpresados;
Su altura, longitud, anchura y profundidad —su cielo—;
Su poder sobre la muerte; su paz ante la tempestad;
¡Su descanso eterno! ¡Ven conmigo y descansa!».

Después de mi viaje en compañía de Ladas, deseaba mucho estar solo. Hasta entonces, en mi nueva vida, no había encontrado a nadie que me hablara de Cristo sin reservas, y que además tratara de basar todo lo que decía en las sencillas enseñanzas de esa gran autoridad. Parecía poseer un misterioso poder —por su manera y método de enseñar— de reducir todo lo que yo había visto y oído anteriormente a un sistema ordenado en el que se destacaba un esquema coherente, que hasta entonces no había logrado comprender claramente. Nunca había dudado de que tal sistema existiera, pero no lo había comprendido hasta que, bajo su guía, toda incertidumbre se desvaneció y me quedé embelesado ante la revelación de la ley y el orden divinos, que me silenciaron y dominaron con su majestuosa belleza.

Ahora podía comprender la necesidad de que se mantuviera durante tanto tiempo este sorprendente silencio sobre el Cristo. Ladas no abandonó al Maestro más que cualquiera de los otros que tanto habían hecho por mí. Era más bien que la tierra en barbecho dentro de mí necesitaba ser roturada y preparada para recibir la semilla que él había sembrado con ilustraciones tan contundentes. Todos habían trabajado juntos para asegurar el resultado, cada uno había cumplido fielmente su parte, y la alegría y la recompensa de la cosecha serían compartidas por igual.

Yo no era lo bastante presuntuoso como para creer que comprendía en detalle todo lo que Ladas había expuesto ante mí, pero las nieblas desconcertantes y confusas se habían disuelto hasta el punto de permitirme trazar un contorno definido en el propósito de Dios. Ahora percibía que ese contorno abarcaba todo el ámbito de la creación, y requería los tres estados, tierra, infierno y cielo, como en el espectro solar los tres colores primarios se mezclan en las gradaciones suavizantes de las inter-esferas [*inter-sphering; entre-ámbitos*], todas las cuales son necesarios para producir la luz del día. Así, ese gran espectro espiritual comenzó a mezclarse —o yo comencé a comprender la mezcla— en la unidad del día eterno de la Patria mayor. Ambos, la Tierra y el Infierno, eran igualmente necesarios para el plan, en cuanto que el Cielo y el amor de Dios se manifestaban por igual en cada uno de ellos.

La relación que ocupaban se situaba ahora en una perspectiva legítima: La Tierra como un establecimiento educativo en el que se pretende que el hombre aprenda a obedecer el control paterno y reciba entrenamiento en el uso y ejercicio de sus potencialidades divinas; el Infierno, una disposición igualmente necesaria para el castigo y la corrección de la infracción de la disciplina, y el fracaso en hacer una preparación adecuada para cumplir con los deberes del futuro; y el Cielo, la casa del Padre y el hogar natural del alma, donde todos nos reuniremos después de que el curso educativo haya terminado.

He cambiado aquí ligeramente la figura del infierno con respecto a la que usó Ladas, pero es igualmente coherente; o si se quiere, podría considerarse, con la misma fuerza, como un hospital para almas enfermas de pecado; en ninguno de los dos casos se puede pretender una detención más allá del propósito para el que se ha establecido el lugar, y puesto que se ha eliminado la idea de la muerte, el Padre se encargará de que se busque al último de los perdidos, si se presenta la ocasión, *'hasta que lo encuentre'* [*ref.*].

Este es el destino de la raza humana, porque Dios es todopoderoso y *'hará que todos los hombres se salven'*, pues *'así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados'*. El alcance, la provisión y el poder de la redención de Dios son lo suficientemente amplios como para rectificar la obra del pecado, y debe hacerlo así, ya que no hay nadie capaz de enfrentarse a Él.

Puede que no seamos capaces de explicar el proceso por el cual se resolverá cada enredo de la vida, pero Dios lo entiende, y podemos dejarlo ahí con seguridad. El mejor hombre de la Tierra sólo puede ver el tejido de la tela desde la parte inferior; ¿cómo puede entonces ver y comprender las complejas combinaciones del maravilloso diseño?

«Dios se establece en la calma del poder eterno
para guiar el telar de la vida del hombre;
Él ve su urdimbre y trama cada hora
tejiendo una parte de Su plan infinito.
Conoce el uso de sus innumerables hilos —
cada tinte costoso en el rico diseño;
y las [lanzaderas](#) se lanzan con habilidad incomparable
pues la mano del Tejedor es Divina».

No tengas miedo: Dios está trabajando Su propio diseño en Su propio telar. ¡Todo debe ir bien!

Este reajuste de la actitud del infierno... cómo barre la confusión del camino del Peregrino, permitiendo que el esquema de la salvación se levante en consistencia natural con el amor eterno de Dios, y abriendo vistas de más que esperanza para animar a aquellos que están trabajando fielmente en la viña. El corazón se fortalece y se anima bajo la inspiración de los acordes de la victoria ahora, y comprendemos dónde reside el énfasis innegable cuando leemos de nuevo la promesa: *'El que sale y llora, llevando preciosa semilla, sin duda volverá con regocijo, trayendo consigo sus gavillas'* [[ref.](#)]. Cuántas veces en la otra vida oí decir: "El que está solo con Dios, está con la mayoría" [[ref.](#)], pero desde el punto de vista terrenal nunca pude verlo. La verdadera luz había llegado por fin, y el axioma era ahora tan claro como el mediodía, porque Dios es todo en todo, y trabaja pacientemente hacia el fin que vio y señaló desde el principio. La tierra, la muerte y el infierno —si deliberadamente elegimos volver a casa por este último camino— son todas y cada una de las etapas de la peregrinación, en la que sólo hay una meta, donde nos espera el Padre. Mientras haya un pródigo ausente, el ojo paterno oteará el horizonte lejano, dispuesto a salir al encuentro del muchacho que se acuerda de casa y viene a pedir aunque sólo sea un puesto de criado.

Que el hermano mayor se ofenda no tendrá ninguna importancia para el padre que se regocija. El muchacho que viene del infierno y de la compañía de los demonios, por así decirlo, es un hijo después de todo, y las torturas que ha sufrido saldarán sus deudas y purificarán su alma.

Mientras pensaba en esto, las palabras de mi amiga poetisa volvieron a mí con más fuerza que cuando las oí por primera vez:

¡Oh! No es como los hombres nos enseñan...
sólo un paso de la Tierra a Dios;
atravesando el valle de la muerte hacia Él,
con el vestido con el que pisábamos la Tierra;
llamados a alabarle en la fatiga,
o a cantar, mientras la voz,
con el sollozo de despedida del amor, se rompe,
¿podríamos, apropiadamente, regocijarnos así?

No, esperamos a aprender la música,
esperamos, para descansar nuestros pies fatigados;
esperamos para aprender a barrer las cuerdas del arpa

antes de que el Maestro nos encuentre;
Esperamos para afinar nuestras voces
al dulce canto seráfico;
Esperamos para aprender el tiempo y la medida,
pero el tiempo no será largo.

En cualquier dirección que la mente se volviera en la contemplación, el horizonte se extendía en lo seguro [*definite*] —para siempre—. Mirando hacia atrás se podía rastrear el paciente, amoroso y protector cuidado del Padre en cada paso de la peregrinación, no sólo hasta el mítico Edén, sino a lo largo de las avenidas del tiempo, demasiado vastas para la estimación humana, hasta que la vista fallaba al verle a Él inclinarse sobre el Mónera [*nombre para el "protoplasma inicial" de la vida biológica: ref.*], cubriendo con Su omnipotencia ese núcleo indefenso del que, en los eones venideros, Él daría a luz una familia Divina. Luego, mirando hacia el futuro, ni siquiera la luz más intensa, que prestaba el conocimiento creciente, lograba traer a la vista la meta. ¿Quién puede medir tal distancia? Si la mente no puede decir cuánto ha durado la peregrinación desde el Mónera hasta el Hombre, ¿cómo es posible concebir la distancia mucho mayor que separa al hombre de Dios? Y, sin embargo, se nos ha enseñado seriamente que cuando un ladrón moribundo llegó a la línea divisoria entre los dos, ¡colocó sus manos sobre ella y saltó, como un atleta que conquista una puerta! ¡Cuán diferente es la verdad de las tradiciones de los hombres! Para escalar aquel formidable precipicio de luz que se alzaba ante mí, ni las manos ni los pies me servirían en lo más mínimo, y sabía que tenía que esperar hasta que se desarrollaran con fuerza los poderes elevadores de la pureza y la santidad, cuyas formas rudimentarias apenas eran aún discernibles.

«¡Luz eterna! ¡Luz eterna!
Cuán pura debe ser el alma que,
cuando se coloca dentro de Tu mirada escrutadora,
no se encoge, sino que con tranquilo deleite,
puede vivir y mirarte.

¡Oh! cómo podré yo, cuya esfera nativa
es oscura —cuya mente es leve—,
aparecer ante el Inefable,
y en mi espíritu desnudo llevar
ese rayo increado» [*ref.*].

Uno se queda con los pies descalzos junto al santo [Binney](#) mientras hace humildemente esta pregunta, y el consuelo que recibimos como respuesta es '*Dios sabe*' [*ref.*]. Eso es suficiente. Podemos descansar en ello. Él es el autor y consumidor del curso. Él planeó todo, marcando sus tiempos y estaciones, de acuerdo con su perfecto conocimiento y sabiduría. Su tiempo es el mejor. Debemos tener cuidado de no demorarnos. Él debe guiarnos por el camino que tan bien conoce. Las edades no son más que pulsaciones, mientras que el día es eterno. El infinito no puede cambiar. No puede haber llegadas tardías donde el tiempo no existe. El alma que sigue la marcha del amor avanzará en la atmósfera del Cielo, y su copa de alegría rebosará a lo largo de todo el camino. ¿Qué más puede desear? A medida que crezcamos, la alegría aumentará, pero nunca podremos estar más que llenos, y si estamos tan abundantemente abastecidos por el camino, ¿no es una felicidad añadida pensar que el final está todavía tan distante e invisible?

Y luego pensar que en toda la creación, pasada, presente y futura, no hay una sola alma fuera del alcance y de la operación de este designio. Él *'dejará a las noventa y nueve en el desierto e irá tras la que se ha perdido hasta encontrarla'* [ref.]. ¿Comprendéis esto? Vosotros, que no pudisteis estar de acuerdo conmigo cuando dije que la relación terrenal no existía en el Paraíso, ¿no veis cuánto más grandiosa, noble y amplia es la ley de Dios? No sólo tu hermano, padre, esposo, esposa, hijo e hija son traídos; sino que cada hermano, padre, esposo, esposa, hijo e hija deben venir con ellos, para que Dios sea todo en todos. Así será el Cielo cuando lleguemos a él. ¿No es acaso lo que haría un Dios Padre?

¡Cómo contrasta todo esto con la idea creada por el hombre del cielo y el infierno, en el que el segundo alberga a la mayor parte de la humanidad, y los habitantes del primero miran por encima de las almenas y se regocijan viendo los tormentos de los perdidos!

Pero basta ya de esto. La mente se revuelve con repugnancia y asco ante tal contemplación. No es de extrañar que los expositores de tal inhumanidad encuentren sus bancos vacíos y que la inteligencia se vuelva de la iglesia a la inspiración de la naturaleza.

En este ensueño dejaría que el Maestro tuviera la última palabra. *'Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas'* [ref.]. Descanso. ¡Ah, cómo lo necesitamos todos! Sólo lo encontramos cuando estamos unidos en yugo con Cristo. Un yugo sacerdotal, por hermoso que sea, será fastidioso y cansador. No permite alimentarse en verdes praderas, ni refrescarse junto a aguas tranquilas, sino que, en el vehículo eclesiástico al que estás enganchado, lleva la provisión autorizada suministrada por los padres de la iglesia hace muchos siglos, y que se supone satisfará toda demanda hasta que todos los hombres hayan cruzado el Jordán. Pero el yugo de Cristo es fácil y su carga ligera, porque confía en Dios y reza: *'Danos hoy nuestro pan de cada día'*, y hará lo mismo mañana y todos los días. Su regla de vida es: *'Suficiente es el mal del día'* [ref.], y la necesidad diaria de alimento lo mantiene cerca del Padre, de quien depende para recibirlo. El alimento fresco para las almas en crecimiento es Su cuidado constante. *'No sólo de pan (de trigo) vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios'* [ref.], y Cristo quiere que comamos ese alimento caliente con inspiración, no que nos rompamos los dientes espirituales intentando masticar el pan fósil horneado por los concilios ecuménicos. Cristo fue un profeta, no un sacerdote, y los pozos de la salvación de los que saca las aguas del refrigerio diario nunca se secan, sino que, como Dios, que los cavó, son *'los mismos ayer, hoy y siempre'* [ref.]. *'Inclinaos, bebed y vivid'* [ref.].

'Venid aparte conmigo y descansad un poco. Porque tanto amó Dios al mundo...'

«¡Tan amado! ¡Tan amado! No puedo decir más.
Su barca musical pasó cerca de mí,
estaba envuelto en sueños cuando subí a bordo
y la *'Paz de Dios'* se hizo a la mar.
Con la marea fluyendo en una santa calma
cada ondulación nos besaba una y otra vez,
mientras apoyaba mi cabeza en el pecho del Maestro.
¡Tan amado! ¡Basta! Él y yo éramos uno».

Capítulo 11

Una lección de creación

Permítaseme esperar que las experiencias precedentes, y las lecciones que he tratado de sacar de ellas, muestren que tengo cualquier cosa menos una concepción vaga del pecado y de sus consecuencias.

Volviendo ahora a otras escenas, me gustaría relatar aquí un incidente que sirve para mostrar cómo el Paraíso está adaptado para emprender, cuando surge la necesidad, todo el trabajo educativo que se supone que la Tierra realiza, en relación a un alma.

Tengo más que un placer pasajero en hacer esto, porque estoy seguro de que un vistazo a la gran obra de educar a los niños en nuestro lado será de genuino interés para mis lectores; y en segundo lugar porque quiero combatir una idea errónea que gana terreno en las mentes de algunos, de que una serie casi interminable de renacimientos en la Tierra es necesaria para explicar "*algunos de los problemas más desconcertantes de la vida*" [[ref.](#)].

Será imposible tratar exhaustivamente la cuestión de la reencarnación en este momento, pero permíteme decir brevemente que es un tema por el que en mi vida terrestre sentí mucha simpatía, y he hecho amplias investigaciones al respecto desde que crucé la frontera, con este resultado: Entre las almas que todavía están sometidas a las condiciones terrestres —de las que todas las experiencias deben recibirse con cautela, y no actuar en consecuencia hasta que sean confirmadas por fuentes más fiables— hay muchas que piensan honestamente que la reencarnación es un hecho, y así lo enseñan; entre los que han pasado de estas condiciones y han aprendido a aceptar la verdad por sí misma, que conocen y estudian, rastreando orígenes y secuencias —muchas de ellas a través de edades insospechadas más allá del surgimiento de la historia—, no he podido encontrar a nadie que sostenga que la teoría del renacimiento sea cierta. El origen de la idea se encuentra en la superstición salvaje. Sin un conocimiento definido de la inmortalidad, pero igualmente seguro de que hay algo más en el hombre que simplemente el cuerpo, siempre ha sido un problema para la mente ignorante lo que sucede cuando el cuerpo deja de respirar y comienza a volverse ofensivo por la descomposición. La filosofía de la ignorancia es siempre expeditiva, y el salvaje resolvió el problema permitiendo que un niño recién nacido inhalase el aliento de un moribundo, y la vida que se iba disponía así de otro cuerpo en el que continuar su existencia. Desde este rudimentario comienzo, la idea de la transmigración de las almas ha sido elaborada una y otra vez de diversas maneras, con mucho razonamiento filosófico y especulación, pero permanece donde la encontramos: una superstición sin fundamento, en desacuerdo con la ley, el amor y el propósito de Dios.

No soy en absoluto inconsciente de la fascinación que ejerce el tema y, por esta razón, continuaría de buena gana la discusión del mismo si estuviera razonablemente dentro del alcance de mi propósito actual. Pero no siendo así, debo resistir la tentación por el momento, con la esperanza de que pueda volver a él en algún momento futuro. Podría, sin embargo, llamar aquí la atención sobre la luz lateral, espontánea, que necesariamente arroja sobre la cuestión el registro de mis experiencias generales, las cuales creo que mostrarán con cierto grado de claridad razonable que Dios ha hecho provisión para satisfacer toda necesidad justa que pueda surgir por medios mucho más expeditivos y menos engorrosos que un sistema tan tortuoso e hipotético.

Hay que tener siempre presente que todas las exigencias de Dios a los hombres se basan en la justicia. Esperar que la perfección sea producida por condiciones imperfectas sería esperar lo

imposible, de ahí que el logro del Nirvana en la carne sería una condición tan irrealizable como el paso, en el cuerpo mortal, de la Tierra a la superficie del sol. Empecemos a ser razonables y a apreciar el hecho de que la evolución de lo humano a lo Divino debe proceder en el futuro según la ley que ha regido el pasado. Todavía tenemos que subir de peldaño en peldaño, y a medida que avanzamos, debemos forzosamente ir soltando continuamente lo más bajo hasta que por gradaciones imperceptibles ascendamos a la meta. En este proceso es necesario que lo corruptible se vista de incorrupción, y que lo '*mortal se vista de inmortalidad*' [\[ref.\]](#) antes de que alcancemos el cenit, y el ojo soporte la visión de ese rayo increado. De esta limitación carnal obstaculizadora, el alma encarnada no puede liberarse. Es una casa de esclavitud de cuya influencia uno sólo puede liberarse desvinculándose, y diez mil nacimientos no proporcionarían ninguna ventaja, especialmente donde la memoria de todo lo que ha pasado antes no está disponible como guía.

Como todos los sistemas creados por el hombre, la especulación del renacimiento es un cansancio y una confusión para la mente, sin un lugar de descanso en su incesante lucha por escapar de una Escila espiritual por un lado y de un Caribdis por el otro [\[ref.\]](#).

Dios ha proporcionado un camino mejor que ese, a una fase de la cual me gustaría ahora invitar tu atención.

Había un mundo de significado, de promesa, de esperanza, en aquella orden de Cristo a sus discípulos después de que los cinco mil habían comido y se habían saciado de '*cinco panes de cebada y dos pececillos*' [\[ref.\]](#). '*Recoged los pedazos que quedan, para que nada se pierda*'. Este es el principio eterno que opera a través de toda la creación. Los hombres han aprendido como un hecho científico que sólo la forma de la existencia puede ser cambiada, nada puede ser destruido. Si esto es así en lo material, que es el instrumento, ¡cuánto más debe serlo en lo espiritual, que es el agente operativo que actúa a través de lo material!

Con este principio aún actuando a través de la vida del Paraíso, se manifiesta el mismo cuidado vigilante sobre los fragmentos. Nada debe perderse. En la más pequeña de todas las partículas se esconden potencialidades divinas. Recogedlas, pues cada una debe ser enviada a su propio lugar para ser cuidada, desarrollada y ayudada a consumir la esfera que le ha sido asignada.

Es a una de las guarderías de estos fragmentos espirituales adonde quiero conducirte ahora, donde podemos observar y aprender a comprender cómo el Paraíso se ocupa del primer desarrollo de la mente y el intelecto. Utilizo el término «fragmentos espirituales» deliberadamente a este respecto, ya que nos encontraremos no sólo con almas que fallecieron en el proceso del nacimiento, sino con otras que en la mitad de la gestación no pudieron hacer más que un débil movimiento independiente y luego expiraron. Ciertamente, se trata de verdaderos fragmentos de humanidad, pero sobreviven y son cuidadosamente ayudados a avanzar hacia una madurez plena y fuerte.

Tan hermosa y considerablemente se superpone la esfera de lo espiritual a la de lo físico, que se toman las medidas más adecuadas para alcanzar y proteger a todos esos pequeños, de los que la Tierra nunca tiene conocimiento. Desconocidos, con una existencia insospechada, siguen viviendo. Nada debe perderse. Los planes de Dios se han trazado para salvar incluso a los últimos, y la guardería que preside nuestro conocido amigo Cushna es uno de los numerosos establecimientos destinados a esta labor en relación con los niños.

Aquí hay un amplio alojamiento —y cuando digo amplio no me refiero simplemente a que a cada niño se le concedan tantos pies cúbicos de espacio para respirar como medida, sino que me refiero a la generosa provisión desbordante tan característica de todo lo que Dios hace— para unas dos mil

almas que van desde el bebé varado en los límites [*boundary-stranded*] al que me he referido, hasta aquellos que pueden haber conocido una existencia terrestre de varios meses, estando el límite determinado no tanto por la edad como por otras circunstancias que no necesitamos discutir aquí. Se les extrae de todas las nacionalidades de la Tierra y se les educa juntos, siendo uno de los primeros esfuerzos evitar cualquier enfoque en las diferencias raciales y establecer la unidad de la familia humana. Cuando el curso preliminar ha proporcionado la capacidad de proceder, el niño avanza de fortaleza en fortaleza a través de las escuelas de avance y ascenso de la eternidad.

Longfellow tocó un acorde de verdadera música espiritual cuando cantó de una que había pasado a los atrios del Paraíso:

«No volveremos a contemplarla como niña;
Pero cuando, con embeleso salvaje,
la volvamos a abrazar
no será una niña» [*ref.*].

La niñez y la juventud son imperfecciones, y no representan más la verdadera virilidad y la feminidad que lo que el amanecer pudiera ser sinónimo de mediodía. El cielo, cuando lleguemos a él, será un hogar perfecto para un pueblo perfecto, y todos deben alcanzar la cualificación para ser admitidos. El Paraíso consumará a este respecto lo que la Tierra no puede lograr. Es la función legítima para la que Dios lo ha llamado a la existencia. La infancia debe ser llevada hacia la plena belleza de la virilidad y la feminidad, y la edad debe ser devuelta a la fortaleza y el vigor que ha perdido. El propio Cushna es una ilustración sorprendente de este último efecto. Ya he hablado de él, pero la fascinación que ejerce parece aumentar cada vez que entro en contacto con el benévolo egipcio, sobre cuyos hombros descansa el místico manto de la edad ambigua [*evasive*], tan indescriptible y bellamente mezclado con la exuberante vivacidad de la temprana madurez [*manhood*]. La consciencia de esto, como se recordará, fue la primera impresión que recibí cuando lo conocí en el Hogar del Descanso, pero la plenitud de la misma se me volvió más contundentemente comprensible cuando lo encontré tan activamente comprometido en la educación de los niños, en esta escena de más que encantamiento de hadas, que me aseguraron, era el mejor lugar para aprender a conocerlo tal como él es.

No sé si el hombre había producido el hogar o el hogar al hombre, pero comoquiera que sea, ambos están ciertamente relacionados el uno con el otro, como el calor con el fuego, o la luz con el sol. El lugar estaba inequívocamente diseñado para alentar los primeros desarrollos de la vida, pero en su disposición ¿no se habían puesto eones de antigüedad, subyacentes con su pesada contribución, y su sabiduría se había templado, suavizado, dulcificado en una adaptabilidad que la juventud no tenía fuerza para proporcionar? Los métodos de tratamiento se habían extraído hábilmente de las mejores cosechas de experiencia: las adaptaciones se habían realizado críticamente con vistas a satisfacer de forma natural todos los requisitos posibles. Fortaleza con crecimiento, carácter intrínseco con interés, dulzura de disposición con determinación progresiva, humildad con aptitud [*competence*], amor con poder y reverencia con éxito. Todo esto debía lograrse, y se proporcionaba adecuadamente, junto a una extracción sistemática pero cuidadosa de toda propensión hereditaria a lo innoble e impuro. La corrección de estas últimas tendencias es una de las principales características a las que debe dirigirse un cuidado especial y siempre vigilante.

El hogar comprende un sorprendente número de edificios palaciegos, cada uno de los cuales está situado a buena distancia de su vecino, y ubicado en un retiro perfectamente adaptado al uso

particular de su departamento. Entre ellos vi la Guardería, donde se atiende especialmente a los niños prenatales; dormitorios —todos los niños pequeños necesitan dormir cierto tiempo—, un gimnasio, un museo, un teatro, un laboratorio y otros lugares que responden a todas las posibles demandas que puedan surgir. Pero las adaptaciones más sorprendentes se encontraban al aire libre, donde se había adoptado un sistema de jardinería paisajista que sólo puedo describir con "interrogativo". Todo, en todas partes, parecía estar diseñado para suscitar preguntas, y esto se llevaba a cabo tan eficazmente, que yo mismo caí en la trampa, y pedía información a cada giro de mi cabeza.

La existencia de tales instituciones en el Paraíso, equipadas con todos los aparatos educativos posibles que una mente terrenal no puede comprender, será considerada por muchos —especialmente por aquellos a quienes se les ha enseñado a pensar que un instante después de la muerte el alma de un niño adquiere fulminantemente todo el conocimiento— como miserablemente materialista y blasfemamente falsa. Yo pasaría tal conclusión de ignorancia supersticiosa al silencio que merece, si no fuera por el obstáculo que arroja en el camino de los indagadores honestos que se niegan a pasar cualquier objeción inadvertida.

Si tratamos de captar inteligentemente una idea de lo que aspiramos en cuanto a la perfección y la cercanía a Dios —y la distancia casi infinita que nuestras imperfecciones actuales nos separan de esa meta—, y luego dirigimos la mirada hacia atrás para medir el camino relativamente corto que hemos recorrido hasta ahora en el viaje desde que comenzó la peregrinación de la evolución, creo que habrá poca dificultad en reconocer que estas etapas preparatorias del Paraíso son una provisión absolutamente necesaria si hemos de tener éxito. Los puestos comerciales y diplomáticos en la Tierra están protegidos por exámenes provisionales y calificaciones probadas por el servicio y la fidelidad. ¿Es creíble que mientras los hombres hacen tales exacciones en asuntos temporales, Dios será menos cuidadoso con respecto a lo eterno? La aprobación de Cristo —'Bien hecho' [[ref.](#)]— es la recompensa otorgada al final del servicio leal, fiel y honorable, cuando el administrador probado y confiable entrega sus cuentas auditadas. Para este servicio, la Tierra, en las circunstancias más ventajosas, no puede hacer más que pasarnos por un examen preliminar con honores. Las etapas intermedias, avanzadas y finales quedan para la preparación que el Paraíso nos da. Si esto es así en las condiciones más favorables de una vida larga y de unas circunstancias fáciles, ¡cuánto más será necesaria esa ayuda correctiva para los desafortunados y para aquellos cuyas vidas se ven truncadas en la infancia, puesto que la inocencia no es rectitud, ni la falta de inteligencia es santidad! De ahí la razón de ser de los hogares de los que hablo.

¡Cuánto lamento mi incapacidad para pintar con palabras o colores la escena tal como se presentó por primera vez a mis ojos atónitos! Pero si pudiera encontrar las palabras, la Tierra malinterpretaría el significado; si pudiera conseguir los colores, mis críticos dirían que son irreales, antinaturales, y el resultado sería un intento miserable de introducir una novedad imposible en el entretenimiento de *Las mil y una noches*. Será mejor que no lo intente, y que deje esos detalles de mis experiencias hasta que tú, mi amable lector, puedas verlos por ti mismo tal como son, con ojos adaptados a una visión más amplia y con tus poderes de visión capaces de trazar claramente un espectro más amplio.

Aun así, uno puede legítimamente exclamar: '*¡Felices niños por ser cuidados y protegidos de esta manera! ¡Glorioso evangelio que abunda en tal provisión! ¡Rebosante compensación por todo lo que se ha sacrificado en la Tierra!*'. ¿Dónde está el hombre o la mujer que no los envidiaría? Pero silencio; quédate en quietud, o nos extraviaremos aquí. Ningún hombre o niño vive o muere para sí mismo. '*Nuestros tiempos están en Su mano*' [[ref.](#)]; y es mejor así. Por el momento puede ser que

veas a través de un cristal oscuro, pero pronto tú también entenderás; entonces descubrirás que la dirección de Dios fue correcta, después de todo. Grande como es la compensación del niño, puedes —si lo deseas, cumpliendo con tu deber noblemente— encontrar una recompensa aún mayor esperándote.

“Seamos pacientes; las severas aflicciones de la Tierra
no surgen del suelo,
sino que a menudo las bendiciones celestiales
asumen un disfraz oscuro” [\[ref.\]](#).

No tengo intención de hacer un recorrido por los departamentos de esta institución. Las características principales de la vida y de sus actividades aquí, no se encuentran puertas adentro, y la casa de Cushna no es una excepción a la regla general.

Repito que el primer objetivo de toda institución de este tipo es fomentar la investigación [*inquiry*] en las mentes de los niños. No se impone ninguna instrucción a un niño que no esté dispuesto o preparado, sino que se emplean ingeniosos mecanismos para captar la atención y provocar una pregunta sobre la naturaleza o utilidad de los mil objetos que se encuentran, de la forma más tentadora, en cada parte de este dominio como de cuento de hadas. El principio observado aquí se aplica en todas las etapas de la vida: cuando el interés se despierta lo suficiente como para provocar la indagación, la mente está en condiciones favorables para recibir instrucción, y los ministros siempre están a mano para impartirla adecuadamente.

Cushna me invitó muy amablemente a unirme a uno de los muchos grupos de niños que estaban estudiando tan agradable y placenteramente las primeras lecciones en la escuela del Paraíso, para que pudiera familiarizarme con el sistema de educación que él ha adoptado.

Un momento después, sin atraer más que la más mínima atención de los niños —unos niños bien consideradamente interesados—, nos habíamos colocado cerca de un grupo de unos veinte estudiantes que escuchaban a una dama que explicaba la naturaleza y belleza de una brizna de hierba que, por su forma y color atractivos, había despertado la curiosidad de uno de los pequeños.

Desde el comienzo de su conferencia, la oradora nos llevó, tanto a mí como a su audiencia liliputiense, a un romántico país de hadas de la botánica con su descripción de la vida, los hábitos y los antecedentes de su tema. Luego, mediante un proceso aparentemente mágico para el que yo no estaba preparado en absoluto, sostuvo en sus manos una variedad de otras hierbas, de la que extraía comparaciones y contrastes: de las más bastas y simples, señaló que eran espécimenes representativos de las hierbas que se encuentran en la Tierra, las otras pertenecían a diferentes etapas de la vida superior. Cada pregunta de los niños fue respondida con una parábola simple y contundente que exponía la verdad que ella deseaba fijar en la memoria, y se demoraba con una paciencia casi demasiado pausada para que su lección pudiera ser comprendida claramente.

Cuando todo esto terminó, me asombró aún más oírla anunciar que si no había más preguntas sobre esa parte de la lección, procedería a su consideración práctica.

Luego siguió un discurso absolutamente fascinante sobre la química de esa hoja de hierba y el proceso por el cual los componentes de la atmósfera son seleccionados, atraídos y utilizados para producir la hoja en el curso natural. La naturaleza fue presentada como una máquina bellísima pero invisible, diseñada por Dios para preparar todo lo que era necesario para la protección y el sustento del hombre, hasta que llegara el momento en que pudiera entender cómo usar las grandes fuerzas

disponibles para producir todos los requisitos mediante un proceso mucho mejor y más rápido. Esto condujo a una hermosa descripción de la diferencia entre un hombre y otros agentes de la creación, al exponer la naturaleza y las potencialidades del alma, que posee poderes latentes para lograr todo lo que la naturaleza logra, mediante un proceso más expeditivo, bajo condiciones que expuso y aplicó [*enforced*] con muchas ilustraciones.

Parece casi increíble que mentes tan infantiles pudieran interesarse por temas tan profundos. Pero Dios tiene sus propios métodos por medio de los cuales puede revelar a los niños misterios que oculta a los sabios y prudentes, y en la experiencia que tenía ante mí estaba observando el proceso por el cual esta aparente imposibilidad se cumplía efectivamente, aunque de manera gradual. En estos hogares de niños somos llevados muy cerca de la pureza de Dios, adaptados a las mentes sobre las que anida, y cruzamos umbrales donde la sombra del pecado nunca ha caído. Sembrados en este suelo virgen de inocencia, ¿cómo podemos nosotros, que hemos sido manchados por la contaminación del pecado, estimar el poder y las posibilidades del amor omnipotente?

Pero volvamos a la lección.

Después de la explicación vino la demostración. La maestra dejó las hierbas a un lado y, al pedir a los niños que observaran su mano vacía y extendida, vimos, con igual interés y sorpresa, cómo se formaba lentamente ante nuestros ojos una brizna de hierba, la contraparte exacta de aquella en que se había basado su discurso. Cuando el experimento estuvo completo, el original fue colocado al lado del ejemplar creado para que los examináramos cuidadosamente, y se comprobó que uno era igualmente perfecto que el otro.

La sesión aún no había terminado. Ahora era responsabilidad de cada niño hacer el esfuerzo que pudiera para duplicar el de su tutora, y esto, para mí, no fue la parte menos interesante de la experiencia. Uno por uno, fueron llamados al lado de su instructora, quien los alentaba y aclamaba según fuera necesario, y luego observaba el resultado de esos primeros intentos de creación. Muchos fueron fracasos totales, otros produjeron algo, lo suficiente para asombrar y alentar nuevos esfuerzos, y uno logró un éxito muy loable en cuanto a la forma, pero en cuanto al color y los detalles, dejaba mucho que desear.

Luego vinieron las felicitaciones y los elogios, se señalaron las causas del fracaso como algo que sencillamente era de esperar, se prometió generosamente la certeza de un éxito rápido y la maestra continuó explicando que la perfección sólo se alcanza mediante el estudio y la adquisición de conocimientos, y la lección terminó con un acuerdo para continuar con el tema en la próxima ocasión, ante cuya perspectiva los niños estaban muy encantados, y yo casi deseaba poder continuar mis estudios con ellos durante todo el curso que acababa de comenzar tan felizmente.

Esta es una visión muy pobre de uno de los hogares para niños en el Paraíso. Son hogares felices, y felices son los recibidos en ellos.

Capítulo 12

Cushna en casa

Aquella sesión escolar terminó cuando yo con mucho gusto hubiera querido que continuara. Pero así sucede con todo lo que encontramos en el Paraíso. La saciedad es desconocida. Los banquetes intelectuales llegan a su fin mientras el apetito todavía está vigoroso, para que la digestión no se sobrecargue y se evite el hastío [*ennui*] consecuente con el exceso. Sin embargo, donde los platos se preparan con flexible consideración y previsión, como en aquellos que acababa de comer, no se

puede esperar ningún atisbo de perturbación orgánica. Donde los profundos misterios de la química, la naturaleza e incluso la creación pueden ser presentados de manera tan tentadora y digerible para las mentes de los infantes, ¿qué necesidad hay de temer por los efectos posteriores? Tales viandas así preparadas sólo sirven para dar apetito a la mente y hacerla tener un hambre más vigorosa por lo que está por venir.

Pero nada debe perderse. La asimilación perfecta es el guardián de una salud vigorosa, y aquí nos encontramos con una tutora, un enfermero y un médico bien capacitado, que trabajan en armonía juntos para producir el resultado más elevado. De la ajustada tensión de la lección, los niños son liberados con la misma consideración para recrearse en algún juego, relajando la mente por el momento, aunque de vez en cuando arrojan una revelación inesperada sobre su estudio cuando el maestro es llamado alegremente a explicar e interpretar. Así, mediante el estudio, el juego y el ejercicio, o cualquier cosa que en ese momento atraiga y reclame la atención de la mente, cada incidente y característica de esa vida que se desarrolla se hace que contribuya algo al objetivo a ser alcanzado, el de hacer del niño alguien

“Hermoso en toda la expansión del alma”.

Cushna y yo continuamos; él deseaba mostrarme más recursos y equipamientos de su maravilloso y encantador hogar, y yo, excluido de participar en el juego de los niños, pero feliz de aprovechar el placer de estar a solas con él una vez más.

No intentaré hacer alusión a las muchas otras características del estudio a las que me introdujeron en esa memorable visita; sólo me expondría a una pregunta de mis críticos sobre por qué no expongo definitivamente algunos de los logros científicos que la Tierra aún no ha alcanzado, para así demostrar que este registro [*este libro*] es más que un *tour de force* de la imaginación.

Supongamos que yo me anticipara a esta petición y expusiera claramente una de estas lecciones avanzadas de ciencia con toda la precisión y el detalle necesarios, ¿lograría el fin insinuado? De ninguna manera. Podría lograr la admisión de que la teoría presentada era interesante y digna de ser investigada para ver qué había realmente en ella, pero mi crítico cambiaría de postura, encontraría algún otro punto de incredulidad y estaría tan lejos de la convicción como siempre. La convicción acerca de la verdad no se alcanza por ese método. Por lo tanto, me contentaré con exponer las razones por las que no hago este intento, ya que tal vez con una explicación negativa pueda lograr un bien más real que tomando una dirección opuesta infructuosa.

Primero, entonces, mi propósito actual es relatar selecciones de mis propias experiencias en el Paraíso, y al hacerlo ya he tenido muchas veces la oportunidad de referirme a hechos que no podía entender por el momento. Justo aquí recuerdo un incidente en la educación temprana de los niños, donde el tema en consideración era, en el momento en que lo observé, tan nuevo para mí como para el niño más pequeño del grupo. ¿De estos datos se puede esperar que yo explique y exponga toda la ciencia de la creación? Mi verdadero punto es este: el Paraíso reconoce que cada niño que recibe, posee potencialidades divinas —es de herencia divina—, y tiene que ser educado adecuadamente para su posición. Esto comienza con un curso preparatorio, y la lección en la que yo había participado era la primera de su propia serie. Así sucedía principalmente con los demás. Por lo tanto, simplemente lo registro, sabiendo demasiado bien qué conceptos erróneos han surgido de las almas condicionadas por la Tierra al hablar de cosas que entienden tan imperfectamente, como para correr yo el peligro de andar por los mismos caminos. Preferiría mucho más referiros al ejemplo de Cristo, que estoy muy contento de seguir. Cuando Él bendijo, partió y multiplicó los panes de

cebada y los peces, ejerció el mismo poder de la misma manera que la asistente de Cushna al reproducir la hoja de hierba. Su alentadora promesa de éxito a sus alumnos también estaba garantizada por la promesa de Cristo a Sus seguidores: *'El que cree en Mí, las obras que Yo hago, él las hará también; y mayores que éstas hará, porque yo voy a mi Padre'* [[ref.](#)]. Sin embargo, nunca explicó ni instruyó a Sus discípulos en el proceso por el cual se realizaban Sus milagros. ¿Por qué? Que Él responda. *'Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis digerir. Sin embargo, cuando Él, el Espíritu de la verdad, venga, os guiará a toda la verdad'* [[ref.](#)].

En segundo lugar, aunque he estado presente y he sido testigo de muchas demostraciones científicas más allá de la práctica o el conocimiento de la Tierra —como, por ejemplo, los resultados producidos por Siamedes, tal como se describen en “[Una coral magnética](#)”, y muchos otros además de la lección a la que acabo de referirme—, no soy lo suficientemente ególatra como para llamarme científico, ni lo suficientemente tonto como para sentarme en una silla que no pudiera ocupar razonablemente. No soy el espíritu prometido para guiaros a toda la verdad, ni deseo que penséis que me estoy acercando en algún sentido al Cristo que dejó tanto sin decir; Yo soy simplemente otro precursor comisionado para proclamar y anunciar la proximidad, sí, incluso la presencia de los ángeles de Dios que han sido *'enviados para ministrar a aquellos que serán herederos de la salvación'* [[ref.](#)]. Dejo la demostración de la ciencia a la multitud de ministros que están disponibles y calificados para enseñarla mucho mejor de lo que yo puedo hacerlo; la filosofía a los filósofos, la música a los músicos y la poesía a los poetas. Por mi parte, tengo que clamar *'¡Mirad!'*, y ofrecer el estímulo y las evidencias que puedan atraer razonablemente la atención.

En tercer lugar, todos los canales de comunicación están limitados por su finalidad y capacidad. En circunstancias excepcionales, podría ser posible utilizar el mismo conducto para el agua, el gas y la electricidad, pero no es aconsejable hacerlo. Cada cirujano tiene la máxima confianza en sus propios instrumentos. Si la música ha de ser perfecta, [Kubelik](#) debe tocar con su propio violín, [Harper](#) con su propia trompeta y [Paderewski](#) con su propio piano. ¡Cuánto más necesario es que el instrumento de intercomuniación entre los dos mundos sea apartado y delicadamente armonizado con la música especial que se le pedirá que toque! La gran necesidad de los que están en el más allá es de instrumentos dignos y dispuestos a ser utilizados en la misión: almas elevadas, nobles y abnegadas que comprenden la naturaleza y las responsabilidades de la obra, se dan cuenta de que sólo la pureza y la santidad internas atraerán a los agentes correspondientes desde el exterior, teniendo siempre presente que cuanto más cerca esté de Dios el ángel mensajero que utiliza el instrumento, mayor será la tensión que su presencia ejercerá sobre el organismo que emplea. Es un llamado muy alto el de ser así empleado, y el hombre o la mujer que lo reciba debe hacerlo preparado para convertirse en *'un sacrificio vivo, agradable a Dios'* [[ref.](#)]. Tales instrumentos son escasos, pero cuando se encuentran, aquellos a cuyo cuidado se les confían conocen bien su valor, y no permitirán que se los manipule de manera injusta o dañina. En la misión de Myhanene se me permite el uso necesario de su portavoz, a través del cual no puedo hacer más que asegurar a mis lectores que multitudes de almas están esperando depositar las verdades y los tesoros del Paraíso a los pies de la Tierra si se buscan de manera constante y honesta, y si se pueden poner a su disposición los instrumentos adecuados.

Permitidme enfatizar especialmente este último pensamiento en cuanto al cuidado que se muestra en la calidad del instrumento que ofrecéis para nuestro empleo. La telegrafía sin hilos ha demostrado la necesidad de que el transmisor y el receptor sean totalmente compatibles para el éxito. La misma ley se aplica entre los dos mundos, y la fiabilidad de todos los mensajes dependerá

de la calidad espiritual del receptor. Pueden surgir ocasiones extraordinarias en las que Dios, para sus propios fines, hable a través de los labios dudosos de un [Balaam](#), pero si se construye una regla sobre esas raras emergencias, ¡ay de aquellos que sigan el consejo engañoso! Los barcos de vapor no pueden atravesar las ondas etéreas de estrella en estrella; el microscopio nunca puede sustituir al telescopio con ventaja, ni la pluma puede realizar el trabajo del cincel del escultor. Cada uno debe estar calificado para su uso y propósito. Así también el instrumento de la verdad debe estar constantemente limpio por dentro y por fuera, o Dios nunca podrá usarlo eficazmente.

Hasta aquí la respuesta a la pregunta que he anticipado.

Cushna me condujo de un grupo a otro y de una escena a otra para que pudiera ver los arreglos generales que se hacen para impregnar la mente con información. La atmósfera misma del lugar creaba una sed casi insaciable de conocimiento; sus características naturales eran notas musicales de interrogación, y cada respuesta era un placer que incitaba seductoramente a una mayor indagación. Era un establecimiento educativo fundado en un país de hadas, con profesores expertos en el uso de una magia tan potente, que cada efecto quedaba como recompensa por el placer que su ejecución había creado.

Sin embargo, no todo el encanto residía en el lugar. Me volví cada vez más consciente de ello a medida que nos movíamos de un lado a otro. Aquella que me dijo que no podría conocer al verdadero Cushna hasta que lo conociera en casa, decía la verdad. Separar al hombre de la morada era perder la mitad de la belleza de ambos; era como despojar al atardecer de su color o a la música de su armonía. Me sentí muy favorecido por conocerlo, pero infinitamente más por conocerlo en casa. Una vez más, la limitación del lenguaje no cumple con mi deseo, y tengo que dejar mi esbozo burdo de ambos con la esperanza de que todos los que lean puedan llegar a conocerlos a los dos en combinación, y entonces me asegurarán su elogio por declinar cualquier otro intento de completar mi sugerencia aproximada.

Su gentileza incita a la más íntima confianza, y la dulce picardía de sus ojos cautiva a todos los que entran en su compañía. Es un muchacho bisabuelo, y no es de extrañar que todo el mundo lo quiera.

«¿Sabes qué es lo que creo que es lo más bonito de tu casa?», le pregunté de inmediato.

«Como hijo de la tierra de la Esfinge, creo que me corresponde plantear el enigma», respondió.

«Permíteme cambiar el orden por una vez, aunque sea sólo para poner a prueba tu habilidad en tu propio juego».

«Pero olvidas que tengo el poder de leer tu respuesta con una mirada. Sin embargo, no me aprovecharé de ti y jugaré el juego como un buen egipcio, renunciando al juego».

«Entonces no creo que nada me agrade tanto como ver a los niños de todas las nacionalidades viviendo juntos tan agradablemente».

«¿De qué otra manera esperabas verlos?».

«Nunca había pensado en ello hasta que vi que era así. En mi casa es diferente».

«Sí. Las nacionalidades se dividen en las tres primeras etapas por encima de las condiciones terrestres; más allá de ahí se mezclan, habiendo aprendido a olvidar sus prejuicios raciales y religiosos. Los niños son reunidos de inmediato para evitar que surjan tales sentimientos, y de la armonía de colores en la naturaleza enseñamos la belleza de la diversidad en los hombres. Muchas

complexiones, pero una sola familia; muchas mentes, pero un solo hogar; muchas ideas, pero un solo Padre».

«¡Oh, sabio e inescrutable Cushna!».

«No es así -me corrigió rápidamente-; Esa lección no tuvo su origen en mí ni en ningún otro hombre; es sólo de Dios».

Leí más de una advertencia en esa suave respuesta.

«Supongo que encuentras una gran diferencia en la capacidad mental de los niños».

«Sí, hay una gran diferencia, pero es más individual que racial, especialmente en los más pequeños».

«Debe ser intensamente interesante observar su desarrollo».

«Sólo quienes se dedican a este trabajo pueden formarse una mínima idea de lo interesante que realmente es».

«Supongo que se encuentran rasgos tribales de carácter muy marcados».

«En el caso de quienes han vivido más tiempo, esto es así hasta cierto punto, pero en el caso de los niños prenatales esto rara vez se nota, porque nuestro entrenamiento contrarrestante erradica la tendencia antes de que pueda manifestarse».

«¿Y cuál de todas las naciones, según tu experiencia, es la que muestra más ventajas?».

«¿Estás dando vueltas en torno a otro enigma?», preguntó con una sonrisa maliciosa que indicaba más que sus palabras.

«No. Simplemente estoy pidiendo información».

«Y supongamos que te respondiera Egipto, o India, o Nueva Guinea, o Alemania, o Turquía, ¿qué pensarías?».

«No te entiendo bien».

«¿Acaso no querías que dijera Inglaterra?».

«No me doy cuenta».

«Escarba un poco, Aphraar. La corriente del prejuicio nacional a veces es profunda y tarda un tiempo en secarse por completo después de la llegada al Paraíso. Sin embargo, en mi casa sólo recibimos a los niños de una sola familia cosmopolita, por lo que no tenemos oportunidad de estudiar las características nacionales».

«Y están felices de estar cuidados por un padre adoptivo tan sabio».

«¿Crees eso? Pero bueno, son buenos niños; y todos son favoritos».

«¿Cuánto tiempo permanecen contigo?».

«Eso depende enteramente de las circunstancias. En casos raros, la herencia exige un aislamiento temprano para un tratamiento más estricto y cauteloso. Por lo demás, permanecen hasta que se despierta su interés en alguna forma particular de estudio, y se les hace avanzar para que sigan por ella».

«¿Hacia escuelas de grados superiores?», pregunté.

«No, el ambiente estimulante y favorable, junto a nuestro sistema de educación, tiende a un rápido desarrollo del intelecto y del grado de desarrollo moral [[stature](#)], que son sinónimos en los niños. Por lo tanto, cuando nos dejan, la ley de atracción está en pleno funcionamiento y cada uno va a su propio lugar, recibiendo toda la ayuda necesaria de acuerdo con la única gran ley».

«Entonces, ¿el interés desarrollado aquí determina el camino subsiguiente del deber [[duty](#)]?».

«Siempre».

«Me gustaría preguntarte más sobre ese punto en referencia a mí; pero, primero, ¿me podrías contar algo más sobre los que sufren de impurezas hereditarias? ¿Se les castiga?».

«¡Por supuesto que no! La justicia no castiga a uno por el pecado de otro. La mancha ha sido transmitida desde el alma enferma de un antepasado, y en tal caso el niño es una víctima que debe ser compensada en lugar de castigada por la injusticia que ha padecido. ¿No recuerdas que '*los pecados de los padres pueden recaer sobre los hijos (incluso) hasta la tercera y cuarta generación*' [[ref.](#)]? Pero siguen siendo los pecados del padre, y él tendrá que pagar a la justicia por las consecuencias de ellos. El niño es aislado para un mayor cuidado y para prevenir el contagio».

«Ahora deseo plantear una pregunta relacionada con una creencia que se supone que se originó en Egipto».

«Te refieres a la de la [transmigración](#) del alma».

«Sí, es algo que surge naturalmente desde la cuestión de la herencia».

«Escucharé tu pregunta, pero antes de hacerlo, debo protestar contra el error de que tal doctrina tuviera su origen o que se le diera alguna sanción formal en la [religión ortodoxa egipcia](#). Unos pocos hombres pueden, y sin duda lo hicieron, sostener la opinión en una forma limitada, pero tal como después fue conocida y enseñada en la India y Grecia, nuestros sacerdotes no la sabían, nuestra religión se oponía a ella, nuestro ritual no contenía su enseñanza, y es tan erróneo decir que el imperio la reconoció, como afirmar que Inglaterra ofrece sacrificios humanos porque tales prácticas eran comunes entre los [druidas](#)».

«¿Entonces no consideras que estas manchas hereditarias en tus niños son el resultado de existencias anteriores?».

«¿Cómo pueden serlo, si no ha habido una existencia personal previa? El método de la creación no consiste en probar y repetir experimentos hasta que Dios logre el éxito. Él es perfecto, y Su primer esfuerzo encierra la potencialidad del éxito. La semilla de un árbol contiene los gérmenes de mil generaciones a imagen de sí mismo, si se obedecen las condiciones necesarias de la naturaleza para que se desplieguen y sean producidas. Así, en el hombre, el germen álmico de una sucesión igualmente larga va subiendo las pendientes de la evolución hacia la personalidad, para seguir a las generaciones que han cruzado al Paraíso antes que él. Todo lo que ha sido, es y será, fue así cuidadosamente planeado, diseñado y divinamente ocultado dentro del germen primordial que Dios envió para ejecutar Su voluntad cuando ordenó: '*¡Que sea el cosmos!*'. Él habla y se hace. Nunca especula ni experimenta».

«Te agradezco la sencilla pero elocuente ilustración. Estoy ansioso por llegar a la verdad, y no podía resistir la oportunidad de conocer tu opinión. Ahora, ¿regresaremos a la idea de que el interés en una materia es lo que aquí determina la acción?».

«Sí, si puedo ayudarte en ello».

«¿Ya sabes cuánto me interesa la idea de regresar a la Tierra?».

«Sí; y en eso hace mucho tiempo leí tu comisión para participar en la misión de Myhanene, tan pronto como estés preparado para ello».

«¿Pero por qué no me lo dijiste?», pregunté.

«No era el momento de hacerlo entonces; pero hice lo mejor para ayudar a que avanzara tal comisión, mostrándote lo fácil que es lograr ese objetivo cuando se forman los vínculos deseables».

«Y al hacerlo fortaleciste mucho mi deseo. Pero nunca esperé que mi deseo se pudiera cumplir hasta que Ladas lo insinuó cuando visitábamos los escenarios de sus trabajos. ¿Puedo realmente tomar parte en ese trabajo, Cushna?».

«Ciertamente puedes; pero ten cuidado de estar bien equipado antes de comenzar. Ese ministerio conlleva más responsabilidades de las que puedas imaginar».

«Ladas ha hecho mucho para que conozca muchas de ellas. He estado con él en la Tierra, y he visto lo que hacen las almas condicionadas por la Tierra en su comunicación. Bajo su guía, he observado la mayoría, si no todos, los puntos de los que has hablado anteriormente, y luego he viajado con él para ver los castigos de aquellos a quienes él ministra».

«Todo esto será de gran ayuda e instructivo, pero déjame aconsejarte seriamente que aproveches todas las oportunidades para aumentar tu acervo de información. Siempre que se presente la oportunidad, cruza las nieblas con uno u otro de la banda de Myhanene y hazte amigo de aquel que ha sido elegido como nuestro portavoz. Pero déjame rogarte que no intentes hablar sin permiso, y cuando te lo concedan, no intentes decir todo lo que sabes, sino preocúpate por conocer efectivamente todo lo que dices. Las inundaciones de error ya son bastante profundas en el otro lado, y es mejor que guardes silencio antes de aumentar su número, porque la antigua ley aún afirma: *'Todo lo que el hombre siembre, eso cosechará'*».

«¿Quieres disuadirme de mi propósito, Cushna?».

«No. Mi objetivo es advertirte y protegerte. Has elegido bien; si tienes cuidado de aprovechar las oportunidades, tu recompensa será necesariamente grande. Pero mira; te espera un mensaje», y señaló un destello de pensamiento que flotaba sobre mi cabeza.

«Vaone me está llamando», respondí, y nos despedimos con buena voluntad.

Capítulo 13

¿Puede ser esto la muerte?

Esas campanas telepáticas del Paraíso no sólo son una institución útil, sino también muy necesaria. Los intereses absorbentes de la vida son tan numerosos y fascinantes, abriéndose de uno a otro en una sucesión cada vez mayor, que una vez lanzado a una investigación es dudoso cuándo regresaría uno —si es que regresara alguna vez— sin que alguna llamada le recordara que sus seres queridos están esperando su llegada.

Qué poco sabía Stennett de la bendición de la vida cuando cantaba:

«Oh, ¡la escena transportadora y arrebatadora
que se eleva ante mi vista!
Dulces campos cubiertos de un vivo verde,
y ríos de deleite.
En todas esas extensas llanuras
brilla un día eterno;
allí Dios, el Sol, reina para siempre
y disgrega la noche». [[ref.](#)]

Me pregunto qué clase de himnos habrían escrito [Watts](#) y [Wesley](#) para que los cantara la iglesia si, antes de comenzar sus trabajos, hubieran visto lo que mis ojos han visto, y sus oídos hubieran oído lo que yo he oído. Casi creo que alguna vez le pediré a Eilele que escriba uno o dos nuevos, y que los transmita ella misma, o me permita hacerlo a mí, cuando empiece a hablar a la Tierra.

Pero no empecé este capítulo para anticipar lo que debería hacer en mi nueva esfera de trabajo. Hablaba de las campanas del Paraíso que nos recuerdan de excursiones prolongadas, o más bien debería decir que nos permiten permanecer en contacto constante con el hogar, dondequiera que nuestros intereses y estudios nos lleven.

El registro de uno de estos recuerdos me llevará de vuelta a un incidente del que necesariamente me he alejado en mi deseo de seguir más bien la secuencia del pensamiento que la de la acción.

«¿Me oíste llamar?», preguntó Vaone al saludar mi regreso.

«Sí, lo oí, y creo que es bueno que lo hayas hecho. Si no me cuidas, seguramente me sentiré tentado a abandonarte por completo».

«¿Dónde reside el peligro?», preguntó ella con sonriente confianza, mientras me rodeaba el cuello con los brazos, apoyaba la cabeza en mi pecho y me miraba con ojos llenos de amor.

«Puedes sonreír, pero te digo que el peligro es real, mucho más de lo que pareces imaginar».

Ella se sacudió suavemente la cabeza y la acercó un poco más antes de replicar.

«Ya has olvidado algo, mi Aphraar; o, al menos, creo que lo has hecho».

«¿Qué es, querida?».

«Que aquí los peligros son imposibles. Pero, ¿qué o quién te tienta a marcharte?».

«Los siempre crecientes y absorbentes intereses que descubro por doquier».

«Sé lo que quieres decir -respondió reflexiva-; Ejerce una fascinación similar sobre todo el mundo. La comparación es burda y ridícula, lo sé, pero me recuerda constantemente la atracción de [Regent Street](#) en plena temporada, donde los carruajes, la gente, los trajes, los escaparates... todo, lo atrapa a una como por un hechizo irresistible. Pero debes seguir mi ejemplo y evitar la tentación quedándote en casa. ¿Por qué marcharse cuando hay tanto que disfrutar y estudiar aquí?».

Vaya, sí, por qué... Y sin embargo, aunque veía la fuerza y lo razonable de su sugerencia, era igualmente consciente de un fuerte resentimiento hacia mi aceptación de la misma. Tal vez se debiera a la comparación que ella establecía, que si bien era perfectamente natural para la mente

femenina, estaba lejos de impresionarme como una comparación feliz. O tal vez la había malinterpretado. Al menos le daría la oportunidad de explicarse.

«¡Qué símil tan curioso!», comenté.

«¿Tú crees? Pensé que era una inspiración. Pero tú no eres una mujer...».

«¡No! Tal vez eso lo explique. Pero, ¿puedo preguntarte por qué me mandaste llamar?».

De nuevo volvió su querida cara hacia arriba —en su acurrucamiento había caído fácilmente sobre mi pecho— hasta que sus ojos risueños se clavaron de lleno en los míos.

«Supón que te dijera que es simplemente porque te echo de menos», respondió.

«Me alegraría oírlo».

«¿De veras? Entonces permíteme decir que tenía una razón muy diferente».

«Entonces tenía dos razones, porque estoy seguro de que una fue en parte esa, sea cual fuere la otra. Ahora, confiesa; ¿no tengo razón?».

«Si prefieres pensar así, hazlo. Pero tengo una misión que cumplir en la que pensé que te gustaría hacerme compañía».

«Será un placer. Aunque ignoro su naturaleza, confío en su interés. Sería imposible encontrar aquí una misión divorciada del placer y la instrucción. ¿Cuál es su naturaleza?».

«Voy a la Tierra para ayudar en el tránsito del pequeño amigo que Arvez nos trajo recientemente».

«¿El pequeño Dandy? -exclamé; ese era el único nombre que el muchacho conocía, un apelativo de la calle, que debíamos conservar hasta que recibiéramos su nuevo nombre-; Será un placer en más de un sentido. ¿Cuándo te vas?».

«Myhanene envía a Azal para recibirlo. Voy a ayudar, pero estoy segura de que él estará encantado de contar con tu compañía. Ahora estoy esperando su llegada».

«¿Lo sabe Dandy?».

«¡No! Azal se lo dirá cuando llegue».

«¿Está el muchacho aquí, entonces?».

«¡Sí! Estará detenido un rato. Creo que su accidente —como lo llamarían los hombres— se debe a que se quedó dormido más tiempo de lo usual».

«Entonces, ¿vendrá de repente?».

«Eso tengo entendido. Es mucho más misericordioso para alguien como él. Pero aquí llega Azal, y pronto sabremos los detalles».

Se unió a nosotros casi antes de que Vaone terminara de hablar, y aceptó de buen grado que me sumara a su escolta.

«Será una experiencia nueva e interesante para ti -añadió-; Pero debemos encontrar al muchacho, o los acontecimientos se nos adelantarán».

Esta era una búsqueda que terminaba con su comienzo. Dandy estaba con Jack y varios otros amigos que habían pasado la mayor parte del tiempo con el pequeño a prueba, desde que Arvez lo

había presentado en nuestro hogar del valle. Estaban ocupados revisando algún esquema de operaciones para llevar a cabo cuando las idas y venidas de Dandy llegaran a su fin.

«Ojalá me hubiera despertado por última vez», oí comentar al pequeño mientras nos acercábamos.

«¿Qué te hace desear eso?», preguntó Azal, presentándose.

«No sabes mucho de lo que tengo que aguantar, por si no lo sabes», respondió, mirando a su extraño visitante con un curioso y dudoso interés. Luego, al reconocerme, se acercó y me cogió la mano.

«¿Quién es él? -preguntó-; A ti te conozco, pero a él no».

«¿Conoces a Arvez, el ángel que te trajo aquí desde "La Escuela"?».

«No es él».

«No, pero es amigo suyo».

«¿Y qué quiere?».

«He venido -respondió Azal por sí mismo- para hacer justo lo que te oí desear cuando llegamos».

«¿Qué es eso?».

«¿Vaya, acaso no deseabas haber despertado por última vez?».

«Así es -y luego añadió, con un toque de patético cansancio-; Pero tarda tanto en llegar eso, que estoy cansado de esperarlo».

«¡Pobre niño! Ven conmigo. Ya no esperarás mucho más».

«No me alejarás de Jack, ¿verdad?».

«No. Jack puede venir con nosotros si lo desea».

«¿Pero a dónde vamos?».

«De vuelta a la Tierra por un tiempo».

«No quiero volver; ¿por qué no puedo parar aquí?».

«Porque tu cuerpo debe despertar y llevarte de vuelta. Va a despertarse quizás por última vez, como tú deseabas, y entonces podrás detenerte aquí del todo».

Fue una mirada extraña e indescriptible la que surgió de las profundidades de su consciencia a través de sus ojos, y cubrió su rostro maravillado al adivinar el significado de las palabras de Azal. Era algo de impaciente gratitud y un salvaje deseo de asir una fortuna que podía desvanecerse, lo que le impulsó a salir disparado de mí para tomar al orador como rehén del éxito.

«¡Sé lo que quieres decir! -dijo entrecortado-; Vas a matarme. No me asusta. Me gustará. ¿Lo harás pronto?».

Oíd, cielos, y escuchad, Tierra, ¡la elocuente decisión de un niño en una elección entre la vida y la muerte!

Azal sonrió y acarició cariñosamente la querida cabecita.

«No, no voy a matarte -respondió-, pero cuando te duermas romperemos la cuerda por la que el cuerpo te tira de nuevo. Entonces tendrás tu deseo, y te detendrás aquí».

«No me dolerá, ¿verdad?».

«No. No lo sentirás».

«¿Y estaré muerto entonces?».

«Tu cuerpo lo estará».

«Bueno, ¿no es eso matarme? Pero no me importa. Esto es mucho mejor que vivir. Vamos, estoy listo».

«Entonces iremos», dijo Azal.

«¡Eh! ¡Un momento! Hay peniques en mi bolsillo. Déjame ver a Bully Peg y darle el dinero antes de que lo hagas, ¿quieres? Él lo pasa muy mal, de veras, y unos peniques para fósforos le irán bien».

Ni siquiera Azal se apresuró a responder a aquel llamamiento. Era una oración pidiendo tiempo y oportunidad para hacer un servicio cristiano, lo bastante poderoso como para detener la mano de la muerte; era una declaración de fe, un acto de adoración, una expiación a semejanza de Cristo suficiente para lavar la mancha de un pecado no insignificante, y que exigía y recibía el reconocimiento de un silencio santo, y en cuya presencia cada uno de nosotros inclinó la cabeza.

«Sí, harás lo que quieras», dijo Azal en cuanto pudo hablar.

«Entonces no me importa nada. Vamos».

Me temo que si nuestro pasaje hacia la Tierra hubiera sido presenciado por ojos mortales habría ocasionado comentarios por la violación de las ideas ortodoxas respecto a la naturaleza de nuestra misión. Pero creo que la infracción provenía más del más interesado, que de cualquiera de sus compañeros. Nunca hubo un colegial más eufórico ante la perspectiva de las vacaciones, que este golfillo sin casi amigos, ante el único pensamiento que llenaba su mente.

Hace unos momentos tomé de los estantes de mi receptor [Robert J. Lees] un volumen escrito por un clérigo y leí: *"La verdad es que nadie, salvo en circunstancias muy excepcionales, puede contener un escalofrío ante la idea de morir. . . . ¿Por qué? . . . ¿Es porque la muerte no está iluminada por la esperanza, y no hay expectativa de una Resurrección y un Cielo? No; ambas verdades pueden creerse implícitamente; pero son hechos futuros —no se sabe cuán futuros— y mientras tanto, ¿qué? Nada definitivo. Ninguna convicción intensa de la continuidad ininterrumpida de la vida. Ninguna certeza de que en el momento después de la muerte seremos las mismas personalidades vivas, pensantes y sintientes que hemos sido el momento anterior"»*.*.

* «Nuestra vida después de la muerte», por el reverendo Arthur Chambers. Londres : Charles Taylor, 1894 pp. 68-69. [[ref.](#)]

Esto es después de dos mil años de predicación, y representa no la opinión individual del autor, sino los resultados a los que ha llegado el cristianismo eclesiástico y teológico.

Digo que nuestro pasaje habría escandalizado a la ortodoxia de tal profesión. Pero Dandy se había enterado de aquello que la iglesia podía y debía saber, y en vez de clamar en el lenguaje de otro:

«Pero los mortales timoratos se agitan, asustados,
y se encogen,
para cruzar este estrecho mar;

se detienen, temblando en el borde,
y temen lanzarse» [\[ref.\]](#).

estaba de acuerdo con David, que anhelaba las alas de una paloma para poder volar y descansar [\[ref.\]](#). ¿Por qué deberíamos estar tristes y afligidos?

Pero estamos en nuestro destino.

Había amanecido y el ajetreo de la vida londinense ya estaba en marcha. Nuestro pequeño amigo se había quedado dormido. Anoche buscó refugio entre las cajas de embalaje apiladas bajo el arco de un almacén mayorista. Era su lugar favorito, cálido, cómodo y fuera del alcance de la policía. El amable carretero había dado permiso, y Limpy Jack había compartido antes el alojamiento con Dandy, pero desde el fallecimiento de aquél, Bully Peg había ocupado el lugar vacante.

«Aquí estoy -gritó el muchacho, señalando el lugar donde yacía su cuerpo dormido-; Bully se ha ido, y quiero ir a darle mis peniques cuanto antes».

«No importa, creo que puedo arreglármelas para traerlo de vuelta», dijo Azal.

No podía dejar al muchacho ni por un instante en semejante coyuntura, pero había abundante ayuda a mano, de modo que Bully Peg fue rápidamente traído de vuelta.

¿Cómo se hizo?

Es fácil de explicar, y no estará de más que nos detengamos con atención en este incidente.

Dandy se había constituido en tutor del niño, y los dos estaban en una comunión muy estrecha y real por el parentesco de la desgracia. Existía entre ellos una mutua simpatía y entusiasmo por el éxito, en la que se apoyaban mutuamente —primero en uno luego en otro— para obtener una única comida, que es lo que el día proporcionaba con más frecuencia. Así se había establecido una doble conexión: comercial y familiar. Sobre este fundamento, basado en un afecto genuino, no fue una operación difícil para el ángel ministrador unir telepáticamente el deseo de Dandy y transmitir así a su amigo un pensamiento de ansiosa preocupación con respecto a su protector dormido.

Bully estaba ocupado con dos compañeros cuando le asaltó el pensamiento evocativo, pero se volvió al instante y, sin disculparse ni dar explicaciones, emprendió la vuelta para cumplir el recado.

Todo se llevó a cabo en menos tiempo del que se necesita para escribirlo, ya que la distancia que había que recorrer era corta, y Bully Peg se detuvo de repente en el umbral del portal donde Dandy seguía durmiendo.

Dos hombres estaban volteando y recogiendo las cajas de embalaje, y el pequeño estaba demasiado asustado para hablar del peligro que corría su amigo.

Esperaba que el ruido despertara al muchacho. ¿Por qué no lo despertaba? Entonces temió que una de las cajas ya se hubiera caído y lo hubiera matado. Este temor le aterrorizaba de tal modo que, cuando recobró el valor necesario para hablar, le había robado la idea de hacerlo.

Pero, ¿por qué aquel ruido ensordecedor no despertó al muchacho? En otras circunstancias, hasta la silenciosa presencia de un alguacil le habría hecho sobresaltarse y adentrarse más en la oscuridad.

La explicación reside en la diferencia de circunstancias. En el caso que nos ocupa, se trataba del cuidado y designio más inmediatos de Dios, de los cuales Azal tenía el plan y debía supervisar la obra. El curso terrenal de Dandy se había cumplido, pero por muy contento que se sintiera ante la

perspectiva de ello, en su excitación y encogimiento ante el proceso de la muerte, lo habría frustrado [*el plan*] si no se hubiera ejercido sobre él una fuerte presión restrictiva.

«Dejadme ir y despertarme», gritó en un momento, tratando de asegurar su libertad para llevar a cabo el propósito [*el de dar los peniques*].

«¿Despertarte y vivir?», preguntó Azal.

«Pero no quiero que me duela».

«No te dolerá tanto como crees. Nos ocuparemos de eso, y el pequeño dolor será el precio de la libertad».

«¿Te preocuparás por mí, entonces?».

«Sí... ¡pero vuelve!», y como un relámpago fue empujado dentro de su cuerpo mientras una gran caja se derrumbaba y caía.

Se oyó un grito desgarrador de agonía, suficiente para helar la sangre. Los dos hombres se sobresaltaron y saltaron desde las cajas, arrastraron al herido de muerte a un lado, y allí yacía la forma aplastada e inconsciente de nuestro pequeño amigo, con un chorro de sangre que salía de su boca en sacudidas convulsivas.

Mientras los dos hombres aterrorizados buscaban ayuda y se disponían a llevar al muchacho al hospital vecino, yo me dediqué a observar el trabajo de Azal. Aunque el grito fue doloroso, me alegró saber que el propio Dandy apenas había sentido nada antes de desmayarse. De esto revivió, justo conforme lo colocaban en la camilla improvisada, cuando, en un intervalo de la operación debido a una indagación de un policía, el pequeño Bully Peg se lanzó hacia delante y balbuceó entre lágrimas:

«Está bien, Dandy, estoy aquí», como si tal seguridad fuera a consolar al sufriente.

La cabeza se volvió un poco hacia el interlocutor, los ojos se entreabrieron por un instante y, bajo el lienzo que lo cubría, un dedo se movió como si quisiera hacer señas al muchacho para que se acercara.

Sabía lo que quería decir. Su atención estaba en su amigo y en los peniques que deseaba que recibiera. Ni siquiera el dolor del trabajo de la muerte era lo bastante fuerte para apartarle de ese único deseo.

Cinco minutos más tarde estaba inconscientemente tendido sobre la mesa del hospital, donde los harapos de ropa fueron rápida pero tiernamente retirados en preparación para el examen del cirujano.

Me pregunto si esas amables enfermeras o médicos piensan alguna vez con qué frecuencia los ángeles de Dios son testigos de sus labores humanas; si piensan en cuántas veces, como esta, esperamos para suplementar sus esfuerzos de alivio.

Puede que lo hicieran en esta ocasión, ya que trataron con mucha ternura y delicadeza al pequeño mendigo. Enseguida se comprobó que tenía una extremidad fracturada, pero el amable cirujano le administró reconstituyentes para reanimarlo con el deseo de determinar el alcance de sus lesiones internas.

Por fin, Dandy exhaló un fuerte suspiro y abrió sus ojos apagados y asombrados.

«Así es, bien -exclamó alentadoramente el médico-, pronto estaremos mejor».

Los labios temblorosos se movieron en un esfuerzo por hablar. El médico aguzó el oído para captar las palabras.

«¿Dinero? Sí, lo he oído -dijo-; ¿Bully Peg? ¿Darle tu dinero a Bully Peg? ¿Es eso lo que quieres decir?».

Los labios se entreabrieron en un intento de asentimiento, pero no pudo hacer más.

«Mira a ver si tiene dinero en los bolsillos».

«Dos o tres peniques», respondió uno de los estudiantes tras examinarlo.

«De acuerdo. Bully Peg los tendrá», le aseguró el doctor.

De nuevo el muchacho sonrió débilmente en señal de que había entendido.

Para entonces ya era seguro que se habían producido graves lesiones internas, y el cirujano indicó la naturaleza fatal del caso. El miembro herido fue rápidamente entablillado y puesto lo más cómodo posible, después de lo cual el paciente fue trasladado a una de las salas para esperar el final. Aquí el agotamiento triunfó sobre el dolor, y el pequeño Dandy se reunió con nosotros mientras su cuerpo dormía profundamente.

El cambio que se había producido en esta alma temporalmente liberada, en un corto espacio, de tiempo era casi increíble. Ya no era el muchacho alegre y despreocupado que habíamos acompañado de vuelta a la Tierra. El sacramento de la disolución le apremiaba fuertemente, y vi la hermosa adaptación del ministerio de los ángeles a tales ocasiones. Era la hora crepuscular de la vida. El día empezaba a despuntar. El alma, fatigada por los sufrimientos de la noche, anhelaba la mañana, de la que esperaba fortaleza; y la negrura se iba suavizando en un gris esperanzado, pero casi incierto. La vigilia nocturna estaba a punto de terminar; sólo unas pocas oscilaciones más del péndulo, y marcaría la hora del alivio. La Tierra había hecho su último servicio; el Cielo, con su ministerio más eficaz, se insinuaba amorosamente en la consciencia, y el alma, subyugada, yacía indefensa flotando en la marea menguante.

Azal tomó al muchacho en brazos y le dio el apoyo que tristemente necesitaba.

«Ten valor, querido; ya casi ha terminado».

«¡Eh, qué! -exclamó, despertando como de un sueño bajo la vigorizante influencia de la fortaleza que le proporcionaban sus amigos-; ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo todo. ¿Ya estoy muerto?».

«Todavía no; en este momento estás durmiendo, pero no lo suficiente como para que podamos liberarte. Dios enviará en breve a uno de sus brillantes ángeles, y pronto serás libre».

«¿Tengo que volver otra vez?», preguntó lastimeramente.

«No por mucho tiempo».

«¡Oh, ojalá no tuviera que hacerlo! No os puedo recordar allí [*en el estado terrestre*], y es, oh, tan doloroso [*la vivencia terrestre*]».

«No volverás a olvidarnos, y podemos ayudarte tanto ahora que no sentirás más dolor».

«¿No?», y se iluminó maravillosamente al aceptar la declaración con confianza.

«Permíteme volver, entonces, y terminar rápido».

«Espera un poco más; aún no estamos listos».

«Está bien; eres muy amable conmigo -entonces, se sobresaltó por el repentino impulso de un pensamiento-; ¿Bully Peg recibió mi moneda, no?».

«Todavía no, pero el doctor ha prometido que se la dará».

«Pero el doctor no lo conoce. ¿No puedes encontrarlo y dárselas?».

«Lo intentaremos -luego, haciendo que Dandy se fijara en su amiguito, que permanecía en la puerta del hospital, dijo-; Ese es, creo, esperando en los escalones».

No habíamos salido del recinto del hospital.

«Sí, es él. ¿No puedes decirle que entre y se lo pida al doctor?».

«No; no me oiría hablar. Pero creo que podemos encontrar la forma de arreglarlo de alguna manera».

Azal miró a su alrededor. Luego le vi concentrar su voluntad en el joven estudiante que había buscado y encontrado la moneda de cobre en el bolsillo de nuestro amigo. Durante un rato el esfuerzo no produjo ningún efecto, luego empezó a funcionar, y observé la lucha entre un fuerte impulso de ir a la entrada principal de la institución, y seguir leyendo un artículo médico en el que estaba ocupado. Fue una experiencia interesante observar la fuerza creciente de aquel extraño e inexplicable efecto sobre el hombre, que en un momento dado se hizo totalmente irresistible, y arrojando el papel a un lado, cedió al impulso de simplemente deshacerse de él.

De pie en lo alto de los cuatro o cinco escalones que conducían a la puerta, con las manos en los bolsillos, miró a derecha e izquierda, pero al no encontrar nada que atrajera su atención se rió con satisfacción de su propia estupidez, y estaba a punto de regresar, cuando divisó al pequeño y encogido paria que había intentado colarse entre la pared y el pilar que sostenían la apariencia de un porche.

«¡Hola, soldadillo [*Tommy*]! ¿Qué buscas?», inquirió.

El tímido intruso se metió un dedo en la boca, se miró los dedos de los pies y trató de escurrirse más detrás de la columna, pero no dijo nada hasta que el estudiante lo sacó a rastras y repitió la pregunta.

«Quiero saber cómo está Dandy», balbuceó.

«¿Quién es Dandy?».

«Una caja cayó sobre él y lo trajeron aquí», fue la mejor respuesta que pudo dar.

«Sí, ya lo sé. ¿Es tu hermano?».

«No, pero me cuida».

«¿Cómo te llamas?».

«¡Bully Peg!».

«¡Bully Peg! Él estuvo hablando de ti, y quiere que tengas su dinero. Aquí tienes, seis peniques para ti [[*sixpence*](#)]».

El muchacho pasó su mirada de la moneda al doctor, y luego de nuevo a la moneda, pero no comprendía en absoluto su buena suerte.

«¿Es de verdad?», preguntó incrédulo.

El doctor se rió.

«Claro que lo es. ¿Crees que Dandy te enviaría una falsa?».

«No, pero no tenía tanto».

«¿Cómo lo sabes?».

«Porque le vi contarlas».

«Tal vez hayan aumentado; pero me dijo que te las diera si acudías».

«¿Está mejor?».

El joven pensó un instante antes de responder.

Los estudiantes de medicina no siempre son las personas más sensibles, pero parecía sentir que había algo en este caso con lo que no podía jugar a la ligera.

«Pronto estará mejor», respondió.

«¿Puedo verlo? Le gustaría».

«Ahora no. Creo que está dormido. Vuelve el domingo».

«Esta noche querré saber cómo está».

«Vale, muy bien; si vienes te lo diremos».

Esto satisfizo al muchacho hasta donde era posible hacerlo sin dejarle ver a su amigo, y se marchó de mala gana hasta la noche.

El resultado fue una diversión muy grata para nuestro pequeño inválido, que estaba más que encantado con la buena fortuna de Bully Peg.

Hay poco más que decir de carácter preliminar. El sueño preparatorio estaba llegando a su fin, y la llegada de Myhanene me dio la certeza de ello.

«¿Eres tú el ángel que los mata?», preguntó Dandy nada más verle.

«No. Sólo salvamos de la muerte».

El muchacho se volvió hacia Azal con una mirada de decepción mientras murmuraba:

«Ojalá viniera. No quiero detenerme ahora que Bully tiene el dinero».

«Tampoco te detendrás. Ven, debemos despertarte unos minutos».

«¿Me hará daño?».

«No, ya no sentirás más dolor».

«Y no te marcharás, ¿verdad?».

«No, no te dejaremos. Nos verás todo el tiempo hasta que te duermas».

El cuerpo se movió débilmente, y el alma se retrajo de inmediato.

La vigilante enfermera estaba a su lado antes de que abriera los ojos.

«¿Estás mejor, querido?», le preguntó amablemente.

Dandy pareció confundido por un instante, luego casi inaudiblemente dijo:

«Estoy muy cansado».

«Sé que lo estás -respondió ella-; ¿Intentarás dormirte otra vez?».

«Sí, quiero dormir».

Todo había terminado. El tembloroso cordón vital se rompió, y Myhanene se dirigió con el alma dormida al hogar de Siamedes.

Capítulo 14

Muchas mansiones

Tal vez a la mayoría de mis lectores les parezca extraño, incluso contradictorio, que el alma, que durante su conexión con el cuerpo no pierde la consciencia ni un instante, experimente, al liberarse definitivamente, ese efecto durante un período más o menos largo, según lo determine la necesidad. Sin embargo, esto es lo que ocurre en la gran mayoría de los casos, especialmente cuando la disolución es ocasionada por lo que se llama un accidente, como se acaba de describir.

No necesito volver a analizar aquí la inmensa pérdida que sufre la Tierra al no educar la memoria para retener las experiencias por las que pasan los hombres y las mujeres durante las horas de sueño, perdiendo así el beneficio de las lecciones aprendidas en la mitad más valiosa de la vida. Todo esto lo he tratado en *A través de las nieblas*, pero puedo sacar provecho si me detengo a considerar las razones del intervalo inconsciente que sigue a la separación final del alma y el cuerpo.

Este decreto absoluto en el gran divorcio sólo difiere en un aspecto de esas repeticiones que se dan al caer dormidos por la noche. En la experiencia diurna, el alma abandona el cuerpo por un período más o menos largo, y su regreso está asegurado por medio de la línea de vida que une a ambos; en el sueño de la muerte, esta línea se rompe permanentemente *después de que el dormir* haya comenzado, y así se impide el regreso. De ahí que la muerte no sea más que un sueño final, en el que ya no se le recuerdan al alma las asociaciones que ha estado formando durante los años de su peregrinación, unas asociaciones que ha olvidado negligentemente o que ha tratado como supersticiones, en su esfuerzo por obtener el éxito mundano.

Con vistas a hacer esta afirmación, he llevado a cabo una amplia investigación sobre las experiencias personales en el fallecimiento, con el resultado de que solo un porcentaje muy pequeño de mis amigos describirían el proceso de la muerte como algo distinto de quedarse dormido, y todas estas excepciones hablan del efecto como análogo al desmayo o desvanecimiento. En ningún caso he encontrado una experiencia en la que la separación haya estado acompañada de alguna peculiaridad de naturaleza más alarmante.

Si hubiera tenido sólo un pequeño éxito a la hora de indicar los principios que rigen la vida en el Paraíso en lo que he dicho antes, creo que se reconocería claramente que, si bien la transición no produce ningún cambio en el carácter del hombre, no se puede decir a menudo que trate con tanta

indulgencia la posición que ocupa dicho hombre. El abandono del cuerpo marca el Rubicón entre lo aparente y lo real, la profesión y la posesión, lo falso y lo verdadero [*"profesión" en el sentido de "lo que se profesa creer", la "afiliación"*]. De ahora en adelante, cada hombre tiene que ser él mismo, no lo que desea aparentar. El verdadero carácter ya no está oculto por una capa, sino que proporciona el único vestido que se le permite usar; y la posición que ocupa, el empleo que sigue, así como las compañías que frecuenta, están todos determinados por la aptitud espiritual así declarada. Esto, en no pocos casos, equivale a una inversión completa del orden anterior. Las ruedas del éxito —a menudo de la desgracia— tienen que detenerse antes de que se las haga girar en la dirección contraria, que es la verdadera. Es este momento estacionario con el que estamos tratando ahora en la historia del alma: el momento de inactividad en que lo falso llega a su fin y lo real entra en acción. Hay un intervalo de calma y silencio apacible para que se apaguen las vibraciones de lo errado [*wrong*], y la verdadera carrera comience libre de resultados perturbadores. En el área de la mecánica esto sería inevitablemente así; y así mismo es en el reino superior del espíritu, '*Dios le da a su amado el sueño*' [*ref.*] durante el período necesario para permitir el reajuste consecuente con el paso de la condición temporal a la eterna.

En el silencio de esta pausa, Dandy dormía.

Al terminar la misión de Azal, él fue aliviado, y en el diván del durmiente, la guardia de Vaone fue compartida por alguien que había conocido previamente y que ocasionalmente había entablado amistad con el pequeño paria.

Todos estos cambios y arreglos fueron supervisados por Myhanene, y cuando terminaron se dio la vuelta, puso su brazo sobre mis hombros y me condujo a la terraza.

«Ven -dijo-; He cumplido con este deber, me alegro de la oportunidad de hablar contigo nuevamente. No necesito preguntar si todo va bien».

«Más que bien -respondí; y luego, al ver a un durmiente tendido en un diván junto al que pasábamos, añadí-: perdón, pero creo estar seguro de que conozco esa cara».

«¿De dónde viene nuestra hermana?», preguntó Myhanene a uno de los que estaban observando.

«Del parto».

Entonces recordé quién era ella, y mi compañero, como si adivinara mi pensamiento, volvió a preguntar:

«¿Y el pequeño?».

«También está con nosotros».

«Eso está bien». [*That is well*]

Ojalá que, con la transcripción de estas sencillas palabras, tuviera el poder de transmitir un atisbo de la música de su voz. Hasta ahora, en todos los registros de mi relación, he tratado de representar a los que he conocido como hombres y mujeres naturales. Tal vez en esto he tenido demasiado éxito para muchos de mis lectores, que esperaban encontrar en cada persona de esta vida un arcángel con alas de esplendor opalescente y un lenguaje que los oídos de la Tierra no podrían escuchar ni experimentar. Si hubiera estado pensando en una novela, tal vez hubiera intentado algún inútil vuelo en esa dirección; pero no es ése mi objetivo. No soy un poeta, ni siquiera tengo el deseo de aspirar a tal pretensión, y por lo tanto, no me he adentrado en caminos en los que pudiera tomar prestado de

la riqueza de Milton, Dante u Homero. Sus vuelos de águila de brillante imaginación más bien confundirían que servirían a mi propósito. Sólo deseo hablar de las cosas que yo mismo he visto e indicar la naturaleza y misión de aquellos mensajeros de Dios con quienes he tenido el privilegio de comulgar. En cada caso, he encontrado que se parecen más al ángel que fue el revelador de Juan (compañeros de servicio y colaboradores) que a los esbozados por Dante o Milton, y como tales deseo presentarlos.

En alturas más elevadas que las que he alcanzado puede que haya, o tiene que haber, seres más gloriosos que los que he conocido, pero hasta ahora no los he tratado, y por lo tanto me niego a especular sobre su naturaleza y características. Tengo razones para creer que cada etapa de la existencia entre el Absoluto y yo está poblada por seres correspondientemente aclimatados, de lo cual encuentro la sugerente seguridad en el propio Myhanene. Si conociera mejor a Omra, estoy seguro de que me revelaría más en esta dirección, pero debo contentarme con permanecer ignorante sobre este punto por el momento y limitar mi argumento a lo que pueda deducirse de mi conocimiento del mensajero de Omra.

Aquí, sin embargo, entramos en contacto con una personalidad a través de la cual lo sobrenatural comienza a insinuarse a nuestra atención, y encontramos extrañas combinaciones y aparentes contradicciones, que ocasionan primero dudas, luego estudio, antes de que alcancemos una confianza firme en la nueva presentación de madurez.

Permíteme ilustrar lo que quiero decir con esta última réplica suya que me ha llevado a la presente explicación. Pocos utilizarían una frase así en el contexto en que se emplea aquí; no es la más feliz ni la más relevante que se pueda encontrar, pero es una frase habitual en los labios de Myhanene. El suave, musical, casi despreocupado “está bien” es el final de todo para él, con la regularidad de un “amén” a una oración. Pero más que eso, para quienes lo escuchan por primera vez, junto con la chispeante ligereza de su porte y el tono casi frívolo en que se pronuncia, resulta algo sorprendente, y uno se vuelve para comprobar si el orador no está desprovisto de simpatía natural. Sin embargo, afirmar tal pensamiento sería un error del que rápidamente nos arrepentiríamos, porque antes de que la música de su voz se haya apagado, el toque etéreo de su ala de mariposa conmoverá las profundidades del alma con un poder que sobrecoge, y si no fuera por la tierna firmeza de la mano sobre el hombro, uno se alejaría de él en reverente reverencia.

“¡Está bien!”: la música surge de la profunda e imperturbable confianza que tiene en Dios. Puede que él no lo entienda del todo, pero sabe lo suficiente de Dios para estar seguro de que debe ser así, y de ahí que lo exprese.

En el caso que nos ocupa, sin embargo, fue doblemente bueno, porque mi lector no habrá dejado de identificar a la durmiente. Su oración había sido escuchada. El niño fue salvado de la Tierra.

Habíamos llegado a la terraza cuando mi compañero habló de nuevo.

«Ahora que conoces mejor y más esta vida -comenzó-, quiero saber si pierde alguno de sus encantos, maravillas o sorpresas».

«No pierde nada -respondí-, todo aumenta, en vez de lo contrario».

«Así es siempre y con todos -afirmó, asintiendo suavemente con la cabeza en el ensueño que absorbía la otra parte de él que yo no podía entender-; Así seguirá siendo invariablemente, siempre habrá más. Así como Dios manifestado en Cristo fue mucho más de lo que la Tierra podía

comprender, así el Dios en el Cielo siempre será mucho más de lo que los redimidos pueden conocer o entender».

«Me gusta oírte hablar de Dios y de Cristo y del amor».

«¿Sí? ¿Por qué?».

«Me parece que comprendo más su dulzura y plenitud cuando hablas. A veces, en la vida inferior, extendí la mano en un intento de encontrarlo, pero en realidad siempre se me escapaba hasta que...».

«¿Hasta cuándo, hermano mío?».

De nuevo su brazo se deslizó tiernamente sobre mis hombros y me acercó más con la suave caricia de quien busca la confesión más dulce de la vida; me acercó más y más, pero no dijo ni perturbó de otra manera el elocuente silencio que tan a menudo emplea con más eficacia que el habla. La respuesta llegaría; él la conocía mejor que yo, y mientras tanto nada se perdía. En esos interludios, los corazones se unen y el afecto aprieta su abrazo hasta que el alma se llena demasiado y los labios deben hablar.

«Fue cuando te conocí», respondí, y algo inclinó mi cabeza sobre su hombro como si la confesión hubiera sido de amor.

La presión de su brazo se acentuó ligeramente.

«Pero si el pobre e indigno reflejo de Su amor por parte mía ha sido tan grande para ti, ¿cuál será la plenitud del éxtasis cuando seas capaz de verlo tal como es?».

«No lo sé. Sólo estoy agradecido de que la revelación se retenga hasta que yo sea lo suficientemente fuerte para soportarla».

«Pero no demorarías la plenitud de tu alegría, ¿verdad?».

«¡No! No la demoraría ni la apresuraría. Simplemente deseo cumplir con mi deber actual y dejarle todo el resto a Él».

«Eso está bien; pero dime qué estás haciendo ahora para lograrlo».

«En este momento estoy esperando, o más bien he estado esperando, pero primero Ladas y luego Cushna me han indicado un trabajo muy agradable».

«Todo empleo aquí es agradable».

«Eso me han asegurado; pero dudaba de si mi propia elección podría ser la correcta».

«Tal es la ley de nuestras vidas».

«¿Y soy realmente libre para unirme a tu ministerio en la Tierra?».

«Sí, si así lo deseas, y estaré encantado de aceptar tu servicio. Pero primero debes aprender algo de la naturaleza y el alcance de las buenas nuevas que tenemos que declarar, antes de que puedas predicarlas. Las ideas terrenales de esta vida todavía están envueltas en pañales que sólo constriñen y encadenan el alma. Tenemos que proclamar la libertad, pero siempre es una libertad concedida y asegurada por la ley. Esta ley debes estudiarla y comprenderla en aquellos aspectos que más se requieran».

«¿Por dónde empezaré?».

«Con la destrucción del error de que esta vida posee sólo dos clases de divisiones de almas: los salvados y los perdidos; y en su lugar, construyendo el conocimiento de que, sin importar quién o qué sea un hombre, al llegar aquí irá a su propio lugar: el lugar para el que se ha preparado espiritualmente por sus acciones y motivos, sin ningún otro testimonio o testigo que la evidencia escrita en su cuerpo espiritual».

«Esto ya lo he estudiado en cierta medida y he aprendido a comprenderlo, pero hay al menos un tema que surge de lo que acabas de decir y sobre el cual, lamentablemente, necesito que me informen».

«Plantea el punto, y trataré de responderlo».

«Suponiendo que cada hombre debe ir a su propio lugar, cuando consideramos el número casi infinito de condiciones en las que necesariamente debe dividirse la humanidad, ¿dónde se pueden encontrar todos los lugares para satisfacer la demanda?».

«Es una pregunta que la Tierra se hará a menudo y una que tú también debes estar preparado para responder. A alguien cuya mente esté libre de limitaciones parroquiales le bastará una respuesta breve y sugerente: por grande que sea la demanda, no puede exceder lo finito y, por lo tanto, puede ser fácilmente satisfecha en la economía de un Dios infinito. Sin embargo, pocos hombres hacen algún esfuerzo por alcanzar un círculo de pensamiento más amplio que las ideas que heredan, en las que entienden la infinitud como misericordia e indulgencia ilimitadas hacia ellos mismos y una extensión igualmente desmedida de ira hacia todos los que difieren religiosamente de ellos. Entienden la justicia, la rectitud y la verdad en su pureza esencial como cosas demasiado elevadas para que puedan alcanzarlas, por lo que cualquier intento en esa dirección se considera inútil».

«Las ideas terrenales son una consideración secundaria para mí por el momento; primero estoy ansioso por conocer la verdad por mí mismo. No es que dude, pero también quiero comprender».

«Y haré con gusto todo lo posible para que puedas hacerlo, aunque soy plenamente consciente de lo poco que eso será en comparación incluso con lo que sé por experiencia, y yo mismo apenas he comenzado a comprender lo que puede ser la verdad completa».

Aquí hizo una pausa como para dar forma a su respuesta posterior. No habló, ya que tenía suficiente en qué pensar por el momento para asegurarme de que entendía lo que ya se había dicho. En ese momento, continuó:

«No encontraré mejor introducción a lo que tengo que llamar tu atención que las palabras del Maestro a sus discípulos: *'En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, no os habría dicho que voy a prepararos un lugar'* [[ref.](#)]. Es en esas muchas mansiones donde se encuentra la provisión que buscamos. ¿Alguna vez has intentado pensar qué y dónde están esas moradas, y te has esforzado por estimar el número de ellas?».

La pregunta llegó tan inesperadamente, y puso la idea hasta entonces nebulosa en una forma tan sustancial y tangible, que sólo pude responder estúpidamente:

«No; no lo había pensado de esta manera».

Myhanene sonrió. Le encanta poner estas trampas insospechadas, y sabe bien cómo usarlas para enfatizar sus enseñanzas.

«Supongo que no -respondió-; No hay muchos que dediquen mucha consideración libre e inteligente a estos asuntos hasta que llegan aquí. Ahora procedamos con cuidado en nuestra investigación sobre el número en primer lugar. Pablo dijo que en una ocasión ascendió al tercer Cielo [ref.]; también aseguró una vez a los efesios que Cristo '*ha ascendido mucho más allá de todos los cielos*' [ref.]; y de Dios se nos dice que '*el Cielo de los Cielos no puede contenerlo*' [ref.]. Así, pues, las Escrituras nos autorizan a utilizar el número plural al hablar de los Cielos, tal como Cristo habló de las muchas mansiones. Ahora bien, los cimientos de una parte de estas mansiones, o Cielos, no son tan invisibles para nuestros amigos en la Tierra como generalmente se cree. Creo que estiman el número de estrellas discernibles en unos cien millones, pero de todo este número, con los cuerpos más oscuros añadidos que permanecen invisibles, hasta donde he sabido, los que sirven al propósito de la existencia preliminar, como la Tierra, no superan el número de tus dedos».

«¡Myhanene!», exclamé.

«El resto son núcleos para diversos grados de ascenso espiritual. ¿Ya has visto cómo una clase de alma se mantiene atada a la Tierra, cuya influencia se atenúa, hasta que es capaz de separarse y buscar otras condiciones?».

«Sí».

«Así, del cuerpo material de cada estrella irradia una sustancia atenuada a partir de la cual se construye una ascensión en serie de condiciones espirituales, formando la escalera divinamente majestuosa que une Cielo con Cielo, hasta llegar al Cielo de los Cielos».

«Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí, no puedo alcanzarlo -respondí, perdido en la magnitud de la concepción-, pero con tal explicación ya no puede maravillarme que haya provisión para cada necesidad».

«Por supuesto que la demanda es grande, pero Dios es más grande; siempre tenemos esa confianza, aunque no seamos capaces de medir y comprender los detalles de los requisitos».

«¿Tengo razón, entonces, al conjeturar que en los intercambios de esta vida es posible el paso de estrella en estrella?».

«No sólo posible, sino absolutamente necesario, y se logra tan fácilmente como el paso de casa en casa en la Tierra, para todos los que están calificados o son capaces de hacerlo. Cuando regreso a casa, tomo ese camino, pero tú no podrías seguirme, porque aún no estás acostumbrado al pasaje. Cuando viste mi casa, lo hiciste por medio del poder que te presté para ese propósito. Menciono esto para señalar cuán asegurados están los planos superiores de las invasiones de parte de la vida inferior».

«¿Existe un, si puedo llamarlo... un vacío, sin pasarelas, entre aquí y la Tierra?».

«Llamémoslo una barrera interestelar. Sí, se atraviesa una de ellas cuando se regresa a la Tierra».

«¿Por qué no me he dado cuenta?».

«Porque el tránsito es demasiado rápido en general para una observación de ese tipo. Se lleva a cabo en el destello de un pensamiento de estar allí, y la vista no puede tomar conocimiento de la operación».

«¿Y el universo existe para el mantenimiento de diez, veinte o incluso cincuenta mundos como la Tierra?».

«El universo, tal como lo concibes», respondió.

«Parece poco creíble».

«Eso se debe a las ideas indignas del hombre acerca de Dios. Ahora demos la vuelta a la concepción y veámosla desde el punto de vista de Cristo por un momento. Desde ahí [*desde ese punto de vista*], una sola alma se vuelve de mucho mayor valor intrínseco que el mundo entero, y a esa valoración, uno se maravilla de la incomprensible riqueza de Dios representada ya solamente en la producción de la Tierra».

Sin embargo, no pude escapar de ese pensamiento abrumador y pregunté:

«¿Es ésta la medida del ‘muy amado’ de Dios, que toda la creación exista para comparativamente tan pocos?». [*creo que como queriendo decir que ese "mucho amar" Dios a sus hijos (humanos, "muy amado") ¿se vería demostrado (pregunta Aphraar) en que Dios hace que tantas estrellas sirvan para comparativamente tan pocos humanos?*]

«No dije toda la creación, sino más bien el universo tal como lo concibe el hombre», respondió.

«Pero ¿dónde está la diferencia?».

Sonrió y me acercó más a él, con una presión de indulgente simpatía.

«Si ya te he sorprendido con lo que he dicho, ¿cómo podrás comprender las verdades que ahora estoy estudiando?».

«¿No podrías indicar cuáles son?».

«Intentaré hacerlo con una ilustración. ¿Puedes imaginar una naranja, que se divida en dieciséis o más partes?».

«Sí».

«Para el propósito de mi parábola, te pediré que consideres que todo el universo estelar, tal como lo conoce la Tierra, está comprendido en una de esas secciones que llamaremos el Grupo Blanco, y cada una de las otras divisiones se asigna a los Grupos Rosa, Verde, Azul y otros, hasta que se utilizan todas las partes de la naranja; incluso entonces, no estarían incluidos todos los sistemas que hay dentro del universo, tal como los que conocen los amigos en las etapas superiores a las que podemos llegar».

No hablé, pero levanté la cabeza para mirarlo con asombro inefable.

«Cuando hayamos comprendido el significado de esto -continuó-, solo estaremos cruzando el umbral del infinito, porque más allá de esta hipotética naranja hay muchas otras que forman constelaciones en un gran sistema majestuoso, que no podemos concebir, y en cuyo centro, tal vez, se encuentre el trono del Inefable».

«Bien podría el viejo patriarca preguntar: '*¿Quién puede encontrar a Dios mediante la búsqueda?*'» [[ref.](#)], exclamé.

«Todos lo encontraremos -respondió con confianza-; La pregunta más necesaria y práctica que debemos dirimir es si estamos haciendo el mayor esfuerzo posible para lograr el propósito».

«Perdóname si me equivoco -me aventuré humildemente-, pero ¿no suena eso a predestinación?».

«No la predestinación de la teología: salvar a unos pocos y condenar a muchos; sino la predestinación de Dios '*que quiere que todos los hombres se salven*'. El hombre no puede escapar de esa determinación más de lo que pudiera hacerlo de la omnipresencia de Dios. En la finalización [*In the finality*], Dios debe ser todo en todo, porque aparte de Él no hay nadie más; pero dentro de los límites de la finalización hay amplio espacio para el ejercicio del libre albedrío, también para el castigo del pecado y la restauración de sus efectos. Permíteme ilustrarlo. Imagino una línea secundaria de ferrocarril que va desde una estación central a un suburbio. Un tren que sale de la terminal no tiene otra alternativa que llegar a la estación central. La única duda es el tiempo que tomará el viaje, que en gran medida debe ser determinado por los oficiales a cargo, quienes tienen el poder de apresurarse o demorarse.

«¿Y si suponemos que ocurriera un accidente?».

«Eso es imposible en la línea de vida de Dios».

Esto fue dicho en una de sus suaves afirmaciones incontestables ante las cuales no hay réplica posible.

«Pero, Myhanene, ¿tienes en cuenta lo inaccesiblemente remoto que colocas a Dios de esa manera?».

«No he hecho más, hermano mío, que prestarte la asistencia de la que soy capaz para ayudarte a entender la posición que Dios siempre ha ocupado. El error fue fabricado en la Tierra; yo sólo he hecho algo para corregirlo».

«¿Pero cuándo podremos llegar a Él los mejores de nosotros?».

«Ese será el gran empleo de la eternidad, y encontraremos que la provisión es lo suficientemente grande para que incluso el último hijo rezagado [*laggard*] llegue a su destino. Sin embargo, estemos en pie y trabajando, sin olvidar nunca la responsabilidad que tenemos en relación con las demoras».

«La importancia de esa advertencia se aplica a la vida terrenal; no estarás sugiriendo que aquí existe el peligro de demora, ¿verdad?».

«Dondequiera que se pueda lograr el progreso, existe junto a ello la posibilidad de demora. No lo olvides nunca. Por supuesto, cuanto más alto ascendamos y más nos transformemos a la imagen de Dios, mayor será nuestra energía y menos propensos seremos a quedarnos en el camino. Pero por el momento, permíteme pedirte que estudies la vida tal como la encontrarás en tu hogar actual, donde la última débil influencia de la Tierra acaba de desaparecer y cada alma se regocija en la recién adquirida libertad perfecta. Allí encontrarás una decidida tendencia al descanso, un deseo de no ser molestado, una satisfacción ya alcanzada, un pronunciado sentimiento de alegría y la idea de haber alcanzado un Cielo que no necesita mejoras. Es esto de lo que deseo que te guardes, y por lo que me alegro de haber tenido la oportunidad de señalar la longitud del viaje que nos espera».

Sus palabras arrojaron una refulgente luz sobre esa oscura observación de Vaone que ya he mencionado. ¿Se dio cuenta él de ello? No lo sé. Myhanene no es tan fácil de entender en todos sus movimientos como uno podría pensar a primera vista.

«Te agradezco esa insinuación -respondí-, y te prometo que sacaré provecho de tu advertencia. Pero, dime, al hablar de mi residencia actual como si estuviera justo al otro lado del límite de las condiciones terrenales, ¿quieres que entienda que no es más que la siguiente etapa en el progreso desde aquello por lo que Ladas me ha conducido recientemente?».

«No. Hay muchos grados entre las dos. Ladas y sus amigos están trabajando por la liberación de las almas atadas a la Tierra, cuyas facultades y poderes están todos ellos entregados y mantenidos en esclavitud por el deseo de alcanzar el éxito terrenal o tomar alguna venganza cruel. Ladas se esfuerza por convencer a todos de la futilidad de sus esfuerzos, por señalarles los castigos inevitables en que incurren y, cuando tiene éxito, por conducir a los arrepentidos —con las garantías del amor inmutable de Dios que él pueda ser capaz de asegurar— hacia el lugar donde comienza su purificación».

«Esto no es del todo contrario a la idea católica del purgatorio».

«Hay una ligera semejanza, pero una gran diferencia -explicó-; El error reside en la pretensión del poder sacerdotal de liberar el alma por medio de la misa, o en otras palabras, por una contraprestación monetaria o de otro tipo, que ya no es necesario decirte, es una de las falsas tradiciones por las que los hombres han sido cegados. Sin embargo, incluso esa pretensión no deshonra más a Dios que la suposición rival de confinamiento de todos los pecadores no perdonados a un tormento eterno».

«¿Puedo pedir información respecto a las otras etapas de las condiciones de la Tierra?».

«Toda la región está ocupada por el vasto ejército de almas que en la Tierra carecían de aspiraciones, propósito o energía moral. No ayudaban en nada ni se resistían a nada, sino que simplemente respiraron, comieron, durmieron y existieron. Una deriva social, moral y espiritual que era igualmente objetable y despreciada tanto por buenos como por malos, por falta de carácter. Como todas las demás clases, siguen siendo los mismos aquí, indefensos y estancados entre las dos corrientes activas de la vida, y presentan el problema más difícil de regeneración que estamos llamados a resolver. La ignorancia y la energía mal dirigida son casos sencillos para el tratamiento espiritual, pero en estas almas paralizadas tenemos que recuperar primero el uso de los canales naturales encogidos, marchitos y secos, antes de que sea visible el más mínimo signo de mejoría. Es un trabajo casi como el del esfuerzo de reanimar a una momia egipcia, y si fuera posible el fracaso en cualquier departamento de nuestra obra, este es el campo donde se encontraría. Sin embargo, esto está fuera de cuestión [*no hay posible fracaso*], y aunque los resultados se logran tan lentamente, el peligro real que la condición presenta para la Tierra inspira los esfuerzos de todos los que participan en esta parte de nuestro ministerio».

«¿Dónde radica el peligro especial?», pregunté.

«El estancamiento es siempre una amenaza para la salud, y por esta sola razón no se puede permitir que continúe. Pero el aspecto más serio de tal existencia se encuentra en la peligrosa simpatía que esas almas desarrollan con cualquiera a quien puedan aferrarse. Como las agujas a un imán, ellas se sienten atraídas por éstos [*por aquellos a los que puedan aferrarse*] conforme ellos están dirigiéndose hacia sus propias condiciones [*ellos: los que quizá quieren salir de la Tierra, atravesando las nieblas —aunque sin necesariamente saber mucho qué está pasando—, éstos, ellos, quizá se ven así como "vampirizados" por estas otras almas más estancadas —estas que casi "no tienen voluntad"—, y es por eso que por ejemplo quizá se les quitan las ganas de salirse de la Tierra, a los que no eran tan "zombis" como las estancadas que se les quieren pegar*], y es en relación con esto que experimentarás más problemas de los que imaginas cuando comience tu misión en la Tierra».

«Por favor, explícame lo que quieres decir».

«El verdadero peligro de iniciar relaciones entre nosotros y la Tierra reside en la casi total ausencia del verdadero espíritu de Cristo en la mayoría de los hombres. Esto, como bien sabrás a estas alturas, establece una estrecha asociación con almas afines de este lado, y las hipocresías activas de los hombres hacen un reclutamiento natural en aquellos que más se parecen a ellos. Nuestra invasión de la esfera mortal con la evidencia de la inmortalidad ha atraído principalmente a hombres y mujeres con un mayor desarrollo de la curiosidad, o deseo de panes y peces, más que de conocimiento y vida espirituales. Este tipo de indagación es respondido de manera natural por almas *[desencarnadas]* que son ellas mismas "de la tierra, terrenales", que a su vez se aprovechan de esta multitud sin carácter *[la multitud de encarnados]* para obtener información que pueda ayudar a establecer una identidad falsa *[ejemplo: supuestos "extraterrestres", supuestos "dioses", etc.]*, y así engañar a los investigadores que buscan gratificación y maravillas en lugar de santidad y Dios».

«¿Pero no se puede evitar este engaño?».

«¡No! Cuando Dios abre una puerta, la abre para todos sin acepción de personas. Todo lo que la Tierra pide lo recibe, y si no recibe lo mejor es porque pide inadecuadamente. En la mayoría de los casos, la ignorancia y el engaño están más cerca de la Tierra y se pueden alcanzar con mayor facilidad; la vida superior requiere esfuerzo, energía y sacrificio para alcanzarla, por lo que son pocos los que la alcanzan. Sin embargo, hay unos pocos, y tenemos que hacer el mejor uso de ellos por el momento, con la plena confianza de que la rectitud y la verdad deben necesariamente vencer, y tal victoria significa la extinción gradual de esta existencia sin vida que yace en lo que se conoce como la condición terrestre. Todo esto se resolverá más claramente para tu comprensión mediante la experiencia. Por el momento, hagamos una breve visita a la Tierra, donde te presentaré a aquel a través del cual hablamos, y te daré mi permiso para que lo utilices bajo nuestra dirección».

Capítulo 15

Rompo el silencio de la muerte

Parece absolutamente increíble, visto desde el punto de vista terrestre, que alguien en la posición de Myhanene se pusiera tan tranquilamente a mi disposición como para sugerirle que me acompañe en una visita a la Tierra con el propósito mencionado. ¿Por qué no llamó a uno de la multitud de mensajeros que esperan para servirle, y le pidió que asistiera y me presentara a su psíquico?

En ese «por qué» radica toda la voluminosa diferencia entre los dos estados.

Cuántas veces se ha dicho en la Tierra: "¿Quién habría pensado que un acontecimiento tan trivial resultaría ser tan importante?". El Paraíso es siempre consciente de las potencialidades del grano de mostaza *[ref.]*, y ordena su acción de acuerdo con la seguridad *[safety]*. Los deberes más simples tienen un reclamo instantáneo e imperativo. En una condición de vida en la que no supone derogación *[disminución]* para Dios decir: '*Hágase la luz!*' en lugar de encomendar el oficio a un subordinado, no puede haber servicio demasiado insignificante como para que no lo realice el más elevado de sus ángeles.

Cuán armonioso es esto con la enseñanza de Cristo: '*El que es el mayor entre vosotros será vuestro servidor*' *[ref.]*. Es una de las leyes espirituales operativas que la Iglesia en la Tierra ha extraviado y olvidado, por eso la acción de Myhanene parece extraña e increíble.

Yo acababa de ser aceptado para el servicio en la banda de trabajadores que mi compañero había organizado para regresar a través de la tumba desde el Paraíso, y volver para proclamar el evangelio

de Cristo en la Tierra. Para este trabajo, en cuanto a los agentes y métodos que empleó, aceptó la responsabilidad, y siendo una misión enraizada y cimentada en su amor a Dios obrando a través de la humanidad, su fidelidad era tal que el servicio debía ser necesariamente una ofrenda perfecta del amor. Fue en esta determinación de prestar a Dios un servicio digno donde residió la razón de ser de su acción, más que en el deseo de prestarme un servicio personal. Su sanción y permiso eran necesarios antes de que se me permitiera romper el silencio de la muerte a través de los labios o la instrumentalidad del profeta que había elegido como su propio agente en el lado terrenal. En el reino de la ley no hay accidentes —sólo ignorancia y negligencia— que produzcan decepción, y Myhanene no es hombre para correr riesgos cuya responsabilidad recaería sobre sí mismo o sobre otros a través de él. Contra la posibilidad de inadvertencia [*descuido*] tomó todas las precauciones, y en el lado de la Tierra atrajo a su agente cerca de sí mediante bandas [*bands*] de confianza y de protección de la clase más fuerte. La seguridad así establecida aporta una repetición de aquello que Satanás descubrió como algo tan inviolable en el caso de Job: '*¿No has hecho un cerco alrededor de él, y alrededor de su casa, y alrededor de todo lo que tiene por todas partes?*' [*ref.*]. Era permiso para pasar este cerco lo que yo ahora requería, para lo cual ninguna autoridad personal sino la de mi compañero sería aceptada.

La visita ofrecía también una espléndida oportunidad para demostrar el tema que habíamos estado discutiendo recientemente. En nuestro vuelo, ¡Myhanene detuvo repentinamente mi avance para que pudiera apreciar el espacio divisorio entre mundo y mundo! Fue una lección impresionante. ¡Estábamos suspendidos en una soledad pavorosa en el espacio! ¡Era como si hubiéramos estado a solas en el primigenio silencio! A lo lejos, como la punta de un lápiz de luz, me mostró de dónde habíamos venido; luego, volviéndonos, a una distancia aparentemente igual, estaba el final de nuestro viaje, y en medio, para mí, ¡no parecía haber nada más que un vacío!

¡Me estremecí! La espantosa majestuosidad del océano etérico, el augusto y terrible silencio, la abrumadora sensación de aislamiento, excepto por la certeza de que Dios estaba allí, sin nada que se interpusiera, en un sentido más cercano de lo que jamás había considerado posible, era demasiado para mí. ¡Tenía miedo de la sagrada santidad!

«Vamos», le rogué.

«Vamos -respondió-; rara vez hacemos la pausa, pero deseaba que supieras y comprendieras cuáles son esas barreras invisibles que se interponen entre las etapas de nuestro ascenso, esos espacios entre los peldaños de la escalera de Jacob».

«Eres muy amable al atraer mi mente hacia ese pensamiento -respondí con cierto alivio-; La idea que me inspira es más bien la del gran abismo inamovible entre ambos».

«Cualquiera de los dos pensamientos es igualmente apropiado. No los olvidarás, y la experiencia dará una fuerza añadida a tu uso de cualquiera de ellos cuando puedas referirte a ellos. La escuela de Dios está llena de lecciones grandiosamente majestuosas».

«Quisiera preguntarte respecto a las divisiones de nacionalidades y tribus, si me lo permites».

«Eso es sólo una disposición temporal que se aplica al plano que limita con las condiciones terrestres -respondió-; Las almas que cruzan ese límite están sujetas durante un tiempo a las supervivencias de la vibración de las influencias terrestres. Ya he hablado del cómodo agrado que notarás entre muchos de los que han alcanzado tu condición actual. Descansan y están dispuestos a seguir haciéndolo. Los prejuicios nacionales y religiosos persisten durante un tiempo, así como la

sensación de cansancio, hasta que el alma se aclimata a su nuevo entorno. Por esta razón es deseable el aislamiento, para evitar fricciones en la primera etapa más allá de la frontera; pero en la segunda sólo sobreviven restos muy débiles, y en la tercera se llega a la asamblea general de razas y religiones, que nunca más se dividirán puesto que todos han aprendido que hay bien en cada uno, un bien que está diseñado que todos y cada uno descubran».

«Otra vez el amor», comenté.

«Sí; siempre, en todas partes, amor».

Estábamos ya en nuestro destino, pero Cushna nos había precedido y estaba ocupado con su médium en una operación que despertó mi interés y curiosidad, tanto como exige una explicación cuidadosa antes de ser comprendida en alguna medida.

A primera vista, la relación entre ellos dos era análoga a la que yo había presenciado anteriormente en el teatro de variedades, donde aquella alma maliciosa se arrojaba sobre el hipócrita guardián de la juventud. Los dos se mezclaban en una confusa combinación. Entonces tomó forma el orden, y vi que Cushna no hacía más que sobrevestir [*overclothing*] a su sensitivo [*"sensitive": médium*] para que pudiera desempeñar mejor el oficio a que se dedicaba. Esta condición fue asegurada induciendo primero un sueño hipnótico, liberando por el momento el alma inquilina de su médium, mientras Cushna sobrevestía el cuerpo, y a través de él cumplía el benévolo deber de manipular el miembro debilitado de una muchacha, que en seguida devolvió a su estado normal.

«Posesión demoníaca», exclamarán algunos de mis nerviosos lectores dubitativos. «¡No es así! -respondo yo-, ¡sino inspiración profética!». Ambas son igualmente bíblicas, y similares en su operación, pero difieren ampliamente en la naturaleza del poder controlador.

Los hombres están bastante familiarizados y convencidos de la realidad de lo primero; acerca de lo segundo no están tan seguros ni inclinados a estarlo aunque estuviera igualmente demostrado. Pero ya es hora de que los hombres consientan en ser honestos para con Dios, aunque sea a costa de su ignorancia y prejuicios. Hay todavía muchas más cosas en el cielo y en la tierra de las que se imaginan, y ¿por qué no habría de ser Dios igualmente generoso con sus amigos que con sus enemigos? Si da permiso para que los demonios controlen los cuerpos de los desgraciados —y nada ocurre fuera del ámbito de la ley—, ¿es increíble que también haya dispuesto que los ángeles empleen la misma agencia para fines benévolos? ¿Qué significa esta garantía de Samuel a Saúl cuando éste acababa de ser ungido rey sobre Israel: *'El espíritu del Señor vendrá sobre ti, y profetizarás... y te convertirás en otro hombre; y cuando estas señales lleguen a ti, haz lo que la ocasión te sirva, porque Dios está contigo'*? ([1 Samuel 10:6-7](#)) ¿Es posible que exista un lado de algo sin el otro: lo incorrecto sin lo correcto, el mal sin el bien? ¿No presupone siempre lo uno la existencia de lo otro? Pido una respuesta sincera y no busco ningún favor.

En cuanto a mí, paso a paso, con un progreso lento y mesurado, el abismo de separación entre las dos etapas de la vida se iba cerrando efectiva y permanentemente. Había aprendido cuán completa era la influencia personal que se ejercía de un lado a otro, en muchos casos felices y gozosos; había escuchado y comprobado cuán claramente las voces de los amigos podían atravesar la distancia, y cada inflexión del amor podía ser oída distintamente; ahora estaba cara a cara con el hecho de que podíamos tocarnos, y el flujo vital de salud del Paraíso estaba disponible para la conquista de la enfermedad y la dolencia en la Tierra.

¿Hasta dónde pueden llegar estas revelaciones?, me preguntaba... y desde las profundidades místicas de mi interior, una vocecita me dijo: '*Espera en Dios, porque con Él todo es posible*' [[ref.](#)].

Como se verá más adelante, estaba a punto de descubrir cuán literalmente cierto es esto, más allá de las expectativas de los más salvajes sueños.

Terminado el tratamiento de Cushna, se retiró de su médium, que despertó de nuevo a un estado normal. En el mismo momento Myhanene me pidió que observase atentamente lo que iba a suceder, pues se proponía hablar con nuestro Receptor por otro método más preferible.

Para ello se retiró a una pequeña distancia, donde por un proceso que entonces no pude comprender, pero que desde entonces he aprendido a emplear con facilidad, asumió gradualmente una forma más densa y físicamente tangible, en la que se adelantó y saludó a su agente.

«¿Te ha dejado Cushna muy cansado?», preguntó.

«No, si puedo hacer algo por ti», respondió James alegremente, volviéndose para saludar a su nuevo visitante con una sonrisa de bienvenida.

«Tengo un amigo que deseo presentarte. Está a punto de unirse a nuestra misión, pero por el momento es incapaz de adoptar la forma visible».

«Siento una presencia extraña, y, sin embargo, si no me equivoco, él ya ha estado aquí».

«Tienes razón. Una vez te visitó con Cushna, pero ahora viene como un añadido a mi banda, si tú lo permites».

«¿Es tu deseo que sea así?».

«Con tu consentimiento, para que te utilice en presencia de algún segundo miembro de nuestra misión hasta que yo dé otro permiso».

«¿Por qué nombre lo conoceré?».

«Aphraar».

«Por el bien de la verdad y el tuyo propio, le doy la bienvenida».

«Sabía que lo harías. Pero ahora, mientras establecemos su conexión contigo, déjame darte una comunicación que puedes trasladar a uno de tus diarios si quieres, con la esperanza de que pueda servir como una gota de aceite en aguas turbulentas».

Mientras James se preparaba para redactar el mensaje, puedo decir que fue dado cuando se estaba produciendo [*en la sociedad*] una discusión muy acalorada sobre lo que se denominaba *El Movimiento Descendente* [[ref.](#)] [2] [*"The Downgrade Movement"*]. Me dispongo a copiar la comunicación *in extenso* tal como fue anotada en ese momento, debido a la liberalidad de pensamiento que respira, que ilustra muy bellamente el verdadero espíritu del Paraíso.

«Estoy listo», anunció mi Receptor.

«Te lo daré en forma de verso; y puedes titularlo:

LA BATALLA DE LAS CREENCIAS

«Hermanos, cesad la salvaje contienda,
las palabras son sólo semillas de conflicto;

dejemos la letra asesina —
agarremos el espíritu, que es vida.
¿Por qué debemos levantar acaloradas objeciones?
¿Nos ha hecho Cristo jueces de credo?
¿Tenemos el todo de la revelación?
¿O sencillamente sólo sabemos leer?
¿No hay doce puertas al cielo,
norte y sur, este y oeste?
¿Acaso no pueden, los de toda doctrina,
entrar en ese descanso eterno?
Cada tipo, clima y color,
cada credo y doctrina también...
¿no se verán representados
con el dogma enseñado por ti?

Cuando el Maestro cuente Sus joyas,
¡Qué mezcla habrá!
El hermoso diamante de quien sea,
destellando con luz incomparable,
engarzado entre el zafiro de Calvino,
el rubí romano, el berilo de la [Iglesia Alta](#),
y el ópalo [Independiente](#)
purificado en tiempos de peligro.

Amatista de la belleza [wesleyana](#),
perla de matiz [presbiteriano](#),
topacio lavado en aguas [bautistas](#),
esmeralda de los [paganos](#), además;
Coral de las [islas del Pacífico](#),
[crisoprasa](#) de la llanura [africana](#),
[crisólito](#) de [China](#) liberado,
gemas de la cadena helada de [Groenlandia](#);

Gemas del lustre más exquisito
de la oscurecida mina de [Mahoma](#);
piedras de las que nunca supimos el nombre
tomadas del santuario [budista](#);
[Vishnu](#) derramando sus tesoros,
con [Grecia](#) y [Egipto](#) añadiendo a su depósito;
lágrimas de cristal derramadas a los [ídolos](#),
enlucidas preciosas para siempre.

¿No formarán éstas la galaxia
de esa maravillosa diadema?
Levántate entonces, hermano, cesa tus objeciones,
ve, por Cristo, en busca de ellas.
Escúchale clamar: «¿Quién recogerá
en el campo de la cosecha hoy?

Mira, ¡tu sol declina rápidamente!
Si eres cristiano, apresúrate.

El tiempo no permitirá disputas.
Los hombres piden tu ayuda;
predica el evangelio que Cristo te ha dado;
¡predica! No tengas miedo.
Cristo es el Juez. No somos más que un esfuerzo
en la carrera donde otros corren;
Que cada uno de nosotros, por el servicio fiel,
gane un premio y un alegre '*Bien hecho!*'».

Antes de dejar atrás este mensaje me gustaría decir que las voraces fauces de la cesta editorial hicieron un flaco trabajo con él, y los versos de Myhanene no han sido publicados hasta ahora. Pero para mí han estado llenos de pensamientos sugerentes, y los escribo aquí con la esperanza de que incluso ahora puedan servir algo para el propósito que tenían.

Ahora me tocaba a mí tomar el control del más maravilloso de todos los teléfonos, y tratar de hacer oír mi voz por primera vez a través del supuesto silencio ininterrumpido de la muerte. Mis varias experiencias me habían asegurado plenamente cuán ilusoria y llena de superstición ignorante era la idea terrenal del silencio sellado de la muerte; no obstante, debo confesar que tuve una sensación de algo parecido a lo insólito cuando Myhanene me dio a entender su deseo de que procediera.

«¿Puedes oírme?», pregunté, pero mi voz sonaba extraña y hueca incluso para mí mismo.

«Sí, perfectamente».

No puedo dar una idea del efecto que me causaron esta pregunta y esta respuesta. Eso debe dejarse, mi amable lector, hasta que probablemente experimentes la sensación por ti mismo. Cuando Myhanene hablaba, observé toda la operación con una renovación de la asombrosa sorpresa que había experimentado cuando oí hablar por primera vez a Cushna a través de aquel supuesto silencio ininterrumpido; pero cuando tomé mi posición ante el misterioso teléfono, el sonido de mi propia voz me sobresaltó, casi me aterrorizó, y me encogí ante la clara respuesta con la indescriptible sensación de quien por primera vez contempla un fantasma.

A Myhanene le hizo mucha gracia mi turbación, y mi Receptor, aunque no podía verme, evidentemente comprendió la situación y también apreció mi desconcierto.

«¿Te ha asustado mi voz?», me preguntó.

«Apenas puedo decir lo que consiguió -respondí-; Supongo que no comprendía realmente lo que significaba todo esto hasta que te oí hablar por y para mí».

«Tal vez yo pueda explicarlo [*understand*] mejor de lo que Myhanene es capaz de hacerlo -replicó-; Por muy plenamente que uno reconozca la existencia de fuerzas naturales a nuestra disposición, la explosión que, de un solo golpe, arrasa los cimientos de la muerte y deja un paso libre, le estremece y le sorprende a uno, cuando menos».

«Yo he tenido la misma experiencia -dijo Myhanene-, pero pensé que era mucho mejor dejarte sentir toda su fuerza, que intentar prepararte para lo que yo sabía que ocurriría».

«No importa -respondió James-; todo ha terminado; el último enemigo ha sido destruido para ti, y en adelante podremos encontrarnos y comunicarnos en términos perfectamente fáciles. Ahora, ¿puedo oír tu nombre otra vez, y tomaré nota de él?».

«Aphraar», respondí.

Mi Receptor sonrió, abrió un pequeño libro y añadió el nombre a una lista ya larga.

«¿Por qué sonríes?», pregunté.

«Por la prueba satisfactoria que ofrece el nombre de tu conexión con Myhanene», respondió.

«¿En qué sentido?».

«Todos sus amigos ocultan su identidad durante un tiempo con un seudónimo, pero a la larga suelo descubrir su verdadero nombre».

«No tengo ningún deseo de hacerte dudar sobre el mío, si me hicieras ese gran favor».

«Así haré, si puedo», contestó de buena gana.

«¿No sería mejor saber lo que deseo pedir antes de hacer una promesa definitiva?».

«No, si tu petición es legítima. En caso de duda, debería consultarlo con Myhanene y dejarme guiar por su decisión. Él está aquí ahora, así que es mejor que hables, y a menos que se oponga, estaré encantado de servirte en todo lo que pueda».

«Desde que me he enterado de que me es posible volver a hablar con la Tierra -respondí- he sentido el deseo más ardiente de enviar un mensaje a mi padre, en un intento de rectificar dos errores».

«¿Dónde lo puedo encontrar?».

«Reside en South Kensington».

«¿Deseas que lo vea, o prefieres que le escriba el mensaje?».

«¿Irías a verle?».

«Sí, si lo deseas, y Myhanene consiente».

«No tengo inconveniente», respondió nuestro jefe.

«Me temo que no recibirás una bienvenida muy cordial», me vi obligado a añadir, pues yo conocía la actitud de mi padre hacia todo lo que oliera a superstición.

«Eso no me importa -dijo James-, siempre que tu mensaje contenga pruebas satisfactorias de su origen. ¿Me darás el nombre y la dirección?».

«El nombre es Stephen Winterleigh», lo cual, junto con la dirección, fue anotado cuidadosamente por mi Receptor.

«Y ahora el mensaje», prosiguió, dispuesto a tomar las notas que fueran necesarias.

Han pasado años desde la entrevista que estoy relatando, pero siento que todo aquel desconcertante asombro vuelve a mí, ¡y otra vez casi me pregunto si la posibilidad de tal intercambio es realmente cierta, después de todo!

¡Oh, las profundidades insondables del infinito amor de Dios!

«Dile que lamento profundamente las molestias que le he ocasionado al prestar el volumen de *Retratos de Lodge* a mi amigo y vecino de despacho, el señor Ralph Unaclyff. Dile que sólo concedí el préstamo dos días antes de mi —supongo que debo decir "muerte", para que se me entienda—, y que si tiene la amabilidad de ir a ver al Sr. Unaclyff, el volumen le será devuelto de inmediato. Además —y esta será la parte desagradable de tu mensaje—, dile también que la reclamación de mi hombre, Acres, de veinte libras sobre mi patrimonio, es perfectamente válida. Me confió esa cantidad para que la invirtiera, pero no tuve ocasión de hacerlo a causa de mi accidente, y me alegraría que se las devuelva [*el padre de Aphraar*]».

«¿Eso es todo?».

«Si puedes ocuparte de esos dos asuntos estaré satisfecho».

«Intentaré ver a tu padre mañana, y haré todo lo que pueda para lograr tu deseo».

Así terminó mi primer intento de romper el silencio de la muerte, del que dejo constancia por tratarse de una experiencia personal que demuestra lo fácil que puede lograrse cuando la conexión es adecuada y cuidadosamente hecha y protegida. Es sólo un teléfono más grande, construido sobre las líneas de la ley espiritual en lugar de la física.

Capítulo 16

Le escucharán

Era natural que yo tuviera más que un mero interés transitorio ante la entrega de un mensaje enviado en circunstancias tan extraordinarias, un mensaje destinado a poner a prueba la desinteresada súplica del Rico, Dives [[ref.](#)], de que sus hermanos escucharan a alguien que había regresado de entre los muertos. Mi padre no era un junco que se dejara sacudir por el viento, sino un hombre de convicciones firmes, y valiente hasta la exageración en su defensa de las mismas, antes que alguien dado a inclinarse por lo supersticioso. Por lo tanto, las perspectivas del éxito que yo deseaba no eran en modo alguno tan esperanzadoras como podía desear, a menos que mi mensaje pudiera reavivar en su memoria alguna vibración de nuestra reciente entrevista mientras él dormía, y contribuir así a resultados que yo no podía prever ni calcular.

¡Ay! Yo no había aprendido entonces lo que sé ahora por muchas experiencias: cuánto el alma es más meticulosa [*conscientious*] incluso en su desencarnación temporal [*estado de sueño*], que cuando camina por el mundo vestida con su manto de carne y hueso. Si los hombres supieran cómo la máscara de carne disfraza su verdadera identidad incluso para ellos mismos, se quedarían atónitos ante la revelación. Había piedad además de filosofía en el consejo del sabio griego cuando dijo: "*Hombre, concóctete a ti mismo*" [[ref.](#)].

El estudio de la psicología ya está revelando el hecho de que la idea de la personalidad múltiple no es del todo una ficción. No pasará mucho tiempo antes de que vaya aún más lejos y reconozca que Robert Louis Stevenson escribió con una pluma inspirada y trazó un retrato característico de la raza en la supuesta creación del Dr. Jekyll y el Sr. Hyde [[ref.](#)]. El retrato es sencillamente el del hombre que duerme y el que está en vigilia.

«Oh, ¡si algún poder nos diera ese don
de vernos como (los ángeles) nos ven!
Nos libraría de muchos errores,
y de ideas tontas». [[ref. 1](#) / [ref. 2](#)]

[el poema, en vez de decir ángeles, dice "los demás" ("cómo los otros nos ven"): ¡Oh, si algún poder nos diera el don de vernos como los demás nos ven! Y termina con lo siguiente: ¡Qué aires en el vestir y en el andar nos dejaría, y hasta devoción!]

Pero en qué innumerables errores tropezamos debido a que una bendición tan inestimable nunca se eleva más allá de una expresión poética para convertirse en un deseo honesto, y el hombre sigue contento con seguir siendo un extraño para su propio yo verdadero, al igual que para su prójimo.

Lo que sigue demostrará que yo era demasiado optimista en mis esperanzas, pero la lección que me enseñó fue útil y necesaria. En mis esperanzas y expectativas no había tenido en cuenta las influencias de la Tierra para equilibrar las probabilidades. Myhanene lo sabía, como descubrí más tarde, pero no intervino, porque estas fuerzas que no tenemos en cuenta se oponen a nuestros esfuerzos como pesos de plomo, y era mejor que yo lo descubriera en la práctica en vez de aprenderlo como teoría.

Mi error residía en estimar las probabilidades según el criterio de mi propia condición, donde todo se ve como realmente es y puede aceptarse al pie de la letra. Actuando en base al cambio que observé en mi padre durante la entrevista en su estado de sueño, fui conducido a aplicarle esta estimación en relación con su trato del mensaje que yo acababa de transmitir. Esperaba que le fuera a impresionar la evidencia que le proporcionaría, y que probablemente le condujera hacia un futuro más noble mediante la indagación y el reconocimiento de la evidencia indiscutible de los hechos a su disposición.

«¡Cuán brillantes se nos presentan algunas visiones!», dijo Myhanene, despertándome de mis pensamientos con una de sus enigmáticas expresiones.

«Apenas te entiendo», respondí.

Su sonrisa revelaba más que sus palabras.

«Creo que esta última experiencia me ha confundido un poco -dije-; Casi lo he olvidado todo al preguntarme qué efecto tendrá el mensaje sobre mi padre».

«No debes esperar demasiado. Pero, ¿te gustaría ver su efecto por ti mismo?».

«Ciertamente, me gustaría, si tal cosa fuera posible».

«Eso se puede arreglar fácilmente», respondió mi amigo.

Luego, dirigiéndose a nuestro Receptor, preguntó:

«¿Me avisarás cuando vayas a entregar el mensaje?».

Escuchad, todos los que estáis acostumbrados a considerar la muerte como el último y temible enemigo de la humanidad. Myhanene hablaba a un lado y a otro de la tumba. Cada uno le oía por igual, pero su voz no era más fuerte que un melodioso susurro. Él estaba pidiendo que, cuando su consiervo terrestre procediera a ejecutar un encargo al día siguiente, se le enviara un mensaje telegráfico al Paraíso para informarle del hecho.

«Sí, desde luego», fue la pronta respuesta.

«Entonces Eusemos llamará a Aphraar, e irán contigo para conocer el resultado».

Con tales arreglos posibles, ¿cuán lejos de la Tierra estamos?

Eusemos acudió a la cita, y cuando James y mi padre se reunieron estábamos presentes, aunque sin ser vistos.

El recibimiento fue como el que el anfitrión solía dispensar a los extraños, especialmente a los considerados socialmente inferiores a él: orgulloso, frío e inquisitivamente desconfiado.

«¿Desea verme?», preguntó sin ofrecer asiento.

«Sí, pero mi motivo requiere una pequeña explicación».

«Que sea lo más breve posible. Soy un hombre ocupado, sin disposición a perder el tiempo».

«Tampoco puedo permitírmelo yo, pero al pedírseme que entregue un mensaje, yo...»

«Disculpe; ¿de quién lleva la comunicación?».

«De su hijo, el Sr. Frederic Winterleigh».

«¡Es falso! Mi hijo ha muerto, y ahí debe terminar nuestra entrevista».

Se volvió para abrir la puerta.

«Muy bien, si así lo desea -respondió James-, pero creo que a su hijo, muerto o no, le gustaría verle recuperar el volumen perdido de los *Retratos de Lodge*».

Se volvió bruscamente, sin abrir la puerta, para inquirir sinceramente:

«¿Qué sabe usted del libro? Permítame advertirle, señor, que no soy un hombre con el que se pueda jugar. Si ha perdido el volumen en su poder, dígalos sin intentar chantajearme con cualquier tontería espiritista, o se encontrará en un serio aprieto».

Las mejillas de mi mensajero enrojecieron de indignación ante la infundada sugerencia.

«Si cree que alguna consideración económica me ha traído aquí comete un gran error. Desdeñaría tocar su dinero aunque usted me lo ofreciera, así que puede desechar de su mente cualquier idea de chantaje».

«¿Pero por qué no me dice dónde está el libro?».

«Porque no he tenido ocasión de hacerlo».

«Entonces lo tiene ya».

«Tengo dos mensajes que entregar de parte del Sr. Frederic...».

«¡Le digo que mi hijo está muerto, señor!».

«¿Acaso lo negué? Discúlpeme, Sr. Winterleigh, pero esta entrevista es tan desagradable para mí como para usted. Por lo tanto, si me permite decir lo que vine a decir y despedirme, me sentiré agradecido. El curso que usted decida dar a la información que tengo para dar, puede determinarse después. Se me pide que diga que la reclamación que hace el ayuda de cámara, Acres, de veinte libras, es correcta».

«Oh, ese es su propósito, ¿verdad? Usted es un cómplice suyo, ¿verdad?».

«No. No sé nada del hombre, y nunca lo he visto».

«Entonces, ¿cómo sabe acerca de ese dinero?».

«Me niego a hablar de eso dadas las circunstancias, pero ¿me permite terminar el mensaje e irme? Mi tiempo es tan valioso como el suyo».

«¿Qué es lo que tiene que decir?».

«Que dos días antes del accidente de su hijo, Acres le dio veinte libras para que las invirtiera, inversión que su hijo no tuvo tiempo de llevar a cabo, y desea que usted se las devuelva con cargo al patrimonio de su hijo».

«Eso me corresponderá a mí, hacer averiguaciones; pero ¿y el libro?».

«El mismo día que Acres le confió este dinero, su hijo prestó el volumen faltante a su amigo y vecino de despacho, el señor Ralph Unaclyff».

El tono tranquilo y desenvuelto con que se transmitió esta información, como si se tratara de una comunicación ordinaria y cotidiana entre amigo y amigo, fue demasiado para la seguridad en sí mismo y la presunción de superioridad de mi padre. La naturaleza humana en todo hombre es alcanzable, dado el tacto y la ocasión, y este sorprendente mensaje había sacudido por el momento, si no penetrado completamente, el punto vulnerable de mi padre.

«¿Reconoce usted la formidable trascendencia de lo que dice, en caso de que resulte ser cierto?», inquirió.

«Perfectamente; y eso asimismo es cierto. Pero estoy demasiado familiarizado con este tipo de comunicaciones como para compartir su asombro».

«Debe explicarse. ¿No quiere sentarse?».

«No, gracias, he ejecutado mi encargo, y ambos somos hombres ocupados».

Ahora era el visitante quien se mostraba tranquilo y reticente, y mi padre estaba visiblemente desconcertado.

«Pero si esto que me dice resulta ser cierto, es lo más asombroso que he oído jamás».

«Entonces le aconsejo que lo ponga a prueba, y después tome cualesquiera medidas que el resultado exija tomar».

«¿Pero no me dará alguna explicación?».

«Sería inútil hasta que haya verificado el mensaje. Después estaré encantado de prestarle toda la ayuda que esté en mi mano. Usted tiene mi tarjeta, y yo estoy en casa los miércoles después de las siete para ayudar a los indagadores. ¿Tiene alguna respuesta a esto?».

«¿Qué respuesta puedo dar en el primer momento de una comunicación sin precedentes? Si me concediera media hora, podría decirle algo inteligible. Podría telefonar a Unaclyff y probar todo el asunto de inmediato».

«Habla con James -apelé a Eusemos-, y sugiérele que acceda a la petición».

«No, no estaría bien», respondió.

«¿No acabar de derribar el prejuicio de mi padre?», inquirí.

«Para eso estoy trabajando cuidadosamente -respondió mi amigo-; James no está abandonado a sí mismo en este asunto, sino que está dando expresión a las respuestas que le estoy proporcionando.

Si tu padre es honesto en su deseo de saber más de este tema, déjale que acepte la invitación para el miércoles, y mientras tanto se asegure de que la comunicación es verdadera. Pero no lo hará».

«¿Estás seguro?».

«Su actitud es de curiosidad picada [*resentida* ("*piqued*")]. Los dos no volverán a verse, pues eso le podría costar veinte libras al indagador, y para él eso significará más que la verdad, en cuanto se le pase el primer asombro. Si él adquiriera mayor conocimiento, eso le podría exigir hacer otras restituciones, y tu padre no es hombre que corra con tales riesgos».

Me temo que le leyó bien, por lo que no dije nada más.

«Me es imposible dedicarle más tiempo del que ya le he concedido, y si no tiene respuesta que dar, debo desearle buenos días».

Era inútil que insistiera más; por lo que se había dicho, veía que Eusemos tenía a James bien bajo su dirección. Lo que mi padre pedía era fácil de obtener si era lo bastante honesto en su deseo de aprovechar la oportunidad que se le ofrecía. La prueba de su sinceridad sería ver si, tras comprobar la comunicación, lo haría o no. Esa es la ley bajo la que trabajamos. Correspondemos, primero aportando una prueba, luego haciendo una demanda. No venimos a la Tierra, como muchos parecen pensar, como criminales a un tribunal para ser juzgados, y ansiosos de asegurar una audiencia bajo cualquier condición, sino que, sabiendo lo que se necesita y siendo capaces de prestar ayuda, ofrecemos nuestros servicios, haciendo que se encuentren confianza con confianza, hasta el momento en que un mejor conocimiento establece una amistad firme y sólida.

Mi padre no accedió a este acuerdo. Recuperó el volumen, pero no saldó la deuda. Hasta ahí llegó el resultado de mi mensaje. Ahora está con nosotros, sabiendo la verdad, y si le visitara y le hiciera la pregunta, él daría con gusto todo el oro del mundo, si lo poseyera, por esa oportunidad y sus posibilidades, las que entonces desechó tan a la ligera.

Aun así, es dudoso que su nivel moral estuviera por debajo de la media general. Pero cuando nos situamos a la luz de las verdades eternas, parece casi increíble que hombres de sólidos instintos comerciales puedan permitirse estar tan completamente cegados por falsas seguridades dogmáticas en lo que se refiere a sus intereses espirituales. Ningún hombre se consideraría complacientemente seguro en el mundo comercial si supiera que su cheque en el banco será rechazado, y sin embargo los mismos individuos van por la vida sonriendo, confiados, en su condición de bancarrota espiritual, convencidos de que, cuando llegue la hora de la necesidad, podrán librar pesados cheques en el banco de la fe, donde sus nombres son desconocidos, unos cheques que serán aceptados sólo con mirarlos, y toda reclamación espiritual encontrará pago mediante una oración moribunda. '*No os engañéis*' [[ref.](#)], si has sido capaz de burlarte de tu prójimo con éxito, te encontrarás con un duro despertar cuando intentes lo mismo con Dios. Él nunca se convertirá en cómplice de un ladrón moribundo que trata de eludir la justicia. En el Tribunal de la Muerte no se aceptan componendas, sino que toda deuda deberá ser saldada íntegramente con intereses legales. La Misericordia se deja atrás al cruzar ese umbral, y la Justicia es el único juez que ocupa el banquillo. No es que Dios haya cambiado, sino que el pecador ha sido arrestado y llevado a juicio. La Misericordia aplaza el arresto, pero la Justicia lo efectúa y prosigue.

Con toda la solicitud orante de un alma que ha recorrido el camino y sabe lo que le espera, yo me colocaría lo más lejos posible en el lado terrestre de la cresta de la colina desde donde comienza el descenso al valle, y clamaría: "Tened cuidado al avanzar, porque la colina es peligrosa". Cuando

comienza el descenso, no hay escapatoria. Si no te has preparado con antelación, ¡ay de ti! La promesa asegurada para el alma consternada del ladrón moribundo no era más que una promesa de ser escuchado y justamente tratado a su llegada al Paraíso [\[ref.\]](#). No fue perdonado. No podía ser perdonado a la luz de la ley que establece que *'todo lo que el hombre siembra, eso también cosechará'*.

La misericordia ha abierto la puerta del Paraíso, y Cristo ha hecho rodar amorosamente la piedra de la puerta del sepulcro, para que las voces de los que han pasado al más allá puedan oírse en la Tierra, dando testimonio de lo que han descubierto, para vuestra instrucción. Pero la ignorancia ciega vuestros ojos y tapon vuestros oídos, y sois adormecidos en una falsa seguridad por vanas tradiciones, avanzando hacia vuestro destino con una espada más afilada que la de Damocles [\[ref.\]](#) temblando sobre vuestras cabezas hasta que el pelo se quiebra *[tal espada de la leyenda está pendiendo de un hilo, sobre nuestras cabezas]*, y os despertáis para encontraros en presencia de una ley inexorable de cuyas consecuencias vuestro confiado dogmatismo os había asegurado que se os había concedido una descarga completa.

Capítulo 17

La orilla del aleluya

Por el ambiente en que me muevo, soy tan consciente del valor del carácter construido sobre una información exacta, que un fuerte deseo me impulsa a detenerme en cada detalle de mi narración, no sea que pase por alto alguna aparente trivialidad de la que más tarde se descubra que pende un poderoso asunto. Pero mi dificultad radica en el hecho cierto de que cada punto que me veo obligado a mencionar es un centro de irradiación para posibilidades casi infinitas. La vida germinal en un solo grano de trigo es inestimable. La vida no conoce la diferenciación entre mayor y menor; estas distinciones sólo se aplican a sus poderes de selección y asimilación que controlan el crecimiento y la producción. Un grano obtiene el sustento del que se alimenta y prospera de una fuente, otro de otra; y donde todos tienen que ser igualmente provistos, el deber exige que todos sean considerados.

Esta es la verdad terriblemente asombrosa que nunca podemos perder de vista. Esto es lo que me hace reiterar con tanta frecuencia que con nosotros no hay nada pequeño ni grande, o quizás debería decir más bien que todo es grande y nada pequeño. Cada sugerencia que utilizo está cargada de un significado inestimable, porque hablo de la verdad, y con gusto me detendría a abrir cada semilla que esparzo y mostrar el valor potencial de su contenido. Pero mi deber es sembrar y dejar el crecimiento al futuro y a Dios. Aun así, desearía poder sembrar mis pensamientos con una pluma de fuego vivo, para que ardan y se entierren profundamente en la vida de todos aquellos a quienes hablo.

En las condiciones más favorables, la ley del crecimiento es un proceso fatigosamente lento, y cuando miramos hacia atrás para comprobar honestamente cuánto hemos logrado ya en nuestro peregrinaje hacia Dios, tememos especular sobre cuánto tiempo nos llevará alcanzar la perfección. Los poderes de Dios descansan en la naturaleza de Dios, pero encontramos poco de ellos en nosotros mismos en la actualidad. Es la continua recurrencia de este hecho cuando miro hacia atrás desde mi posición ventajosa lo que me haría detenerme, pero el deber me llama hacia adelante, y debo obedecer.

Como ilustración de que es simplemente el entorno y no el alma lo que cambia en el proceso de la desencarnación, puedo presentar aquí muy útilmente el despertar de nuestro pequeño Dandy. Es un

caso de características peculiarmente marcadas, que exhibe bien muchos de los puntos definidos de interés con respecto a los cuales la Tierra duda un tanto ansiosamente. Era también la primera ocasión en que yo había observado el proceso desde ambos lados, y por lo tanto estaba especialmente deseoso de saber cuánto era recordado y cuánto olvidado, antes de que el pequeño llegara al punto en que todo se volviera perfectamente claro para su memoria.

Vaone me notificó el inminente acontecimiento, y cuando llegué encontré a Eilele (la poetisa, a quien ya hemos conocido), que estaba presente junto a Jack, como la amiga más cercana para ofrecerle las primeras felicitaciones.

Dandy seguía durmiendo plácidamente, pero ¡qué cambio tan asombroso se había producido en su apariencia desde la última vez que lo vimos! El aspecto obtuso [*laggard*] y demacrado había desaparecido, y en su lugar vimos el rostro redondeado y sano de un muchacho bien desarrollado. Había la sospecha de una sonrisa jugueteando alrededor de su boca, y una especie de temblor nervioso como si su precocidad naturalmente vivaz estuviera impaciente por ejercitarse en un entorno nuevo y más favorable. En los días pasados, el humor preternatural [*extraordinario, sobrenatural*] del muchacho había sido concedido misericordiosamente como compensación a las penurias y el sufrimiento, y mientras dormía ya parecía comprender o anticipar que estaba a punto de despertarse y descubrir que la sombra había desaparecido, dejando ver una luz solar de un resplandor más brillante que el que había conocido antes.

Miré del durmiente a Jack, que estaba impaciente por que su amigo abriera los ojos y supiera que su único gran deseo se había cumplido. En Jack vi los primeros frutos de la devota formación de Eilele. Su carácter, todavía móvil, había cedido espléndidamente para ser moldeado por la mente de ella —esa mente semejante a la de Cristo—, y el muchacho representaba en todos los sentidos la posible transformación que el Paraíso puede efectuar mediante su sistema de cultura adaptativa. Era sólo un tosco bloque de individualidad lo que Arvez llevó a su casa cuando la conocí, pero Eilele había trabajado en él con habilidad y genio, hasta que ya se podía discernir bastante bien el contorno de la forma del ángel. ¡Ah, este estudio divino de la escultura del alma es ciertamente un glorioso trabajo!

De Jack mis ojos se desviaron hacia su instructora, cuyo rostro brillaba con el suave fulgor de una de sus contemplaciones lejanas, pero al momento ella levantó la cabeza, y nuestros ojos se encontraron.

«¿No es hermoso -preguntó-, contemplar el despliegue de tales tesoros en el jardín del Señor?».

«Desearía que fuera posible comprender toda la belleza claramente -respondí-; Tal como están las cosas, perdemos mucho porque podemos apreciar muy poco».

«He renunciado a la idea de poder comprenderlo todo. Mi copa reboseó; y trato de estar satisfecha si puedo añadir, a la dulzura de las satisfacciones de mi vida, alguna idea nueva, aunque sea tenue, de la música que aporta cada nueva experiencia».

«¿Puedes estar satisfecha?», pregunté.

«¡No, no! Creo que la mía debe ser un alma muy inquieta, atrevida y aspirante -luego, con uno de sus meditativos gestos de reverencia, añadió-: Y, sin embargo, no es eso tanto como el gran amor de Dios, que me acerca cada vez más a Él a un ritmo que se niega a permitir que mi alma, que se expande lentamente, siga el ritmo de sus maravillosos desarrollos. Oh, Aphraar, ¿quién es capaz de comprender esta vida indescifrable en la que tú y yo apenas nos estamos desenvolviendo?».

«Ojalá me concedieras la oportunidad de hablarte de estas cosas -me aventuré a pedir, animado por su indagación-; en tu vida terrena fuiste muy activa en la causa del Maestro, mientras que yo apenas le dedicaba algún pensamiento desinteresado. Ahora veo mi error, y cuando tengo hambre de saber tanto de Él, no conozco a nadie, salvo tal vez a Myhanene, que pueda ayudarme como tú podrías hacerlo».

«Ven a casa conmigo, cuando nuestro amiguito despierte -respondió ella-, y nos ayudaremos mutuamente a comprender más del amor del Padre de lo que sabemos actualmente».

«Sí, iré con mucho gusto, y así satisfaré otro de mis deseos largamente aplazados».

«¿Es realmente así? -y una suave sonrisa indeterminada iluminó su rostro mientras hablaba-; Los placeres de Su servicio son más que dulzura pasajera, especialmente cuando el ministerio es tan personalmente remunerador».

«Entonces, cierto es que Shakespeare habló por inspiración cuando dijo que la Misericordia

"es doblemente bendita;
Bendice al que da y al que recibe"».

«Tiene que ser así con todos los dones de Dios -respondió ella-, exhalan una bendición en cada alma receptiva por la que pasan».

Mientras hablaba, Mynanene llegó con un grupo de ayudantes para dar la bienvenida al muchacho después de las penurias que había soportado tan paciente y desinteresadamente. Ya no era ese benigno joven gobernante vestido con la túnica neutra que llevaba la última vez que lo vi, sino que llevaba el resplandeciente atuendo con el que vino a besar a aquellos durmientes en la Coral Magnética para devolverlos a la vida. De nuevo tenía que desempeñar el mismo oficio, y con una bienvenida más que regia despertó a un alma cuyo cuerpo la Tierra ya se había llevado a toda prisa, sin que nadie se diera cuenta y sin duelo, a la tumba de un indigente.

«Lleváoslo de aquí, a coste público,
enterradlo, diseccionadlo o haced lo que queráis;
nadie lo conoce, nadie le echará de menos;
sin hogar y sin amigos, lleváoslo.

Detrás del velo de la muerte, ocultos por las sombras,
los ángeles esperaban en regiones de luz,
esperando ansiosamente para darle los 'buenos días',
a aquel que pasó desde la Tierra sin un 'buenas noches'».

Tal era en realidad la diferencia de condiciones del muchacho: entre la ignorancia y el conocimiento, la humanidad y la divinidad. Los valores, a simple vista, no siempre son impecablemente exactos. Dígale a un entendido el nombre y el tema de la obra de un viejo maestro y estimará con justicia su valor real en cientos o miles, pero el ignorante rústico se apartará con desdén del sucio lienzo por el que no daría ni cinco chelines.

Lo mismo ocurre con la mercancía de las almas; el muy colorido San Dives [*hecho "santo", aquel rico de la parábola de Lázaro y el rico*] se cuelga a la vista, con la luz más favorable, incluso en una exposición en una iglesia, mientras que Lázaro se deja al cuidado de los perros. ¡Pobre Dives! ¡Feliz Lázaro! ¡Eclesiásticos equivocados! ¡Ignorante humanidad!

Qué absoluta necesidad existe de que se establezca un tribunal de justicia donde reine la rectitud.

Myhanene tomó a Jack de la mano y lo condujo hacia el lado del diván hacia el que estaba vuelto el rostro del durmiente; luego, inclinándose, besó suavemente los labios, que ya se movían como impacientes por expresar la sorpresa del muchacho.

El cuerpo se estiró en toda su longitud, la cabeza se giró a medias, un leve «Oh, Dios» escapó de los labios, luego los ojos se abrieron y el muchacho, desconcertado, se sentó de un salto.

«¿Dónde estoy? ¡Hola, Jack! ¿Vaya? ¿Dónde me he metido?».

«Ahora estás en casa», dijo Myhanene.

«Sí, Dandy, ahora estás muerto, y has venido a estar donde yo estoy», gritó el encantado Jack.

«¿Muerto, Jack? ¡Venga ya! Parezco un muerto, ¿verdad? -en su asombro sus ojos recorrieron el lugar y la compañía que le rodeaba; entonces preguntó-: ¿Qué habéis estado haciéndole al hospital [*orispickle* [\[ref.\]](#)] ?».

«¿No te acuerdas de mí?», preguntó Myhanene.

El muchacho le miró dubitativo durante un instante.

«Sí. ¿No eras tú el médico?».

«No. Piénsalo otra vez».

«¡Oh, sí! Ahora me acuerdo. Dijiste que no me dejarías, ¿verdad?».

«Sí. Luego te dormiste y te traje aquí».

«¿Este es otro hospital entonces?».

«Sí, este es uno de los hospitales de Dios, donde todo el mundo se pone bien».

«Ya estás mejor, Dandy, ¿verdad?», preguntó su amiguito.

«Sí, estoy mejor. Pero Jack, ¿estoy muerto, di claramente?».

«¿Por qué, no te sientes muerto?».

«No, estoy mejor. Me dormí mejor, supongo; y no quería».

«Bueno, tú sí sabes que estoy muerto, ¿no?».

«Sí, tú estás bien muerto, pero, y qué pasa conmigo; yo, yo no lo estoy».

«¿Entonces cómo puedes verme? ¿Crees que estás dormido?».

«No, no estoy dormido -y miró desconcertado a su alrededor como buscando alguna explicación-, pues alguien me ha despertado -luego se volvió hacia Myhanene-; Dime, tú sabes. Dime qué pasa».

«Sí, te lo contaré todo. ¿Recuerdas el hospital?».

«¡Sí, y yo estaba tan mal!».

«¿Recuerdas que me preguntaste si yo era el ángel que iba a matarte?».

«Creo que sí, pero estaba muy mal, ya sabes».

«¿Te acuerdas de Bully Peg?».

«Sí. ¿Consiguió mi dinero?».

Esto le permitió tocar el primer punto de recuerdo, y una parte de su memoria se aclaró, de modo que sin que Myhanene le recordara más continuó:

«Oh, ahora lo sé todo. El doctor le dio la moneda, ¿verdad? Y luego me dijo que tenía que volver, que no me haría daño; pero la señorita dijo que me durmiera, ¿verdad?».

«Sí».

«Bueno, entonces, ¿dónde estoy ahora? ¿Tengo que volver otra vez?».

«No, todo ha terminado».

«Pero aún no estoy muerto».

«¿No lo estás? La enfermera y los médicos dicen que sí».

«Pero no lo estoy, ¿verdad?».

«Por supuesto que lo estás, Dandy; toda la muerte es para ti», dijo Jack.

«¿Lo estoy realmente?»., apeló dubitativo a Myhanene.

«Sí, creo que puedes creer en la palabra de tu amiguito. Tú ya sabes todo lo que vas a saber de la muerte para siempre».

«Pero yo no sé nada de eso. No me dolió nada».

«Te dije que no lo haría».

«¿Y puedo levantarme?».

«Sí, queremos que te vayas a casa ahora. Jack te acompañará por un tiempo».

«Y cuando vayas a la Escuela, me llevarás contigo, ¿verdad, Jack?».

«Sí, te llevaré a donde pueda».

«Y debemos ver a Bully Peg, porque quiero saber cómo le va».

Es difícil decir cuánto tiempo le habría llevado la enumeración de sus primeros deseos, pero Jack le dijo que lo arreglarían todo enseguida; entonces, Myhanene condujo al pequeño a la terraza, donde una hueste de nuevos amigos le dio una bienvenida que me temo él se perdió, en el deleite de las mil bellezas que lo rodeaban. Esto se notó especialmente cuando Myhanene, habiendo terminado su papel en los procedimientos, se marchó, acompañado por sus compañeros de su hogar más elevado. Su curso por el aire dejó a Dandy absolutamente mudo de asombro, y nos miraba a todos nosotros uno a uno, como pidiendo alguna explicación del extraño fenómeno.

Sería interesante, si el espacio y la necesidad lo permitieran, seguir el curso de estos dos muchachos por un tiempo, y rastrear el ministerio del que había mejorado tan maravillosamente bajo la instrucción de Eilele, en su esfuerzo por iluminar a su recién llegado amigo con respecto a las características iniciales de esta nueva y sorprendente existencia. Jack ya sabía lo suficiente como para serle de utilidad desde el principio, y Dandy aceptaría sus seguridades con una fe mucho más incuestionable que las de un extraño, mientras que la información impartida siempre estaría al alcance de otros cercanos para corregirla o explicarla si fuera necesario. Así vemos cómo la ley del Cielo condesciende a aceptar incluso el servicio más débil como competente para tomar parte en la

obra de la salvación de un alma. Por el momento, el pequeño iniciado tendría que ser conducido suavemente hacia adelante hasta que su mente desconcertada fuera capaz de tocar el punto final del recuerdo, y pudiera conectar inteligentemente el presente con los recuerdos claramente evocados del pasado —a los que ya me he referido en mi propia experiencia—. Jack era bastante competente para hacer esto mejor incluso que un maestro mayor, y a ello se debe haberle elegido para el trabajo, que debemos contentarnos con imaginar más que con seguir en detalle.

Al registrar este incidente he mantenido mi atención fija en las tres figuras centrales, simplemente porque todo el interés para mí estaba confinado a ese pequeño grupo, y los accesorios circundantes no existían conscientemente en ese momento. La presencia de Myhanene era oficial, y su deber era despertar y dar la bienvenida al pequeño peregrino a la nueva esfera de existencia. Cumplido esto, regresó, y Eilele asumió de inmediato el control en razón de su condición más avanzada.

Los ojos del muchacho seguían clavados en la compañía ascendente que acababa de dejarnos, cuando ella se arrodilló a su lado y apoyó suavemente su cabeza junto a la de él.

«¡Vaya! -preguntó él, sin atreverse apenas a volver los ojos un instante para no perder la visión-, ¿son realmente ángeles?».

«Sí, Dios los envió para darte la bienvenida a casa».

«Bueno, ¿dónde están sus alas, entonces?».

«No tienen ninguna».

«Entonces no son ángeles *de verdad*».

«Sí, son verdaderos ángeles de Dios».

«Entonces deberían tener alas. Nunca había visto un ángel sin alas».

«Tú sólo has visto antes dibujos de ángeles; y en los dibujos les dan alas para que podamos distinguirlos de los hombres».

«Por eso no los conocía. Pero no creo que ahora sean verdaderos ángeles».

«¿Por qué no?».

«Porque no me *cantaron* la bienvenida como cantábamos en la misión [*edificio religioso*]».

«Pero te besaron y te dieron la bienvenida».

«No es eso. Yo quería que...

"se pusieran en pie, dando el aleluya en la Orilla [*in the Strand*],
y me cantaran la bienvenida"; [[ref.](#)]

» me gusta más cantar que los besos».

Dandy había hecho suya una idea ortodoxa del Cielo, y a menos que el programa se cumpliera estrictamente según los planes preconcebidos, dudaba un tanto de su autenticidad. Era la ignorancia y la suspicacia de un muchacho iletrado, pero desde la época de su llegada he presenciado la entrada de decenas de adultos instruidos que han planteado la misma objeción ignorante, e incluso han insistido en que no se les recibía adecuadamente.

Tales almas, sin embargo, eran en su mayoría de aquellos que llegaban con las manos vacías, los cansados de entre los campos de la cosecha, que buscaban descanso y lo encontraron.

Capítulo 18

Los mosaicos de la vida

La mente del pobre Dandy se encontraba en el estado de confusión espiritual dudosa que experimentan con frecuencia muchos que han estado en circunstancias mucho mejores que él en la vida terrenal. Como otros, había permitido que su ignorancia fantasiosa fabricara y modelara las especulaciones supersticiosas de sus maestros y pastores dogmáticos sobre una vida después de la muerte para dar en una incertidumbre nebulosa, y cuando entró en ella [*en esa vida*] se sorprendió al encontrar una condición de ley y orden, allá donde él había anticipado una antinaturalidad indescriptible unida a intangibles excentricidades.

En esto radica la raíz de la confusión experimentada por casi todos los recién llegados. La vida elísea es demasiado real, es demasiado una continuación de nuestros viejos yoes, que simplemente están rodeados de nuevos entornos, adaptados en armonía con la naturaleza que hemos cultivado; es demasiado el efecto de unas causas que imaginamos en vano que nuestra máscara de religión había ocultado incluso a la mera sospecha de su existencia. Une demasiado estrechamente los dos estados en uno donde nos hemos engañado cómodamente a nosotros mismos pensando que la muerte terminaría con todo y una nueva vida comenzaría, donde la ascendencia espiritual no podría rastrearse inconvenientemente.

No os engañéis, la muerte es solo un incidente en la vida, no un final. Todo lo que se siembra en la primavera de la Tierra debe cosecharse en el otoño del Paraíso.

Felices son aquellos que pueden reanudar la existencia en el más allá sin una mayor confusión que la de Dandy; podemos escuchar la expresión de su desconcierto, incluso sonreír ante ella, pero he conocido muchos casos en los que la revelación paralizaba de horror con su agonía.

«¿Estás seguro de que estoy muerto, Jack?», le preguntó a su amigo después de mirar nuevamente a su alrededor con cuidado y comparar su entorno presente con el de su pasado.

«Por supuesto que lo estás. ¡Vaya! ¿No quieres estarlo, ahora que es demasiado tarde para cambiarlo?».

«¡Sí! Me alegro de eso. Pero desearía que esos chicos de la misión no dijeran esas mentiras y engañaran a los niños como lo hacen. ¿Por qué tienen que decir que los ángeles nos encontrarían, cuando muramos, en el "aleluya en la Orilla [Strand], y nos cantarían una canción de bienvenida"? Saben que no es verdad».

«No, no lo saben, Dandy».

«Bueno, yo sí lo sé, entonces. Los «aleluyas» no tienen un lugar en The Strand [*cerca de la orilla del río, en Londres, al parecer está la Calle Strand, en Londres: ver "[Strand](#)"; "Strand" significa orilla, entre otras cosas; a eso se debe el malentendido de Dandy, por lo que parece, tal como ahora explicará Eilele. Los "aleluyas", como cánticos de recepción de la gente que "transiciona" al más allá, esos, no los ha vivido Dandy en un lugar de la calle Strand, en algún teatro engalanado; es como que todavía cree que le habrán cantado los aleluyas, pero sabe que no ha sido en un lugar como esos]. Ahí están que si el Tivoli y el Delphi y el Gaiety [teatros de*

variedades, parece], y los Tribunales de Justicia, pero he buscado muchas veces el lugar de esos 'aleluyas', y nunca he visto ninguno todavía».

Eilele sonrió y acercó al equivocado muchacho a ella, cuando descubrió su falsa impresión y se preparó para eliminarla.

«Ahora entiendo la causa de tu decepción -dijo-, y te explicaré el error. Pensaste que los ángeles te encontrarían en una reunión del Ejército de Salvación en esa calle Strand».

«¿No son ellos "las gentes del aleluya"?», preguntó.

«Sí, a veces se les llama así. Pero el significado del himno es que los ángeles te encontrarían a orillas de la tierra de la gloria».

«¡Oh, no lo sabía!».

«No. Y así es como cometiste el error. Ahora bien, Myhanene y sus amigos se encontraron contigo justo antes de que murieras y te dieron la bienvenida a casa».

«¿Pero él no cantó?».

Pobrecito; quería que se verificara literalmente. Como sucede con muchos que son mayores, con mejores circunstancias y con mayor capacidad intelectual, la verdad espiritual se le escapó por una imprecisión verbal. Pero Jack y varios amigos que habían conocido a Dandy en la escuela, se lo llevaron y satisficieron rápidamente sus demandas más exigentes, tal vez no de la manera que él deseaba en ese momento, pero de todos modos le dejarían satisfecho.

«¿Es este el primer despertar al que has asistido?», preguntó Eilele cuando estuvimos solos.

«Así es».

«Entonces apenas comprenderás la confusión de todo esto hasta que recuerdes tu propia experiencia. Todo es muy diferente a lo que se esperaba, especialmente el descubrimiento de que la muerte no es nada más que un sueño ordinario durante el cual se ha producido una transformación inesperada en todo, menos en nosotros mismos, así que permanece intacto precisamente sólo aquello que esperábamos que la muerte cambiara. ¿No fue así contigo?».

«En parte. Estaba muy perplejo sobre dónde me encontraba y qué había ocasionado el cambio en mi ubicación. Pero, si hubiera estado presente alguien de quien pudiera recibir una explicación, no creo que mi sorpresa hubiera sido tan grande».

«Entonces, se te permitió despertar en las laderas, ¿y en tu vida anterior no te preocupaste mucho por la naturaleza de esta existencia?».

«No; me interesaban muy poco las especulaciones que siempre parecían inútiles. Mi idea de la religión era hacer lo mejor que pudiera con el deber del momento y dejar que el futuro se ocupara de sí mismo. Espero que mi sincera admisión no te perturbe».

«Ahora no -respondió ella con una sonrisa algo divertida-; Lo habría hecho en otro tiempo, pero he aprendido a tener una visión más amplia y a comprender más de la verdad de lo que sabía en la Tierra. Mucho de lo que una vez consideré esencial ahora lo veo más como un obstáculo que como una ayuda, y mucho de lo que despreciaba me habría ayudado maravillosamente. Viví más en el futuro que en el presente y esbocé mi plan del Cielo con más detalle aún de lo que yo misma

imaginé, hasta que abrí los ojos a esta vida y me di cuenta del error. Tal vez eso me permita simpatizar más de lo que tú puedes entender, con la decepción del pobre Dandy».

«La similitud de la experiencia te daría esa ventaja», respondí.

«Pero esas experiencias no son codiciables. Él sencillamente tenía una sola idea confusa de lo que sería el Cielo: la de unos ángeles que lo recibirían en una especie de plataforma del Ejército de Salvación, que él había ubicado en la calle Strand, y le cantarían una bienvenida a casa. Casi puedo ver la imagen que gradualmente había tomado forma en su mente: El salón lleno de gente, la plataforma llena de ángeles vestidos de blanco con coronas doradas y alas opalescentes, y él, el héroe de la ocasión, siendo conducido hacia adelante mientras se cantaba la bienvenida a casa. Cuando pienso en ello puedo simpatizar con su desilusión, y no me sorprende que se negara a creer. Todo su Cielo había desaparecido. En mi caso no fue tan serio: tras mi primer retroceso de sorpresa, descubrí que, si los accesorios estaban ausentes, había entrado en el resto; aunque la arquitectura era diferente, reconocí la casa del Padre; aunque el vestido de bodas no estaba listo, era consciente de haberme acercado al Novio, y cuando me di cuenta de esto me sentí contenta».

«¿Sólo contenta, no satisfecha?».

«El alma nunca puede estar satisfecha hasta que despierta y se encuentra que lleva Su plena semejanza -respondió ella con gravedad-; Mientras sigamos siendo desemejantes, también estaremos ausentes de Él. La luz de Su santidad debe irradiar de nosotros mismos antes de que nuestra vista sea lo suficientemente pura como para permitirnos verlo. Entonces, y sólo entonces, estaremos satisfechos».

«¿Te decepcionó el descubrimiento?».

«En cierta medida, sí. Pero sólo por un instante, luego me sentí feliz. Todo era tan diferente a todas mis expectativas que me vi obligada a revisar cada concepción que había formado. Pero al hacerlo pude comenzar con el reconocimiento consciente de que todo sobrepasaba inconmensurablemente todo lo que mis visiones anteriores habían representado. Con estas grandes ventajas disponibles en mi nueva disposición, ya no lamentaba mi pérdida ficticia, sino que me gloriaba en la ganancia. Por ejemplo, no fue difícil abandonar las limitaciones de lo eclesiástico para poder tener mis manos vacías y asir esta vida».

«¿Pero, no renuncias al cristianismo?».

«A eso debo responder que sí y que no, pero al hacerlo quiero que entiendas claramente a qué renuncio y qué conservo. Mirando hacia atrás desde esta vida veo que la religión es algo muy diferente incluso a mi propia concepción terrenal de ella. Así como la luz, al pasar a través de un prisma, se separa y forma un espectro con los colores del arco iris, así también la verdad de Dios, al pasar a través de la humanidad, se descompone en muchas formas de religión, cada una de las cuales enfatiza algún rayo particular. En el arco de la promesa de Dios hay lugar para todas las combinaciones de colores. La justicia y la verdad exigen este reconocimiento. Cada una es conocida y se clasifica según el fruto que produce. *'Todos sois hermanos: amaos los unos a los otros'* [[ref.](#) , [\[2\]](#)], es la ley del Padre. Ahora bien, trato de aplicar este criterio por igual a todos los ámbitos, y de mi propia iglesia pregunto: ¿Su historia es la de hacer que cesen las guerras? ¿Protege sistemáticamente a los débiles contra los fuertes? ¿La política de invasión de otros países está siempre gobernada por un motivo de buen samaritano? ¿Se ha caracterizado siempre por la libertad y la buena voluntad? ¿Las naciones cristianas actúan siempre al unísono fraternal en lo que respecta

a llevar adelante su evangelio '*honrándose mutuamente, otorgando preferencia las unas a las otras*'? [\[ref.\]](#) ¿Cuál de las llamadas iglesias cristianas, por razón de su humildad, debe considerarse la más grande? ¿Es la Iglesia Rusa Oriental, la Occidental Romana, o es la de Inglaterra, que protesta contra ambas por igual, el líder ideal del movimiento que lleve hacia adelante? ¿Dónde está el espíritu de Cristo que naturalmente buscamos en la vanguardia de la política de una nación que se llama a sí misma por Su santísimo nombre? Sin embargo, ninguna de las llamadas naciones cristianas moviliza su ejército o su marina para la acción, sin que desde cada púlpito de su territorio se invoque a Dios para que bendiga la matanza que emprenden y para que aplaste a la nación contra la que se movilizan. Estas son las líneas ampliamente definidas del cristianismo sistematizado tal como aparece desde donde nos encontramos, y yo ahora renuncio a ellas por ser anticristianas, un lobo con piel de cordero. El Cristo de Dios se entregó a sí mismo por cada hombre; el cristianismo tal como se exhibe al mundo no da nada a menos que pueda tomar más de todos y cada uno de los hombres. Por otra parte, conservo y sostengo lo que la teología cristiana ha olvidado y perdido: la verdadera vida de Cristo, en la que entran y disfrutan todos los que verdaderamente lo siguen, y entre la cual y la teología que usurpa su nombre hay un abismo que nadie puede cruzar manteniendo un pie en el otro de los dos lados».

«¿Pero negarías que hay hombres buenos dentro de la iglesia?».

«Siempre hay hombres que son mejores que su credo, que permanecen dentro de su sistema, pero no son parte de él: los herejes de hoy que se convertirán en los santos de mañana. Cristo y la teología cristiana moderna son irreconciliables. La enseñanza del Único *[One]* es: '*Que todo vuestro esfuerzo sea para hacer segura vuestra propia vocación y elección hasta que el poder de Cristo, generado por vuestra propia vida, obligue a otros a entrar en ella*' [\[ref.\]](#). El otro *[sistema]* prácticamente permite que: "*Habiendo sido justificados por Su muerte sin ningún esfuerzo o recomendación de nuestra parte, sin consideración del carácter, la moralidad o la idoneidad, somos comisionados para ir por todo el mundo y obligar a los hombres a ser mejores de lo que somos bajo pena de tormento eterno*". Estas son las sencillas leyes que gobiernan una vida y un sistema tan en desacuerdo que son irreconciliables, al último de los cuales me veo obligada a renunciar para poder consagrarme al primero».

«No soy un apologista de las iglesias -respondí-, pero cuando te oigo hablar en ese tono apenas puedo creerlo».

«Tu interés personal en la vida y la obra del Maestro no te ha llevado aún a estudiar estas cosas a la luz del presente -respondió ella-, o si no, no te sorprenderías de las expresiones que uso. No tengo duda de que pocos de los que han leído mis escritos me considerarían capaz de hablar con tanta fuerza como lo estoy haciendo ahora, de la misma manera que yo misma no pude entender cómo el manso y humilde Cristo pudo fustigar a los sacerdotes y maestros de su época con la terrible flagelación registrada en Mateo 23 [\[ref.\]](#). Puedo comprenderlo y dejar de asombrarme ahora, ya que Él vio y entendió lo que aquí es tan claramente visible. Pero debo repetir lo que ya he dicho: hay hombres buenos y santos, santamente pacientes y abnegados, a quienes la oficialidad de la teología ha sido incapaz de tocar; la sal de la tierra que aún conserva su sabor a pesar de la corrupción; los abanderados del Maestro que mantienen encendida la antorcha de la verdad en sus vidas santas como protesta contra la legión de Judas por la que su Señor es traicionado. Dios nunca ha dejado a su pueblo sin esta levadura, y es en relación con ella que podrás trabajar cuando comiences tu ministerio».

«¿Puedo preguntar cómo sabes en qué trabajo me voy a involucrar?».

«No hay ningún secreto en eso -respondió ella-, pero todavía no estás acostumbrado a pensar con qué facilidad somos conocidos y leídos por todos los hombres en todas las cosas que conciernen al reino. Es mi reconocimiento de esto lo que me llevó a hablarte como lo he hecho, porque deseo que tengas mi testimonio en cuanto a la inutilidad de muchas de las cosas que nuestros amigos en la Tierra más aprecian. No olvides en toda tu comunión que judío o gentil, esclavo o libre, iglesia o capilla, protestante o romanista, cristiano o budista, nada aprovecha en eso, sino que la única necesidad esencial es una nueva criatura de cuya vida todas las cosas viejas hayan pasado».

«Me alegra que hayas sido llevada a hablar de mis próximas labores. Fue en relación con esto que más deseaba hablar contigo y pedir tu consejo y ayuda. Hace poco que me enteré de que mi esperanza en esta dirección se verá realizada, y ya el peso de la responsabilidad que ello implica parece ser demasiado para mí».

«Bien puedo comprenderlo, hermano mío. De todas las vocaciones a las que un alma puede ser llamada aquí, no puedo concebir ninguna más importante que aquella en la que tú te comprometerás. No surge tanto de la dificultad de declarar lo que es verdad —esto es comparativamente sencillo cuando se toma la enseñanza del Maestro como regla de lo que se declara, y te limitas a las cosas que sabes— sino de las complicaciones y dificultades que surgirán al atacar esos errores que durante generaciones se han enseñado como verdades, cegando los ojos de los hombres y endureciendo sus corazones hasta que tienen ojos que no ven, oídos que no oyen, y se encuentra muy poco entendimiento verdadero en ellos. Esto duplicará tu responsabilidad, pondrá a prueba tu paciencia, sobrecargará todos tus recursos y pondrá tus poderes bajo evaluación. Sin embargo, no debes temer si tomas sobre ti el yugo de Cristo. Unido a Él, tu yugo será suave y la carga ligera, porque Él es capaz de someter todas las cosas a Sí mismo, y con Él no puedes extraviarte». [[ref.](#)] [[ref.](#)]

«Desearía tener tu conocimiento y experiencia para empezar».

«Mi conocimiento y experiencia por sí solos te serían de poca utilidad en semejante obra».

«¿Crees eso?».

«Estoy segura de ello. Si realmente fueran la preparación para una obra como la que imaginas, sin duda yo misma sería llamada a ella. Pero como no soy así, sé que no estoy calificada para ello. En la actualidad puede que se oculte sabiamente de ti en qué puede residir tu propia aptitud, pero lo verás, y entonces comprenderás cómo mi experiencia te habría descalificado más bien que lo contrario. Si Myhanene te ha aceptado para el servicio, puedes estar seguro de que Dios así lo ha ordenado, y no tienes por qué tener miedo».

«¿Me permitirás desear tener tu fe?».

«Sí, si eso te ayuda; pero cuando conozcas al Maestro como yo lo conozco, espero que tengas una fe más fuerte que la mía. No lo conoces, no lo has visto todavía, ¿verdad?».

«¡No! ¿Lo has visto?».

«¡Sí! ¡Lo he visto! ¡Y el éxtasis es indescriptible! ¡Fue una visión y una revelación que cambió, explicó, corrigió e iluminó todo! Al verlo, comprendí lo que afirmó Juan: *'En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres'* [[ref.](#)]. ¡Sí; vida y luz; eternas y sin sombras! ¡Plenas, abrumadoras, abundantes! ¡Siempre más allá, más allá, hacia el perpetuo para siempre!».

Me quedé en silencio. Su alma había tomado vuelo y se había elevado a alturas que yo no tenía poder para escalar. En su memoria sagrada había captado un reflejo resonante de la visión del Rey en Su belleza, y lo había adorado en una santa consagración demasiado exaltada para que yo pudiera alcanzarla.

«Fue a la luz del resplandor de esa visión que hablé hace un momento, cuando apenas podías entender la fortaleza de mi lenguaje -continuó, mientras despertaba de su ensoñación-, por la cual también te aseguro que *'lo que no sabes ahora, lo sabrás en el más allá'* [[ref.](#)]. Ten sólo un temor: conocer a Cristo y decir la verdad tal como está en Él. ¡Y entonces todo debe estar bien!».

«¿Tu experiencia también lo confirma?».

«¡Sí! ¡Necesariamente es así! *'Él es el Alfa y la Omega; el principio y el fin'* [[ref.](#)]; por lo tanto, lo que comienza debe necesariamente terminar en Él, y estar bien. Como es Él lo que en tu ministerio ha de ser tu tema, deja que Él también sea tu modelo. Habla con sencillez, para que todos puedan entenderte; amablemente, para que todos se sientan atraídos hacia ti; pacientemente, para que todos sientan que tienen un amigo en ti; y naturalmente, para que todos encuentren en la naturaleza una exposición de tu evangelio. En lo que a ti respecta, evita todos los misterios, pero como la cosecha siempre está gobernada por la siembra, que se sepa que la contraparte y la consecuencia de todas las acciones deberán necesariamente encontrarse llegado el momento. ¿Quieres que te lea otra de mis canciones sobre este tema, cuyos pensamientos pueden resultarte útiles y sugerentes?».

«¡Hazlo, por favor! Nunca olvidaré la ayuda que recibí de la otra».

Para entonces habíamos llegado a su casa, en lo alto de esas deliciosas montañas desde las que uno parecía poder contemplar el valle de un futuro cautivador, hacia el descanso eterno que permanece. A ambos lados, las colinas coronadas de gloria se elevaban como guardas de paz, y la música de cascadas ocultas cantaba canciones de amor a las flores. Me senté en un lugar donde una de las perspectivas más hermosas me invitaba, y un instante después Eilele se sentó a mi lado, con su libro sobre la mesa frente a ella, del cual, sin una palabra de introducción, leyó:

MOSAICOS DE LA VIDA

«Mosaicos de la vida. ¿Quién puede responder
cómo, o qué, o cuándo, o por qué,
a los mil problemas místicos
que nos desconciertan constantemente?
Todo corazón está lleno de murmullos;
toda cabeza está atormentada por el dolor;
inútiles son todas las disputas,
y aún quedan los misterios.
La vida parece nada más que lluvias y sol,
cimas de montañas o valles profundos;
veranos ardientes, inviernos heladores,
trabajo esforzado y un dormir distraído por los sueños.

He aquí, días de oscura negrura,
y ahora unos pocos de pálido blanco,
entremezclados de gris y turbio.
Y aun así, se sigue: ¡todo está bien!
Ahora se necesitan los tintes dorados,

tonos de esmeralda o zafiro,
jaspe, rubí o carbunclo,
perlas y otras piedras preciosas.
Aquí un gemido y allí una lágrima;
ahora un suspiro que desgarró el corazón;
a continuación un grito de júbilo.
Mosaicos de la vida, de esto participan.

Ahora vienen días de preparación
y de trabajar —tal como Él quiere—
modelando como Él lo designó,
con Su maravillosa e incomparable habilidad;
propagaciones repentinas y ángulos más agudos
que nunca podremos comprender;
pero Él sabe el porqué y el para qué,
cómo y cuándo terminará la tarea;
sabe el número de cada color,
cuenta todas las lágrimas y cada suspiro;
encuentra la contraparte del dolor
en alguna alegría olvidada hace mucho tiempo.

Otros constructores se afanan y trabajan
trayendo mármol, madera y piedra;
otras manos vendrán y terminarán
lo que debemos dejar sin hacer.
El que hace explotar la piedra en la cantera
no puede esculpir un rostro de ángel,
en el tosco bloque de mármol,
lleno de ternura y gracia.
El que extrae el mineral nunca puede
hacer grabados en la copa de oro;
ni puede bordar las vestiduras
el que cuida de las ovejas en el redil.

Trabajador cansado, piensa un momento,
Dios ha dado sólo una parte
de mosaicos para tu porción;
nunca podrías prepararlo todo.
Otras manos están trabajando contigo;
y tampoco ellas pueden comprender
adónde pueden conducir
todos estos constantes fallos y catástrofes;
pero el Arquitecto conoce bien
todos los planes que ha hecho,
por lo tanto, cumple sus órdenes con sencillez,
y tu penique será pagado.

Aprende, la disonancia en la música,
que sirva tan sólo para cambiar de tonalidad,
para convertirse en un preludio apropiado
hacia una armonía más dulce.

Así, los gemidos que estás exhalando,
y el profundo suspiro de tu compañero,
pueden producir un trío conmovedor
mezclado con la alegría de otro.

En las dolorosas punzadas de la vida
se pueden engarzar joyas preciosas;
pero las piedras que Dios está proveyendo
están sin cortar, sin pulir todavía.

Cuando todas las cantidades estén listas,
Dios mostrará el rico diseño;
y sus propios dedos infalibles
combinarán los tintes elegidos,
encajando las alegrías y las tristezas,
la felicidad con los días de duda,
las estaciones de larga decepción
con el breve grito triunfal.

Todos los matices y todos los patrones,
los así llamados defectos, encontrarán su lugar,
formando partes de una decoración
de gracia incomparable y sobrecogedora.

Así, todas las vidas se pasan en el trabajo,
a menudo amargo, a veces dulce;
cada acción parece descoordinada,
cada fragmento incompleto,
pero el Padre ordena sabiamente
toda vida consagrada,
y sacará la música más dulce
de esta aparente lucha.

Confía en Él, deja que Él lo resuelva
a Su propia manera designada,
sabiendo que compartiremos los triunfos
del venidero día de la coronación».

Cerró el libro cuando terminó de leer, lo apartó suavemente de sí, apoyó un codo en la mesa y la cabeza en la mano mientras miraba soñadoramente hacia el valle.

«Quizás el pensamiento parezca vago, mezclado e incierto -dijo-, en sus abruptas transiciones de un lado de la vida al otro, de la duda a la confianza, de la incertidumbre a la claridad de visión, pero escribí las líneas justo cuando llegó la inspiración, y parecían estar gobernadas por una fácil adaptación al tema del que hablan. No habría podido escribir esos versos en la vida inferior, no habría sentido el entrelazamiento natural, pero todo es tan diferente cuando miro hacia atrás; la mano que guía se extiende desde los misteriosos pliegues, las sombras se iluminan tan

hermosamente, y la presencia —la presencia hasta ahora no descubierta— del Maestro está tan visiblemente cerca —quizás más cerca en los aparentes fracasos a veces de lo que nos damos cuenta en los éxitos—, que una necesita mirarlos y ponerlos uno al lado del otro. ¡Ay de mí! Si tan solo pudiéramos leer el presente a la luz del futuro, como podemos leer el pasado en el halo dorado del presente, ¡cuánto más fiel sería nuestro servicio! -luego, volviendo sus suaves, húmedos y poéticos ojos con apasionada intención indagadora hacia mí, preguntó-: ¿Entiendes lo que quiero decir?».

«Parcialmente». No pude confiar en mí mismo para decir más, por temor a perturbarla.

«Supongo que eso es todo lo que puede ser por el momento. Solo podemos saber en parte; ¿Cómo, entonces, podemos esperar comprender plenamente, especialmente cuando el océano de la Providencia es tan ancho, tan largo, tan profundo? ¿Quién ha sido capaz de rastrear sus confines? ¿Qué marinero ha descubierto sus diez mil islas de belleza y santo romance? ¿Qué brújula es capaz de guiarnos a su puerto sin polos? El océano y el escondite secreto de Dios: ¿cómo podemos alcanzarlo? ¿Debemos siempre dejarnos llevar por la marea de la Providencia, por lo desconocido, hasta que una mañana nos despertemos mientras nuestra quilla raspa rechinando en la orilla, y nos encontremos '*para siempre con el Señor*'? [[ref.](#)] Puede ser así. Él lo sabe, y me veo obligada a contentarme con eso. Sólo puedo mirar hacia atrás y ver claramente que ante nosotros se encuentra lo desconocido, por lo cual todos debemos confiar en Él».

Capítulo 19

El Dios de los hombres

Mirando hacia atrás desde las alturas y la penumbra del Paraíso, todas las escenas y conexiones terrestres se ven y leen a la luz de una nueva interpretación, especialmente cuando alguien como Eilele se encarga de dirigir la visión. Su alma leal había aprendido pacientemente a trazar las secuencias con la confianza que brota de la estrecha comunión con Aquel a quien había amado tanto y durante tanto tiempo. Yo le conocía ahora sólo de oídas; ella había estado con Él y había aprendido de Él, había captado algo de su espíritu, saboreado su ternura, se había recostado en su pecho y podía hablar como le había oído hablar. Desde tal posición ventajosa, todo el pasado se veía inundado de una luz divina, de una compasión divina, de una paternal consideración y estimación de nuestras debilidades, y de ello se reflejaba la confianza y la seguridad para el futuro.

Hubo momentos en mis experiencias recientes en que el pensamiento de las responsabilidades del servicio que había elegido me hizo detenerme y casi desear haber hecho otra elección, pero con Eilele vi mi misión con una confianza que nunca antes había sentido. Bajo la influencia de su inspiración dejé de pensar en el largo período de prueba que necesariamente debía cumplir para equiparme para mi deber, y recordé la temprana seguridad de Cushna de que el tiempo no existía en el Paraíso. Ya no pensaba en la conveniencia de apartarme para reflexionar sobre todo lo que había visto y oído, para no perder la lección que cada incidente estaba destinado a enseñarme, sino que descubrí que cada detalle había quedado indeleblemente escrito en mi memoria y almacenado para utilizarlo cuando se presentara la ocasión apropiada. Entonces el foco reflector de la memoria iluminó por un instante la masa de información que ya había acumulado, y al contemplarla me asombré de los insospechados recursos disponibles para mi uso.

Sin embargo, por muchos conocimientos que hubiera adquirido, el gran tema de la religión nunca había sido discutido definitivamente con nadie con la plenitud que merecía y necesitaba antes de que pudiera iniciar con confianza mi nuevo trabajo. ¿Quién había, en todas las huestes del Paraíso, a quien pudiera pedir ayuda en este asunto como mi actual compañera? Cuando aún no nos

conocíamos, y yo estaba sentado en la oscuridad y la desolación de la vida inferior, sus poemas vinieron a mí con una extraña inspiración de consuelo. Parecía hablarme como ningún otro podía hacerlo o lo hizo; me comprendía incluso mejor de lo que yo me comprendía a mí mismo; me consolaba con canciones que ninguna otra voz podía cantar. ¿Era ella consciente de su poder para conmover mi alma hasta profundidades que ninguna otra influencia había alcanzado jamás? Tal vez fuera así, puesto que en las dos ocasiones en que nos vimos había tocado voluntariamente ese gran tema que yo tanto deseaba oírle explicar. Si me tendiera la mano y me guiara por los senderos por los que ella se deleitaba en vagar, si me permitiera seguirla por donde ella podía guiarme, si me ayudara a ascender a las alturas de su propia exaltación, ¿qué verdades podría contemplar, qué visiones no podría ver?

Yo meditaba así, soñadora y esperanzadamente, en la estela de lo que ya había pasado entre nosotros, pero ella, como de costumbre, había emprendido el vuelo hacia aquellas regiones que yo no podía alcanzar sin ayuda. Puede que yo hubiera alcanzado el portal exterior del santuario en el que me gustaría entrar, pero ella había entrado y estaba adorando en la presencia interior donde estaba Dios. La miré a los ojos, mientras estaba sentada a mi lado, brillantes por la gloria de la visión que contemplaba; vi sus oídos, que yo sabía que estaban extasiados por la exquisita música de las voces sagradas, pero yo no podía ver, no podía oír; mis ojos y mis oídos no estaban sintonizados con tales vibraciones. Sin embargo, era bueno estar con ella.

De pronto sus ojos perdieron su fijeza, los párpados se le cayeron, se pasó automáticamente la mano por la cara y exhaló un suave suspiro como un «Amén» medio expresado y reverente; luego sonrió como disculpándose por su olvido.

«He estado fuera -dijo-, viajando por escenarios lejanos pero sobrecogedoramente bellos».

«¿Más hermosos que estos?», pregunté, observando a mi alrededor los encantadores alrededores de su casa.

«Por más que esto trascienda la Tierra -respondió ella-, tampoco puede evocar lo que he visto. Ah, Aphraar, nunca podemos saber mirando hacia adelante o alrededor, sólo en la mirada hacia atrás somos capaces de entender. La vida, el amor y Dios sólo pueden conocerse a la luz del resplandor crepuscular [*"afterglow": la luz que queda tras el destello inicial, digamos; significa en inglés, por ejemplo: el resplandor que se ve tras la puesta de sol, o el placentero recuerdo de una experiencia del pasado...*], el alma nunca será lo bastante fuerte en el presente para comprender el desbordamiento de lo que nos rodea. Dios siempre deja caer sobre nosotros el velo medio oscurecedor del amor, cuando Él está cerca; [*ese velo*] lo oculta a Él de nuestra vista mientras inspiramos fortaleza para movernos hacia alturas de comprensión sobre las que nos volvemos para encontrarnos con que Él ha pasado; sólo entonces podemos ver y comprender».

«Hablas de alturas que no he escalado; pero anhelo alcanzarlas si me indicas el camino por el que puedo hacerlo».

«Sí, hablaré; iré contigo, y juntos escalaremos esta colina sagrada del Señor».

«Háblame de Él, pues sé tan poco aunque deseo tanto. Si no sé, ¿cómo puedo hablar de Él en la Tierra?».

«Comprendo -respondió en voz baja, pensativa-; Deseas ser alimentado para poder regresar y alimentar a otros. Sólo te estaba teniendo en cuenta a ti. Puedo hablar contigo, pero no puedo hablar a través de ti a los demás».

«¿Dónde radica la diferencia?».

«No puedo explicarlo, pero la diferencia ciertamente existe. ¿No te dije que mi experiencia no te capacitaría para tu trabajo? La petición que me haces ahora me enfrenta prácticamente a mi propia incompetencia. Puedo hablarte de alma a alma, pero hablar a otros a través de ti es otra cosa. Aun así, hay muchos amigos que pueden y están dispuestos a hacerlo, y Omra estará encantado de enviar a alguien con ese fin».

Vi que un destello de pensamiento tomaba vuelo mientras ella hablaba, pero todavía no estaba acostumbrado a pensar que una decisión y una acción en consecuencia son sinónimos, hasta que se nos unió un extraño que Omra ya había designado para instruirme, tal como se había deseado.

Rhamya es otro de esos jóvenes ancianos sobre cuyos hombros parece descansar el misterio de las edades como un manto invisible de sabiduría. Alto, tranquilo y majestuoso en apariencia, la primera impresión que me causó fue la de una magnífica montaña que se eleva con majestuosa grandeza desde el seno de un mar agitado. Pero una segunda mirada declaró rápidamente que, además de paredes y escarpaduras de granito, aquí se encontraba asistencia, refugio, cobijo y compasión fraternal.

Antes de que hablara comprendí lo acertado de la acción de Eilele. Nuestro nuevo amigo era innegablemente un maestro, y mi compañera no era más que una alumna en la escuela en la que yo deseaba estudiar durante un tiempo.

«Aphraar se une a la misión de Myhanene, Rhamya, y pide una ayuda que tú puedes prestar mucho mejor que yo».

«Así me lo dice Omra, y me alegro de poder servirle. Hablemos juntos a la luz de Dios».

«Eres más que amable -respondí-, y sólo puedo esperar que mi trabajo futuro muestre cuán profundamente aprecio tu esfuerzo».

«Digamos placer y provecho en lugar de esfuerzo -me respondió-, ya que en lo que vamos a hacer estaremos obligados a trabajar bajo esa ley fundamental establecida por Cristo: '*Dad y se os dará*' [[ref.](#)]. Esto cambia de inmediato el escenario de la obligación, y más bien me convierte en deudor por el privilegio que me has concedido».

«La experiencia me enseña la inutilidad de discutir -respondí-, por lo tanto, concederé de inmediato el punto, aunque insistiré en añadir mi propia gratitud como reconocimiento personal».

Siendo así emplazado, en los términos más afables, Rhamya se dirigió inmediatamente al propósito de su visita.

«Ahora, que esta sea mi primera palabra de consejo para ti en relación con tu próxima misión: siempre que se te consulte sobre cualquier pensamiento, acción u opinión, antes de responder ten cuidado de situarte, en relación con la cuestión y en la medida de lo posible, sobre la misma base que ocupó el propio Cristo; y donde no tengas ninguna declaración clara de Él para guiarte, asegúrate de que tu interpretación de la ley general que Él ha establecido es natural, coherente y razonablemente clara. Hay otros maestros, pero ninguno con tanta autoridad como Aquel que era '*Dios* -es decir, todo lo Dios que es posible ser- *manifestado en carne*' [[ref.](#)]. Cualquier cosa que añadas o quites a la base fundamental de Su enseñanza, no importa bajo qué circunstancias o por qué autoridad, no es de la verdad. ¿Entiendes lo que quiero decir?».

«¡Perfectamente!».

«Tenemos entonces que descubrir cuál era la verdadera posición de Jesucristo hacia la autoridad, pues esta única cuestión será el único pivote sobre el que descansará la fortaleza de tu propia posición. Afortunadamente, Él no ha dejado ninguna duda posible sobre este punto. Su mandamiento es: *'Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios'* [[ref.](#)]. No puede haber dos opiniones en cuanto a Su significado aquí: en todas las cosas temporales someterse a la autoridad temporal; en todas las cosas espirituales sólo a Dios. Esta ley de Cristo es mucho más drástica, cuando se aplica plenamente, de lo que parece a primera vista. No permite ni una pizca de autoridad divina a ninguna fundación puramente humana: ninguna corporación eclesiástica o religiosa existe como institución cristiana. Así lo entendió Pablo cuando declaró a Timoteo: *'Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre'* [[ref.](#)]; aquí no hay lugar para ningún fundamento humano, y esta enseñanza es bastante armoniosa con la del Maestro a la mujer de Sicar: *'Ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad'* [[ref.](#)]. De ahí que la verdadera Iglesia de Cristo sea una comunión espiritual, no una asamblea visible gobernada por una autoridad humana. Sin embargo, la actitud de Cristo hacia los sistemas existentes en su época era más de tolerancia que de denuncia. Aunque no ofreciera sacrificios en el Templo —cosa que como profeta no podía hacer, como veremos más adelante—, no despotricaba contra sus servicios, sino que ocasionalmente se le encontraba dentro de sus recintos. Siempre se alegró de reconocer cualquier tendencia hacia el mejoramiento de los hombres y, como se muestra en Su parábola de la Cizaña [[ref.](#)], nunca se apresuró indebidamente a destruir el mal, no fuera a ser que también destruyera el bien asociado con él. Al mismo tiempo, Su oposición a los líderes nada espirituales del Templo nunca estuvo en duda ni por un momento. Tal es la actitud de Cristo hacia las instituciones eclesiásticas de todo tipo, y tal debe ser necesariamente la de Su Iglesia».

«¿Puedes asignar alguna razón definida para este elemento de necesidad?»

«Hay una razón muy convincente y muy importante para ello, que estaré encantado de exponer ante ti. La humanidad desasistida en su mejor, más noble y más elevado aspecto es siempre imperfecta, limitada y absolutamente incapaz de concebir una condición de ser más allá del conocimiento [*cognizance*] de los cinco sentidos. Su concepción más elevada de Dios está constreñida por estas limitaciones, y nunca se eleva más allá de las proporciones magnificadas de un hombre con una naturaleza moral que deja mucho que desear. Aunque sólo fuera por esta razón, sería imposible que Dios se sometiera a la autoridad de ninguna fundación de hombres. La facultad religiosa es la dote más divina del alma, y ¿es creíble que cuando la ciencia física marcha ya con pasos conquistadores por las llanuras de lo invisible, que mientras intrépidos pioneros escalan las alturas de lo intangible, Dios deba encomendar el bienestar del alma a las manos de hombres que le cortarían las alas y la mantendrían prisionera en las garras de los llamados Padres [[ref.](#)], que forjaron sus grilletes hace largos, largos siglos? Todo esto Dios y Cristo lo previeron, y ordenaron sabiamente la no autoridad de ninguna institución humana en asuntos espirituales».

«¿Olvidas la existencia de la inspiración?».

«No. Al contrario, siempre estoy dispuesto a admitir que el origen de la mayoría de los sistemas religiosos se encuentra en la inspiración de cierto tipo, pero la admisión no afecta a la conclusión. La inspiración no es una visión concedida a Moisés, Isaías, Pablo o incluso Jesús con una autoridad infalible vinculante para todos los que vienen después de la revelación. Cristo fue muy claro sobre

este punto: *'Tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de la verdad, él os guiará a toda la verdad'* [ref.]. La inspiración, pues, es más bien un río que sigue a la humanidad, una evolución con una sucesión de revelación tras revelación, una herencia en la que hay que entrar a medida que la humanidad es capaz de asumirlas. Por lo tanto, por otra inferencia, ninguna inspiración es perfecta en sí misma, sino que cada una, si se aprehende correctamente, conduce a algo mejor, hasta que la última, siempre que se alcance, nos conduzca a la presencia de Aquel que es el único perfecto: nuestro Padre Dios. Permíteme que me explique claramente al decir que ninguna inspiración perfecta ha llegado jamás a la Tierra a través del hombre, ni es posible que lo haga, puesto que el hombre mismo es imperfecto. No hago ninguna excepción a este respecto. Cristo lo reconoció cuando dijo que había cosas que sólo eran conocidas *'no por los ángeles que están en los cielos, ni por el Hijo, sino por el Padre'* [ref.]; y cuando Él hace tal admisión en cuanto a Sus propias limitaciones, bien podemos contentarnos con no reclamar más para individuos o instituciones menos favorecidos. Señalo esto para que veas cómo mantengo a Cristo en primer lugar».

«Sigo atentamente todo lo que dices», respondí, ansioso por no molestarle ni apartarle del argumento que bien podía ver que aún no había concluido.

«Esta cuestión me lleva ahora a otra objeción fatal contra la autoridad de la religión eclesiástica. Dios ha elegido desde el principio que esta corriente de inspiración, que fluye siempre ampliando, profundizando y aumentando la capacidad de servicio a la humanidad, sea Su canal de comunicación con el alma evolutiva del hombre; pero el reconocimiento de esta disposición sería destructivo de toda pretensión jerárquica, y por esa razón ha habido siempre una lucha mortal contra los profetas por parte de los sacerdotes, pensamiento que me lleva de nuevo a mi afirmación de que Jesús, como profeta, no podía participar en el servicio de sacrificios del Templo».

«¿Cómo, entonces, podrían los sacrificios ser una prefiguración [*foreshadowing*] de Su propia gran obra?».

«No lo eran. Ni el Código Levítico ni la interpretación rabínica del mismo contenían rastro alguno de tal sugerencia. El Mesías esperado por el Templo era un monarca conquistador, que debía restaurar las glorias del reinado de David y sentarse para siempre en el trono establecido por el pastor-salmista. La oposición que los sacerdotes y gobernantes ofrecieron al Cristo, que fue llevada a todos los extremos posibles hasta que se consumó la crucifixión, surgió del hecho de que el carácter que Él asumió era así de contrario a todas sus pretensiones, expectativas, enseñanzas e intereses. Las posiciones relativas ocupadas por Cristo y el Templo estaban tan separadas como las que se asignaron al Rico y Lázaro en la sugestiva parábola [ref.], y todos los intentos de reconciliación eran imposibles a menos que el culto del Templo avanzara espiritualmente y se perdiera en el nuevo nacimiento del reino eterno. Nada puede mostrar más claramente esta división que la expresión del Cristo: *'Escrito está que Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones'* [ref.]. No se puede cometer mayor error a este respecto que imaginar que los sacerdotes de Israel consideraban que su culto y servicio eran anticipatorios de la obra sacrificial de Cristo; el Código Levítico abunda en garantías de que el sacerdocio será una institución eterna, mientras que todos los profetas son igualmente enfáticos al declarar que el culto era puramente humano y carecía de autoridad divina. Jesús no era ni sacerdote ni levita. No procedía de ninguno de los clanes sacerdotales, ni tenía el espíritu de la confraternidad [*"fraternity"*: pongo confraternidad, porque supongo que se refiere a que no era más especialmente fraternal con la hermandad eclesiástica de la época de lo que lo era, "fraternal", con cualquiera

(ya que Dios es así con todos, y Jesús, al final de aquella vida física en el primer siglo, actuaba en armonía con cómo Dios siente cada cosa)]. Él era un profeta de la cabeza a los pies, y sobre Él descansaba el innegable manto de la inspiración profética».

«¿Pero los profetas no ofrecían también sacrificios?».

«¡No!», fue la lacónica pero rotunda respuesta.

«¿Has olvidado a Elías en el Carmelo?» [\[ref.\]](#), pregunté.

«Aquello no fue un sacrificio, sino una prueba para comprobar cuál era el Dios verdadero, si el Dios del profeta o el dios de los sacerdotes. Fue una demostración a Israel en una época de peligro nacional de que la religión organizada, por muy puntillosamente que su ceremonial sea llevado a cabo por un pueblo unido y una jerarquía de sacerdotes, no tiene la influencia de una sola vida consagrada en un llamamiento al Cielo. Fue una declaración de una vez por todas, tal como Pablo la expresó más tarde en la Colina del Aerópago cuando dijo: *'Dios, que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es adorado por manos humanas como si necesitara algo'* [\[ref.\]](#) [\[2\]](#) [\[3\]](#)]. ¿Qué más necesito decir para probar que el Dios que los hombres han fabricado y moldeado en los credos de la teología sistematizada no es el Dios hacia el que el mundo ha estado tanto tiempo extendiendo sus manos para encontrar? El Dios de Cristo es el Dios que el mundo está esperando. Aquel que ha sido propuesto como dios por los sacerdotes —un dios sujeto a todo tipo de caprichos mezquinos, que puede ser sobornado para que atribuya una rectitud que no es alcanzada, que es manipulado por la voluntad del hombre, y gobierna su reino según las decisiones de los concilios eclesiásticos— no es más que un pobre sustituto del gran Padre de la raza humana, y se ha convertido en un insulto a la inteligencia, y los hombres se apartan de la marioneta eclesiástica con repugnante disgusto. Que tu primer esfuerzo en tu nueva misión sea devolverles al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; hablando un evangelio vivo a través de los labios inspirados de hombres vivos, y llamando a una novedad de vida que probará su divinidad por el fruto que dé. Esta es la única autoridad espiritual que el mundo aceptará, irradiando el poder y la gloria de Dios, y tan salvaguardada, que las puertas del error no prevalecerán contra ella» [\[ref.\]](#).

Capítulo 20

Los hombres de Dios

Rhamya ciertamente profundizó con su arado el tema que se le había encomendado exponer para mi edificación. Al igual que el Maestro al que tan fervientemente me aconsejaba seguir, hablaba sin ambages, aunque tras su fervor era fácil discernir un trasfondo de cautela para templar el celo con el que arrancaba la cizaña, no fuera a ser que el trigo también sufriera. Su confianza era firme en la vitalidad inherente de la verdad, en contraste con la existencia transitoria del error. La primera debe triunfar, el segundo debe fracasar. Quería que el obrero en el campo de la cosecha se esforzara para que la consumación no se retrasara.

Sin embargo, aunque no quería que la cizaña fuera destruida de manera precipitada e imprudente, estaba igualmente decidido a hacer todo lo posible para evitar que sembraran su semilla por todas partes. La plantación actual debía permanecer por el momento, por el bien del trigo que crecía en estrecha asociación con ella, pero en la medida en que pudiera evitarlo no habría posibilidad de sucesión. Otros trabajadores eran responsables de la condición pasada y presente, pero su deber se

refería al futuro, en nombre del cual estaba resuelto a mostrarse como un obrero aprobado por Dios y que no necesitaba avergonzarse.

El tono y los modales firmes que adoptó desde el primer momento me inspiraron confianza. No hizo ningún intento de distinguir entre los méritos relativos de los diferentes sistemas religiosos, pero al encontrar que todos descansaban sobre una supuesta autoridad que no poseían, y que cada jerarquía se levantaba sobre una base falsa, el tiempo era demasiado valioso para él como para emplearlo en señalar distinciones de detalle. Estaba dispuesto a admitir que todos poseían el deseo de prestar un cierto servicio por el bien de la humanidad, y en la medida en que ese deseo se alcanzase honestamente, aceptaría cualquier servicio que la institución pudiese prestar; pero en el momento en que cualquier sistema aplicase las medidas o limitaciones de un hombre a la capacidad y atributos del '*Dios desconocido*', en el momento en que el sacerdote intentase decir lo que Dios haría o no haría, bajo la única autoridad de los líderes de su escuela particular, Rhamya se ponía firme, negaba la autoridad, y no tendría más asociación con el aspirante a usurpador.

La iglesia tiene un trabajo bueno y útil que hacer, pero primero es seguir —humilde y fielmente seguir— los pasos de Cristo, y dejar que la luz de Cristo brille a través de su propia naturaleza espiritual para conducir a un mundo ciego e ignorante al redil de la regeneración. Pero al hacer esto, la Iglesia nunca puede ser más que un siervo dispuesto, que puede conocer la mente y la voluntad de Dios sólo en proporción a su semejanza con Él. Los propósitos y secretos de Dios se revelan a las almas individuales, no se depositan en fideicomiso en las instituciones, de modo que nadie pueda reclamar ninguna sucesión en una línea ininterrumpida, excepto la común de la fragilidad humana y la falta de comprensión.

Este era el objetivo al que Rhamya dirigía claramente mi atención, y en su esfuerzo por conseguirlo había captado el interés de Eilele por igual que el mío.

«¿No fue acertada mi decisión de apelar a Omra?», preguntó ella cuando Rhamya hizo una pausa, indicando el final de esa parte de su argumento.

«Nunca tuve la menor duda de ello -respondí-; mi punto no era el de oponerme a un maestro mayor, sino más bien que debía contentarme de buena gana contigo misma».

«No pensemos en mayor o menor entre nosotros -sugirió Rhamya-; en esta vida todas las cosas trabajan juntas para suministrar los medios mejor adaptados a cada necesidad, y es de acuerdo con esa disposición que Eilele pidió, y yo soy enviado en tu ayuda. Al mismo tiempo, debo pedirte que te guardes de cualquier anticipación exagerada de lo que seré capaz de hacer de esta manera. Deseo que entiendas claramente que sólo puedo dirigir tu atención hacia el camino donde está la verdad. Me resulta imposible exponer completamente o discutir en detalle la revelación que ya ha sido concedida, sin hacer el intento de indicar lo que aún ha de ser revelado; aunque estas expansiones deben ser dejadas a tu propio estudio y experiencia. Pero puedes estar bien seguro de esto, de que lo que queda inadvertido del pasado, igualmente como lo que yace en el futuro, será encontrado abierto y accesible para ti a lo largo de la línea de la ley de Dios, de la cual ningún desarrollo puede jamás desviarse. Ningún hombre en su búsqueda de la verdad necesita desviarse ni a la derecha ni a la izquierda, porque el camino de Dios es siempre recto y brilla más y más hasta el día perfecto, para que el caminante, aunque sea un necio, no se equivoque en él».

«Me gusta oírte entretejer esas citas familiares en tus argumentos; me atraen como comentarios nuevos y vivos por la forma en que las usas, y dan al viejo libro un significado brillante que no había encontrado antes».

«¿Te darás cuenta también de que sólo cito las partes proféticas del libro? En mi exposición de la verdad no necesito ni recibo ayuda de ninguna parte del sistema sacerdotal o de la ley ceremonial. Si tienes esto en cuenta te ayudará a comprender cuán clara y completamente están divididos los dos cultos».

«Gracias por la insinuación. La tendré siempre presente».

«No necesito detenerme en los postulados descabellados y extravagantes de los últimos sistemas religiosos, de las contradicciones evidentes y las suposiciones imposibles de las que una mente serenamente inquisitiva retrocede por ser contrarias a toda concepción inteligente de Dios. Tú has descubierto todas estas cosas por ti mismo. Por lo tanto, pasaré de la consideración negativa a la positiva de la religión. Y aquí debo pedirte que me prestes tu más cuidadosa atención mientras te conduzco por un sendero algo desconocido hacia esa carretera de la evolución espiritual de la que acabo de hablar como "La carretera de la santidad", donde "los caminantes, aunque necios", no deben errar por no ser capaces de comprender.

»Este nuevo punto de vista lo encontramos en la luz de ultratumba en la que tú y yo nos encontramos ahora, desde la cual miramos hacia atrás y vemos las providencias de Dios como nunca fuimos capaces de comprenderlas desde el nivel de la vida inferior».

«¿Me disculpas si te pregunto si esta nueva posición es válida dadas las circunstancias? ¿Acaso la necesidad de toda religión no surge de la posición peculiar en que puede encontrarse el hombre en un momento dado, y no debe necesariamente ser algo verdaderamente natural a esa condición?».

«Me alegro de que hayas formulado tus preguntas, porque la indagación te ayudará a captar el pensamiento central sobre el que deseo fijar tu atención. Tenlas bien presentes, y procederé a contestarlas continuando lo que estaba a punto de decir.

»Vista desde esta otra vida, toda la creación es una unidad que trabaja a través de innumerables etapas sucesivas hacia una meta clara y bien definida: la producción de una humanidad divina. Al trazar este linaje, sin embargo, será innecesario que vayamos más atrás de donde encontramos el vado del Rubicón, donde el hombre cruzó a la consciencia de la existencia individual. Atrás quedaban las nieblas del olvido en las que se perdía todo recuerdo de los ayer del pasado. Cuando se comprendió a sí mismo y sus facultades lo suficiente como para empezar a hacer comparaciones, la diferencia entre él y su vecino más próximo en el mundo animal era tan grande que le llevó a creer que era un nuevo orden de ser, una nueva creación. Pero a medida que se familiarizaba con las operaciones de la naturaleza, encontró en la crisálida un eslabón que unía a la oruga con la mariposa, obligándole a detenerse y preguntarse si no habría otro eslabón ausente, en un estadio superior, que le uniera con la vida inferior. No nos corresponde, sin embargo, detenernos aquí en nuestra presente investigación, sino que pasamos a fenómenos más maravillosos que se impusieron a la atención de la mente en desarrollo. Uno de sus primeros descubrimientos le inspiró terror y curiosidad a partes iguales. Aprendió, observando y comparando experiencias, que mientras permanecía tranquilamente inconsciente de todo lo que le rodeaba, poseía otros ojos, oídos y sentidos que los de su cuerpo; era capaz de cazar y seguir diversas actividades mientras sus amigos estaban seguros de que yacía tranquilo en su cueva; se encontraba y hablaba con compañeros que hacía tiempo que habían sido devorados, quemados o enterrados. De vez en cuando, alguien recuperaba, de su sueño, el recuerdo de algo previsto que luego sucedía en la vida real, y otros, como Balaam, adquirirían el hábito de consultar a los durmientes acerca de sus quehaceres cotidianos: *'Y él (Balaam) les dijo: Hospedaos aquí esta noche, y os volveré a traer la palabra que*

el Señor me diga; y los príncipes de Moab se quedaron con Balaam. Y vino Dios a Balaam y le dijo: ¿Qué hombres son estos que están contigo?' (Números 22:8-9). Otros descubrieron que podían hacer peticiones en sueños y recibir dones que les prestaban un servicio particularmente valioso en sus vocaciones diarias. Tomemos como ejemplo la experiencia de Salomón. En el Libro de los Reyes ([1 Reyes 3:5-15](#)) leemos:

«"En Gabaón, el Señor se apareció a Salomón en un sueño nocturno, y Dios le dijo: Pide lo que yo te he de dar".

»"Y Salomón dijo: Tú has hecho gran misericordia a tu siervo David mi padre, por cuanto él se condujo delante de ti en verdad, en justicia y en rectitud de corazón para contigo; y le has guardado esta gran misericordia de darle un hijo que se siente en su trono, como en este día".

»"Y ahora, Señor Dios mío, has puesto a tu siervo por rey en lugar de David mi padre; y yo no soy más que un niño: apenas sé cómo comportarme, no sé salir ni entrar".

»"Y sin embargo, aquí me tienes, tu siervo, en medio de tu pueblo que has elegido, un pueblo grande, que no se puede contar ni numerar por la multitud".

»"Da, pues, a tu siervo un corazón entendido para juzgar a tu pueblo, para que discierna entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién podrá gobernar a este pueblo tuyo tan grande?".

»"Y agradó a Jehová que Salomón hubiese pedido esto".

»"Y Dios le dijo: Porque has pedido esto, y no larga vida para ti; ni has pedido riquezas para ti, ni la vida de tus enemigos; sino que has pedido para ti entendimiento para discernir el juicio;"

»"He aquí que he hecho conforme a tus palabras: he aquí que te he dado un corazón sabio y entendido, de modo que no hubo antes de ti otro como tú, ni después de ti habrá otro como tú".

»"Y también te he dado lo que no pediste, riquezas y gloria, de modo que no habrá rey como tú en todos tus días".

»"Y si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y mandamientos, como anduvo David tu padre, yo alargaré tus días".

»"Y Salomón despertó, y he aquí que era un sueño"».

»Pero el don no se desvaneció con el despertar. La sabiduría de Salomón siempre ha sido proverbial. Otros también fueron dotados con el poder de la interpretación de los sueños, como José [[ref.](#)]; o, yendo un paso más allá, oímos de Daniel pidiendo tiempo que le permitiera volver al ámbito de los sueños, y recuperar el conocimiento del sueño del rey, antes de dar a conocer la interpretación [[ref.](#)].

»Ahora bien, no forma parte de mi propósito pedirte que creas que todos los sueños son comunicaciones divinas; simplemente afirmo que el sueño es un agente conveniente y natural para ser empleado así, y también deseo que veas en los registros que he nombrado el origen del don profético en el que ahora estamos interesados. Aquí se encuentra otro eslabón, esta vez uniendo las condiciones naturales y espirituales, y disponible para la continuación de un sistema ininterrumpido de evolución. A partir de este rudimentario comienzo, la corriente profética puede trazarse claramente como el canal de revelación divinamente designado. '*Si hay un profeta entre vosotros -dice Dios-, yo, el Señor, me manifestaré a él en visión y le hablaré en sueños'* ([Números 12.6](#)). Un poco más tarde encontramos que el profeta es un hombre sobre el cual, en una condición normal, el Espíritu del Señor desciende y lo cambia '*en otro hombre'* ([1 Samuel 10.6](#)), obligándolo a hablar no sus propias palabras, sino como el Espíritu le dé a hablar. Aquí, pues, encontramos la vía divina y viva por la que Dios ha ordenado hacer sus revelaciones al hombre, y en esta línea profética encontraremos en breve al Cristo de Dios».

«Perdona que te interrumpa, pero ¿no es este descenso del Espíritu sobre el profeta lo que he visto en el cubrimiento de Cushna sobre nuestro propio psíquico [*Robert, el canal, que se vio "sobrevestido" —tal como también lo vimos expresar, ese fenómeno, con esa palabra, "sobrevestido"—*]?».

«Precisamente; y si has observado el control de Cushna lo comprenderás mucho mejor que por cualquier explicación que yo pudiera dar».

«No sólo he observado -respondí-, sino que se me ha permitido enviar un mensaje a la Tierra. Pero antes de que continúes, ¿me permites que te pida información sobre un mandato que me plantea una dificultad respecto a esta comunión abierta a la que tan claramente me estás llevando?».

«¿De qué se trata?».

«Me refiero al mandamiento del Deuteronomio que prohíbe la consulta con espíritus familiares como una abominación al Señor» [[ref.](#)].

«La pregunta es muy oportuna, y la consideraremos de inmediato. La prohibición es una promulgación de los sacerdotes, y como tal, siendo de origen puramente humano, no tiene ninguna fuerza válida cuando se dirige contra un fenómeno natural. No niega, sino que admite la autenticidad de la comunión, o si no, no habría razón para prohibirla. No es la única vez en la historia de la religión en que los sacerdotes han utilizado el poder del Estado en un vano intento de aplastar la verdad. El esfuerzo por poner fin a esta relación directa con los poderes espirituales era una necesidad vital para la existencia del sacerdote. Cuando el sacerdote y el profeta se enfrentaban, siempre era el segundo el que demostraba ser superior, y el primero sólo podía mantenerse gracias al apoyo del trono. Tan pronunciado había llegado a ser este hecho que las autoridades del Templo de Jerusalén se vieron empujadas finalmente a aceptar el principio profético, y una vez al año se suponía que el Sumo Sacerdote consultaba directamente a Dios por medio del [Urim y Tumim](#). Pero aunque se observaba la forma de la consulta, su espíritu estaba ausente, y no hay constancia de ningún éxito sacerdotal. No debo, sin embargo, dejar este tema sin señalar que por la posibilidad de que esta comunión se deba a una ley natural, se da acceso por igual a inteligencias altas y bajas para participar en ella, siendo la ley de Dios, en este como en cualquier otro caso, sin acepción de personas. Esto lo vieron y reconocieron los profetas desde el principio, y establecieron prudentemente esta regla relativa a la interrelación: *'Cuando un profeta habla en nombre del Señor, si la cosa no sigue, ni se cumple, eso no es lo que el Señor ha hablado, sino que el profeta lo ha dicho presuntuosamente: no tendrás miedo de él'* ([Deuteronomio 18:22](#)). Tal ley lleva en su faz la evidencia de su emanación desde la verdad; no insiste en la aceptación, inmediata e incondicional, porque haya sido declarada incluso por labios inspirados, sino que, con toda la caridad de la razón, busca la aceptación cuando su veracidad ha sido establecida. Es la ley espiritual unida a la natural: *'Por sus frutos los conoceréis'* [[ref.](#)]. Su ley funciona en ambos sentidos; por lo tanto, en tus relaciones con la Tierra, haz saber sin equívocos que quienquiera que se acerque a estas interrelaciones atraerá hacia sí almas que simpatizan estrechamente con la vida que llevan. Lo que sean aquellos que buscan la comunión, lo serán aquellos que respondan a la llamada. Los que sean buenos atraerán a los buenos, y los curiosos, los engañadores, los hipócritas, los impuros, los viciosos y los inmorales se asociarán con caracteres que están en armonía con su propia naturaleza. Esta ley es inexorable, y no hay forma de eludirla. Por lo tanto, que todos los que quieran entrar en el disfrute de este privilegio divino se acerquen con las manos limpias y el corazón puro, porque

sólo los que así son tienen poder para subir a la colina del Señor, donde se encuentran aquellos que conocen y son capaces de declarar los secretos del reino».

«Te agradezco tu cautela -respondí-; he estado con Ladas en el ámbito de sus trabajos, donde he visto esta ley de atracción en funcionamiento activo, por lo que no es probable que lo olvide».

«Si la has visto, no la olvidarás. Ahora, después de haber echado una ojeada al surgimiento de la inspiración profética, y de haber comprobado que es una disposición natural para suplir una necesidad inevitablemente existente, pasemos a ver cómo está diseñada para elevar al hombre a la región de lo Divino, y así asegurar la salvación de toda la raza llevándola a la unión real con Dios».

Capítulo 21

La venida del Cristo

«A estas alturas ya estarás en condiciones de comprender cuán estrechamente está relacionada la escuela de los profetas con el aspecto espiritual de la vida -continuó Rhamya-, y cuán ampliamente divergente y absolutamente irreconciliable es su sistema con el de los sacerdotes. Uno opera desde el futuro y desde arriba, extendiéndose hacia afuera y hacia abajo para guiar a la raza hacia la verdad en constante desarrollo; el otro es del pasado y desde abajo, utilizando la energía y la influencia de las eras que han pasado para impedir que el presente avance. Uno es de vida, el otro de muerte: de esperanza opuesta al miedo; de emancipación versus esclavitud; del Cielo en sucesión de la Tierra.

»Una vez que el orden divino para alcanzar y guiar al hombre se hubo instalado satisfactoriamente, y comenzó a dar evidencia clara e inequívoca de ser controlado y utilizado por inteligencias con poder para leer e interpretar misterios inescrutables a los ojos humanos, no es difícil ver cuán infinitamente superior a sus semejantes llegó a ser la posición de todos los que eligieron trabajar en armonía con las condiciones establecidas por aquellos que desde su posición más elevada estaban ofreciendo ayuda a todos los que todavía caminaban en la oscuridad y la sombra de la muerte. Toda la infinitud de Dios se puso a disposición del beneficio de los hombres, el suministro no tuvo más restricción que la de la demanda y la transmisión sin límite, salvo la capacidad de transporte del vehículo puesto a la disposición divina. El conducto profético se nutre del océano infinito del agua de vida, del cual el suministro y la calidad de la revelación siempre serán gobernados por los canales a través de los cuales fluye. Pero, como ya he dicho, desde el momento en que vemos al espíritu del Señor descender sobre el profeta y cambiar visiblemente su identidad actual —como has visto en el caso de nuestro propio psíquico— un sentimiento de satisfacción por los resultados obtenidos se apoderó de los profetas, se detuvo el desarrollo ulterior, y se permitió que la corriente siguiera su propio curso.

»Ahora llegó la oportunidad de los sacerdotes, quienes, aliándose con el Estado, entraron en violenta oposición a los profetas y utilizaron toda la maquinaria del poder temporal para destruir la influencia de los predicadores de la rectitud, capturando los sentidos con ornamentados rituales y ceremonias.

»El reino de Dios, sin embargo, no vino para la percepción [[ref. \[2\]](#)], y una vez que se estableció claramente el influjo de la revelación, el río continuó creciendo, ya que el depósito de suministro se encontraba en las colinas eternas, muy por encima de cualquier nivel de oposición temporal o maquinaciones humanas. Ninguno de los empeños de Dios se abandona jamás. Cualquier verdad que comience será llevada a su fin. El mayor error que podemos cometer es tratar de medir la

eternidad de Dios por la duración de nuestra existencia mortal, y como Él no completa Su plan en el lapso de tiempo de nuestro breve día, llegar a la conclusión de que ha fracasado en su proyecto y lo ha abandonado. Nunca ha habido una falacia mayor que haya asaltado la mente humana.

Consideremos los eones de la existencia de la Tierra en comparación con el vuelo de nuestra propia golondrina asustada a través de ella. Durante todos esos períodos inmensurables, Dios ha esperado pacientemente que la Tierra produjera al hombre que Él le encargó que produjera (no fue mucho considerando la magnitud del resultado [*ver comentarios a este "problema con la evolución", en el audio del anterior capítulo*]), y la eternidad no es ni un latido más antigua que cuando se dio la orden; ¿qué son entonces los mil años de la estática era espiritual judía, cuando todas las variaciones en la corriente de la profecía eran como ondas, causadas por el aliento de un entusiasmo pasajero? La corriente estaba subiendo, aunque nadie lo notaba, y las aguas tranquilas se arrastraban cada vez más alto hacia la piedra de coronamiento de la presa que la obstruía».

«Deseo que respondas una pregunta que se me acaba de ocurrir», interrumpí.

«Por supuesto, porque estoy deseoso de no dejar ninguna duda. ¿Qué me preguntarías?».

«Si, como dicen los registros, también hubo una intervención directa del ministerio angelical en la época de la que hablas, ¿cómo fue que, cuando los profetas descuidaron sus privilegios, los ángeles no asumieron la obra y la llevaron adelante?».

«Porque no pudieron hacerlo. Hay muchas ocasiones en las que se debe prestar ayuda y realizar otros deberes, para los cuales no hay ningún agente humano disponible, y en todos esos casos estamos autorizados a asumir una forma física y cumplir con el deber. Una experiencia un poco más prolongada te mostrará con qué frecuencia se hace esto más allá de lo que ahora podrías estar inclinado a suponer. Pero dondequiera que el ministerio se refiera a una regla de vida o conducta, la instrucción debe darse a través de un agente que ocupe la misma posición que aquel a quien hablamos. Por ejemplo, supongamos que un hombre está luchando heroicamente contra una feroz tentación, entonces, acercarse a él con todos los accesorios reconocidos de una forma angelical podría excitar su reverencia y asombro, pero fallaría notablemente donde más se necesita: en la capacidad de impartir fortaleza. En aquellos casos en que nos acercáramos para fortalecerlos con nuestra simpatía y la seguridad de nuestro éxito, sólo lograríamos, debido a la idea equivocada de los hombres acerca de los ángeles, provocar la pregunta: ¿qué podríamos saber nosotros, que hemos sido creados sin pecado, que nunca hemos sentido el poder de la tentación, que nunca hemos experimentado el peso de la debilidad asociada con la carne, de la lucha diaria y continua que un hombre está llamado a soportar? Y el resultado sería que la diferencia entre las dos condiciones formaría un abismo a través del cual la ayuda que gustosamente brindaríamos parecería más una burla que un estímulo. Por otra parte, Dios ha diseñado, en el don profético, un esquema natural en el que las condiciones humanas y angélicas pueden combinarse y mezclarse tan armoniosamente, que el que lo usa puede leer y encontrar un refugio seguro en cada momento de dificultad.

»Si deseas rastrear la impotencia de cualquier ministerio al hombre ofrecido a través de una naturaleza que difiere de la suya en algún sentido, puedes encontrar material para hacerlo en el dogma de la iglesia moderna, sobre la llamada procreación y nacimiento de Cristo. El monstruoso postulado está repleto de contradicciones desde el primer pensamiento, y cuando se han empleado dos mil años de intelecto humano en un intento de adaptarlo a la necesidad común, no se ha logrado nada más que una confusión aún mayor de la que la razón y la inteligencia se apartan con una decepción hastiada.

»Esa es la razón por la que el ministerio directo de los ángeles no ha ocupado el lugar de la profecía».

«Dime -exclamé con ansiosa impaciencia, ya que finalmente había roto el silencio sobre ese nombre, que está por encima de todo nombre-, dime —pues aquí está el objetivo de toda mi investigación— ¿cómo lees e interpretas ese gran misterio de los siglos: la personalidad y la naturaleza de Cristo? Si los ángeles en su naturaleza están tan alejados del hombre, seguramente Él debe estarlo inmensurable, ¡incomparablemente más!».

«Permíteme, en primer lugar, desengañar tu mente de una idea que corres el riesgo de confundir: no hay ángeles excepto aquellos que han entrado en tal estado a través del portal de la humanidad. La visión de Jacob de la escalera nos muestra el orden natural en la generación de los ángeles: los vio *'subiendo y bajando'* [ref.]. Hasta que no han alcanzado la condición, no pueden ser empleados en el ministerio. Cuando la Tierra comprenda este hecho, entonces la interposición angélica directa será más efectiva.

»Pero es la idea de la soledad y el aislamiento de Cristo lo que me preocupa más particularmente por el momento. Ya he admitido que Él ha sido forzado a esta falsa posición, y el efecto natural de ello es la impotencia de la religión llamada por Su Nombre Omnipotente. Pero el Cristo que consiente en ser dispuesto de esta manera es sólo una figura laica eclesiástica, de la cual quisiera apartar tu mirada para que contemples al Cristo viviente, el Cristo de Dios.

»En Él no encontramos ningún deseo de separación o aislamiento, sino más bien a un Buen Pastor, viviendo entre Su rebaño o caminando a la cabeza de él, considerando cuidadosamente a todos los que son frágiles o débiles, y acurrucando tiernamente a los jóvenes en Su seno. Si alguno se extraviara por algún descuido o tentación, Él irá tras él hasta encontrarlo, porque, dice Él: *'esta es la voluntad del Padre que me envió, que de todo lo que me diere, no pierda nada'* [ref.]. En la ejecución de este mandato, Él se identifica tan estrechamente con los miembros a Su cargo que tocar a uno de ellos es tocarle a Él mismo. Nunca se concibió una unión más estrecha o más ideal y de mayor alcance que la que Él contempló. Escúchalo cuando suplica al Cielo en favor de ellos: *'Mas no ruego sólo por estos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que también ellos sean uno en Nosotros; para que el mundo crea que Tú me enviaste. Y la gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno: yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los amaste como también a mí me has amado'* [ref.]. ¿Hay aquí algún deseo o pensamiento de aislamiento? Concedo que, por necesidad, por el momento, Él era el Hijo unigénito del Padre, pero la posición era sólo temporal, como debe recaer naturalmente en la suerte del *'primogénito entre muchos hermanos'* [ref.], todos los cuales han de ser coherederos de la herencia común.

»Pero basta de estas declaraciones de error. Procedamos más bien a considerar lo que es verdad en relación con Él. Y para que no pasemos por alto su descendencia directa de la línea de profetas que lo habían precedido, permíteme recordar hasta dónde habíamos rastreado el desarrollo del culto. La última vez que nos enteramos de esto fue cuando Samuel le aseguró al recién ungido rey Saúl que, mientras se dirigía a su casa, en cierto lugar, el espíritu del Señor vendría sobre él y lo transformaría en otro hombre, iniciándolo divinamente en la escuela de los profetas. A partir de este incidente, la corriente de inspiración continúa con ligeras variaciones durante algo así como mil años antes de

que encontremos la majestuosa figura de Juan el Bautista, eclipsado y controlado por el espíritu de Elías, predicando en el desierto y anunciando la pronta venida de Cristo».

«¿Fue Juan una reencarnación de Elías?», pregunté, feliz de poder recibir alguna declaración autorizada sobre este problema tan controvertido y difícil.

«¡No! La teoría de la reencarnación es uno de los dispositivos inventados por los sacerdotes para aterrorizar a los hombres y mujeres y someterlos; no podría introducirse en el orden natural de la existencia sin reducir todo el sistema al caos. Además, no tiene ni uso ni propósito. Todo lo que se supone que debe efectuar se logra mucho más ordenada y rápidamente mediante un proceso más coherente con el amor y la rectitud. Juan era un profeta sobre quien el espíritu del Señor pudo descender, convirtiéndolo en otro hombre y hablando la palabra del Señor a los miles reunidos que fueron atraídos por la extraña atracción magnética del misterioso predicador, y el espíritu que inspiró la expresión fue el antiguo profeta Elías. Por lo tanto, el Cristo al hablar de él dijo: '*Elías ya vino, y no lo conocieron*' [[ref.](#)]; pero cuando le preguntaron a Juan: '*¿Eres tú Elías?*' [[ref.](#)], respondió con igual verdad: '*No lo soy*'. No hay ninguna contradicción aquí. Cristo, hablando no tanto del hombre como de la misión, perdió de vista al instrumento en Su exaltación del poder que había detrás; olvidó la carne en Su reconocimiento del heraldo divinamente comisionado que la eclipsaba y controlaba, y por lo tanto reconoció la presencia del gran profeta hebreo. Pero cuando Juan terminó su predicación y el espíritu controlador se retiró, le preguntaron a Juan si él era Elías, y con igual verdad respondió: '*¡No lo soy!*'. El incidente está lleno de sugerencias significativas cuando se lo considera así, pero desde cualquier otro punto arroja una sombra de reflexión [*reflection*] sobre la veracidad de una u otra de las dos grandes personalidades. Una vez más, Juan fue el precursor de Cristo, enviado para preparar el camino para Él, y el hermoso significado de su oficio se pierde por completo a menos que se admita esta interpretación puramente profética, como verás enseguida antes de que termine de hablar de uno mayor que Juan».

«¡Sí! Estoy ansioso por escuchar lo que dirás de Él», exclamé con ansiosa impaciencia.

«Hay muchas preguntas que me siento impulsado a discutir a modo de introducción a esta figura preeminentemente única en la historia del mundo -comenzó con una deliberación lenta y tranquila, extrañamente en contraste con mi propio entusiasmo-; pero las pasaré por alto todas, para no distraerte del tema central y de suma importancia por el momento. Se pueden considerar cuestiones colaterales más adelante, pero por el momento encontraremos suficientes para ocupar toda nuestra atención en descubrir la verdadera relación de Jesús el Cristo con la humanidad y con Dios. Esto es lo que me propongo hacer ahora. Y tal vez el momento más favorable para que conozcamos al Nazareno sea encontrarlo entre la multitud pendiente del discurso de Juan, quien reconoció que vio a Jesús pero no lo conoció».

«¿No fue eso muy extraño?», pregunté.

«No, y te mostraré por qué. La explicación te será de utilidad personal antes de que hayas avanzado muy lejos en tu propio ministerio. Dios ha ordenado sabiamente que todos los que participan activamente en una misión no puedan ver cuál será su resultado final. Mientras estamos trabajando, nuestra certeza del éxito debe ser la fe que brota de la bendición de Dios, que descansa sobre nuestro esfuerzo sincero. Si ya pudiéramos ver el resultado de nuestro trabajo, podríamos tender a la negligencia, y el Padre no permitirá que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar; por eso Él echa el velo y nos deja sentir que la responsabilidad del éxito descansa sobre nuestros propios hombros. Si Juan hubiera reconocido a Jesús como el Mesías, podría haber relajado sus

esfuerzos antes de terminar su trabajo; por lo tanto, sus ojos estuvieron cerrados hasta que llegó la hora de que se hiciera la revelación».

«Pero los dos eran primos, y las circunstancias del nacimiento y los primeros años de vida de Jesús, con el anuncio angelical de quién y qué era, deben haber sido familiares para Juan».

«Tu conclusión es perfectamente natural desde el punto de vista desde el que la consideras, y hace que el hecho de que Juan no haya reconocido a su primo sea un misterio que requiere una explicación satisfactoria. Pero no deseo seguir nuestra investigación por líneas eclesiásticas, sino por un camino más excelente —recurriendo de nuevo a la declaración de Isaías—, un camino por donde *'el hombre que marcha, aunque sea un necio, no puede errar'* [\[ref.\]](#). Si aceptas mi garantía y sigues a donde te guío, dejando todas tus antiguas dificultades sin respuesta por el momento, verás enseguida que todas ellas son sólo espectros y criaturas de la imaginación que rondan por senderos por los que se ha desviado ilegítimamente, de los que se reirá cuando llegue a la luz de la verdad».

«Tu paciencia me hace avergonzarme de mis interrupciones, pero aceptaré tu consejo y trataré de escuchar tus instrucciones sin más preguntas».

«Debemos necesariamente actuar con cautela para que puedas comprender claramente lo que quiero decir, y tus preguntas son de esperar. He viajado por este camino con demasiada frecuencia como para no saber que estas preguntas surgirán, y por esa razón decidí evitar todo lo que tienda a multiplicarlas.

»Al dar nuestro próximo paso tal vez sea bueno recordarnos la misión y el objetivo de la profecía para que podamos tener una concepción clara del asunto. Su simple objetivo es preparar a la humanidad para entrar en la siguiente fase de la existencia en los términos más ventajosos. Por supuesto, mucho de esto ya se te ha explicado perfectamente, y comprenderás lo imposible que sería para la Tierra, sin alguna guía, deducir su camino hacia la verdad, de ahí la justa necesidad de la provisión profética. Desde el amanecer de la razón y la investigación, el hombre se ha enfrentado cara a cara con el problema de si la esperanza interior de una continuidad de la existencia tenía alguna base de justificación. Pero ¿cómo se resolvería la duda? ¿Quién podría resolverla mediante la búsqueda? El corazón la anhelaba con un anhelo que no podía ser dominado. La esperanza había surgido espontáneamente; ¿era sólo una ilusión burlona? Si en la oscuridad del más allá existía un Dios, ¿por qué no también una vida? Así la investigación cobró valor y fuerza hasta que surgió con el fervor de una raza desvalida que pide ayuda. En respuesta a esto, Dios abrió una puerta de revelación en el corredor del sueño y dio libre acceso al don de la profecía, con sus posibilidades casi infinitas. Si los hombres tan sólo comprendieran la verdadera naturaleza y el valor de esta respuesta divina a la necesidad humana, se quedarían paralizados ante la formidable magnificencia de las fuerzas puestas aquí a su disposición. Pero la irreflexión del hombre es proverbial: *'El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no sabe, mi pueblo no entiende'* [\[ref.\]](#). Pensemos en el valor de la dotación que permite al prisionero José interpretar el sueño del copero y el panadero, luego abre de par en par las puertas de la prisión y lleva al joven hebreo a desempeñar el mismo oficio para el rey, quien eleva al esclavo a ser sólo segundo después de él en consecuencia [\[ref.\]](#); o del poder por el cual Eliseo en Dotán escuchó los planes estratégicos del distante rey de Siria, y así pudo salvar a su país del enemigo invasor [\[ref.\]](#); o la facilidad con la cual Daniel es capaz de hacer una incursión en el reino del sueño y recuperar el sueño olvidado del monarca de Babilonia! [\[ref.\]](#) ¿Quién entre los hijos de los hombres ha dado la relevancia sugestiva que estos asuntos legítimamente exigen? ¿Hasta qué punto se puede desarrollar esta dotación con el

estudio sistemático y el mejoramiento de las condiciones por las cuales opera? Es a esta pregunta a la que estoy ansioso de darte una respuesta para guiarte al Cristo.

»No debo olvidar, sin embargo, que los judíos no lo reconocieron debido a sus concepciones equivocadas en cuanto a la posición que Él ocuparía. Para salvarlos de este error, recordemos lo que podemos esperar razonablemente encontrar cuando lo veamos, y cuál será su misión a cumplir.

»Él será '*Dios manifestado en carne*' [\[ref.\]](#). Pero aquí quisiera advertirte que tengas cuidado de no aplicar una interpretación teológica o dogmática a esta o cualquier otra cita que pueda usar ahora. Cristo no es Dios, sino que es todo el poder de Dios necesario para la ocasión, manifestado a través de la carne. Es el embajador del Rey, que habla a través del intérprete necesario para poner al monarca y al súbdito en comunicación inteligente. Es un siervo comisionado, y siempre se coloca personalmente al nivel del siervo, asumiendo la unión con Dios sólo en virtud de su capacidad oficial, donde siempre es cuidadoso de establecer la distinción entre '*Mi Padre y Yo*', porque '*Mi Padre es mayor que Yo*' [\[ref.\]](#). No tenemos en Jesús un ejemplo de Dios vaciándose para asumir una naturaleza inferior, sino más bien un profeta de un tipo avanzado que ofrece un cuerpo preparado para la morada del Cristo, que es la manifestación más alta de lo divino que la carne puede recibir. El fenómeno real, por lo tanto, es la elevación de la humanidad a la región de la divinidad como un ejemplo de la posibilidad de la evolución espiritual; es la interrelación de las dos condiciones de vida adyacentes, donde, como una marea creciente, la inundación se adentra cada vez más en la tierra hasta que levanta y hace flotar la embarcación varada, y la aleja silenciosamente, llevándola mar adentro.

»Este desarrollo indispensable había sido visto y comprendido desde el principio por nosotros desde el lado espiritual, quienes a través de los profetas habíamos señalado su llegada.

»Entonces nació Jesús. El hijo de las oraciones de una santa mujer, aceptado, desde el primer reconocimiento consciente de la probabilidad de su advenimiento, como un don de Dios para ser reservado sagradamente para el servicio de ese Dios, y durante los meses de su espera *[tarrying]*, saturado y animado álmicamente *[psychologized]* con las santas aspiraciones de aquella que le estaba dando vida y predisposición de carácter. Él se erige todavía como el tipo más elevado de lo que una madre puede producir en su descendencia. Un hombre puede jactarse de su poder intelectual, pero es sólo una mujer la que tiene la capacidad de construir un templo viviente en el que Dios pueda encarnar un espíritu santo. El cielo en verdad cantó cánticos de bienvenida cuando lo vio venir, y uniendo esfuerzos con la madre lo cercaron en preparación para la obra que estaba destinado a realizar.

»Nació profeta. Durante toda su infancia y juventud, la inspiración de la vida espiritual actuó visiblemente sobre él, como cuando en Jerusalén los rabinos y maestros se maravillaron de su conocimiento y sabiduría [\[ref.\]](#). No es extraño que todas sus simpatías se precipitaran hacia el Bautista cuando comenzó su maravillosa misión. No es extraño que se quedara fascinado ante las palabras del predicador. Cómo se conmovió Su corazón al escuchar el llamado a la rectitud de vida y a la entrega a un servicio más divino que la observancia ceremonial del Templo, hasta que la contemplación pasó a una visión abierta, en cuya gloria tembló mientras contemplaba con asombro mudo. Vio a Su raza luchando desesperadamente contra los poderes de la oscuridad que llenaban el valle de la sombra de la muerte [\[ref.\]](#), oyó el clamor multitudinario y agonizante de ayuda donde no había nadie para salvar; desde el inframundo llegó el grito de los muertos como un estruendo atronador que sacudió la tierra y el cielo: '*¡Envía, envía!*'. Volviendo Sus ojos al Cielo, vio a sus

huestes listas pero impotentes por falta de un profeta que pudiera ser investido y convertirse en un líder poderoso para salvar. Postrado ante la gloria cegadora que envolvía el trono, contempló el tipo de una humanidad redimida que suplicaba ayuda '*con gemidos indecibles*' [\[ref.\]](#), y desde lo invisible escuchó la pregunta angustiada: '*¿A quién enviaré?*' [\[ref.\]](#).

»Entonces el alma del Nazareno se levantó hacia su Dios, y en una valiente y santa consagración se arrojó al lado del suplicante y gritó: '*Aquí estoy, envíame, envíame, y en mí y a través de mí, a cualquier precio, hágase tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo*'.

»Sabemos lo que siguió. Cuando en su bautismo esa consagración fue ratificada en presencia de la Tierra, el infierno y el Cielo, '*los cielos se abrieron para Él, y vio al espíritu de Dios descender como una paloma y reposar sobre Él*'. Y he aquí una voz del cielo que decía: '*¡Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia!*'. [\[ref.\]](#)

»Tal fue el orden de aquel primer segundo nacimiento, al que el Cristo llamó después al mundo, un nacimiento en el que Jesús, el profeta de Nazaret, se convirtió en Jesús, el Cristo de Dios».

«¿Por qué no lo he conocido antes bajo esta luz?», pregunté, tan pronto como mi asombro me permitió hablar.

«Porque, como te he dicho, como todos los hijos de los hombres, has estado siguiendo los pasos de guías dogmáticos ciegos, que se han extraviado del camino y han caído en el hoyo» [\[ref.\]](#).

Capítulo 22

El trabajo y la enseñanza del Cristo

Rhamya hizo una pausa, no con el orgullo de quien es consciente de la fuerza de su posición, sino más bien en atenta consideración hacia mí, a quien ha conducido por un camino hasta entonces insospechado hacia la fortificada ciudadela de una verdad largamente buscada. Mis pies estaban en medio de los enredos de la cizaña que ahogaba e intentaba destruir el verdadero grano, y él se resistía a apresurar mi progreso, pero me dejó contemplar la red del engaño, y contrastarla con la carretera claramente definida que él señalaba a medida que avanzábamos.

Si alguna duda o nerviosismo me había inquietado en relación con la buena fe de mi conductor, por fin se había disuelto. Mi futuro camino seguía envuelto en un velo de misterio, pero ¿y qué? Detrás de mí se veían los contornos inconfundibles de la carretera recuperada, recta, bien definida y cuidadosamente planeada, que conducía en la dirección deseada, y provista de salvaguardas para todos los que tuvieran ojos para ver, que eran suficientes para evitar que el peregrino se extraviara.

Mientras meditaba sobre estas cosas y las muchas reflexiones que me sugerían, oí como un eco lejano los acordes familiares de uno de mis himnos favoritos que me aseguraban que...

«Su amor en tiempos pasados me prohíbe pensar
que me dejará al final hundirme en la angustia:
Cada dulce Ebenezer que recuerdo
confirma Su buen gozo en ayudarme a salir adelante». [\[ref.\]](#)
[Ebenezer = "roca del socorro"; sirve de sinónimo a veces de "Jesús": [ref.\]](#)

Me llegó como la afirmación de Myhanene de que «todo está bien», y me otorgó la bendición de la paz de Dios.

Más tarde descubrí que Rhamya era plenamente consciente de lo que acababa de ocurrir, pero no intentó dirigirme ni molestarme; y en cuanto a Eilele, se había aislado completamente que había pasado al olvido. Nunca he llegado a saber si nos siguió en aquel intenso viaje, o si, conociendo tan bien el camino y estando segura del resultado, no dio alas a su mente y pasó el tiempo entre las visiones que parecen siempre accesibles a sus atrevidos vuelos.

De todos los sueños que he tenido en el Paraíso, pocos, si acaso alguno, han sido más dulcemente anticipatorios que los que disfruté en la ocasión de la que hablo. Estaba siendo conducido a través de una región completamente nueva, que, desde un comienzo algo dudoso, se había abierto gradualmente hacia las atracciones más inesperadas, donde yo era completamente incapaz de intentar una predicción de lo que aún podría quedar por revelarse.

«Si sólo un paso a través del umbral
hubiera mostrado tan dulce sorpresa emboscada
¿qué encontraría yo al llegar
al santuario, y, desde dentro, nuevos ojos,
aún no desarrollados, contemplaran la luz de la verdad de Dios,
resplandeciente en gloria perfecta, que mi vista firme
resiste mientras adoro?».

No lo sé, ni podía perder un tiempo valioso en inútiles especulaciones; bastaba con que por el momento me encontrase en una tierra encantada donde nuevos y más divinos sentidos se desplegaban en mí bajo las influencias propias de la condición en que reposaba. Me acercaba a la verdad, y sobre sus campos de alegre sorpresa corrían las amables brisas de la suave revelación de Dios, trayéndome salud y fuerza.

Me alegré mucho de descansar y, sin embargo, mi alma boyante estaba impaciente por alejarse para poder contemplar, con mi visión ahora más clara, más de la belleza del Rey. ¡Me estaba acercando a Cristo! Oh, mucho más cerca de lo que nunca había estado antes, y anhelaba arrojarle a sus queridos pies, y con el satisfecho Tomás exclamar '*¡Señor mío y Dios mío!*' [\[ref.\]](#).

Rhamya dejó pacientemente que la estimulante expectación siguiera su curso hasta que hubo surtido todo su efecto y la señal fue clara de que había llegado el momento de su avance. Entonces volvió a ocuparse de su ministerio y me hizo continuar.

«Ahora estarás preparado -comenzó- para observar un poco más de cerca la hermosa combinación de lo humano con lo divino, mediante la cual Dios, en Cristo Jesús, estaba llevando a cabo la reconciliación del mundo con Él mismo. Y permíteme que te insista una vez más en la importancia de no perder de vista ni un solo instante el hecho de que el único objeto de la obra de Cristo es la reconciliación del mundo con Dios, y nunca propiciar a Dios o conseguir su favor en favor del mundo.

»La dificultad fundamental para el establecimiento de esta deseable asociación, en el lado humano, era la duda de si el hombre era realmente inmortal o sólo '*como la bestia que perece*' [\[ref.\]](#). Y fue precisamente aquí donde se encontró que el sacerdote era tan desesperadamente ignorante como los profanos o los paganos. Si un sistema ha de ser juzgado por el valor del servicio que es capaz de prestar, entonces en este punto tan importante, únicamente para el cual se convoca a las religiones a su existencia, las teologías, los eclesiásticos y las iglesias no se convierten en nada mejor que cañas rotas y especulaciones vacías. Ni los sacerdotes ni los escolásticos están preparados para cruzar este Jordán y traer un informe de la tierra de la otra orilla que resuelva satisfactoriamente la duda. Ellos

«Se detienen, temblando en el borde,
y temen lanzarse» [ref.]

»'Pero Dios ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios; y lo débil del mundo para confundir a lo poderoso; y lo vil del mundo y lo despreciable ha escogido Dios, sí, lo que no es, para destruir lo que es, a fin de que nadie se gloríe en su presencia' [ref.]. Cuando el aprendizaje falla, Dios ha puesto al profeta en disposición de servir a la humanidad. Y el más grande de todos los profetas fue Jesús, a través de quien vino el Cristo '*para sacar a la luz la vida y la inmortalidad*' [ref.]. La vida eterna —inquebrantable, ininterrumpida— fue el don que Él vino a otorgar, o más bien a hacer patente el hecho de que existía como patrimonio natural de toda la humanidad. Esta revelación era la meta erigida por Dios hacia la que el don profético había tendido sus manos desde el principio. Su premio era poder ser el Mesías, y la competencia estaba abierta, que sólo Jesús obtuvo, y sobre Él descendió y descansó el Cristo de Dios. Permíteme ahora tratar de aclararte un poco la certeza de esta personalidad dual».

«¿Puedes darme primero alguna información sobre la relación de Cristo con la Divinidad [Godhead]?», pregunté.

«Puedo decirte algo de ello -respondió-, pero no lograrás comprenderme porque se refiere a una condición exaltada de la vida de la que yo sé muy poco y de la que, por el momento, tú no tienes la menor noción. Sólo podremos comprenderlo claramente cuando lleguemos a ella. Sin embargo, puedo decir esto. El nombre de Cristo se aplica a una comunidad más que a un individuo. Es un círculo formado por las más grandes almas de los mundos avanzados existentes, en cuyo número la Tierra aún no ha sido admitida —y cuál es el que podría designarse como a la retaguardia de los mundos que han entrado en unas etapas más elevadas de existencia, eso no tengo poder para anticiparlo—. [*It is a circle formed by the greatest souls from advanced existing worlds - into which number the earth has not yet been admitted - and what may be termed the rearguard of worlds who have entered upon higher stages of existence I have no power to anticipate.*] El ideal que persigue el círculo crístico es la unión de muchos mundos (o pliegues) en el espíritu comunal de un nuevo orden en el cual puedan expresarse mejor los rasgos divinos; pero su aspiración también denota su imperfección actual, y si tienes esto en cuenta en relación con la posición desde la cual descendió el Cristo sobre Jesús, tal vez encuentres que es una clave mediante la cual puedes abrir y comprender muchos de Sus dichos que de otro modo necesariamente permanecerían como misteriosos. El ideal que Él desea que alcance Su Iglesia '*para que todos sean uno*' [ref.], es la atmósfera natural en la que Él habita; no es una oración por la unión de la personalidad —eso sería imposible—, es más bien la unión del tono espiritual y del servicio, tal como Él la conoce con el Padre de quien habla como siendo mucho '*más grande que yo*' [ref.]. Sería fácil para mí multiplicar tales dichos si fuera necesario, pero puedes hacerlo fácilmente en tu tiempo libre, así que dejaré esto y seguiré adelante».

«Permíteme una pregunta más -me aventuré a decir-, para que mi mente pueda estar perfectamente libre para seguir lo que aún tienes que decir».

«¿Cuál es?», respondió con amable indulgencia.

«Citas las Escrituras con tanta frecuencia que estoy ansioso por saber qué grado de autoridad les concedes».

«En todo lo que te digo -respondió Rhamya con una deliberación ligeramente acentuada-, me guía la idea de que te estoy preparando para tu próxima misión en la Tierra. Si fuera de otro modo, preferiría tratar todos estos temas en un plano mucho más elevado y extraer mis ilustraciones de

fuentes mucho más satisfactorias; pero tal proceder no te sería de ninguna utilidad o ayuda, y por esta razón, formulo enteramente mis argumentos para tu conveniencia y guía. Al hacerlo, recuerdo que muchos de los hombres con los que te pondrás en contacto tomarán su primera posición —en relación con este tema de una comunión abierta entre las dos condiciones de vida—, sobre la interpretación tradicional que la Iglesia ha dado a los llamados escritos sagrados, y sabiendo esto, sin perder tiempo en atacar su posición, he preferido llamar tu atención sobre el hecho claramente evidente de que lo que se reconoce como una interpretación ortodoxa de la Biblia se opone directamente a una revelación mucho más satisfactoria y coherente contenida en el mismo volumen. Con sólo referencias obligadas al sistema sacerdotal —reconociendo que contiene cualidades capaces de hacer el bien, y dispuesto a conceder que, a pesar de sus múltiples errores e inconsistencias, ha hecho un servicio inestimable a la humanidad en la esfera mundana, y que también ha sido un punto de partida para multitudes de santos que se han elevado por encima de sus propios entornos— me contento con dejar su defensa y promulgación en manos de sus propios adalides, y exponer simplemente la verdad tal como la conozco por mí mismo. Al hacer esto para tu asistencia y edificación, utilizo las Escrituras simplemente como documentos históricos que registran una corriente de acontecimientos que contiene un ramal por el que estamos estrechamente interesados, pero al hacerlo reclamo mi derecho a aceptar o rechazar lo que dicta mi conocimiento o razón, que es una norma de juicio que uno está obligado a erigir, especialmente cuando los registros hablan con voces de doble lengua, como los que estamos tratando. Que Dios sea veraz, aunque por tal concesión condenemos a todo hombre y libro por mentir. Los hombres pueden —y siempre lo hacen— editar, reeditar, interpolar, interpretar y en general manipular manuscritos y libros para adaptarlos a las conveniencias; el uso y significado de las palabras y frases cambia; y aunque admitamos la mayor autoridad posible para una declaración hecha bajo ciertas circunstancias y condiciones dadas, no se necesita habilidad en dialéctica para probar que una orden vital para los intereses de una cuestión puede ser igualmente fatal para otra. Por lo tanto, un Dios vivo y siempre presente elige hablar a través de hombres vivos; de ahí la orden profética: '*Oirás una voz detrás de ti que te dirá: Este es el camino*' [\[ref.\]](#); '*Dará a sus ángeles órdenes acerca de ti, para que te guarden en todos tus caminos*' [\[ref.\]](#); '*No te dejaré ni te desampararé*' [\[ref.\]](#); '*Yo estoy contigo todos los días, hasta el fin del mundo*' [\[ref.\]](#). Estas y otras seguridades semejantes, pronunciadas por boca de profetas, están infinitamente más de acuerdo con el Espíritu de la paternidad divina que mil apelaciones a lo que está escrito, aunque podamos estar seguros de que tales palabras fueran realmente la voz de Dios a otros hombres. Es bajo esta luz que hago uso de las Escrituras. Registran, hasta donde llegan, algunas de las inspiraciones del pasado, permitiéndonos trazar ciertas líneas evolutivas de pensamiento y desarrollo; conservan esbozos de la forma a través de la cual han pasado las ideas y los movimientos; nos dan un retrato humanamente esbozado de Cristo, que es ciertamente hermoso a pesar de su imperfección, malentendido y fracasado a la hora de comprender su verdadera relación tanto con Dios como con el hombre. Pero, al fin y al cabo, no transmiten más que la forma de la piedad: la vida, el vigor, la fuerza y su ferviente inspiración no pueden transmitirse a través del canal inanimado de ningún documento; son espíritu, son vida, y deben brotar necesariamente de su fuente a través de '*epístolas vivas, conocidas y leídas por todos los hombres*' [\[ref.\]](#). Brevemente, pues, utilizo las Escrituras como utilizo los sistemas que se basan en ellas por el bien y la verdad que encuentro en ellas. Con el ferviente deseo de ser guiado correctamente en todo tiempo y lugar, uso mi razón en un cuidadoso esfuerzo por '*rechazar lo malo y escoger lo bueno*' [\[ref.\]](#). Nadie puede hacer más, y si lo hace honestamente no se equivocará. ¿Te he explicado bien lo que quiero decir?».

«Perfectamente; pero temo que pienses que mis interrupciones interfieren desafortunadamente en lo que deseas decir».

«En absoluto. Vienen naturalmente y son necesarias para tu futura orientación. Todo lo que tengo que decir será algo que más bien se ve ayudado que otra cosa mediante cualquiera de las preguntas que quieras hacer, y cuando te haya contestado me encontraré siempre en presencia de uno u otro de los puntos afines que todavía deseo señalar. Por ejemplo, mientras nuestros pensamientos están ocupados con las sagradas escrituras, podemos detenernos ventajosamente para aprender lo que registran sobre la enseñanza y la obra de Cristo, reservando mi otro punto para una consideración posterior.

»Ahora bien, si te fuera posible limpiar tu memoria de todas las enseñanzas que has oído y que te han enseñado a creer como cristiano, y luego sentarte y leer por primera vez lo que los Evangelios registran de la enseñanza y ministerio de Cristo, y después escuchar las doctrinas de lo que se conoce como cristianismo, te asombrarías al encontrar cómo una está en desacuerdo con la otra, y te preguntarías con qué derecho la Iglesia reclama la autoridad de Cristo para cualquier sistema formulado y enseñado por cualquiera de las muchas sectas que se llaman a sí mismas con Su Nombre. En Su enseñanza, Cristo tomó exactamente la misma posición que yo he tomado contigo. Habría sido fácil para Él utilizar un lenguaje más culto, argumentos más elevados e ilustraciones filosóficas, pero si lo hubiera hecho el resultado habría sido un malentendido mucho más inservible. Esto se evidencia bien en Su entrevista con Nicodemo, quien como gobernante y maestro del pueblo seguramente debería estar en posición de hablar de las cosas espirituales inteligentemente; sin embargo, incluso con él oímos al desilusionado Cristo preguntar: '*Si te he dicho cosas terrenales, y no me crees, ¿cómo creerás si te hablara de cosas celestiales?*' [\[ref.\]](#). El Maestro siempre tuvo que acomodar Su enseñanza a la densa oscuridad mental y espiritual que cubría a la gente, para que de en medio de ella pudiera brillar una luz —Su luz que iba a ser la luz del mundo—. De ahí que no mencionara palabra alguna sobre teología, Él, que estaba en condiciones de hablar tan clara y definitivamente, ya que eso sólo sería (para usar Su propio símil) echar perlas a los cerdos, que después se volverían y lo despedazarían [\[ref.\]](#). Los hombres no están en condiciones, mientras estén sujetos a la dominación de la pasión animal consiguiente a la carne, de llegar a una concepción sin pasión y puramente espiritual de la naturaleza, perfección, propósitos y atributos de Dios, que es Espíritu, y por lo tanto debe ser necesariamente comprendido en el rayo sin sombra increado de Su propia luz autoemanante en la región de la verdad absoluta. El Cristo encontró una raza de niños correteando con la pregunta preliminar, que todavía están planteando: '*¿Qué es la verdad?*' [\[ref.\]](#), y Él sabiamente tomó el sistema de jardín de infantes de enseñar a partir de imágenes naturales y parábolas las lecciones elementales, que otros que vinieran después de Él seguirían gradualmente hasta que los espíritus ministradores de Dios condujeran a la humanidad hacia toda la verdad. Comenzó enseñando a la raza infantil humana a desechar de sus mentes la confusa idea de Dios y a reemplazarla por la concepción de un Padre a quien podían considerar, en todo sentido, bueno, noble y considerado, como infinitamente mejor que cualquier padre humano que el mundo hubiera conocido, y uno que —aunque Él mismo invisible— oía, veía y sabía todo lo que los hombres hacían e incluso pensaban. Cristo conocía a este Padre —había venido de Él para enseñar a la humanidad el camino hacia el hogar donde Dios esperaba su llegada—, y si le rezaban como '*Padre nuestro, que estás en los cielos*' [\[ref.\]](#), y vivían una vida como la que Él (Cristo) viviría para ejemplo de los hombres, la oración sería escuchada y el Padre les daría todo lo que le pidieran, porque mientras vivieran como Él les mostraría no les sería posible pedir otra cosa que lo que el Padre pretendía que tuvieran. A lo largo de esta vida representativa, siempre llamaba la atención sobre ella para ilustrar

todo lo que decía, en lo cual resumía todo el deber del hombre en una frase: *'Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; esto es la ley y los profetas'* [ref.]. Este mandamiento ha de cumplirse tan literalmente, o de manera tan honesta, que cuando el hijo ora a su Padre no debe temer unir a su petición la súplica *'perdona mis ofensas como yo perdono a los que me ofenden'*, y el que puede hacer esta petición sin temor no tiene nada que temer».

«¿No enseñó también *'Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón'*?» [ref.], pregunté.

«¡Ciertamente! Pero el amor a Dios no debe preceder, sino ser el brote del amor al hombre. Si uno no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto? [ref.] En su humanidad, Cristo representó la única puerta por la que se puede entrar en lo superior, en la vida verdaderamente espiritual, y quien intente entrar por otro camino *'es un ladrón y un salteador'* [ref.]. Fíjate en la severidad con que Cristo establece la regla: *'Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti (no que tú tienes algo contra tu hermano), deja allí tu ofrenda delante del altar, y vete; reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda'* [ref.]. El pasaporte para la admisión en el reino de los cielos es la rectitud de conducta para con los hombres. Este es el alcance de la enseñanza de Cristo, que se impone enérgicamente en Su [sermón de la Montaña](#), en la parábola, en la oración y en todos los aspectos de Su ministerio. Él vino a salvar al mundo de las consecuencias inevitables del pecado, y esto lo hace mediante el arrepentimiento y una nueva vida en la que la rectitud reina suprema. Pero el arrepentimiento hacia Dios sólo puede ser alcanzado por el arrepentimiento hacia los hombres acompañado de la reconciliación. La salvación llegó a Zaqueo por su arrepentimiento y la devolución del cuádruple de lo que había adquirido injustamente [ref.]; y la aceptación del joven rico dependía de la distribución de su riqueza entre los pobres: *'Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; y ven y sígueme'* [ref.]. El instinto de egoísmo, que es legítimamente dominante en el bruto, se vuelve no sólo innecesario sino lamentablemente perjudicial en el hombre, y la venida de Cristo es para salvar a ambos del mal de la pasión natural y de las consecuencias que su gratificación acarreará».

«¿Me permites preguntar aquí que, si una encarnación como la de Cristo no hubiera tenido lugar, cuál habría sido entonces el destino de la humanidad?».

Mi maestro sonrió bondadosamente al oír mi pregunta.

«Tal suposición sería imposible de realizar. Dada una humanidad, la manifestación del Cristo es una secuencia tan inevitable como la muerte que sigue al nacimiento del cuerpo. Sería tan inútil intentar quitarle el mediodía al día como el Cristo a la raza. Él es una etapa natural en el orden divino de ascensión. No es una interpolación para rectificar los efectos de una supuesta caída [ver nota* al final del capítulo sobre la “caída”: “supposed fall”] —Cristo no tiene relación con ningún esquema que necesite interposiciones o correcciones—, sino la revelación ordenada del siguiente paso a dar en el retorno de la creación a Dios. Pero esto no responde exactamente a la verdadera esencia de tu pregunta, que es: Si Cristo no se hubiera manifestado, ¿se habría perdido la raza? Dios no está en ningún sentido confinado a un modo particular de acción para cumplir Su determinado propósito. Sostener que lo está sería afirmar que está limitado en sus operaciones y, por lo tanto, que es finito. Pero sin entrar en una esfera tan discutible respecto a la naturaleza de Dios, que ninguno de nosotros comprende, tengo plena autoridad para todo lo que he dicho cuando considero la condición de aquellas almas que pasaron aquí antes del advenimiento».

«¿No estaban en prisión?», pregunté.

«Veamos con mucho cuidado lo que las Escrituras registran de la enseñanza de Cristo -replicó-, pues no debo olvidar que ahora estoy extrayendo todo mi argumento de lo que está escrito. En la parábola de Lázaro y el Rico, Cristo habla del seno de Abraham como un lugar de consuelo, compensación y bendición para el antiguo mendigo; y cuando Jesús se transfiguró, Moisés y Elías *'aparecieron en gloria'* [ref.] y le hablaron de su próximo fallecimiento. Ahora bien, si Abraham, Moisés, Elías y el mendigo Lázaro no estaban en la cárcel, sino en la gloria, queda establecido el principio que sostengo. Pero Dios es amor, y la esencia del amor es prodigar beneficios sobre el objeto de su afecto, en la medida de lo posible, para conferir un cuidado protector alrededor de él, y salvar de la más mínima aproximación a la desgracia. Ahora bien, *'tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito... no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él'* [ref.] de las consecuencias del mal que está tan estrechamente aliado con la naturaleza humana. El descenso de Cristo fue la expresión de la consideración paternal de Dios por el bienestar de sus hijos. Deben llegar finalmente a Su morada porque Él *'quiere que todos los hombres se salven'*, y con Él, siendo Señor, sin nadie más a su lado, todo debe necesariamente suceder. Pero el amor se constriñe a sí mismo a idear un medio para lograr la pronta consumación de su propio y querido deseo, y así, Dios no puede dejar a la naturaleza lo que puede ser alcanzado más rápidamente a través de la vía de la gracia. He aquí la necesidad de la obra de Cristo, que desciende con la revelación de una ley moral que trae un poder de salvación a todo el que cree y la acepta como regla por la que ha de regirse su vida en adelante.

»Hasta ahora me he limitado a la enseñanza de Cristo como ley que obliga a la vida humana; pero ningún gobernante sabio —ningún padre amoroso y tierno— emite mandato alguno sin alguna razón buena y suficiente para hacerlo. Ahora tenemos que encontrar la razón por la cual esta nueva ley, promulgada por Cristo, ha sido establecida. Ya he hablado de la inquietud universal acerca del destino del hombre, de la pregunta sin respuesta: *'Si un hombre muere, ¿volverá a vivir?'* [ref.]. La venida de Cristo es la respuesta de Dios a esta pregunta, y la ley que Él proclama es el camino designado por el amor, por el cual se puede entrar de la mejor manera —una entrada abundante— en la herencia implicada [entailed] de la inmortalidad. Para el cumplimiento de esta misión estaba en todo sentido adecuadamente cualificado, puesto que había pasado por idénticos desarrollos y se había abierto camino hasta una condición espiritual fuera del alcance de cualquier alma que acabara de dejar la Tierra, aunque no estaba tan lejos como para no simpatizar con las fragilidades y debilidades de la carne. Desde esta elevación pudo declarar todo el consejo de Dios en la medida en que los hombres podían recibirlo y apreciarlo, pero cuando hubo cumplido su misión se vio obligado a asegurar a sus discípulos que aún quedaba mucho por revelar, aunque entonces no podía decírselo. Esta regla de vida, por un golpe maestro de genio incomparable, la redujo a una sola frase lo suficientemente simple como para que la entendiera un niño, y que no puede repetirse con demasiada frecuencia: *'Por tanto, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas'*. No establece esto como una base de conducta deseable meramente por razones religiosas, sociales o políticas, sino que, hablando desde su propio conocimiento íntimo de una ley inexorable, revela la secuencia natural de toda conducta en su elocuente advertencia: *'Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido'* [ref.]. Por esta razón, entonces, Él insiste en que la vida debe ser regulada de tal manera que cuando uno presente sus peticiones y necesidades ante el Padre pueda pedir confiadamente ser perdonado como él ha perdonado a otros.

»Los hombres pasan por alto el formidable énfasis que Cristo pone en el carácter porque olvidan que, hablando desde el lado inmortal de la vida, la muerte era para Él simplemente un incidente en la existencia y no un fin de la misma; un velo que podía descender, entrando y saliendo a voluntad. Ni el Rey de los Terrores ni el Valle de las Sombras existen para Él, sino que Sus ojos miran tranquilamente hacia adelante desde la tierra hacia la luz sin sombras del día eterno, y Él lleva hacia adelante, hacia ese mañana la cuenta desequilibrada del "hasta hoy" del día de la vida [*and He carries forward into that to-morrow the unbalanced account of life's to-day*]. Es este pensamiento en Su enseñanza el que debería hacer que los hombres se detuvieran. Hay muchas noches y muchos días entre la siembra y la cosecha, pero todo lo que un hombre siembra en la primavera lo cosechará en el otoño. Sólo hay un accesorio que la muerte no tiene poder para confiscar a medida que el alma avanza: el carácter. Creencias, dogmas, credos y profesiones quedarán atrás, mas el carácter proporcionará la única vestimenta posible con la que podrá entrar en la inmortalidad. Sus obras han precedido o seguirán y se pondrán en evidencia en el juicio, donde *'si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los Cielos'*» [[ref.](#)].

»Quiero que notes aquí nuevamente cuán inseparablemente insistió Cristo en la unión entre causa y efecto —sembrar y cosechar—, tal como Él la mezcla aquí en Dios y la humanidad. Esta ley que Él promulga toma al más despreciable de los desterrados de una humanidad depravada y hace que su repugnante exterior sea el cofre poco atractivo en el que reposa una gema divina. Ha sido tomado por su valor aparente en la tierra —*'despreciado y desechado entre los hombres'* [[ref.](#)], pero en esa sala del juicio cada fragmento de humanidad debe ser recogido para que nada se pierda, y el Rey dirá a los que están ante Él: *'En cuanto lo hicisteis a uno de estos más pequeños, mis hermanos, a mí lo hicisteis'* [[ref.](#)]. Es hasta este punto que Cristo declara que Dios se extenderá para atraer a todos hacia Sí.

»Esta pureza esencial de vida, en cuya lucha por adquirirla no eran necesarios ni admisibles ni el ceremonialismo ni el sacerdocio, sino que sólo Dios y el aspirante pueden participar, fue una revolución que no se podía tolerar a la ligera debido al conflicto que siguió, en el que Cristo nunca cedió ni un instante un solo derecho espiritual a sus perseguidores —y Dios simplemente utilizó la ira de ellos para Su propia alabanza—, sino que más bien dirigió su atención al firme propósito de Cristo de cumplir su misión, y por etapas sucesivas —claramente visibles y bien definidas en la luz posterior desde la cual podemos verlas— condujo a la gran e importantísima demostración para la cual vino, la de sacar a la luz la vida y la inmortalidad mediante la resurrección de Jesús. ¿Has notado alguna vez cuán ordenada y sistemáticamente se presenta esta evidencia?».

«Apenas comprendo lo que quieres decir», respondí.

«Permíteme ayudarte a hacerlo repasando brevemente algunos de los hechos. La misión definida de Cristo, como ya hemos visto, era establecer la certidumbre de la existencia después de la muerte del cuerpo. *'Yo he venido -dijo-, para que tengáis vida, y para que la tengáis en abundancia'* [[ref.](#)]. Si la suposición, la esperanza, de esto era cierta o no, era el mayor problema sin resolver de los siglos, y Él había sido enviado con el propósito definido de responderlo. Con el éxito de Su demostración, también se resolvería la duda colateral en cuanto a si el hombre posee una naturaleza dual, y Cristo establecería Su derecho [*claim*] de hablar sobre el mejor método de preparación para entrar en la vida invisible para la Tierra. Pero hasta que la demostración no hubiera concluido satisfactoriamente que el hombre realmente existía tras la muerte como la misma personalidad consciente e inteligente que antes, todas las demás cuestiones estaban al margen y eran irrelevantes. El antiguo estandarte

profético se erigió como árbitro de la verdad en el asunto: *'Si lo que se dice no acontece ni se cumple, es cosa que el Señor no ha dicho'* [ref.].

»Desde el instante en que descendió sobre el Nazareno, éste *'se transformó en otro hombre'*. *'Las cosas viejas habían pasado y todas eran hechas nuevas'* [ref.]. Había en Él nuevos poderes, nuevos propósitos, nuevas líneas de conducta, nuevos reconocimientos, todo nuevo. El punto de contacto con la humanidad había cambiado, y Él hablaba *'como quien tiene autoridad'* [ref.], y no como los escribas y fariseos. Quizás en ningún caso fue esto más marcado que en Su actitud hacia los miembros de la familia de Jesús. El Cristo rehusó estar sujeto a una relación de sangre: *'Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?'* [ref.]. O también: *'Le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y quieren hablar contigo. Pero Él respondió y le dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos; porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre'* (Mateo 12:47-50). Desde el principio asumió la posición espiritual y vivió aquello por lo que oraba: *'Hágase tu voluntad en la tierra, como en el cielo'* [ref.].

»No se podía permitir que una suposición como esta, tan alejada y opuesta al ceremonialismo vacío de la religión establecida, quedara sin respuesta, y pronto lo acosaron críticos que deseaban saber con qué autoridad habla y realiza sus obras poderosas. La respuesta de Cristo fija la atención del mundo entero en su único y gran propósito, y se mantendrá en pie o caerá según la prueba de la resurrección: *'¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?'* [ref.]. Jesús les respondió, y les dijo: *'Destruid este templo, y en tres días lo levantaré'*. Dijeron entonces los judíos: *'En cuarenta y seis años se construyó este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Pero Él estaba hablando del templo de su cuerpo'* (Juan 2:18-21).

»Así, durante todo Su ministerio, mantiene todos los ojos fijos, esperanzados, en la hora del despertar. Sus enseñanzas están llenas de referencias a la cosecha de vida que entonces debe ser segada y reunida; sus parábolas abundan con advertencias sobre lo que se siembra debido al tiempo de cosecha que está por venir; y entre las líneas de cada ilustración que utilizó se pueden leer significados formidables de la recompensa de la conducta.

»Y mientras trabajaba y predicaba, también vivía la vida —la vida típica a la que llamó a todos los hombres— que dio evidencia de su alianza con Dios en este mundo, y aseguró los mejores resultados en el mundo venidero. Sigámoslo por el camino de sus obras hasta la gran consumación.

»Comenzó la demostración de la superioridad del hombre espiritual sobre el físico por la curación de enfermedades de naturaleza transitoria, procediendo después a las de forma más crónica. En ese momento lo oímos ser llamado apresuradamente al lado del lecho de la hija de un extranjero, que está al borde de la muerte [ref.]. En su atención a los demás, permite a la muchacha cruzar el río, de donde la llama casi inmediatamente y la devuelve a sus consternados padres.

»Por fin, el Cristo se había encontrado con el adversario que había venido a destruir [ref.]; lo había sorprendido en el acto de despojo; y la Muerte fue derrotada.

»Luego se encontraron en la puerta de Naín [ref. [2]]. La Muerte bien puede estar segura de su presa esta vez, porque el cortejo serpentea hacia el entierro, seguido por la madre con el corazón destrozado. Pero Cristo había sido enviado para curar a los descorazonados. La tiranía de la muerte ya había sido destruida en la cámara del centurión, y el Cristo devolvió al muchacho a su madre.

»En el tercer encuentro, la tumba se unió a la muerte para contener a Lázaro dormido [[ref.](#) [2]]. ¡Pero todo fue en vano! '*Cristo es la resurrección y la vida*'. ¡Todo el poder le es dado a Él! Por lo tanto, cuando Él lo llama, el que estaba muerto vuelve a la vida, y las afirmaciones de Cristo obtienen evidencia acumulativa en cuanto a su veracidad.

»Todavía queda por considerar la última y decisiva contienda entre el Príncipe de la Vida y el Rey de los Terrores, pero antes de proceder a esto, asegurémonos de que entendemos claramente lo que el Cristo está manifestando. Jesús de Nazaret, '*un hombre aprobado por Dios*' [[ref.](#)], se ha puesto sin reservas a la disposición divina, para que en Él y por medio de Él Dios pueda responder y suplir la gran necesidad del mundo. Él fue '*en todo punto*' un hombre como los demás hombres, excepto en su consagración de todo corazón a la causa que abrazó. Si hubiera sido de otra manera —dotado con una naturaleza peculiar, nacido bajo condiciones anormales, o concebido como lo han determinado los concilios de los hombres— todo lo que se logró no habría servido de nada; no habría tenido ninguna relación con la salvación de los hombres que hubieran llegado a la existencia en otras circunstancias. Esta concepción de Cristo es la que lo ha hecho tan aislado e inaccesible a tu mente. Porque Jesús fue un hombre '*tentado en todo como*' los demás hombres [[ref.](#)], uno elegido de la común hermandad de la humanidad porque había sido preparado por los santos esfuerzos de una madre y por sus propias aspiraciones espirituales para ser el mensajero escogido de Dios. Sobre este hombre entre los hombres, sobre este cuerpo que había sido preparado, sobre este templo hecho apto para el Espíritu del Señor que moraba en él, descendió el Cristo y, mediante muchas obras poderosas, dio evidencia al mundo de que el hombre posee una naturaleza capaz de ser elevada a una unión con poderes mayores que los físicos, de poseer un conocimiento que va más allá de la limitación de las filosofías y de dirigir las fuerzas que mantienen al universo material en sujeción. Este Cristo que mora en nosotros y que se revela por primera vez al hombre a través de Jesús de Nazaret, fusiona lo humano con lo divino y lleva la evolución hacia otra etapa, convirtiéndose en un segundo Adán de una raza nueva y más noble. Pues aunque Él es el primogénito, es sencillamente el tipo de lo que será la raza sucesora, que entrará en la herencia que Él ya disfrutaba, y por los poderes que ejercen y las obras que realizan hacen claro su título de ser llamados hijos de Dios. '*El que cree en mí, las obras que yo hago él también las hará*' [[ref.](#)]. '*Por sus frutos los conoceréis*' [[ref.](#)]. El deseo de inmortalidad que hasta ahora ha encontrado una respuesta tan insatisfactoria no es más que el forcejeo prenatal de un hombre que lucha por abrirse camino hacia el segundo nacimiento, que, una vez alcanzado, tanto la muerte como la tumba serán vencidas, y el primogénito entre muchos hermanos se llevará las llaves capturadas a la región de una inmortalidad siempre accesible. Es a este último combate y a la victoria de Jesús a lo que ahora llamo tu atención».

»¿Por qué pones tanto énfasis en el nombre de Jesús?», pregunté, al notar el significado peculiar de su mención.

«Porque es muy esencial que distingas aquí entre las dos individualidades en un punto donde nuevamente se separan. El Cristo no nació, sino que descendió sobre Jesús en Su bautismo; tampoco podía morir; por lo tanto, habiendo terminado Su obra, ascendió de nuevo antes de la crucifixión. El que Cristo hubiera ido a la muerte sería tan inútil para la humanidad como el nacimiento milagroso. Lo que el hombre quería saber era si, si un hombre moría, volvería a vivir, no si, si un inmortal pasara por la apariencia de un tal evento —que por la naturaleza del caso no podía ser una realidad—, sobreviviría después. La obra y enseñanza de Cristo consistía en dar una respuesta afirmativa a la pregunta universal y, al mismo tiempo, establecer el método más favorable de preparación para el acontecimiento, en cuya vida simbólica cooperó con Jesús, y luego se retiró,

para que el hombre pudiera disfrutar de la recompensa que su sacrificio a la voluntad de Dios había asegurado. En preparación para esto, fue Jesús, y no el Cristo, quien se transfiguró en el monte cuando Moisés y Elías aparecieron para hacerle conocer la naturaleza de la muerte que le esperaba y darle seguridades de la victoria. Si hubiera sido el Cristo y no Jesús, no habría sido necesario que los dos hubieran hablado con Él, porque el Ungido tenía acceso directo al Padre, y no necesitaba que nadie se interpusiera, pero Jesús no había pasado por ese camino hasta entonces, y para Él, la ayuda y la seguridad eran necesarias y fueron alentadoras.

»Acerquémonos ahora a la muerte en nuestro camino hacia la resurrección, que ha de ser la prueba decisiva de que Cristo fue el enviado de Dios; y al hacerlo, deseo llamar tu más atenta atención al momento en que la obra de Cristo llega a su fin y Él asciende de nuevo, dejando a Jesús para entrar en la recompensa de la vida a la que se había entregado tan voluntariamente y de todo corazón.

»¿Recordarás aquella escena tal como se registró en el aposento alto: la consternación y angustia de los discípulos, y el esfuerzo que hizo para consolarlos: *'No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí'* [[ref.](#)]. Y en seguida, en posesión de esa *'paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento'* [[ref.](#)], le oímos decir: *'La paz os dejo, mi paz os doy'* [[ref.](#)]. Poco después de otorgar esta bendición divina, le encontramos bajo un árbol en Getsemaní en una agonía con la que la de sus discípulos no tenía comparación. En su terror, suda *'como grandes gotas de sangre que caen al suelo'* [[ref.](#)], y lo oímos exclamar: *'Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'* [[ref.](#)]. ¿Qué ha sido de la paz que el mundo no podía dar ni quitar? ¿Cómo se explica este cambio en la actitud del hombre?».

«¿Cómo?», respondí repitiendo su propia pregunta.

«No hay más que una respuesta. Las palabras de consuelo fueron parte del discurso de despedida del Cristo, en el que prometió otro Confortador, que sería para los discípulos lo que Él había sido para Jesús, y que mediante Su dirección controladora los conduciría a toda la verdad, con la condición de que continuaran amándolo (al Cristo) y guardando Sus mandamientos. Su despedida fue concluida o seguida por un escrito en el que, en un lenguaje más inequívoco que cualquier otro usado anteriormente, dio a conocer la diferencia de identidad entre Él y Jesús. La obra del Cristo ha terminado: *'Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera'* [[ref.](#)]; por el contrario, Jesús, el hombre, tuvo que avanzar hacia la muerte, a fin de poder alcanzar la resurrección, y hacia ésta fue solo, sin control, a Getsemaní. Cristo ha terminado Su obra y ha ascendido de nuevo; Sólo podremos echarle otro breve vistazo, porque vendrá de nuevo para quitar la piedra de la puerta del sepulcro, para que el hombre que se había anulado tan completamente para que Cristo pudiera ser todo en todo en su vida pueda resucitar victorioso a la gloriosa inmortalidad que su sacrificio ha asegurado. En la actualidad, tu experiencia no te ha enseñado qué grado de agotamiento nervioso implica para su profeta incluso el control moderado de Myhanene; por tanto, te resulta imposible concebir el indescriptible estado de colapso al que Jesús regresó cuando el Cristo le hubo dejado después de su último adiós a sus discípulos. La agonía del huerto no fue ocasionada únicamente por el miedo y el terror ante el pensamiento de la muerte dolorosa que le esperaba tan cercana; la intensidad del sufrimiento se incrementó cien veces por la debilidad física en la que le encontró. No fue simplemente porque *'agradó al Señor quebrantarlo'* [[ref.](#)] que esta copa amarga fue llevada a Sus labios para que la bebiera, sino más bien para que el mundo, al mirar atrás, pudiera ver que, viniendo cualquier dolor que viniera, no habría ninguno como Su dolor, y Su obediencia y sacrificio resonaron con intensidades más profundas que con las que se les pediría a otras almas que resonaran. Él abarcó toda la gama de la vida con la pureza y la abnegación de Su

vida; hizo de Su cuerpo un templo apto para el uso de Cristo; soportó la tensión de una exaltación física hasta el límite más alto posible de la resistencia mortal a través de un ministerio prolongado que todavía es la maravilla de todos los que están en el Paraíso y que están en condiciones de comprenderlo; luego, cuando la tensión terminó, el rebote lo precipitó a profundidades correspondientes, de modo que se puede decir con verdad: *'Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado'*. Pero *'verá el fruto de la aflicción de su alma y quedará satisfecho'* [ref.]. Recuerdas las palabras con las que describí Su ofrecimiento voluntario para esta obra. *'Envíame a mí, y hágase tu voluntad en mí y por mí, así en la tierra como en el cielo'*. En lo más profundo de esa terrible agonía, su alma consagrada es fiel a su voto: *'Si es posible, pase de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya'* [ref.]. ¡No podía pasar! A través del valle de sombra de muerte, la humanidad había tratado durante siglos de encontrar su camino hacia una resurrección gozosa, pero no lo había logrado. Alguien tenía que encontrarlo. Dios había estado esperando durante mucho tiempo al pionero que Él, sin ser visto, pudiera guiar a través de los terribles terrores de la disolución más dolorosa. Hasta ese momento, la vida de Jesús había sido puesta a disposición divina, y el Cristo la había utilizado para manifestar lo que podría ser el tipo más elevado y verdadero de humanidad. ¿Estaba dispuesto el hombre despojado de Cristo a pisar solo el lagar del último gran dolor? ¡El camino estaba oscuro y la mano que lo guiaba había desaparecido! Sin embargo, cuando los terrores de la muerte se apoderaron de Él y no podía ver su camino, exclamó: *'No se haga mi voluntad, sino la tuya'*, y sus pies tantearon el camino hacia adelante mientras el *'sudor de sangre'* comenzaba a correr por cada poro. El Cristo había venido para *'sacar a la luz la vida y la inmortalidad'*; la ley relacionada con ella había sido dada a conocer a través de Él, ¿no debía alcanzarse también la consumación? Esto le dio fuerza. En su soledad y terror, todavía tenía el recuerdo de lo que Moisés y Elías le habían dado a conocer en la gran Transfiguración. Por su resistencia, la voluntad de Dios se daría a conocer al hombre, y no sólo una vida, sino la vida de toda la humanidad sería transfigurada por el sol de la verdad que brillaba a través de la oscuridad en la que Él luchaba hacia el día inmortal y eterno. La carne era débil, pero el espíritu estaba dispuesto, y ese espíritu era la semilla productora de la cosecha, dotada de omnipotencia potencial. Consciente de ello, empujó sus pies aún más hacia adelante, y con las manos extendidas palpó, si acaso pudo tocar, las puertas eternas.

»Pero aún no había llegado al fondo del valle. Detrás de Él quedaban la traición, el arresto, los azotes, el tribunal, el abandono y la negación. Había desgarrado la carne de Sus manos y pies con los clavos de la cruz, las burlas y mofas de los sacerdotes y sumos sacerdotes estaban cayendo sobre el entumecido sentido de Sus oídos, la tortura de Su sed lo estaba dominando, y aun así el camino continuaba descendiendo. ¡Era intolerable! Oh, era imposible que pudiera haber un dolor como este. No podía seguir adelante. ¿Por qué el Cristo lo había abandonado? ¿Por qué lo habían dejado así, solo? Podía preguntar, pero no había nadie que respondiera. Entonces se detuvo. Se detuvo para reunir toda la fuerza que pudiera, y desde las profundidades de Su desesperación elevó una oración tal que obligara a una respuesta. Cada vez que el Cristo (el Dios) lo había dejado por un tiempo, antes, solo tenía que clamar [cry] y el regreso era inmediato. Él clamaría otra vez, y el valle de la muerte, con las regiones circundantes de la Tierra, el infierno y el Cielo, resonarían con el grito desgarrador: *'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?'* [ref.]. No pudo hacer más; pero el desmayo cayó y rompió las puertas eternas. Había encontrado el camino para que toda la humanidad entrara en la inmortalidad que buscaban, de la cual, después de un descanso necesario, regresaría en breve y daría a conocer la verdad de su descubrimiento».

«Nunca antes sentí la terrible naturaleza de su muerte tan profundamente -jadeé de alivio cuando llegó al clímax-, pero ¿no has arrebatado algo de su relevancia a favor de la resurrección?».

«No; la resurrección es el hecho más importante, y la muerte sólo un incidente necesario para ella. Ahora podemos volver a la enseñanza en el punto en que la dejamos por la resurrección, o más bien el regreso de Lázaro de entre los muertos».

«Pero resurrección y regreso [*recalling*] son una y la misma cosa, ¿no es así?».

«De ninguna manera. Cristo regresó sus tres personas a sus cuerpos naturales, pero la resurrección debe ser en el cuerpo espiritual, que ya no está sujeto a la ley física. Aparece y desaparece a voluntad; María lo confunde con el jardinero; y de nuevo toma '*otra forma*', y no es reconocido hasta que se llega a Emaús y la partición del pan revela la identidad de Jesús; Tomás debe ver la señal de los clavos antes de quedar satisfecho, y por todos estos cambios descubrimos cuán diferente es el cuerpo espiritual (incluso cuando se hace tangible) del cuerpo natural. Después de la conquista de la muerte en el caso de Lázaro, la única otra señal que Cristo daría fue la resurrección de Jesús, por la cual Pablo dice que la luz y la inmortalidad fueron traídas a la luz. La muerte era un fenómeno demasiado común para atribuirle algún significado, pero anunciar una resurrección de entre los muertos era un acontecimiento formidable e increíble. Por eso los apóstoles iban por todas partes '*predicando a Jesús y la resurrección*' [[ref.](#)], afirmando que era la piedra fundamental sobre la que debía descansar la fe cristiana: '*Si Cristo no resucitó de los muertos, vana es entonces nuestra fe*' [[ref.](#)]. La ambición de Pablo en todas partes era '*que pueda conocerle a él, y el poder de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en Su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos*' ([Filipenses 3:10-11](#)). Todas las cuidadosas precauciones de los sacerdotes y los romanos para asegurarse de su muerte y mantener intacta la tumba tenían como fin impedir la resurrección; pero la demostración era del poder de Dios, y todas estas precauciones de la ira del hombre debían ponerse al servicio de dar testimonio del hecho que estaban tan inútilmente decididos a impedir. Por tanto, puedes continuar con tu nuevo ministerio con esta clara certeza, hermano mío, de que la demostración del regreso de la muerte es la gran piedra angular de la fe de Cristo».

«¿Qué pasa entonces con la expiación [*atonement*]?», pregunté.

«La doctrina de la expiación vicaria es una que debo dejar para que los sacerdotes la reconcilien lo mejor que puedan, pero dado que es un dogma puramente humano, también es uno con el que el Paraíso no se ocupa, siendo también totalmente opuesto a la enseñanza de Cristo. Piensa por un momento en lo que Él enseñó: '*Todo árbol da su propio fruto; con la medida con que midáis, se os volverá a medir; todo lo que el hombre siembre, eso también segará*'. Zaqueo extorsionó, y tuvo que restituir; el pródigo despilfarró, y tuvo que pasar hambre; Dives descuidó al pobre enfermo a su puerta, y tuvo que soportar el tormento del infierno; el mayordomo infiel tuvo que ir a prisión hasta que se pagara el último céntimo. No hay lugar para la expiación vicaria en el evangelio de Cristo, sino que siempre es el alma que peca la que tiene que soportar la pena. Así también, en lo que se refiere a los sacrificios, podemos aceptar las palabras del profeta salmista: '*Porque Tú no quieres sacrificio, pues si no, yo lo daría; holocaustos no te agradan. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios*' [[ref.](#)]. Conozco la discrepancia entre este pasaje y otros de la Biblia que podrían citarse con la misma facilidad, pero Dios y Cristo al menos deben ser congruentes: '*una casa dividida contra sí misma no puede subsistir*' [[ref.](#)]. Aparte de estos pasajes, tenemos sacerdotes divididos contra profetas, pero Jesús

fue el más grande de los profetas y siempre se opuso a los sacerdotes y a su ley. Las Escrituras contienen un registro de la historia de ambos, y por lo tanto, es necesario dividir las correctamente para determinar la verdad».

«Así llegamos al final de nuestra investigación -continuó Rhamya mientras se levantaba para marcharse-, y como espíritu que va a ser enviado para inspirar a un profeta, te aconsejo que seas sabio y que sólo hables a la Tierra de las cosas que sabes, ves y entiendes, y entonces no tendrás por qué tener miedo. Paz».

[* *Nota del revisor-traductor ("la caída")*. Excepcionalmente permítaseme hacer esta larga nota sobre aquello de la "supuesta caída" (abajo también hay una breve nota sobre otro tema): Cuando el texto habla arriba de "supuesta caída", ¿por qué parece dar pie a pensar que no habría habido "una caída"? Puede haber muchas interpretaciones de lo que significa "caída" en este sentido espiritual. Podríamos decir simplemente que, la primera pareja, por haber rechazado el amor de Dios (Amán y Amón, o sea Adán y Eva [*ver mensajes de Padgett*]), eso no quería decir que la humanidad (que esas dos primeras almas) "cayeran" desde un estado "elevado", pues simplemente tenían el estado natural, puro, como almas creadas sin defectos (sin emociones como el miedo, la vergüenza... —es decir, no armónicas con el amor—).

Ese es un estado dado sin más por Dios, "de fábrica", como almas puras que vivían en un estado de potencial o de realidad de un "amor natural perfecto", y en una Tierra preparada, paradisíaca.

Entonces, ¿en qué sentido sería lícito no hablar de "caída"? Podríamos simplemente decir, por ejemplo, que no hay ninguna "caída" posible, ya que la humanidad en esos inicios no estaba "arriba" de nada, es decir, no estaban "subidos" a nada que fuera real, ya que lo único que nos hace eternos (reales de verdad) es recibir amor de Dios, y en aquel entonces no se había recibido ese amor y se rechazó (se rechazó ese amor, es decir, la relación personal con Dios). Pese a no estar "arriba de nada", sin embargo, como humanidad, sí "caímos", ya que la condición de alma se fue degenerando más y más, y en el mundo espiritual esto se traduce en la creación de esferas por debajo de la sexta.

Esa sexta esfera (= sexta "condición de alma") habría sido la primera "parte" del mundo espiritual existente ya o creada por defecto, al encarnar la primera pareja en esa condición pura. Y luego se "crearon", después, en "la caída", varias esferas por debajo de ese estado —es decir, con más miedo y vergüenza como estado de ánimo, como condición de alma—, hasta llegar a la primera esfera, que es donde estamos la mayoría por ahora —la mayoría de personas con cuerpo físico, pero donde también hay muchos desencarnados, de todos modos, en esa primera esfera, todavía, así como habría muchísimos, al parecer, que solamente han llegado a la esfera 2—.

Breve nota sobre "el Cristo" y "Jesús": Un asunto principal en el capítulo es el de la curiosa separación que se hace entre "el Cristo" y "Jesús". Cuando veamos los primeros audios que haga sobre Padgett en el 2025 (aunque ya vimos varios en previos años), comentaremos esto. Es una cuestión que podríamos decir que está "solucionada" y es simplificada, por así decirlo, en esos mensajes —y en las enseñanzas en torno a la "segunda venida", que estamos viviendo (en Australia)—.]

Capítulo 23

La comunión de los santos

Rhamya había terminado su trabajo y se había marchado, pero ¿cómo voy a hablar del efecto que había producido su visita?

Comprendo muy bien, lector mío, que consideres el resultado muy insatisfactorio. A lo largo de toda su argumentación, tal como yo la he trazado, has detectado puntos débiles, conclusiones falsas e

inferencias injustificables. Le permití asumir tranquilamente posiciones que tú habrías rebatido con firmeza y, en consecuencia, si hubieras estado en mi lugar, toda la argumentación de Rhamya habría tomado otro cariz. Es decir, suponiendo que se trate de un hecho real y no de la creación de una mente que inventa un programa hipotético sobre el que construir otro credo.

Si hubieras estado en mi lugar, ahí radicaría toda la diferencia. Supongamos por un momento que hubiera sido así. ¿Qué habría ocurrido? Puedo decírtelo tal vez mejor de lo que te imaginas: todos tus prejuicios actuales se habrían desvanecido; mil experiencias que ahora se encuentran entre las dos posiciones que tú y yo ocupamos habrían roto tu superficial conocimiento de las cosas de Dios, y te habrían preparado para recibir la verdad en surcos de profundo deseo expectante; la atmósfera espiritual en la que residirías sería tan clara y tus poderes de discernimiento se verían tan acelerados que reconocerías y aclamarías cada verdad en su enfoque, y, perderías el poder de repreguntar o tratar de evadirla en favor de una opinión acariciada pero errónea. Tú, como yo mismo, habrías unido tus manos a las de Tomás, y cuando se hubieran visto las evidencias, no habrías esperado a tocarlas o manipularlas, sino que habrías caído a los pies del totalmente certero Salvador, y habrías exclamado: '*¡Señor mío y Dios mío!*'.

Eso es lo que habría sucedido de haber estado en mi lugar. Rhamya había dicho que no pretendía hacer más que esbozar el contorno de la calzada del Cristo. No era necesario que él intentara más. Su simple indicación de la dirección hizo que todo el recorrido brillara con el resplandor de la divinidad. Redujo a la calma un caos previo, y ante mi asombrada vista se presentó el camino por el que los rescatados del Señor podrían regresar con cantos y alegría eterna a la patria y legítima herencia de la divinidad. En su misión de esclarecimiento, Rhamya había roto los enredos cruzados de la teología, se había abierto camino a través de las contradicciones de la dogmática, había considerado sin importancia las definiciones de Padres y Concilios, había ignorado los confusos campos de batalla de los escolásticos, no había encontrado ocasión para discutir teorías sobre el Edén, el primer estado del hombre, la caída, el pecado original y temas afines. Si es que sabía que Israel era un pueblo peculiar más querido por el corazón de Dios que cualquier otra nación, no lo mencionó, ni llamó a ninguno con el nombre de pagano, ni señaló dónde habrían sido divinamente designados para ser esclavos de otros. El Dios sobre cuyos hombros halló que descansaba el gobierno no hacía verdaderamente acepción de personas; sino que en toda nación el que le teme y obra justicia es aceptado por Él; un Dios que no ha de ser adorado sólo en templos hechos por manos humanas, sino más bien en la pureza y santidad de corazones consagrados, limpios y apartados como un lugar de reunión señalado y vigilado donde la Tierra y el Cielo se funden en uno solo. A este, al único templo verdaderamente divino y designado para la adoración de Aquél que es el único Dios, sólo se puede llegar por el camino ordenado y elegido por el Cielo que Rhamya había descubierto a mi mente, y, mientras escudriñaba su curso, después de su partida, comprendí con una viveza y belleza que nunca antes había discernido la plenitud de la inspiración del salmista cuando exclamó: '*El camino del justo es como una luz resplandeciente, que brilla más y más hasta el día perfecto*' [[ref.](#)].

Al contemplar lo que había sucedido, quedé más que asombrado al descubrir cuán estrechamente asociada estaba la cuestión de la personalidad y la obra de Cristo con todos los temas y detalles imaginables de naturaleza religiosa. Rhamya había dirigido su atención al corazón mismo de las cosas, y habiendo aclarado el único punto, las nieblas se habían disipado aparentemente de todos los rincones del horizonte espiritual hasta que no quedó ninguna nube, ni siquiera del tamaño de la mano de un hombre.

Esto fue especialmente cierto con respecto a la cuestión de la intercomuni3n. La interpretaci3n de Rhamya la haba colocado sobre una base inexpugnable, y yo poda seguir adelante con mi trabajo con una confianza y una autoridad con las que nunca haba soado. La comuni3n de los santos apareca ahora en un sentido nuevo y m3s profundo que antes, sin necesidad de que ningun comentarista expusiera ese incierto pasaje de Hebreos 12: *'Os hab3is acercado al monte Si3n, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusal3n celeste, a la compaia de innumerables 3ngeles, a la asamblea general y a la iglesia de los primog3nitos que est3n inscritos en los cielos, y a Dios el Juez de todos, a los esp3ritus de los justos hechos perfectos, a Jes3s el mediador de la nueva alianza y a la sangre de la aspersi3n, que habla mejor que la de Abel. Mirad que no desech3is al que habla'* [ref.]. Con la luz que acababa de recibir pude leer y comprender por m3 mismo este y muchos otros pasajes hasta entonces misteriosos, habiendo llegado a esa calzada a la que Rhamya haba dirigido tan frecuentemente mi atenci3n, donde *'el caminante'* [ref.] no necesita desviarse de la verdad.

Pero hablar de la comuni3n de los santos me sugiere un incidente que tuvo lugar en esta 3poca, y que puesto en estrecha relaci3n con la obra del Cristo ilustrar3 agradablemente c3mo la gran ley procede a sus casi infinitas adaptaciones. La hemos visto obrando en su aspecto m3s elevado entre Jes3s y el Cristo; el caso que tengo que registrar ahora es de un grado muy diferente, pero muestra que el mismo Esp3ritu y el mismo Seor la dirigen.

Yo acababa de regresar y estaba hablando con Vaone de todo lo que haba oido de Rhamya, cuando Jack y su amigo Dandy se unieron a nosotros.

«¿Ha vuelto Eilele contigo?», pregunt3 el primero de inmediato.

«No. ¿Por qu3? ¿La requieres?».

«S3, quiero que hable con Dandy».

«¿Puedo yo hacer algo?», pregunt3.

«No hay nada que hacer en absoluto -explic3 el responsable-; s3lo que creo que las cosas no son como deber3an ser; y si Jack cree que s3, entonces no sabe, eso es todo».

«¿En qu3 sentido est3n mal?», pregunt3, interesado en conocer tan curioso punto de desacuerdo.

«Dandy dice que 3l no deber3a estar aqu3», dijo Jack.

«No, no dije eso -clam3 el otro-; Dije que no estaba bien que yo me fuera y dejara a Bully Peg sin nadie que lo cuide».

«¿Pero acaso Dios no sabe lo que es mejor?», pregunt3.

«No s3 lo que Dios sabe o lo que no sabe. Pero si yo fuera Dios, no lo habr3a hecho as3».

«¿De qu3 manera?».

«Si yo hubiera sido Dios, habr3a hecho que la caja golpear3 sobre el pequeo y que lo hubiera matado; el mayor podr3a cuidarse solo».

«Pero Dios cuidar3 de Bully Peg -respond3, captando el sentido de su queja-, se pondr3 bien».

«Pero no est3 bien -afirm3 con algo muy parecido al desaf3o-. Ves, 3l est3 tan equivocado como ellos. ¡Mira, te equivocaste!».

«¿Cu3l es el problema, Jack?», pregunt3, ansioso por comprender la desconcertante situaci3n.

Entonces me informaron de que los muchachos acababan de regresar de una visita a la Escuela, donde se habían encontrado con Bully Peg y se habían enterado de que el pequeño había pasado por malos momentos y que durante todo el día anterior había estado sin comer. A lo sumo, el muchacho no gozaba más que de una salud bastante débil, y Dandy se resentía de las penurias adicionales que tenía que soportar a causa de la muerte del mayor. De él haber estado vivo, Bully se habría alimentado de algún modo. Hasta aquí llegaba el agravio de Dandy, que se negaba en redondo a aceptar que su traslado le eximiera de toda responsabilidad en relación con su amigo. En su lógica tosca e inculta, el muchacho había elaborado la proposición de que la bondad de Dios tenía alguna culpa al permitir que Bully Peg soportara este sufrimiento adicional en las circunstancias de su pérdida.

Al oír la conmovedora historia, mi corazón se compadeció sinceramente del afligido Dandy, pero donde el muchacho sólo veía un niño hambriento al que consideraba su deber alimentar —y alimentar de inmediato—, yo veía un abismo, infranqueable para un ministerio físico como aquél, o así se presentaba a mi dudosa e inexperta mente.

Era un problema nuevo y aparentemente insoluble para mí: cómo asegurar y luego transmitir a Bully Peg lo que Dandy había decidido que el niño debía tener.

En mi perplejidad recordé el consejo de Myhanene de hacer lo mejor que pudiera donde no pudiera hacer todo lo que quisiera, y dejar el resto a Dios. Actuaría de acuerdo con él, aunque sabía cuán imposible me era satisfacer la demanda que no aceptaba negación, pues veía la intensa determinación en el rostro del suplicante, que estaba dispuesto a renunciar al Cielo, si fuera necesario, para que su amigo pudiera ser alimentado.

«Trata de ser paciente, Dandy -empecé, acercando al muchacho y poniendo mi mano sobre su atribulada cabeza-; Todo saldrá bien, aunque ni tú ni yo vemos cómo puede ser así por el momento. Dios cuidará de tu amiguito por tu bien y por el suyo, ya que estás tan preocupado por él. ¿Quién sabe si Bully Peg no vendrá pronto a estar contigo y con Jack, y que este es el principio del fin de todo su sufrimiento?».

«Pero yo creía que Dios era muy bueno y bondadoso».

«Así es Él, más bueno y bondadoso de lo que cualquiera de nosotros sabe o puede imaginar».

«Pero no es bueno y bondadoso que los carniceros mantengan a los terneros sin nada para comer antes de matarlos».

«Yo no dije que Dios hiciera eso. Sólo que...».

«Sé todo sobre eso -interrumpió impaciente-; pero Bully Peg quiere algo de comer, y yo quiero que lo tenga de inmediato. ¿No puedes ir a ver a Dios y decirle lo hambriento que está Bully?».

«Él lo sabe todo sin que se lo digamos».

«Entonces, si es tan bueno como dices, ¿por qué no permite que tenga un poco? -entonces, con un destello de inspiración infantil, exclamó de repente-; ¡Oh! ¡Ya sé, a lo mejor no tiene a nadie que se lo lleve! Venga, vamos a llevárselo».

Era inútil. La decidida importunidad, la simpatía, la precocidad y la fe ingenua del muchacho eran demasiado para que yo intentara hacerles frente. Me sentía más que impotente, temeroso de que mi incompetencia resultara perjudicial para el muchacho, y en mi perplejidad llamé a Myhanene.

En esto encontré el alivio que tan tristemente necesitaba.

Dandy le reconoció al instante, y le abordó antes de que yo tuviera ocasión de hablar.

«¡Eh! Tú me has matado, ¿verdad?».

Myhanene le acarició la cabeza y sonrió con afecto.

«No, no, no es tal cosa -respondió-. Los chicos muertos no hablan con entusiasmo, ¿verdad?».

«Bueno, tú me trajiste aquí, lejos de Bully Peg, ¿no?».

«Ah, sí; lo admito».

«Y sabes que él no puede conseguir nada para comer; ayer no probó bocado en todo el día».

«¡Pobrecito! ¿Cómo te has enterado?».

«Acabamos de llegar de la Escuela -contestó Jack-, donde él mismo nos lo dijo».

«Sí, y quiero saber cómo Dios puede ser bueno y permitir que Bully Peg esté hambriento porque Dios te envió a matarme. ¿Por qué no mataste a Bully y me dejaste vivir?».

«No fui enviado a hacer eso».

«¿Pero por qué no lo hiciste? Eso es lo que yo debería haber hecho».

«Tal vez; pero Dios sabe mucho mejor que nosotros lo que es mejor».

«No es mejor dejar que Bully esté hambriento. ¿No puedes darle algo de comer?».

«Sí. Dios le dará algo de comer -contestó Myhanene, sentándose y acercando al intercesor Dandy a su lado-, y cuando lo tenga podrás ver cuánto mejor ha sido todo que en el caso de que te hubieras salido con la tuya. Dios sabe más que nosotros, y lo que hace es siempre lo mejor».

«Pero no es lo mejor que Bully esté hambriento».

«Sí lo es, por un tiempo».

«Bueno, ¿cómo así?».

«Eso no lo sé por el momento; pero conozco a Dios lo suficiente como para decir que tanto tú como yo veremos que ha sido para bien dentro de poco».

«¿Cuándo?».

«Casi inmediatamente».

«¿Cómo lo sabré?».

«Iremos a ver a tu amigo en cuanto yo sepa lo que debo hacer, y verás cómo Dios encuentra el modo de que sea atendido».

«¿Estás seguro?».

«Sí, seguro».

«Muy bien, entonces. Pero yo no estaría feliz si él fuera a ser dejado hambriento allí».

Esperar a Dios nunca es una prueba larga o difícil en tales circunstancias. Dandy estaba muy comprometido. Pedía ayuda para su amigo, y para conseguirla, si era necesario, estaba dispuesto a

sacrificarlo todo, dispuesto incluso a renunciar a su propio cielo por el tiempo en que el hambriento pudiera ser alimentado. A tal importunidad había que responder. Myhanene lo supo en cuanto lo vio, y casi al instante recibió su encargo de proceder al socorro.

«Venid conmigo», dijo con un tono más de orden que de invitación, mientras su yo, en alerta y siempre dispuesto, se dejaba atrapar por el urgente mandato. Y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos junto al muchacho hambriento, que con pies descalzos y ropas andrajosas hacía lo posible por vender cerillas entre los transeúntes frente a la [Bolsa Real](#).

«Aquí estamos, Bully -gritó Dandy alegremente-; ahora podrás tener alg...».

Pero su exclamación se vio interrumpida, pues el ansioso muchachito pasó a su lado sin prestarle la menor atención, en respuesta a una llamada de "¡cerillas!" desde lo alto de un autobús que acababa de detenerse en el bordillo.

«¡Vaya! Si eso no es el colmo -jadeó Dandy-; pero... es posible que no nos haya visto en la niebla -y luego añadió, con ansiosa simpatía-; la niebla no es buena para Bully».

Myhanene sonrió y atrajo hacia sí al pequeño protector en un tierno abrazo, que habló más elocuentemente que las palabras.

«¿De qué te ríes?», le preguntó ingenuamente.

«De que pienses que hay niebla -respondió-; olvidas que has cambiado de ojos y ves lo que tu amigo no puede ver, mientras que él no es capaz de ver que estamos aquí».

Se sobresaltó al captar una idea que no se le había ocurrido antes.

«Sí. ¡Lo había olvidado! Mis ojos están muertos, ¿no? ¿Qué haremos?».

Su expresión ante este descubrimiento fue a la vez divertida y lastimera. Al fin se dio cuenta de lo que yo había visto antes: el abismo aparentemente infranqueable a través del cual él deseaba alcanzar a su amigo.

«Debes conformarte por el momento con dejarme hacer lo que pueda para ayudar a tu amiguito -dijo Myhanene-; no tengo tiempo de explicártelo, pero cuando volvamos Eilele te lo contará todo, si se lo pides. Pero déjame decirte que mientras yo he venido contigo para que veas cómo Bully Peg desayuna algo, muchos otros ángeles de Dios se han ido para traer aquí a alguien que le dé lo que deseas, y tal vez más de lo que esperas».

«Está bien -respondió, dispuesto a consentir cualquier arreglo que por el momento condujera a suplir la necesidad de Bully-; pero me darás la oportunidad de decirle quién eres, ¿verdad?».

«No podrías hacer eso, mi niño. Tu amigo no puede vernos ni oírnos».

La asombrada duda incrédula que nace de la ignorancia volvió a recorrer su rostro.

«¿Pero por qué no puede vernos tan bien como nosotros le vemos a él?», preguntó.

«¿Nunca has mirado desde un escondite oscuro a la gente que pasa por una calle iluminada?», preguntó Myhanene.

«Muchas veces».

«¿Te veían tan claramente como tú a ellos?».

«¡No! Pero no estamos en la oscuridad».

«No tal como nosotros conocemos la oscuridad; pero para tu amiguito estamos en la negrura de la muerte, y le es imposible vernos».

«Entonces no podemos hacer nada por él después de todo».

«Sí que podemos. Tal vez podamos hacer más de lo que esperas. Dios es siempre mucho mejor de lo que anticipamos, y si te contentas con esperar hasta que yo y mis amigos hayamos hecho todo lo que Dios nos ayude a hacer por el pequeño Bully, estoy seguro de que estarás más que satisfecho».

«¿Lo estaré?», preguntó con obstinada aquiescencia.

«Sí, estoy seguro de que lo estarás».

«Entonces si mi lengua intenta hablar de nuevo, mis dientes me la arrancarán».

Mientras escuchaba la angustiada preocupación de Dandy por su amigo, me preguntaba qué sucedería si los ojos de la apresurada y bulliciosa multitud que nos rodeaba pudieran abrirse por un momento, como los ojos del siervo de Eliseo [\[ref.\]](#), y se descubriera nuestra presencia ministradora. Ah, hermanos, ¿qué poco saben, incluso los hombres más sabios y mejores, de las agencias invisibles que se emplean continuamente a su alrededor; qué poco saben los más espirituales de las acciones secretas del Señor, moviéndose para corregir los errores, frustrar el mal o lograr aquello que es para su bien? Desde el punto de vista de un cálculo humano, en toda aquella muchedumbre de Mansion House *[zona de Londres]* no había otra persona tan insignificante o descuidada como el pequeño vendedor de fósforos de cera, y sin embargo, en la estimación de Dios y de la salvación, los intereses comerciales del centro del mundo ocupaban por el momento un lugar secundario con respecto al bienestar de aquel niño solitario y desatendido. Si se hubiera levantado el velo, ¿qué príncipe de las finanzas no habría renunciado a la Bolsa en favor del muchacho, y la riqueza se habría puesto a los pies del indigente, en previsión de la encomiable recompensa: *'En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis'*? [\[ref.\]](#)

Pero un servicio así prestado, ¿obtendría tal aprobación? ¿No sería algo ofrecido más bien para los ángeles que para el niño, y que tendría su única recompensa en la visión concedida? Para obtener el elogio del Maestro se necesita la visión espiritual que puede encontrar al Cristo en el harapiento y hambriento marginado, y el ministerio debe empatizar con la necesidad. Esto constituye el verdadero y genuino servicio al Maestro: hacer el bien en todo lugar, en todo momento y sin acepción de personas; estar listo para cualquier servicio que se requiera: si es el llevar un mensaje de parte de un ángel en el sepulcro a los discípulos ausentes, bien; si es vendar las heridas de un Lázaro ultrajado, vertiendo aceite y vino, mejor. Es para Dios, y Dios lo reconocerá. Ningún servicio prestado en Su nombre pasará desapercibido. Dios, que ve en lo secreto, reconocerá con seguridad cada ministerio con la recompensa inseparablemente unida a la acción, cuyo resultado ha de ser siempre previsto en la semilla del motivo que impulsa la obra.

La justicia de Dios nunca falla.

Sin embargo, el velo no se levantó, ni nuestro pequeño protegido consiguió la venta que esperaba. Un compañero de viaje había ofrecido su caja de cerillas, el penique fue devuelto al bolsillo, y Bully no estaba, aparentemente, más cerca que antes de su desayuno.

Mientras el niño se alejaba del autobús con cansado abatimiento, yo suspiraba con tristeza por mi propia incapacidad para ayudar a aliviar sus pequeños hombros del peso del problema que tan

visiblemente lo aplastaba, y esto a pesar del hecho de que sabía que estaba tan cerca de su fin. ¡Si tan sólo pudiera hacerle saber que estábamos presentes y que el alivio estaba al alcance de la mano!

Pero no pudo ser. Aunque estábamos tan cerca, por el momento carecíamos de los medios necesarios para llegar a él y hacerle comprender.

«¿Tienes que esperar?», pregunté a Myhanene, que parecía buscar ayuda en cada vehículo y peatón que pasaba.

«Sí, espero la llegada de alguien que pueda aliviar la angustia de nuestro pequeño amigo».

«¿Sabes quién será?».

«No. Cuando recibí mi encargo, muchos otros amigos fueron enviados en busca de siervos del Maestro a los que pudieran infundir la impresión de la idea de acudir al Banco. Alguien de entre ellos encontrará un alma semejante a Cristo que se sienta movida a responder. En algunos casos he conocido a dos o incluso tres que han respondido a la convocatoria premonitoria; pero tan pronto como uno se pone en camino, el hecho se da a conocer a todo el grupo de trabajadores, que entonces renuncian a sus esfuerzos con los muchos y concentran su influencia en uno solo, hasta que al realizar el servicio reconoce al momento cuán maravillosamente la mano del Señor le ha guiado en el asunto».

«¿Es esa la obra y el propósito de las premoniciones?», pregunté, mientras su explicación levantaba la esquina de otro velo de misterio.

«¡Sí! Al menos es así para aquellos que permanecen con el cinturón ceñido [[ref.](#)] de una leal disposición a hacer la voluntad del Maestro».

«Supongamos, como dices, que a veces ocurre que dos o tres responden igualmente a la misma llamada».

«Entonces el primero que llegara realizaría el servicio».

«¿Y los demás llegarían a la conclusión de que sus sentimientos les habían engañado?».

«No estoy tan seguro de eso, aunque es muy posible que así sea. Los ministros que obraran la premonición podrían fácilmente determinar cuál de los tres llegaría primero al destino deseado, y la presión se retiraría de inmediato de los otros, que también podrían ser informados del hecho de que el propósito particular se había cumplido, mientras que en el resultado su pronta respuesta a la llamada será aceptada como equivalente a haber prestado ese único servicio, y la recompensa será igualmente para cada uno por haber hecho lo que podía».

«¿No sería posible prever quién respondería a la llamada y ahorrar así lo que puedo llamar un experimento con muchos?».

«Eso es, sin duda, previsible para los que están a una distancia superior y no están realmente empleados en la misión. Pero Dios nunca hace escasa provisión para el éxito de cualquier servicio. Donde la omnipotencia está disponible, ningún resultado debe ser puesto en peligro. Cada agente empleado sabe que la misión no puede fracasar, pero requiere energía, concentración y un esfuerzo de todo corazón por nuestra parte, pues ninguno de nosotros puede prever en qué medida nuestro servicio particular afecta al conjunto. Una vez más, estas llamadas a la acción sirven para determinar el valor de las profesiones [*profesión de fe, fe*] de los que oran para ser utilizados en la obra del Señor. Algunos hombres gritan tan fuerte que son incapaces de oír la vocecita que los

llama, y sus vidas transcurren orando sin obrar. Dios tiene muchos medios para probar la autenticidad de la fe».

«¿Pero no son los presentimientos más bien señales poco fiables sobre las que actuar?».

«Eso depende enteramente de la realidad o no realidad de la profesión de un hombre. Aquel que vive en comunión ininterrumpida con Dios oír y no tendrá miedo de seguir la '*voz apacible y delicada*' [ref.], pero aquel cuya vida no es más que un címbalo tintineante [ref.] se dejará llevar fácilmente por las imaginaciones de su propio corazón, que ahogarán la verdadera voz de Dios. La operación de la ley traza rápidamente la línea divisoria. '*Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos*'».

«Las oportunidades y responsabilidades de la vida son terribles realidades», respondí, al ver cuán importantes se vuelven las corrientes subterráneas cuando de este modo se convierten en pautas de prueba, por las cuales se registran tantos juicios insospechados pero terriblemente nefastos.

«Tienen que ser así, hermano mío, cuando cada acto y cada pensamiento pueden convertirse en un factor para formar un ángel o un demonio. No hay fibra o sombra posible en toda la construcción que no esté cargada de inestimables potencialidades. ¿Quién puede decir hasta qué punto puede desplegarse cualquier servicio o error? Cuando los resultados eternos pueden estar ocultos en un momento desprevenido [*incautious moment*], ¿acaso no deberían los hombres estar siempre alerta? ¿Acaso no podemos comprender con qué significado dijo Cristo '*velad*'? [ref.] Pero, ven, nuestro compañero de trabajo se acerca -luego, dirigiéndose alegremente a Dandy-: Ahora verás la respuesta a tu oración por tu amigo».

El niño por cuyo bienestar estábamos especialmente interesados, había estado persistentemente ocupado durante este tiempo en la venta de sus mercancías a medida que cada nuevo autobús se acercaba al bordillo, pero en sus esfuerzos se veía tristemente perjudicado por la presencia de un muchacho más grande y más fuerte, que despiadadamente empujaba al niño a un lado y siempre se aseguraba para sí mismo cualquier negocio de venta de fósforos que hubiera por hacer.

Una y otra vez vi al pequeño lanzarse hacia adelante con la esperanza de efectuar una venta, pero en cada intento se le adelantaba, y su rival bailaba alegremente por su fácil victoria sobre el hambriento muchacho.

Mientras Myhanene hacía su anuncio a Dandy, un autobús de Blackwall se detuvo, y un caballero en la parte superior pidió fósforos. Bully corrió hacia adelante pero sólo para verse enfrentado y empujado de nuevo por su rival más exitoso, y, lo que fue infinitamente peor, las dos cajas de mercancías que le quedaban se le cayeron de las manos en la lucha bajo la rueda en movimiento, y se incendiaron, y en un momento el desconsolado Bully era una bancarrota desesperada, sin recursos ni esperanza.

La heroica fortaleza de que había hecho gala hasta entonces le abandonó. Tal catástrofe era suficiente para aplastar a un hombre en tales dolorosas circunstancias, y mientras el jubiloso rival aullaba de alegría por el resultado de la refriega, Bully se derrumbó en su desesperado extremo y lloró lastimosamente.

Mientras miraba entre lágrimas las cerillas aún ardiendo, un anciano salió cautelosamente del autobús y se fijó en él.

«¡Mira, aquí! ¿Qué te pasa? -preguntó con una pomposidad más fingida que real-; ¿A qué viene tanto llanto, eh?».

El chiquillo miró su capital en llamas, pero no pudo hablar.

«Se te han caído las cerillas, ¿eh? Bueno, no importa, ¡no importa! Es sólo un penique, y... toma, te las compro».

«¡Son dos cajas!», exclamó Bully parcialmente consolado.

«Dos cajas, ¿son dos? Bueno, pues son sólo dos peniques. Toma. Compraré las dos. ¿Cómo te llamas?».

«Bully Peg, señor», respondió con el signo de una sonrisa que se abría paso entre sus lágrimas por el inesperado giro que habían tomado los acontecimientos.

«¡Bully Peg! -repitió el caballero-; ¿De dónde has sacado un nombre así?».

«No lo sé; pero así es».

«Yo tampoco lo sé. ¿Dónde vives?».

«Ahora en ningún lado».

«Pero tienes casa».

«No, no tengo».

«Bueno, ¿dónde duermes?».

«En cualquier parte».

«¿Tienes madre o padre?».

«No que yo sepa».

«¡Vaya! Esto es muy triste para alguien tan joven. ¿Qué comiste ayer?».

«Nada».

«¿Y nada esta mañana?».

«Todavía nada».

«Ahora sé por qué el Señor puso en mi corazón venir a la ciudad. Vamos, hijo mío; ven a desayunar de una vez».

«Está bien -exclamó alegremente Dandy-; ya no me preocupa, ahora que Bully tiene sus dos peniques y va a desayunar. Regresaré ya, si quieres».

«Todavía no -respondió Myhanene-; tu amiguito tiene todo lo que pediste para él; pero mientras estamos aquí quiero que veas cómo Dios da frecuentemente mucho más de lo que pedimos».

«¿Qué más esperas conseguir?», pregunté.

«No haremos más -contestó-; nuestra parte en el ministerio ha terminado: pero ¿no has oído decir a nuestro compañero de trabajo que reconocía una interposición divina al traerle a la ciudad? Ahora queda por saber hasta dónde llegará para ayudar al muchacho. Vigilémosle, pero no tenemos comisión para influir más en él; eso debe ser enteramente cuestión de libre albedrío».

El pequeño mendigo ya estaba cómodamente sentado a la mesa de un café cercano. La camarera lo miraba con desconfianza, pero su tutor le brindó una protección suficiente y, en ese momento, el niño devoraba con todo el entusiasmo del hambre un desayuno como nunca antes había probado. El caballero tomó un periódico, no para leerlo, sino para dejar al muchacho más libertad para comer sin que nadie lo viera, pero las miradas furtivas de soslayo confirmaron plenamente el largo ayuno y pudimos leer lo que el mundo nunca supo: una gratitud por la bondad de Dios al permitirle realizar semejante servicio.

En ese momento dejó caer el periódico y preguntó: «¿No te gustaría dejar de vender cerillas y tener una buena cama para dormir?».

«Sí, si pudiera tener algo para comer también».

«Por supuesto, a eso me refiero, y ropa bonita y abrigada para ponerte».

«¿Y tener una casa?».

«Sí, vivir en una casa grande».

«No te refieres a una prisión, ¿verdad?».

«Ciertamente no. De eso es de lo que estoy muy ansioso por salvarte».

«¿Sí? Bueno, me gustaría».

«Si pudiera llevarte a un hogar cómodo, ¿me prometerías ser bueno y no intentar escapar?».

«¿Por qué querría escaparme?».

No necesitamos seguir con los detalles. Baste decir que tan pronto como el muchacho terminó su comida, su amigo lo llevó hacia el este, donde sabía que podría encontrar "*una puerta siempre abierta para los desamparados y los extraviados*" [[ref.](#) [*hogares para niños sin hogar*]], y cuando Dandy regresó a su hogar en el Paraíso, tuvo el consuelo de saber que Bully Peg estaba completamente provisto gracias a una oración insistente y a la respuesta amorosa de un Padre.

Es este otro aspecto de la comunión de los santos en operativa práctica. Ya hemos visto cómo el dolor incontrolado de los que se quedaron atrás puede perturbar al resto de amigos en el Paraíso. Aquí tenemos la respuesta de simpatía y vemos cómo es posible que quienes se adelantaron continúen con un ministerio amoroso para la protección de quienes dejaron atrás. ¡Qué servicio podría prestar al mundo si se cultivara adecuadamente!

Capítulo 24

La misión del dolor

Cuando todos los preparativos concluyeron y Bully Peg obtuvo por fin una protección mucho mejor de la que Dandy hubiera podido anticipar, fue muy conmovedor presenciar la alegría sin límites de aquel cuya plegaria había obrado el milagro. Estaba en un país de las maravillas de asombro desconcertante, sin saber si mostrar su gratitud con risas o lágrimas, dudando si estaba despierto o soñando. Sus ojos se encendieron y brillaron con la excitación febril que lo sacudía; sus labios temblaban con elocuencia sin palabras y sus manos trabajaban con inquieta incertidumbre, mientras miraba de Myhanene a Bully y viceversa.

«No sé qué hacer ni cómo, Jack -gritó en tono desesperado-; ¿Por qué no me ayudas?».

«¿Cómo puedo ayudarte? -respondió Jack, igualmente inseguro-; Es tan difícil para mí como para ti. Es más que cualquier cosa que haya conocido antes».

«Pero debo hacer algo o reventaré. ¿Por qué no me dice alguien lo que puedo hacer?», y el pequeño bailaba literalmente con agradecida excitación.

«¿Qué harías?», preguntó Myhanene, con esa tranquila y comprensiva persuasión que empleaba tan eficazmente para calmar los paroxismos de emoción.

«Quiero...», pero con una sacudida de brazos y un pisotón, Dandy tuvo que dejar su deseo sin expresar.

«Bueno, ¿qué es lo que quieres?», Myhanene sabía que el verdadero alivio de los sentimientos del muchacho residía en alguna forma de expresión, y le animó a encontrar la mejor disponible.

«Quiero... ¡debo decir algo! Y no es 'gracias', eso no es suficiente, ¡no es ni un poco de lo que quiero decir! ¡Y no puedo decir nada!».

«Entonces supón que esperas un poco. Yo lo sé, y Dios también lo sabe y lo entiende mejor de lo que tú puedas decirle».

«¿Lo sabe?».

«Sí, mucho mejor».

«Pero ojalá pudiera verle; me gustaría decírselo tanto por mí como por Bully, y no puedes decir nada si no puedes verle».

«Oh sí, puedes, y Él te oirá. Él escuchó cuando querías que Bully desayunara, y nos envió a hacer todo lo que se ha hecho».

«¿Lo hizo? ¡Oh, sí! Lo había olvidado, y todo el tiempo quise darle las gracias por ello. Pues bien, Él sabe cuánto me alegro».

«Sí; Él lo sabe mucho mejor de lo que tú puedas decírselo. Ahora nos iremos».

«¿Seguro que Bully estará bien?».

«Bastante seguro; pero puedes verle en la Escuela».

«¡Por supuesto! Me estoy olvidando de todo. Vamos, estoy listo; y si Bully está bien no querré volver aquí nunca más».

Así terminó esta misión a la Tierra, una misión comparativamente trivial en sí misma, pero cargada de sugerencias e ilustraciones capaces de ser aplicadas a algunos de los problemas más profundos de la vida, y portadora de muchas más lecciones que las que se encuentran flotando en su superficie.

Así lo descubrí en mi propio caso, y confío en que otros puedan encontrarlo igualmente útil al reflexionar.

Permíteme mencionar una de las revelaciones que me proporcionó; tal vez el registro pueda contener una sugerencia para ti, mi lector.

Mientras regresábamos tranquilamente, Myhanene y yo nos encontramos algo apartados del resto, y al momento, echándome el brazo al hombro, dijo: «Ahora que nuestro agradable deber ha terminado, permíteme felicitarte por su completísimo éxito».

«¡Felicitarme a mí!», exclamé, mientras me zafaba de su abrazo y escudriñaba su rostro, esperando descubrir el rastro de un delicado sarcasmo que tan bien sabe utilizar en ocasiones.

«Sí, hermano mío, tengo que felicitarte sincera y efusivamente. Lo has hecho bien; así que continúa, y tu misión en la Tierra dará como resultado una cosecha de lo más gloriosa».

«Pero, ¿qué he hecho yo? He tenido un papel menos importante en este asunto que Jack, con diferencia».

«¿Ah, sí? -preguntó él, levantando las cejas con uno de esos movimientos nerviosos que emplea para expresar un fingido asombro-; Qué extraño que yo cometa semejante error».

«¿Qué quieres decir, Myhariene?», pregunté persuasivamente al captar la sonrisa que iluminaba su rostro.

«Quiero decir todo lo que he dicho, y más -respondió-; El incidente que acabamos de concluir tan felizmente ha sido puesto al servicio de un doble propósito, el que yace en la superficie y que ahora tan felizmente ha terminado es, con mucho, el menos importante de los dos».

«Y el otro era... ¿puedo saberlo?».

«¡Sí! Ahora que ha terminado puedes, y como ya te he dicho, te felicito sinceramente por ello».

«¿Por qué?».

«Por el curso que tomaste. Cuando Dandy vio la situación crítica de su amigo y decidió hacer algo para ayudarlo, se presentó una espléndida oportunidad para probar qué curso tomarías tú si se te pidiera ayuda dadas las circunstancias. ¿Intentarías, con tus imperfectos conocimientos, satisfacer y anular la ansiedad del muchacho, o tendrías la presencia de ánimo para llamar a alguien en tu ayuda, como yo te había aconsejado anteriormente que hicieras en todos esos casos? Lo hiciste admirablemente, y ahora ves el resultado».

«Pero supón que no te hubiera llamado», pregunté, sobresaltado al pensar en la responsabilidad de la que me había librado sin saberlo.

«Entonces se habrían utilizado otros medios para responder a la oración de Dandy y te habrías perdido su recompensa».

«Pero podría haberla perdido tan fácilmente».

«¡La mayoría de las oportunidades de la vida se pierden así! A menos que estemos siempre alerta, se nos escapan y sólo las vemos cuando ya es demasiado tarde. Es este ceder al cortejo de la pereza —este coquetear con las excusas plausibles de la indiferencia— lo que sofoca la vida espiritual de la Tierra, y envía a tantas multitudes con las manos vacías desde los campos de la cosecha. Las cuentas que hay que cuadrar aquí son tan numerosas y atroces en omisiones como en comisiones, y los hombres se asombran al ver que la recompensa de ambas es igual, hasta que se les recuerda que Cristo había afirmado así la ley en su parábola del juicio final» [\[ref.\]](#).

«Sólo puedo pensar en mi propio escape providencial -respondí [*se referiría, creo, a su salida, su "escaparse" de la Tierra gracias a aquella "muerte suave", hacia aquella ladera donde llegó Aphraar, en el mundo espiritual*]-; Fue mucho más la misericordia de Dios que mi propia elección deliberada».

«Eso siempre estoy dispuesto a admitirlo -dijo-; Pero no debes olvidar que el ejercicio de la misericordia de Dios no es un acto arbitrario. Toda alma consagrada a la voluntad de Dios llega a simpatizar tanto con la mente divina como para responder intuitivamente a su deseo incluso antes de que nuestra consciencia haya comprendido el mandato. La consagración plena y completa nos mantiene en constante cercanía al Padre, que se refleja tan claramente en nosotros que Su voluntad constituye la fuerza motriz de toda acción. Estamos rodeados por Su tutela, guiados por Su ojo, tan fácilmente movidos por el impulso de Su amor, que en el momento en que llegamos a comprender la naturaleza de Su voluntad encontramos también que ya hemos sido constreñidos a cumplir el deber».

«No puedo comprender tal relación -repliqué-, sólo puedo temer y temblar ante la idea de ocupar esa posición, y casi desearía poder escapar».

«¡Hazlo, Aphraar! Hazlo por todos los medios».

«¿Cómo puedo escapar?».

«Hay una manera, pero sólo una».

«¿Cómo? ¿Dónde?».

«Acércate aún más. No hay seguridad sino con Dios, no hay lugar de descanso sino la paz eterna que ofrece Su seno. En esa cercanía comprobarás la plenitud de su fuerza y de su amor, al tiempo que perderás el sentido de la formidable majestad con que está ceñido. Si un microbio que vive en la sangre o en los tejidos pudiera formarse una idea adecuada de lo que es realmente un hombre por comparación, también él podría razonablemente temer y temblar, y sin embargo, ¿dónde estaría la necesidad mientras los intereses de ambos permanecen idénticos?».

«Me gusta ese pensamiento», respondí.

«¿Del microbio?».

«Sí, está lleno de sugerencias, y me parece que contiene revelaciones que las palabras no pueden transmitir. Con tu clara percepción de la obra del amor divino, no puedes comprender cuán alentadoras son para mí, en mi confuso desconcierto, estas significativas ilustraciones. Me siento como el pobrecito Dandy: abrumado y completamente indefenso».

«Comprendo lo que quieres decir», me respondió con una ternura seductora que me tranquilizó extrañamente.

«¿De veras? Entonces me conoces mejor de lo que yo me conozco».

«Ni siquiera eso me sorprendería -respondió con una de sus significativas sonrisas-, pero llevo aquí mucho más tiempo y debería estar más aclimatado a las maravillas naturales de esta vida trascendente que tú, que has llegado hace tan poco».

«Llevo ya algún tiempo aquí», respondí.

«No lo suficiente para eliminar todas tus ideas y concepciones terrestres; aunque no lamento que sigan surgiendo y haciendo sentir su influencia. La experiencia te será valiosa en tu ministerio, y te ayudará en muchos casos que de otro modo no estarías capacitado para tratar. El Dios invisible nos guía hacia adelante con sabiduría infalible».

«Bien dices que no se ve. La ceguera total es quizás la mejor definición que podría dar de mi condición, y sin embargo todo a mi alrededor parece tan ligero, tan hermoso y lleno de esperanza. No puedo entenderme a mí mismo».

«Permíteme aconsejarte que por el momento no des demasiada importancia a tu condición de incertidumbre. Dios interpone con frecuencia un velo semejante cuando está de paso, y puede ser que te esté concediendo una experiencia tan favorecida precisamente ahora. Acércate más a mí y déjame guiarte hasta que la sombra de tu indecisión haya pasado, entonces podremos regocijarnos juntos, y descubrirás que, mientras viajabas de nuevo de un modo que no conoces, te has ido acercando a Dios».

«Dirígeme como mejor te parezca, Myhanene; puedo confiar en ti, pero en mí mismo no tengo ninguna confianza. Me siento agotado, confuso y del todo incapaz de ayudarme a mí mismo».

«Lo sé muy bien -respondió alentador-; Es la tensión natural de la responsabilidad relacionada con la misión que tan felizmente has concluido».

«Pero yo he desempeñado el papel menos importante que nadie —incluso menos que Jack— en lo que ha sucedido», respondí, lleno de asombro por la importancia que seguía atribuyendo a mi llamamiento para que me ayudara a salir de una dificultad.

«Esa puede ser tu interpretación del asunto -replicó-, pero desde esta vida consideramos el asunto como un deber noblemente cumplido. El resultado depende enteramente de Dios. Los acontecimientos que aparentemente giran en torno a insignificantes nimiedades, a veces resultan tener las más poderosas consecuencias, y el resultado de tu llamada hacia mí sólo se conocerá cuando el Maestro cuente sus joyas. Sin embargo, para animarte y guiarte, puedo decirte que el agotamiento que sientes me indica que la cosecha de esta misión será una de la que todos nos alegraremos».

«Espero sinceramente que así sea, y ahí trataré de dejar el asunto. Pero el incidente en general plantea toda la cuestión de la oración en mi mente; ¿podemos hablar de ello?».

«Con mucho gusto. ¿Cuál es el aspecto particular que se presenta?».

«En este caso, la respuesta a la petición de Dandy ha sido tan rápida y completa que contrasta asombrosamente con la experiencia general. ¿Por qué?».

«La razón reside totalmente en la oración, no en ninguna acción arbitraria por parte de Dios. La ley eterna decreta que cualquier alma que goce de unión consagrada con Dios puede pedir lo que quiera, y será hecho, y esto porque tal unión ejercerá un poder que restringe la posibilidad de pedir lo que se oponga a la voluntad Divina. En todos los casos la oración será un ejercicio espiritual empleado específicamente para los asuntos que conciernen al reino, y no se recurrirá a ella hasta que se hayan empleado y fracasado todos los esfuerzos naturales posibles. Sólo un porcentaje fraccionario de lo que la Tierra llama oración cae dentro de esta definición, de ahí la gran cantidad de tiempo y aliento desperdiciados: diciéndole a Dios tanto sobre sí mismo, pidiéndole que haga lo que los hombres son demasiado perezosos o demasiado egoístas para hacer por sí mismos, pedir la bendición divina sobre algún acto de opresión tiránica contra un pueblo más débil, o suplicar al Cielo que se levante y aplaste los instintos naturales de las masas hambrientas y proteja de la molestia la ganancia mal habida de los explotadores; todo eso cae fuera del dominio de la ley y recibe la legítima recompensa del olvido. En oposición a todo esto, observemos detenidamente la naturaleza y las circunstancias que rodearon la oración de Dandy, y comprenderemos enseguida por

qué produjo un resultado tan diferente. Habiendo asumido voluntariamente una especie de tutela sobre Bully Peg, la desencarnación se interpuso y puso una dificultad en cuanto al modo de ejercer la función. Dandy, sin embargo, se negó a aceptar la nueva condición como eximiéndole de responsabilidad, y al enterarse de la situación extrema de su amigo se puso inmediatamente a buscar la manera de conseguir el alivio necesario. Toda la circunstancia se erige como una monumental demostración de fidelidad a la confianza y fe en el poder existente de lo correcto. Al repasar la conexión entre los muchachos, desde la primera vez que los conocimos hasta el presente, se verá que cada condición requerida por la oración eficaz ha sido fielmente considerada, de modo que cuando llegó la crisis la petición asumió la omnipotencia de la oración, la omnipotencia diseñada por Dios, y obró su propia voluntad soberana con munificencia divina».

«Ahora lo veo y lo comprendo -respondí mientras la luz interior daba testimonio de su paciente exposición-; No te molestaré tanto con estas preguntas cuando me acostumbre a estudiar los asuntos desde mi nueva posición. Pero, mientras tanto, hay otra cuestión parecida que me gustaría que me explicaras».

«¿Te refieres al enojoso problema del dolor y el sufrimiento?».

«¡Sí! Me encantaría saber cómo responderías a una pregunta al respecto».

«Comenzaría por separar a los dos como si estuvieran unidos por un yugo desigual e ignorante. El dolor, como el Satanás del Libro de Job, tiene que ser clasificado entre los hijos y ministros de Dios, en lugar de ser clasificado entre los emisarios del mal. Su misión consiste en vigilar y proteger el bienestar del hombre y advertir instantáneamente de cualquier desviación del camino de la salud, ya sea física, mental o espiritual. Los que oyen su voz y obedecen al instante son salvados por el ángel de Su presencia; pero los que se niegan y se rebelan deben asumir las consecuencias de su temeridad. Así, el Dolor, como cualquier otro ángel de Dios, habla primero al hombre con una vocecita de amable insinuación, porque *'el Señor ama a quien castiga'* [[ref.](#)], y el ministro es siempre de la misma naturaleza que el Padre. Pero para el descuidado, el negligente, el desafiante y el sordo, queda la alternativa de la ley: *'Si no obedecéis la voz del Señor, sino que os rebeláis contra el mandamiento del Señor, la mano del Señor será contra vosotros'* ([1 Samuel 12:15](#)). Es aquí donde el Dolor entrega al pecador al Sufrimiento. Sin embargo, en la medida en que el Sufrimiento continúa siendo el agente de Dios, su función es reparadora y totalmente benéfica, como Cristo declaró del hombre que había nacido ciego [[ref.](#)]. Acabas de ver un ejemplo de cómo se entrelazan las providencias, y aquí podemos encontrar otra ilustración de la misma ley. El ciego de nacimiento había sido privado de algunas de las ventajas ordinarias de la vida, pero en su oscuridad —al no ser capaz de estimar el valor de lo que se le había negado— disfrutaba de compensaciones que otros, dotados de manera normal, no podían estimar ni comprender. Estas compensaciones le fueron retiradas cuando se le concedió la facultad más ordinaria. Pero esto es sólo un paréntesis. Lo que deseo que captes es la disposición de Dios de dotar a todos los coherederos con Cristo del poder que Él poseía para poner fin a todo sufrimiento de naturaleza legítima. Recordarás cómo todo tipo de sufrimiento huyó al acercarse Él, pero con demasiada frecuencia olvidamos que Él pretendía que todos los que le siguieran ejercieran el mismo poder divinamente misericordioso. *'El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará'* ([Juan 14:12](#)). *'Mientras vais, predicad diciendo: El Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios: de gracia recibisteis, dad de gracia ["gratis"]'* ([Mateo 10:7-8](#)). Estas señales seguirán a los que creen: *'En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes; y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus*

manos, y sanarán' ([Marcos 16:17-18](#)). No necesito citarte más de las promesas para mostrarte que Dios da a los hijos del Cristo, o del segundo nacimiento, poder para poner fin a todo sufrimiento legítimo, haciendo que la manifestación sea un testimonio de la vida de Cristo en sus verdaderos discípulos (*'por sus frutos los conoceréis'*), y también una manifestación del poder y del amor de Dios a todos los necesitados».

«Pero todos estos dones hace tiempo que dejaron de existir», exclamé, extrañado por su referencia a poderes que sólo estaban destinados a los Apóstoles.

«Digamos más bien que han dejado de emplearse. Dios nunca cambia, nunca se corrige, nunca sustrae. La dotación sigue siendo la misma. La has visto recientemente en acción a través de Cushna, en el caso de la niña con la pierna debilitada, y está siempre disponible para todos los que puedan utilizarla. Su cese es algo de lo que aún debe dar cuenta la Iglesia que reclama el nombre de Cristo, una negligencia del deber, un pecado de omisión cuya pena recaerá pesadamente en algún lugar.

»Pero la mayor parte del sufrimiento es ilegítimo y proviene directamente de la injusticia de la vida. Hablo ahora del hambre, la necesidad, la miseria y la desdicha en todas sus formas, que caracterizan el progreso de lo que se llama civilización. Todo esto es producto del pecado, y es una abominación al Señor. No tiene por qué existir, no debería existir, si no fuera por la codicia, el egoísmo y la inhumanidad, de los que cada hombre y cada mujer son más o menos responsables, y cada uno de los cuales tendrá que cosechar su justa recompensa según su actitud de vida definida y activa hacia ello. La ley de Cristo: *'todo lo que queráis que un hombre haga con vosotros, así también haced vosotros con él'* [[ref.](#)], erradicaría la condición con la celeridad de una revolución si se aplicara honestamente, y las masas descuidadas de la humanidad —elevadas de inmediato a una condición en la que las necesidades de la vida estuvieran aseguradas— se colocarían más favorablemente para recibir la formación moral y espiritual que son incompetentes para apreciar en el estado en que ahora se hallan. Dios es capaz y está dispuesto a ocuparse del problema si la Política y el Comercio se apartan y dejan las cosas en Sus manos. Pero los poderes de la Tierra deben divertirse mientras se levanta el vapor matinal de la vida. Y Dios es paciente, conocedor de todas las compensaciones que tiene reservadas. En el momento entre la inmersión y la inconsciencia, el hombre que se ahoga vive toda una vida de agonía, y así el que sufre robado y ultrajado arrastra una existencia cansada [*ahogado en una vida de esfuerzos inmerso en ellos, antes de la inconsciencia de morir físicamente, está cansado*]. Sin embargo, es sólo una chispa que vuela hacia arriba [*tan efímero como la chispa que sale del fuego y se diluye*] en comparación con lo que ha de ser cuando Lázaro se vea consolado y el Rico reciba la herencia que ha comprado».

«¿Crees que es posible que cada transgresión sea finalmente rastreada hasta su fuente concreta?», pregunté.

«Cada paloma volverá a su propia ventana, hermano mío, y cada cucaracha volverá a su propia guarida. Dios es plenamente capaz de llevar a cabo sus planes de justicia con un equilibrio perfecto. Ni tú ni yo somos capaces de comprender cómo es posible, pero la ley de Dios es perfecta y asegurará inexorablemente que cada alma lleve su propia carga legítima».

«¿Quién, entonces, escapará?».

«Dios, en Su amor y sabiduría, ha planeado un esquema por el cual el más vil y depravado puede, en última instancia, encontrar su camino hacia la paz. Se encuentra a través de los fuegos purificadores del infierno y las innumerables etapas de las llanuras del Paraíso, donde *'el que venga*

no será expulsado' [ref.]. Mas la deuda, aunque grande, será finalmente pagada, la extorsión requerida, la inhumanidad expiada y el pecado perdonado. La eternidad es tiempo suficiente para asegurar todo esto, y finalmente el círculo familiar estará completo y Dios será todo en todo [*all-in-all*]».

Tan gloriosa perspectiva, tan confiadamente prevista y profetizada por Myhanene, no dejaba nada más que decir o esperar, y terminamos nuestro curso en solemne silencio.

Capítulo 25

Hasta la vista

En varias ocasiones me he visto obligado a hablar de las limitaciones impuestas por la Tierra, el tiempo y la carne, pero ahora me encuentro frente a una para la que no estaba preparado, y su fuerza me llena de consternación.

He ido tratando una a una las cuestiones derivadas de la masa de correspondencia que aún tengo ante mí, según mi experiencia en el Paraíso me ha capacitado para ello, pero hasta ahora apenas he podido comenzar a tocar el verdadero placer que esperaba tocar, cuando mi receptor [Robert] me deja asombrado con la información de que el volumen ya asume proporciones algo grandes, y me veo obligado a hacer otra pausa en mi recital.

La insinuación me ha llevado a una súbita detención, para repasar cuidadosamente la masa de correspondencia que he dejado sin tocar, y examinar lo hecho para asegurarme de que no he dado espacio a detalles de importancia secundaria a expensas de temas de mayor peso. Incluso he pedido consejo a amigos con mucha más experiencia con la esperanza de poder hacer más en el espacio de que dispongo; pero todo es inútil. No puedo encontrar una taza de té en la que quepa aproximadamente el océano.

La revisión, sin embargo, me ha proporcionado este consuelo: las preguntas más frecuentes que me hacen van en el siguiente orden: Cristo, el Infierno, el Pecado, la familia en el Cielo, el futuro de los niños y el valor relativo de las diferentes religiones. Sobre todos estos temas he tenido algo para decir en las páginas precedentes, dando a Cristo la importancia primordial que tan necesariamente merece; al mismo tiempo, reconozco con toda libertad cuán consciente soy de mi incapacidad para hacer justicia al tema, al que tan gustosamente se la habría rendido. Pero aunque mi exposición pueda parecer extraña e incluso antinatural cuando se la mira a través de las nieblas teológicas de la Tierra, y tal vez por otra parte a aquellos amigos que ocupan planos más elevados de la vida a los que yo todavía no he subido les pueda parecer un esbozo débil e indigno del retrato divino, tengo el consuelo de saber que *'cuando la niebla se haya disipado'* [ref.] los ojos nublados por la Tierra Lo verán como yo Lo veo ahora, y también que las almas más grandes y nobles que están por encima de mí reconocerán que he hecho lo que he podido —*el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil*—, y ahí me contento con dejarlo por el momento.

Los capítulos relativos a la Oración y a Dios me he visto obligado a retirarlos por el momento, porque me ha sido imposible añadir las experiencias ilustrativas necesarias para transmitir las sugestivas ideas e informaciones que deseo exponer. Pero éstas, con todas las demás preguntas que tengo, o que pueda recibir en respuesta a esto, tendrán atención, si todavía me siento autorizado a continuar mi labor de amor. Una vez más, aunque a riesgo de que se me considere fastidioso por la reiteración, y totalmente aparte de la cuestión de si mi regreso a la Tierra es desaconsejable o no, permíteme repetir que en todo lo que he dicho me he guiado únicamente por un motivo: darte a

conocer a ti, mi lector, la verdad tal como la he encontrado por experiencia práctica, como yo mismo me habría alegrado de conocerla cuando estaba donde tú estás ahora, y como tú vas a conocerla cuando pronto el velo se descorra y te admita donde yo estoy.

Si he tocado puntos delicados con respecto a los credos, las iglesias y la religión, como instituciones, no he querido hacerlo con ningún sentimiento de rencor, sino en todo momento dispuesto a conceder la valiosa ayuda que han prestado en su esfera legítima, aunque obligado a negar su pretensión de autoridad divina por sus concepciones limitadas de Cristo, Dios y el castigo eterno.

Negarme a admitir su utilidad y servicio a la humanidad dentro de su legítima esfera sería proclamar mi incompetencia mental para reconocer un hecho evidente. Lo que sí niego es el derecho de cualquier iglesia o cónclave de hombres a afirmar que sus dogmas o decisiones marcan la finalidad de la acción de Dios, y la suposición de que más allá del límite que erigen no existe más que la perdición irremediable. La Iglesia como institución eclesiástica o teológica fue llamada a la existencia para suplir la necesidad reconocida de una institución que asumiera el oficio de niñera de la generación infantil de la época; pero el niño siempre ha de crecer y pasar de la guardería primero a la escuela, y después a través de todas las diferentes esferas de la vida. Así como al niño le quedan pequeños los pañales y al muchacho las vestiduras infantiles, así el alma entrará siempre en la herencia de las muchas cosas que quedan por contar cuando seamos capaces, por el desarrollo, de soportarlas. Es un triste error imaginar que *'la fe una vez dada a los santos'* [\[ref.\]](#) era la última palabra de revelación de Dios. ¡Con Dios no hay finalización! Tal proposición también predicaría que Él tuvo un principio: ergo, Él no sería Dios. Cualquier formulada escatología de la perdición [*doom*] debe necesariamente estar estrechamente aliada con la muerte, y sólo puede ser experimentada por aquello que está sujeto a muerte o terminación. Ahora bien, tal sino [*fate*] no es el futuro de las almas inmortales creadas a imagen y semejanza de Dios, pero bien puede ser la herencia de la propia institución.

No hay templos en lo inmortal. Todos estos establecimientos, con sus equipos de profesores, sacerdotes, rabinos y maestros, provistos de leyes, dogmas, decisiones, potros, rejas, cruces, hogueras, excomuniones y demás maquinaria para asegurar la conformidad, serán confiscados como mercancías prohibidas en la frontera del Paraíso. Por muy útiles o esenciales que los consideres, por muy divinamente autorizados que los estimes, si no posees una religión más profunda que un certificado institucional, te irá mal, porque te lo quitarán como contrabando en lugar de considerarlo como un pasaporte, y te quedarás solo.

Hablo de lo que sé, y por lo tanto, aunque estoy ansioso por dar a toda ayuda para el mejoramiento de los hombres su legítimo reconocimiento, deseo levantar una voz de advertencia contra el hecho de que depositéis demasiada confianza en lo que, después de todo, no es más que un brazo de carne.

El único pasaporte autorizado para la abundante entrada en la inmortalidad que todos desean es el resplandor del Cristo que brilla desde dentro, y no necesita refrendo de ninguna iglesia.

Desde ahora hasta la hora de tu partida, que tu vida sea una caminata con el Maestro hacia Emaús. Escúchalo y obedece; obsérvalo y haz lo mismo; vive —o más bien permite que Él viva de nuevo en ti—; entonces dejarás atrás el Getsemaní de la vida, mientras subes a su Olivete, y desde su cima ascenderás con Cristo, conforme las puertas eternas levantan sus cabezas [*heads*], mientras la Tierra buscará en vano encontrarte a ti, que estarás para siempre con el Señor.

En lo que antecede también he tratado de aprovechar la amable sugerencia de algunos de mis generosos críticos, y me he abstenido de intentar vuelos que pudieran hacerle costoso a alguien poder seguirme. Me contento con que mi evangelio atraiga por la fuerza de su propia razonabilidad. Escúchame y juzga: si lo que digo se presenta a tu inteligencia como si tuviera el peso de la verdad, acéptalo; si no, estás igualmente autorizado a rechazarlo. Si estoy en lo cierto o no, se determinará con certeza en este momento, y si tu rechazo es tan honesto como mi declaración, no cometerás ningún pecado, ni incurrirás en ningún castigo por dudar en aceptar lo que no puedes entender o creer. El Dios al que sirvo no es tan injusto como para esperar que aceptes algo en contra de una convicción honesta.

Esto me lleva a mi *hasta la vista*, en relación con el cual me gustaría, por un momento, volver al tema de la familia reunida en el Paraíso. Siempre es una tarea difícil y delicada, y a menudo muy imprudente, tocar o intentar destruir una superstición muy apreciada. Pero la verdad, por desagradable que pueda ser en su primera aparición, es mucho más benéfica al final que una ficción infundada, y aunque el choque de mi comunicación pueda resentirse al principio, un poco de reflexión tranquila cambiará la balanza de la opinión; entonces, cuando se tomen en consideración todas las circunstancias, y se tengan en mente las cuestiones que contribuyen a la vida del Paraíso, la vieja idea se desvanecerá y todos nos regocijaremos juntos en la esperanza más amplia y eterna del gran evangelio de Dios.

No hago esta referencia, sin embargo, como preparación para volver a argumentar este punto, sino más bien como introducción a una experiencia final que ilustrará otra cara del mismo tema.

Permíteme comenzar recordándote la tristeza y melancolía crónicas que dominaron y destruyeron por completo toda idea de placer en mi propia vida terrenal. Mi transición puso fin a esta carga intolerable, y me devolvió a aquella cuya ausencia había causado la sombra que borraba la alegría. ¿Te he decepcionado, lector mío, al decirte tan poco sobre este reencuentro tan largamente aplazado y tan importante? ¿Qué esperabas? ¿Qué podía decir? ¿Es la sagrada comunión y el goce de tal amor un asunto público como para que yo publique su detallado programa para que el mundo lo estudie?

¿Has imaginado acaso que lo poco que he dicho de Vaone indicaría que resultó ser menos amada y amorosa de lo que yo había previsto; que mi silencio respecto a ella denotaría desilusión; que mis largas y frecuentes ausencias sugerirían frialdad o indiferencia; que me pareció que no era más que otros en su pretensión a mis afectos? Si es así, has sido objeto de deducciones descabelladas y de una imaginación errática, porque te aseguro solemnemente que mi más dulce expectativa de aquel encuentro estuvo muy lejos de lo que la realidad demostró ser.

Mi silencio ha estado regido por la sagrada solemnidad de la ocasión, y lo que ocurrió después de nuestra comunión no fue un asunto de discusión pública como para justificar que yo exhibiera continuamente sus detalles. No pude evitar que tus ojos la vieran cuando aparté la cortina y caí sobre su corazón, pero no pude dejarla de lado para que pudieras satisfacer tu curiosidad cuando yo llevaba tanto tiempo deseando estrecharla entre mis brazos. Estas compensaciones divinas se conceden siempre en secreto, y nadie puede saber ni comprender cuán supremamente divinas son hasta que Dios llama a un alma para que las conozca por sí misma.

Otra razón por la que he sido tan reticente en referencia a esta experiencia, la más celestial de todas, ha sido el conocimiento que he adquirido de que el amor, libre de cualquier mezcla de pasión sensual o consideración egoísta, es totalmente desconocido en la Tierra, y tratar de hablar de él

como se disfruta por encima de las condiciones terrenales, en el Paraíso, sólo sería profanar el atributo más sagrado de la Divinidad. El amor de la Tierra siempre está teñido de alguna forma por el deseo, pero el del Paraíso es el rico fruto maduro desarrollado a partir de la flor de la gratificación [*gratification*]. ¿Cómo podría entenderse? Incluso en la Tierra, Occidente no logra comprender a Oriente, y a su vez Oriente es igualmente incapaz de apreciar a Occidente; y si esto es cierto entre carne y carne, ¿cómo puede ser de otro modo cuando la carne está obligada a comprender las cosas del espíritu? La belleza perfecta de cualquier cosa sólo puede verse en su lugar de origen. El amor es esencialmente el lirio del cielo, y sólo a medida que nos acercamos a su región nativa se puede encontrar la belleza de su brote emblemático, en algo que se aproxime a una sugerencia de su indecible perfección [*"brote emblemático": "emblem-blossom": brote-emblema*].

Dios suspiró en su amor por la Tierra; ese suspiro fue Cristo. Nosotros también amaremos, cuando, mirando al mundo del pecado, suspiremos por su liberación, y en ese suspiro el Cristo vivirá de nuevo en nosotros. Pero hasta entonces, ¡la canción del Cielo no puede ser cantada en la tierra del exilio!

Que se entienda, entonces, que en mi progreso un grado más cerca del reino del amor, encontré que la Vaone restaurada era mucho más para mí de lo que mi hambre terrenal me había enseñado a esperar. Cuando alcances a los que pasaron aquí antes, no serán menos, sino infinitamente más de lo que eran. Tenlo por seguro. Pero cuando me aclimaté a la condición, y aprendí a comprender algo de la ley y el orden de mi nueva esfera de vida, ¡descubrí que mi amor a Cristo era incomparablemente mayor que mi amor a la madre! Era el mismo amor, que difería más en grado que en calidad, porque su semejanza con Dios se encuentra en que es una unidad infinita.

Había subido a la cima de mi primera aspiración para encontrar otra mucho más majestuosa y sublime que se alzaba entre Dios y yo, y estaba dispuesto, si era necesario, a dejar la una para alcanzar el indescriptible esplendor de la otra.

Y entonces...

¡Aquí debo hacer una pausa! *'Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura'* [[ref.](#)], pueden hacernos comprender lo que hay en el más allá, hasta que estemos combinados en esa unión con Cristo que nos permitirá ver al Padre por nuestra semejanza con Él.

Se recordará que al hablar del hogar en el que me reuní con Vaone, mencioné que el valle carecía singularmente de influencias energizantes. Su ubicación está justo al otro lado de la frontera donde puede sentirse la última condición terrestre, y podría decirse con justicia que representa los capilares de la vida espiritual, siendo el punto más próximo al estancamiento, donde el único deseo activo del alma es el descanso. Muchos llegan a esta condición directamente desde la Tierra; muchos lo hacen tras haber sido zarandeados y haberse abierto camino a través de las ordalías preparatorias de las diversas condiciones terrestres; y muchos más tras haber liquidado las deudas y pagado las penas del infierno. Para todas las almas tempestuosas, tentadas, probadas y angustiadas, vengan de donde vengan, es un refugio, y el deseo de descansar y estar satisfechas es fácil de comprender.

Vaone había conocido, como sólo las almas sensibles y timoratas pueden sentir, la tensión de la tormenta y la tempestad, el naufragio de las esperanzas y los horrores de la soledad; de ahí que el respiro que encontró frente a las penas del pasado estuviera en la naturaleza de sus ideas del Cielo con las que se había quedado satisfecha.

Y mi propio ideal de la otra vida había sido encontrarla y estar con ella. Esta era mi única meta y aspiración, y de acuerdo con la ley espiritual de que '*el que busca encuentra*', nos reunimos. Pero el Cielo me había conducido a ella por un camino que yo ignoraba. Mi alma había sido despertada a otros ideales antes de conocerla, para que después pudiera ser capaz de servir al progreso de ella. Ella podía contentarse con quedarse, y mi llegada la habría confirmado aún más en su deseo, pero después de lo que había visto y aprendido, para mí era imposible quedarme quieto. Yo debía seguir adelante, y el amor que ella sentía por mí la obligaría a venir después, y así la constreñiría a elevarse a una vida superior.

Así el Cielo elabora su esquema de redención máxima [*ultimate*]. La actitud apática de Vaone me sorprendió desde el primer momento y, a medida que la conocía mejor, me asombraba más y más. Yo no podía descansar. *La puerta del Cielo* se había abierto de par en par ante mí, y sus habitantes, sus palacios, sus incesantes tareas, sus victorias y recompensas, su Cristo, su Dios, me llamaban con voces tan melodiosas e irresistibles que ni siquiera el amor que antes había estimado como supremo podía retenerme. Aunque tuviera que dejarlo, debía seguir adelante.

Pero lo que una vez se alcanza no puede volver a perderse más allá de la tumba. Apenas había llegado al reconocimiento consciente de esto en el momento del que hablo; pero es así, y aquí lo anoto, si acaso puede servir para salvar una punzada de duda.

¿Me entristecí cuando supe que esta diferencia de temperamento estaba a punto de causar nuestra separación? No. Conocía la fuerza del amor que nos profesábamos, y sabía que mi partida pronto estimularía su deseo de seguirme y reunirse conmigo; por eso, cuando llegó la indicación, la estreché tiernamente entre mis brazos y le hablé de lo que estaba a punto de suceder.

«Pensé que tanto Cielo era demasiado para continuar -dijo resignada, mientras ella me daba un abrazo cada vez más apretado-; ¿Pero volverás a veces conmigo?».

«Sí, volveré con frecuencia, por poco tiempo. Ahora que nos hemos encontrado no debemos volver a separarnos».

«¿Sólo por un tiempo?», suplicó ella.

«Sólo por un tiempo; no habrá necesidad de más; entonces vendrás a mí».

Ella levantó su cabeza de mi pecho, sus ojos brillantes con la luz de una nueva inspiración, y su voz sonando musicalmente con una determinación repentinamente adquirida.

«No había pensado en eso -exclamó-; ¡Sí, iré a verte! Nada puede separar a quien Dios ha unido y, después de una larga espera, el Padre, en su amor, nos ha reunido a ti y a mí. Debes irte, pero al irte has despertado mi deseo de estar más cerca de Él. Aun así, Él misericordiosamente ordena que el amor menor sea instrumental para guiarme al mayor».

«¿Cuándo podremos resolver la profundidad de Sus maravillosos trabajos? -preguntaba yo, en mi gozoso asombro por este nuevo desarrollo-; Mientras yo estaba en la vida inferior, Dios estaba obrando a través de ti para preparar un hogar para mí, ahora Él me escoge para pasar a la siguiente etapa, para que por medio de mí Él pueda preparar tu avance hacia Su presencia más cercana. '*Así sea, Padre, porque así te parece bien*' [[ref.](#)]. Agarra firmemente nuestras manos y, a tu manera, llévanos más cerca de Ti:

"No donde quisiéramos, sino donde Tú lo veas mejor,
ya sea en la colina o en el valle, por el torrente o por el arroyo,

guíanos y condúcenos más y más, hasta que
lleguemos a Tu meta y descansemos en Tu seno.

Nosotros nada sabemos; pero, Señor, Tú lo sabes todo;
en Ti han de surgir todos los nuevos despliegues de la vida;
obra Tu voluntad, y cuando no veamos,
guíanos todavía hasta que caigamos a Tus pies.

No confiamos sino en Ti; ¡Padre, a Ti venimos!
Haz que nuestras almas se pierdan en Ti para siempre.
Que nada perturbe nuestra comunión en el camino.
Sé Tú nuestro todo: nuestro Cristo, nuestro Cielo, nuestro hogar"».

Fin